

JENNIFER MCMAHON

TRES GENERACIONES DE MUJERES MALDITAS.
UN OSCURO SECRETO. UN BOSQUE MANCHADO DE SANGRE.



LA
INVITADA



Lectulandia

Helen y Nate abandonaron la ciudad con la esperanza de comenzar de nuevo en una apartada localidad de Vermont, su idea es formar un hogar en el bosque donde puedan alejarse del bullicio y el ajetreo de la ciudad. En medio de aquel paisaje imponente las cosas parecen marchar bien hasta que descubren que ese hermoso lugar guarda un secreto perturbador y Helen, antigua profesora de historia, se obsesiona con la leyenda de Hattie Breckenridge, una mujer acusada de brujería que un siglo antes vivió y murió en ese sitio.

Conforme la construcción avanza, Helen comienza a coleccionar antiguos objetos y materiales que incorpora a la casa. La viga de una vieja escuela, los ladrillos de un molino o los restos de una chimenea son algunas de las piezas que la sumergirán cada día más profundamente en la terrible historia de Hattie y sus descendientes: tres generaciones de mujeres que murieron en circunstancias sospechosas.

Así, lo que fue un sueño para la joven pareja se volverá su peor pesadilla, pues, sin saberlo, al terminar de construir la casa despertarán en el pueblo una amenaza inimaginable.

Jennifer McMahon

La invitada

ePub r1.0

Titivillus 09.10.2022

Título original: *The Invited*
Jennifer McMahon, 2019
Traducción: Alejandro Romero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Hattie Breckenridge

Los cimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

El almacén

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Las paredes

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Mecánica

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Aislante y yeso

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28	
Suelos y molduras	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Capítulo 32	
Capítulo 33	
Capítulo 34	
Capítulo 35	
Capítulo 36	
Acabados	
Capítulo 37	
Capítulo 38	
Capítulo 39	
Capítulo 40	
Capítulo 41	
Capítulo 42	
Capítulo 43	
Capítulo 44	
Capítulo 45	
Capítulo 46	
Capítulo 47	
Capítulo 48	
Capítulo 49	
Capítulo 50	
Capítulo 51	
Capítulo 52	
Capítulo 53	
Agradecimientos	
Sobre la autora	

Para Drea, de nuevo y siempre

Hattie Breckenridge

19 de mayo de 1924

Todo empezó cuando Hattie era pequeña.

Tenía una muñeca con cuerpo de tela y cabeza de porcelana llamada Señorita Fentwig. La Señorita Fentwig le contaba cosas a Hattie. Cosas de las que ella no podría haberse enterado de ningún otro modo. Cosas que Hattie realmente no quería escuchar. Estas cosas le afectaban profundamente, de la misma manera en que, a lo largo de su vida, todo le había afectado siempre.

Su don.

Su maldición.

Un día, la Señorita Fentwig le dijo a Hattie que su padre iba a morir después de que le cayera un rayo, y que no podía hacer nada para evitarlo. Hattie trató de advertir a sus padres. Les comentó exactamente lo que la muñeca le había contado. «Qué tontería, hija», le respondieron, y la enviaron a la cama sin cenar por decir cosas tan horribles.

Dos semanas después, su padre murió. Le cayó un rayo mientras metía su caballo en el establo.

Después de eso todos empezaron a mirar a Hattie con recelo. A pesar de que se deshicieron de la Señorita Fentwig, Hattie seguía oyendo voces. Los árboles le hablaban, así como las rocas, los ríos y los pequeños escarabajos color esmeralda. Le informaban sobre hechos que estaban por suceder.

«Tienes un don», repetían las voces.

Pero Hattie no lo veía de ese modo. O por lo menos no al principio. No hasta que aprendió a controlarlo.

Aquel día las voces le hicieron una advertencia.

Todo empezó con el murmullo de los juncos que crecían en el extremo oeste del pantano. Era un sonido que la mayoría solo relacionaría con los tallos secos agitados por el viento, pero para Hattie formaban un coro de voces, voces suplicantes y desesperadas: «¡Vienen a por ti! ¡Corre!».

Y las plantas no eran las únicas que le hablaban. Los cuervos también graznaban una insistente y áspera advertencia. Las ranas posadas alrededor del pantano le gritaban: «¡Date prisa! ¡Date prisa! ¡Date prisa!».

En la distancia, unos perros ladraban y aullaban. Se trataba de toda una jauría que se acercaba más y más. Venían a por ella.

También se oían pasos, los pasos de una persona que venía corriendo por el sendero. Hattie se encontraba frente a su casa, con un hacha en las manos, cortando leña para la chimenea. A Hattie le encantaba cortar madera, le encantaba la fuerza que sentía con cada impacto, el crujir del hacha al golpear la madera, que se partía justo por la mitad. Sin embargo, esta vez Hattie alzó el hacha en una actitud defensiva, mientras aguardaba.

—¡Jane! —exclamó al ver a su hija aparecer entre los árboles. Su cabello estaba desarreglado y tenía una mirada enloquecida. Su vestido azul de flores estaba rasgado, el mismo vestido que Hattie había cosido como el resto de su ropa: en la antigua máquina de coser de pedal de su madre, con tela que encargaban del catálogo de Sears Roebuck. A veces Hattie despilfarraba un poco y compraba vestidos que aparecían en el catálogo, pero nunca resultaban ser tan cómodos ni tan duraderos como los que cosía ella misma.

Hattie bajó el hacha.

—¿Dónde has estado, niña? —le preguntó a su hija.

Aunque era día de clase, Hattie le había prohibido a su hija ir a la escuela. Y daba por hecho que Jane estaba recogiendo leña en el bosque.

Jane abrió la boca para decir algo, pero no encontraba las palabras.

En vez de hablar, se echó a llorar.

Hattie soltó el hacha, se acercó a su hija y abrazó su cuerpo tembloroso.

Entonces percibió el olor a humo que emanaba del vestido de Jane y de su cabello enredado.

Incluso el humo le hablaba, y le narraba una macabra historia.

—Jane, ¿qué ha pasado?

La niña se llevó una mano al bolsillo y sacó una caja de cerillas.

—He hecho algo terrible —respondió.

Hattie la apartó, la agarró con firmeza de los brazos y examinó su rostro. Hattie tenía toda una vida de experiencia interpretando mensajes y señales, adivinando el futuro. Pero cuando se trataba de su propia hija, sangre de su sangre, no lograba entrar en su mente. Nunca había podido.

—Dime —la animó Hattie, aunque una parte de ella prefería no saber.

—Mamá —dijo Jane entre lágrimas—, lo siento.

Hattie cerró los ojos. Los perros se acercaban. No solo eso, sino también hombres que gritaban y se abrían paso bruscamente por el bosque. A Hattie siempre le había parecido curioso que aquellos hombres, que habían pasado su vida cazando en ese bosque, avanzaran de forma tan torpe, sin gracia, sin muestra alguna de respeto por los seres vivos que iban pisoteando.

—¿Qué haremos ahora? —Jane era pálida y menuda, demasiado para una niña de doce años. Ese es uno de los efectos del miedo: empequeñece y debilita a las personas. Con los años, Hattie había aprendido a ocultar sus miedos en el rincón más recóndito de su mente y a mostrarse firme, valiente y dura ante cualquier enemigo al que se enfrentase.

—Tú ve a ocultarte en la despensa, donde solía estar la casa vieja.

—¿Pero ese lugar está lleno de arañas, mamá! ¡Y de ratas!

—Las arañas y las ratas son el menor de nuestros problemas ahora. No te harán daño.

«A diferencia de los hombres que se aproximan —pensó Hattie—. Que cada vez están más cerca». Si se concentraba, podía oír sus voces, sus gritos.

—Ve por el bosque hasta llegar ahí. Baja al sótano y cierra bien la puerta. No le abras a nadie.

—Pero, mamá...

—Vete. ¡Corre! Yo iré a buscarte después. Los despistaré y volveré. Volveré a por ti, Jane Breckenridge. Lo juro. No le abras la puerta del sótano a nadie más que a mí. Y, Jane...

—¿Sí, mamá?

—No tengas miedo.

Como si fuera tan sencillo. Como si uno pudiera deshacerse del miedo con tanta facilidad. Como si las palabras tuvieran tanto poder.

Mientras Jane se alejaba por el sendero del bosque, los perros se aproximaban desde el este, por el camino que llevaba al centro del pueblo. Eran viejos sabuesos, entrenados para perseguir osos y mapaches. Pero esta vez el rastro que venían siguiendo era el de Hattie.

«No tengas miedo», se repitió Hattie, tal y como le había dicho a su hija. Se concentró en esconder el miedo en las profundidades de su mente. Levantó el hacha y se mantuvo firme.

—¡Bruja! —gritaron los hombres que venían detrás de los perros—. ¡Atrapen a la bruja!

—¡Asesina! —gritaban algunos.

—¡Esposa de Satán! —exclamaban otros.

Apretando el mango del hacha con fuerza, Hattie empezó a avanzar por el sendero del pantano, un camino que le parecía seguro. Este tenía varios hundimientos profundos y manantiales de agua curativa. Aguas que sabían cosas; aguas que podían cambiarte, si se les permitía.

El barro era esponjoso bajo sus pies, pero a pesar de ello Hattie se movía rápido y con seguridad, saltando como un cervatillo.

—¡Ahí está! —gritó un hombre que se encontraba delante de donde estaba ella.

Aquello no era nada bueno. Hattie no se había planteado la posibilidad de que la abordaran desde esa dirección. De hecho, venían hacia ella de todas direcciones, y eran muchos más de los que esperaba. Se quedó paralizada, aterrorizada, mientras contemplaba con impotencia el círculo que se formaba a su alrededor y buscaba una salida, una escapatoria.

Estaba rodeada de hombres, hombres que trabajaban en el aserradero, hombres que solían reunirse alrededor de la estufa en la tienda del pueblo, hombres empleados en la red de ferrocarril, hombres que trabajaban la tierra. Y también había algunas mujeres. Tendría que haberlo esperado, haberlo previsto, pero por alguna razón no lo hizo.

Cuando muere un niño, es la madre quien carga con más pena, y con más furia. Hattie sabía que las mujeres podían ser incluso más peligrosas que los hombres.

Estaba rodeada de personas que conocía de toda la vida. Muchas de ellas habían acudido a Hattie en momentos difíciles, le habían pedido que las orientara, que les revelara su destino, le habían pagado para que les leyera el futuro o les entregara algún mensaje a sus queridos difuntos. Sabía mucho acerca de la gente del pueblo; conocía sus secretos y miedos más profundos; estaba al tanto de aquellas preguntas que no se atrevían a formular a nadie más.

Alcanzó a distinguir a Candace Bishkoff, que se acercaba a ella apuntándola con el rifle de su marido.

—¡No te muevas, Hattie! —le ordenó Candace—. ¡Suelta el hacha! —Candace tenía los ojos desorbitados, una mirada desquiciada, y se le marcaban las venas del cuello.

Hattie obedeció; sintió cómo el hacha se resbalaba de entre sus dedos y caía suavemente en el barro a sus pies.

De niñas, Candace y Hattie solían jugar juntas. Eran vecinas y amigas. Hacían muñecas con ramas, corteza de árbol y flores silvestres: las ramas eran para el cuerpo y las margaritas brillantes para la cabeza de las muñecas.

Solían jugar juntas en ese mismo pantano, trepar por los árboles que se encontraban a la orilla, organizar fiestas con las ranas toro y las salamandras, entonar canciones sobre sus futuros brillantes.

Y Jane también solía jugar con la hija de Candace, Lucy, al menos por un tiempo. Luego dejaron de hacerlo. Así tenía que ser. A veces las cosas ocurren por una buena razón.

—Por Dios todopoderoso, más te vale que me digas la verdad, Hattie Breckenridge —le gritó Candace—. ¿Dónde está Jane?

Hattie recorrió con la mirada el cañón del rifle hasta llegar a los ojos de Candace, y la contempló directamente.

—Se fue —respondió Hattie—. La envié lejos anoche. Ya debe de estar a muchos kilómetros del pueblo.

Los demás empezaban a acercarse a ella, cerrando así el círculo que habían formado en las orillas del pantano. Sus pies se hundían y chapoteaban en el lodo, que dejaba sus zapatos de vestir prácticamente arruinados.

—Si estuviera aquí, la mataría —dijo Candace.

Al oír esas palabras, Hattie sintió que se le retorció el corazón y se le cortaba la respiración.

—La mataría enfrente de ti —masculló Candace con furia—. Te robaría la vida de tu hija como tú robaste la de la mía.

—Yo no hice nada de eso —respondió Hattie.

—¡Lucy estaba dentro de la escuela! —gimió Candace. Su cuerpo se tambaleó, como si las palabras que acababa de pronunciar lo arrastraran con su peso—. ¡No hace ni una hora que recuperaron su cuerpo! —Se le quebró la voz—. El suyo y el de Ben y el de Lawrence. ¡Están todos muertos! —Empezó a sollozar.

Al ver a la que solía ser su mejor amiga sufriendo así, una parte de Hattie, la niña que vivía en su interior, sintió el impulso de acercarse a ella, abrazarla, cantar para tranquilizarla, entretener flores en su cabellera y bañarla en las aguas curativas del pantano.

—Candace, de verdad que lamento mucho esta tragedia, y tu dolor, pero yo no lo hice. Te lo dije, se lo dije a todos en el pueblo. Yo predije este desastre, os dije que la escuela se incendiaría. Que se perderían vidas. Pero nadie quiso escucharme. Yo solo puedo entrever partes de lo que ocurrirá, pero no puedo controlarlo. No puedo detener el futuro.

Aquello era algo a lo que jamás se había acostumbrado: lo que sentía cuando una de sus visiones se volvía realidad, una tragedia que se desarrollaba frente a sus ojos, sin que pudiera hacer nada para impedirla.

—Necesito que dejes de hablar —le dijo Candace; apretaba el arma con tal fuerza que sus manos se pusieron blancas—. Deja de hablar y pon las manos sobre la cabeza.

Con el arma apuntándola, Hattie hizo lo que le ordenaba. Unos hombres que se acercaron desde atrás le ataron las muñecas con cuerdas.

—Llevadla al árbol —les indicó Candace.

«¿Qué hago? —les preguntó Hattie a las voces, a los árboles, al mismísimo pantano—. ¿Cómo me ayudaréis a salir de esto?».

Y por primera vez en su vida, hasta donde podía recordar, por primera vez en sus treinta y dos años de vida en este mundo, las voces guardaron silencio.

Y Hattie sentía miedo. Un miedo profundo e innegable.

En ese momento supo que todo había terminado, que había llegado su hora. Pero Jane estaría bien. Ella estaría a salvo. No la encontrarían, de eso estaba segura.

Hattie se acercó al árbol sin oponer resistencia. Era el más grande del bosque que rodeaba el pantano. Cuando eran niñas, Candace y ella lo llamaban «la Bisabuela», y siempre les habían maravillado sus gruesas ramas, que sobresalían de todo el tronco como brazos, algunos rectos y otros curvos.

El árbol de la vida.

El árbol de la muerte.

«El árbol de mi perdición», pensó al ver el nudo amarrado a una de las ramas a modo de horca. Había un taburete debajo de la rama, un taburete sencillo de tres patas, como el que se podía ver en cualquier cocina. Se preguntó a quién pertenecía, y si lo llevarían de vuelta a casa al terminar, para sentarse a la mesa a cenar. Tal vez, esa misma noche.

Los hombres la empujaron hacia el taburete y uno de ellos colocó el nudo alrededor de su cuello. La cuerda áspera colgaba como un pesado collar. La habían sujetado de una rama a unos cuatro o cinco metros del suelo, y debajo de ella tres hombres aferraban el otro extremo de la cuerda. Hattie los reconoció; eran los padres de los tres niños muertos: Huck Bishkoff, el marido de Candace, Walter Kline y James Fulton.

—Deberíais cubrirle la cabeza —sugirió Peter Boysko, que trabajaba en la serrería—. O vendarle los ojos.

Unos cuantos años atrás, Peter había ido a verla para pedirle hierbas y amuletos curativos, cuando su mujer y sus hijos estaban gravemente enfermos de gripe. Todos se recuperaron y, como gesto de agradecimiento, Peter le llevó a Hattie dos pasteles de pollo preparados por su mujer.

—No —respondió Candace—. Quiero ver su rostro cuando muera. Quiero verla morir y tener la certeza de que se ha hecho justicia para Lucy, Ben y Lawrence. Justicia para todos aquellos a los que les ha hecho daño.

—No le he hecho daño a nadie —les dijo Hattie—. Y si me hubieseis escuchado, tal vez esos niños seguirían con vida.

«Si no fuera por mi hija, seguramente seguirían con vida», pensó. Si tan solo hubiese podido prever esa parte. De haberlo sabido, tal vez podría haberla detenido. Pero si algo había aprendido a lo largo de su vida era que no se puede cambiar el futuro. Incluso si se pueden ver partes de él, cambiarlo está más allá del poder de cualquiera.

—¡Hacedla callar! —gritó Barbara Kline, la madre de Lawrence.

El chico había estado muy enfermo de varicela el año pasado, y su madre lo había llevado a ver a Hattie, que les había dado un bálsamo curativo y una infusión para que la bebiera. Lawrence se recuperó, y no le había quedado ni una cicatriz.

—La bruja miente —indicó Barbara.

—¡Enviadla de vuelta al infierno donde pertenece! —vociferó un hombre entre la multitud.

—¡Subidla ya! —gritó otra voz.

Enseguida, un grupo de hombres la sostuvo y, antes de que pudiera reaccionar, sus pies ya estaban sobre el taburete. No le quedó más opción que ponerse recta. Los tres hombres que sujetaban el extremo de la cuerda tiraron de ella para tensarla.

El taburete bajo sus pies empezó a tambalearse. Tenía los brazos atados a la espalda y la cuerda empezaba a apretarle el cuello. Se volvió a mirar todo el pantano, hacia donde se encontraba su cabaña, y se dio cuenta de que estaba en llamas. La había construido ella misma cuando estaba sola, después de que la casa de su familia ardiera. Después de que mataran a su madre. Jane nació en esa misma cabaña y había celebrado doce cumpleaños con pastel y velas.

Pensó en Jane, que en ese momento se encontraría en el sitio donde estaba la vieja casa de la familia, escondida en la despensa sin hacer ruido, como un frasco de judías olvidado. Estaría a salvo ahí. Nadie sabía dónde estaba la despensa. Nadie sabía que aún quedaba algún vestigio de la antigua casa entre los escombros y cenizas.

La gente siempre destruye lo que no entiende.

—Esperad —exclamó alguien. Se trataba de Robert Crayson, que trabajaba en la tienda de ultramarinos del pueblo. Se acercó y la miró a la

cara. Por un breve instante, Hattie se preguntó si pensaba ponerle fin a esa locura y hacer que todos entraran en razón—. Antes de que se haga justicia, ¿quieres decir tus últimas palabras? ¿Tal vez suplicar por el perdón del pueblo? ¿O de Dios?

Hattie no dijo nada, solo siguió observando el pantano. Su hermoso pantano. Las libélulas planeaban sobre la superficie del agua; sus cuerpos alados brillaban bajo la luz del sol.

—Tal vez preferirías confesar dónde está el dinero —siguió diciendo Crayson—. Digamos, como una manera de compensarnos financieramente por tus crímenes. Se lo entregaríamos a las familias de los niños que mataste. Claro que eso no los traerá de vuelta, pero algo es algo.

—Yo no maté a nadie —repitió ella.

—¿Dónde escondiste el dinero, bruja? —gritó alguien—. ¿Qué pasó con el dinero que tenía tu padre?

—¿Qué os parece? —espetó otro hombre—. La familia más rica del pueblo y mirad cómo han acabado.

—Por favor —insistió Crayson, con un tono de voz suplicante—, permítenos darle un buen uso a la riqueza de tu familia. No dejes que esa fortuna muera contigo. Considéralo un último acto de caridad. Dinos dónde escondiste el dinero.

Ella le sonrió desde donde colgaba, les sonrió a todos los presentes, cuyos rostros reflejaban cierta esperanza. Era la sonrisa de alguien que tiene un secreto que jamás revelará.

La soga alrededor de su cuello empezó a apretarle más, mientras los hombres tiraban de ella. La rama donde estaba amarrada crujió. Se oyó el sonido de una ardilla y un trepador pasó volando.

—Podéis matarme, pero no podréis deshaceros de mí —les dijo—. Siempre estaré aquí. ¿No lo veis? Este lugar y yo somos uno solo.

Hattie inhaló profundamente y aguardó.

De niña, solía trepar a aquel árbol. Con Candace. Arrojaban sus muñecas con cabeza de flor desde la copa y observaban cómo revoloteaban suavemente en la brisa hasta llegar al suelo.

Ellas lo llamaban el juego de los ángeles.

«La vida es un círculo», pensó Hattie, inclinando la cabeza hacia atrás para contemplar las ramas. Casi lograba ver a esa pequeña niña que algún día fue, trepando más y más alto hasta perderse de vista.

De una patada, alguien derribó el taburete.

Su cuerpo se sacudió y empezó a patallar; sus pies buscaban desesperadamente algún apoyo para aliviar la presión que sentía en el cuello.

No podía hablar, ni gritar, ni respirar.

Solo podía balancearse y retorcerse, y, por un segundo, antes de perder por completo el conocimiento, tuvo la certeza de ver una de sus viejas muñecas con cabeza de flor descendiendo del árbol, con su rostro de margarita tan brillante como el sol de verano.

Los cimientos

Capítulo 1

Helen

18 de mayo de 2015

La mezcladora de cemento giraba. La mezcla de hormigón empezó a derramarse por la rampa del camión hasta la figura de madera y la espuma de aislante rígida que descansaban sobre un grueso lecho de grava. El camión expulsaba humo de diésel que contrastaba con el fresco y limpio aire matutino con olor a pino.

«Aquí es donde debemos estar», se dijo Helen, tratando de que el humo del camión no la asfixiara. Eran las ocho de la mañana. En otras circunstancias, iría camino del trabajo o tal vez se habría parado a por un *latte*, a pesar de llevar unos cuantos minutos de retraso. En cambio, se encontraba ahí, rodeada de árboles y aves cuyos cantos no distinguía, mientras observaba a los obreros verter los cimientos de su casa.

Esa era la única fase del proceso de construcción para la que Nate y ella habían decidido contratar a alguien, y, mientras observaba a los hombres con sus botas amarillas, Helen se alegró de tener profesionales que se encargaran de eso. Los trabajadores aplanaron el hormigón sobre las barras de refuerzo y la malla, mientras Helen admiraba el paisaje a su alrededor: el claro donde se encontraban, el espeso bosque que lo rodeaba, una colina al oeste, un pequeño sendero que llevaba al pantano del lado sur. Nate opinaba que ellos mismos podían hacer el trabajo, ya que la losa era fácil de instalar, pero Helen insistió en que unos cimientos colocados por profesionales les facilitarían el trabajo.

«Si nos equivocamos, aunque sea por medio centímetro, esto será un desastre —había dicho Helen—. Confía en mí. Esta es la base de la casa, tiene que hacerse bien».

Nate aceptó, aunque sin estar muy convencido. Él era un hombre de matemáticas y ciencias. Quien usara los números y los hechos como arma, y pudiera demostrar su argumento por escrito de manera científica, lograría que él aceptase casi cualquier cosa. Y tal cual, durante los últimos meses, e incluso la noche anterior en el motel, Nate había estado consultando una

infinidad de libros de construcción: *Construcción para todos*, *Cómo diseñar y construir tu casa a tu manera*, *La guía del propietario constructor para crear la casa de tus sueños*. Incluso había asistido a un taller para constructores y se había ofrecido como voluntario en la organización Hábitat para la Humanidad durante algunos fines de semana. Y siempre volvía a casa rebosante de emoción tras pasar el día construyendo, hablando sin parar sobre las paredes que había ayudado a construir y las instalaciones de cableado que habían hecho. «Es el trabajo más gratificante que he hecho en mi vida», solía decirle.

Pero Helen había crecido con un padre constructor. Uno de sus recuerdos más remotos de la infancia era un día de verano en que, antes de entrar a primer grado, acompañó a su padre a una obra. Ahí, la puso a enderezar clavos, después de enseñarle cómo sostener el martillo mientras sus dedos sujetaban los de ella. Después, pasó muchos fines de semana y vacaciones de verano clavando, colocando paneles de yeso, enmarcando puertas y ventanas. Había ayudado a su padre a reparar los daños resultantes de trabajos de construcción de mala calidad, como paredes que habían sido plomadas con paneles de yeso agrietados en el interior, ventanas mal instaladas que tenían huecos y techos que estaban a punto de derrumbarse por haber usado vigas poco resistentes. Era consciente de lo difícil que resultaría todo. Nate llevaba meses hablando de construir la casa de sus sueños, con una mirada feliz y algo boba. Helen apreciaba su entusiasmo y la manera poética en que describía la forma del tejado y las ventanas con vistas al lado sur del terreno, pero a la vez se le hacían nudos en el estómago y se mordía el interior de la mejilla hasta saborear su sangre.

Ahora, mientras seguían vaciando el cemento, tomó la mano de Nate y le dio un apretón.

«Aquí es donde debemos estar —se dijo nuevamente—. Yo inicié todo esto. Este es mi sueño». El terapeuta que veía en Connecticut le había enseñado a hacer esa clase de tonterías: darle forma a su propia realidad con afirmaciones cada vez que sentía que el suelo bajo sus pies se hundía.

Nate respondió apretando su mano también: uno, dos, tres apretones rápidos, como si se tratase de alguna especie de código secreto. Como si quisiera decirle: «Aquí estamos. ¡Lo logramos!». Helen podía sentir el entusiasmo que recorría y zumbaba por el cuerpo de Nate como una descarga eléctrica.

Cuidadosamente, dos de los trabajadores con botas amarillas colocaron una tabla sobre la superficie rugosa de la losa, para nivelarla.

Quizá fue ella quien lo comenzó todo, pero en realidad si estaban ahí era por Nate. Hacía casi un año y medio, el padre de Helen había fallecido de un paro cardíaco y ella, que solía tener mucha confianza respecto a todos los aspectos de su vida, se sintió de pronto a la deriva. Empezó a sentirse estancada e infeliz, a creer que la vida no podía ser solo levantarse cada mañana para ir al trabajo, aunque fuera un trabajo que amaba: dar clases de Historia a chicos de secundaria llenos de energía. Sentía que su trabajo le daba un propósito en la vida, la hacía sentir genuinamente útil y le daba la impresión de que generaba un cambio positivo en el mundo. Pero aún no era suficiente. La muerte de su padre había sido una llamada de atención, el recordatorio de que ella también moriría algún día, tal vez antes de lo que esperaba y cabía la posibilidad de que no llevase la vida que estaba destinada a tener. La idea la llenaba de temor, era un sentimiento pesado como el plomo que afectaba a todos los aspectos de su vida.

—¿Qué quieres? —le preguntó Nate una noche. Para él, la nueva angustia de Helen era como un rompecabezas, un problema que resolver.

Ambos se encontraban sentados en la sala de su piso de Connecticut. Nate había abierto una botella de vino y los dos estaban acurrucados en el sofá frente a la chimenea de gas; a Helen nunca le había gustado, ya que le parecía un sucedáneo si la comparaba con una chimenea de verdad, con el crepitar del fuego y el olor de madera quemada. Nate compró incienso de abeto y piñón, y lo encendía mientras las predecibles llamas de gas se levantaban. Aunque fue un bonito gesto de su parte, no era lo mismo.

—¿Qué te haría feliz? —le preguntó mientras volvía a llenar su copa.

Ella se volvió hacia su apuesto y sincero marido, a quien le gustaba resolver problemas. Lo absurdo de su pregunta fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Feliz? —repitió tontamente.

La felicidad siempre parecía haber sido algo muy sencillo para Nate, la encontraba con facilidad. Por ejemplo, en los paseos de fin de semana con su grupo de observación de aves (casi todos eran personas de la tercera edad) a refugios y parques estatales para observar y fotografiar mirlos, oropéndolas de Baltimore y jilgueros; también la encontraba en sus blogs y podcasts favoritos de ciencia ficción. Estudiar el mundo y la naturaleza a su alrededor le brindaba comodidad y alegría; categorizaba las cosas en reinos, filos, órdenes, clases y especies. Cuando estudiaba el posgrado, Nate era un invitado regular en el blog de su mejor amigo, Pete. Este, que escribía acerca de cuestiones ambientales, consiguió enganchar a Nate para que grabara una serie de vídeos

cortos llamados *Pregúntale al Señor Ciencia*. Los lectores enviaban preguntas como «¿Qué pasa con las mutaciones en las ranas?» o «¿Por qué está disminuyendo la población de abejas?»; Nate salía en el vídeo con su bata de científico, para darle más autenticidad, y explicaba las mutaciones, la biodiversidad y la evolución con un tono informal, adorable y algo *geek* a la vez.

Para Nate, y su mentalidad de Señor Ciencia, el mundo tenía sentido; creía en la existencia de un orden intrínseco, y eso no solo lo reconfortaba, sino que además disfrutaba compartiendo sus ideas respecto a dicho orden con los demás. Nunca parecía preocuparse por las grandes preguntas de la vida, como «¿Qué nos hace falta?» o «¿Qué propósito tenemos a la larga en esto que llamamos vida?».

Nate le guiñó el ojo y asintió mientras esperaba su respuesta; era evidente que no tenía intención de dejar el tema.

Ella pensó en su rutina diaria, en cómo conducía habitualmente por el paisaje suburbano repleto de centros comerciales, farmacias, restaurantes, trenes de autolavado y tintorerías. Había tanta luz y ruido, tantas personas que salían con la misma misión en la mente: hacer sus encargos, ya fuese comprar cortinas y antiácidos o recoger la ropa en la tintorería para apresurarse a llegar a sus respectivos trabajos. Todo le parecía tan banal...

«¿Qué me haría feliz?», pensó.

Últimamente, sus momentos más felices se producían cuando, en ciertos fines de semana, trabajaba como voluntaria en el Museo Greensboro, un pequeño museo de historia viva donde se recreaba la vida de mediados del siglo XIX para que los visitantes pudieran experimentarla de primera mano. Con un pesado vestido que le llegaba hasta los tobillos y un gorro, Helen se dedicaba a hacer velas a mano sumergiéndolas en cera y a batir mantequilla mientras los visitantes la observaban. Le encantaba responder a sus dudas respecto al estilo de vida y las actividades cotidianas de las personas en esa época. Helen era historiadora, y Estados Unidos en tiempos coloniales era su área de especialidad, así que, al igual que Nate jugando a ser el Señor Ciencia, ella disfrutaba compartiendo su conocimiento. Pero lo que más disfrutaba eran los momentos de silencio en el museo, entre la partida de un grupo y la llegada del siguiente. Durante esos minutos se permitía imaginar que en realidad había retrocedido en el tiempo y que la vida era más tranquila y significativa. Había vacas que ordeñar, huertas que atender, mantequilla que batir y chimeneas que encender para preparar la cena. Mientras Nate continuaba observándola y esperando su respuesta, ella le dio un gran sorbo a

su copa de vino, cerró los ojos y permitió que su mente viajara al sueño más antiguo que tenía, uno que había nacido en su infancia, después de leer los libros de *La casa de la pradera*. Aquel sueño había tomado fuerza con sus estudios universitarios y de posgrado sobre la vida de los pioneros estadounidenses en Nueva Inglaterra durante la época colonial.

No podía decirle a Nate que un viaje al pasado la haría feliz, así que dijo lo mejor que se le ocurrió.

—Una casa en el campo —respondió finalmente. Nate la miró sorprendido.

—¿El campo? ¿En serio?

—Sí —respondió ella—. Un terreno grande, con espacio para un gran jardín. Tal vez para gallinas y cabras. Y una despensa. Me gustaría tener una. Quiero aprender a envasar mis propias verduras. Llevar una vida más sencilla, lejos del tráfico y el ruido. —Mientras decía estas palabras, se dio cuenta de que eran verdad, de que ese era en realidad su sueño, lo que siempre había deseado en secreto. Se volvió hacia la patética chimenea de gas y añadió—: Y quiero una chimenea de verdad que funcione con madera.

Nate sonrió. Dejó su copa de vino y la tomó de la mano.

—Me parecen deseos bastante factibles —dijo él antes de besar sus dedos.

En ese momento no le dio gran importancia a ese comentario. Ni siquiera podía concebir cómo empezar con un cambio tan radical. Tenía la impresión de que sus vidas estaban talladas en piedra: un bonito y flamante piso al que habían podido mudarse después de estar en lista de espera, un Prius nuevo, cuentas mensuales que les dejaban algo extra para otros gastos cada mes. Además, ambos tenían puestos envidiables como profesores en la Academia Palmer, una escuela privada adonde asistían los hijos de las familias más adineradas de Nueva Inglaterra. Nate daba clases de Ciencia, y Helen de Historia. Si sumaban el tiempo que pasaban en la escuela, yendo al trabajo, corrigiendo tareas y exámenes, y preparando sus clases en casa, fácilmente invertían unas sesenta horas a la semana. Nada de eso parecía compatible con una tranquila vida campestre.

Pero Nate ya había empezado a trazar un plan:

—No estamos tan atascados aquí como tú crees —le dijo unos días después, y señaló la pila de sobres que habían empezado a llegar unas semanas después del fallecimiento de su padre.

Ella entendió y asintió. Helen era hija única y su padre, un hombre sencillo que había vivido en la misma finca durante cincuenta años, conducía una camioneta Ford abollada y compraba su ropa en Walmart, le había dejado

una sorpresa. En los días posteriores al funeral se sentía demasiado aturdida emocionalmente como para absorber toda la información cuando el abogado se lo comentó, pero cuando al fin pudo reunir las fuerzas necesarias para empezar a revisar los documentos de su padre quedó impresionada. Helen no tenía ni idea de que su padre llevaba años ahorrando e invirtiendo dinero de manera sensata, que tenía dos generosas pólizas de seguro de vida y que su modesta finca en los suburbios, que había pagado en un plazo de veinte años, tenía de hecho bastante valor debido a su ubicación. Todo eso acumulado era una buena suma de dinero que le había caído del cielo, y, aunque al principio se sintió abrumada, Nate tenía razón, como de costumbre. Con una cantidad así, le parecía más que factible desatascar cualquier cosa.

Lo que sucedió después estaba muy difuso en su memoria. Un día, Nate le llevó un libro sobre cómo hacer conservas caseras.

Ese mismo sábado la despertó temprano con un beso y una sonrisa, antes de acercarle una taza de café.

—Iremos a recoger manzanas —dijo él.

A Helen le encantó pasar tiempo al aire libre, en el huerto, respirando el aire fresco del otoño. Al llegar a casa se sentía rejuvenecida, y, siguiendo las instrucciones de su nuevo libro, llenó seis frascos de compota de manzana y seis de mermelada de manzana casera. Durante las siguientes semanas se apresuró a investigar en internet todo lo necesario para «encontrar una casa en el campo»; pasaba horas en páginas web de bienes inmuebles de Nueva Inglaterra.

Les echaron un vistazo a propiedades en Connecticut y Massachusetts, pero finalmente restringieron la búsqueda a Vermont y Nuevo Hampshire. Ninguna de las casas los convencía del todo. A Helen le encantaban las casas coloniales y las alquerías, pero todas tenían más de cien años y requerían mucho trabajo: cimientos derruidos, sótanos con suelos de tierra, cableado antiguo, tuberías con fugas, vigas podridas, techos caídos. A Helen le encantaba la idea de encontrar una casa vieja, con historia, y reformarla. Su favorita era una de las primeras que habían visto: una casa antigua de dos pisos en un pequeño pueblo ubicado en las afueras de Keene, Nuevo Hampshire. Prácticamente todas las habitaciones tenían vigas expuestas talladas a mano y suelos de tablones anchos de pino. Helen se detuvo frente al enorme fregadero de la cocina y se asomó por la ventana que daba al patio delantero. Se sintió en casa de inmediato. Sin embargo, Nate, que llevaba semanas investigando el tema, le señaló la madera podrida, el cableado viejo

y obsoleto, que podía causar un incendio en cualquier momento, y los daños en el viejo tejado de pizarra.

—Podríamos restaurarla —dijo ella, esperanzada.

Él sacudió la cabeza; se notaba que estaba haciendo varios cálculos mentales.

—No creo que tengamos suficiente dinero para eso. Esta pobre casa debe ser derruida y reconstruida desde cero. —Eché un vistazo alrededor, con una mirada de impotencia—. Sería mejor construir una nosotros mismos —dijo entre dientes.

Aunque Nate fue el que tuvo la idea, hicieron falta muchos fines de semana viendo una docena más de casas en ruinas (muchas de ellas le encantaron a Helen, pero Nate siempre argumentaba que no valía la pena tratar de salvarlas), antes de que la idea empezara a echar raíces.

Estaban en la habitación de un motel, cenando la *pizza* que habían pedido, después de otro largo día de conducir por todo Vermont.

—Tal vez deberíamos empezar a planteárnoslo —dijo Nate—. Una casa nueva, construida desde cero. Así podemos conseguir exactamente lo que queremos.

—Pero una casa nueva me parece algo tan... frío. Tan estéril... —argumentó Helen. Recordó sus libros de *La casa de la pradera*. Pensó en su padre y en las incontables casas en las que había trabajado. Pensó en la forma en que revisaba una casa y hacía comentarios respecto a su buena estructura o su carácter. Hablaba de las casas antiguas como si fuesen personas.

—No tiene por qué ser así —respondió Nate—. Puede ser como nosotros queramos.

—Pero no tendrá historia —dijo Helen.

—Podemos basarnos en un viejo diseño colonial si quieres —respondió Nate—. Piénsalo, ¡así tendríamos lo mejor de ambos mundos! Podemos construir algo clásico y personalizado. Que ahorre energía, que sea ecológica, una casa solar pasiva, lo que nosotros queramos.

Helen sonrió.

—Veo que alguien ha vuelto a explorar el profundo universo de Google, ¿verdad?

Nate se rio. Claramente, la respuesta era sí. Pero su propuesta seguía sin contestación, así que Nate la miró aguardando.

—No lo sé —admitió Helen—. Suena muy caro.

—No necesariamente —replicó Nate—. No si tienes en cuenta el verdadero coste de renovar una casa vieja como las que hemos estado viendo.

De hecho, hasta podríamos acabar ahorrando un poco de dinero, especialmente a largo plazo, si la construimos para que sea eficiente.

Cuanto más hablaba Nate, más se emocionaba; sus ideas se iban acumulando y creciendo, como una bola de nieve. Ellos mismos podrían hacer el trabajo; de todas formas, ya habían discutido las reformas que tendrían que hacerles a varias de las casas que habían visto. ¿Por qué no ir un paso más allá?

—Por Dios, ¿por qué no pensamos en esto antes? No hemos encontrado nada que se asemeje a la casa de nuestros sueños, ¡porque aún no existe! ¡Tenemos que construirla! ¡Seremos como Thoreau en Walden Pond!

Ella sacudió la cabeza y se rio como si dijera: «No digas ridiculeces».

—Thoreau construyó una pequeña cabaña donde apenas cabían un escritorio y una cama. Nosotros estamos hablando de una casa de unos ciento ochenta metros cuadrados, con todas las comodidades modernas incluidas. ¿Tienes idea del trabajo que requiere eso?

—No estoy diciendo que sea fácil —respondió Nate. Y luego remató—: Pero ¿no crees que esto es lo que hubiera querido tu padre?

—Yo... —Dudó.

Recordó la ocasión en que había ayudado a su padre con los acabados en una casa que construyó antes de que ella se fuera a la universidad. «Esta casa —le había dicho su padre— estará aquí mucho mucho tiempo. Cuando pases frente a ella con tus hijos y tus nietos podrás decirles que tú ayudaste a construirla. Esta casa que hemos construido juntos vivirá más que nosotros dos».

—¡A mí me parece perfecto! —dijo Nate—. ¡Créeme! Será perfecto.

Le resultaba muy muy difícil no dejarse arrastrar por el entusiasmo de Nate. No creerle cada vez que aseguraba tener la solución a un problema. Después de todo, él era el más racional de los dos, el pensador crítico, y ella había llegado a confiar en él para tomar decisiones respecto a cualquier asunto práctico. Él había decidido (después de horas de investigación) qué coche debían comprar, el mejor plan de pagos para liquidar sus préstamos estudiantiles e incluso el gimnasio al que debían apuntarse.

Ella lo amaba por muchas razones, pero la principal era que él la equilibraba, la ayudaba a mantener los pies en la tierra; podía coger sus ideas más etéreas y encontrar la manera de transformarlas en una realidad. Si él decía que construir una casa tenía más sentido que comprar una y repararla, probablemente estaba en lo cierto. Y si decía que era posible hacerlo sin sacrificar ese toque histórico que Helen añoraba tanto, tenía que creerle.

Helen estiró el brazo y cogió uno de los panfletos de bienes inmuebles de Nueva Inglaterra que se encontraban sobre la caja de la *pizza*. Le dio la vuelta y empezó a revisar el listado de terrenos. Mientras contemplaba las fotografías de terrenos vacíos, hacía su mayor esfuerzo por imaginarse la casa de sus sueños ahí. Y a los dos cómodamente instalados dentro.

«Aquí es donde estará nuestro hogar», pensó Helen mientras observaba a los trabajadores que colocaban los cimientos. Casi podía imaginar los bordes de la casa, la sombra que proyectaría, un techo alto como si tratase de tocar el cielo increíblemente azul. Las nubes parecían estar tan cerca y tan vívidas que estaba casi segura de que, si subía a la cima de la colina, podría estirar el brazo y tocarlas. Era como vivir en el dibujo de un niño: árboles, cielo azul, nubes, un alegre sol amarillo y, en el centro, una casa en forma de cuadrado con una pareja sonriente a su lado.

Descubrieron aquel terreno en enero y el mismo día que lo encontraron hicieron una oferta. Lo más loco era que ni siquiera estaba en su lista; lo encontraron por casualidad, mientras seguían los letreros que llevaban a un viejo puente cubierto. Se detuvieron en una tienda y ahí mismo, en el tablón de anuncios, vieron el cartel que anunciaba el terreno: ciento setenta y ocho mil metros cuadrados en el pequeño pueblo de Hartsboro, Vermont. Llamaron al agente inmobiliario y quedaron con él esa misma tarde. La mitad del terreno estaba cubierta de bosque, pero el pantano de Breckenridge ocupaba en su mayoría la parte poniente de la propiedad. Esa tierra no servía ni para sembrar ni para construir. De hecho, según les contó el agente inmobiliario riendo entre dientes, las leyendas locales aseguraban que esa tierra estaba «embrujaada». Mientras caminaban fatigosamente sobre treinta centímetros de nieve recién caída para ver la propiedad de cerca, Nate se unió a la risa del agente.

—¿Cree que el propietario nos podría ofrecer un precio más bajo considerando que la tierra está embrujaada? —dijo.

—Yo creo —respondió el agente, adoptando un tono más serio— que el propietario tiene mucho interés en vender y acabará aceptando cualquier oferta razonable.

Se encontraban en un claro con una ladera frente a ellos, un bosque a la izquierda y a la derecha, y un sendero de tierra detrás. Mientras caminaban, empezó a nevar; los grandes y gruesos copos se adherían a las pestañas de Helen. Sus pies se hundían en la nieve perfectamente blanca y Helen se

volvió hacia los árboles, cubiertos por una capa blanca y ligeramente doblados bajo el peso de la nieve. Se sintió impresionada por el silencio y la serenidad del paisaje.

—¿Embrujada? —preguntó Helen, retomando el tema—. ¿En serio?

El agente asintió y, por la expresión en su rostro, parecía que lamentaba haberlo dicho.

—Es lo que dice la gente. —Se encogió de hombros, dando a entender que no conocía bien la historia, y empezó a contarles que la parte trasera de la propiedad estaba bordeada por un camino local que servía como pista para las motos de nieve durante el invierno—. Solo necesitan conseguir uno de esos vehículos y listo —les dijo—. Pero lo importante —añadió— es que entiendan que, aunque este lugar tiene más de ciento setenta mil metros cuadrados, solo se pueden utilizar dieciséis mil para construcción. El resto del terreno es demasiado elevado o pantanoso. Por eso el precio es tan asequible.

Helen no creía en fantasmas. Pero sí creía en la historia.

—Bueno, no todas las propiedades vienen con su propio fantasma —le susurró Helen a Nate. Si el terreno venía acompañado de una historia de fantasmas, significaba que al menos la tierra poseía una historia que contar. Tal vez no obtendría su casa de cien años llena de relatos, pero se conformaría con un lugar que viniera acompañado de algo de historia e, incluso, de un misterio.

Nate asintió, movió los dedos de arriba abajo e hizo un sonido fantasmal.

Luego señaló los arces azucareros que crecían en la parte de atrás de la colina y le dijo que podrían sangrar los árboles, hervir la savia y preparar jarabe de arce.

—¡No hay nada más típico de Vermont que eso! —dijo con emoción.

Mientras recorrían el terreno, Helen empezó a sentir cierta familiaridad, casi como un *déjà vu*, como si ya hubiera estado ahí antes. Aunque era evidente que se trataba de una tontería.

Luego, vieron la zona plana con vistas al sur que sería perfecta para empezar a construir, y el viejo remolque verde aparcado a las orillas del claro.

—Podemos vivir en el remolque mientras construimos la casa —dijo Nate. Luego se inclinó y le susurró a Helen al oído, con un tono de entusiasmo—: ¡Es perfecto! Tiene todo lo que hemos estado buscando y más.

Y en efecto, lo parecía. Casi era demasiado perfecto. Exactamente como la clase de terreno que Nate había estado describiendo, la tierra que le había prometido. En ese momento, Helen tuvo la sensación de que aquel lugar estaba destinado a ser su nuevo hogar, de que los había estado esperando,

llamándolos. Pero no era una sensación del todo cálida o reconfortante; no, era más bien como una punzada en la nuca. Le provocaba sentimientos contradictorios: por un lado, se sentía atraída por el lugar y, por el otro, su instinto le decía que se subiera al coche y regresara a toda velocidad a su piso en Connecticut.

—No sé en qué condiciones se encuentra esa vieja casa móvil —admitió el agente inmobiliario—. El propietario solía usar este lugar como coto de caza, pero hace mucho que no viene por aquí. Tiene agua y electricidad, pero no sé si todo funciona. Se vende tal cual.

Helen echó un vistazo al viejo remolque de aluminio cuyo color era un verde desteñido. Estimó que debía medir unos nueve metros de largo y tal vez unos dos y medio de ancho. El remolque descansaba sobre unos bloques. El techo no parecía haberse derrumbado y ninguna de las ventanas con persianas estaba rota.

Nate lo observaba todo (el remolque, el bosque, el claro) con una chispa de entusiasmo en la mirada. Había traído consigo su cámara de 35 mm, la que usaba para sacar fotos cuando iba a observar aves, y no paraba de fotografiarlo todo.

El terreno de Hartsboro los tenía a ambos encantados, incluso en ese día helado de enero. Bajaron por la colina; Helen iba delante y encontró con facilidad entre los árboles el sendero que llevaba al pantano, como si ya conociera el camino. Le encantaba la sensación que evocaba en ella el pantano congelado; era como estar en otro planeta. Ella y Nate caminaron hasta el centro, mientras el agente los esperaba en la Suburban con la calefacción puesta.

—Tómense todo el tiempo que necesiten —les había dicho.

Nate señaló las huellas en la nieve: ciervos, liebres y hasta las marcas de las alas de un búho que había descendido hasta la capa de nieve para atrapar a algún roedor desprevenido.

—Parece como si un ángel hubiera aterrizado ahí —dijo Helen, y pensó en el fantasma que el agente inmobiliario había mencionado. Se preguntó si los fantasmas dejarían marcas en el mundo terrenal. En tal caso, seguro que serían como aquella: la marca de unas delicadas alas en la nieve.

Nate echó un vistazo más de cerca y luego le señaló las gotas de sangre.

—Un ángel que devora sabrosos ratones de campo —dijo sonriendo.

Cuando era niño, Nate solía pasar los veranos en la granja de sus abuelos en Nuevo Hampshire. Aunque Helen solo lo había conocido de adulto, tal vez en realidad estaba destinado a volver a ser ese chico de campo, en lugar de

estar encerrado en los suburbios donde la única fauna eran los carboneros que llegaban al comedero del patio trasero y las ruidosas ardillas que peleaban con ellos por las semillas de girasol de aceite negro.

El terreno estaba situado como a un kilómetro y medio del centro del pueblo, adonde se llegaba por medio de un camino de tierra. El pueblo estaba formado por una tienda de ultramarinos, el ayuntamiento, una pizzería, una iglesia metodista, una pequeña biblioteca y una gasolinera.

—Podemos ir caminando hasta el pueblo —mencionó Nate.

—Apuesto a que organizan cenas de caridad —dijo Helen.

—Y tal vez hasta bailes tradicionales —agregó Nate con una sonrisa, mientras entrelazaba su codo con el de ella y, juntos, empezaban a saltar en círculos sobre la capa de hielo que cubría el pantano.

Cuando se detuvieron, jadeando, con las mejillas sonrojadas y las botas empapadas, Helen dijo:

—Desearía que mi padre pudiera ver este lugar.

Nate asintió.

—Le habría encantado, ¿no crees?

—Sí —afirmó Helen, y sus ojos se dirigieron de nuevo a las marcas de alas—. Definitivamente.

Así que quedó decidido. Lo que pedían por el terreno estaba muy por debajo del presupuesto que tenían. Aun así, decidieron regatear un poco, solo para ver cuál sería la contraoferta del vendedor. Para su sorpresa, el propietario aceptó la rebaja de inmediato.

—Supongo que era verdad que el tipo estaba muy interesado en vender —dijo Nate.

Dos meses después cerraron el trato, sin ni siquiera conocer al vendedor en persona; un abogado lo representó, argumentando que el señor Decrow se había mudado a Florida y que su salud no le permitía viajar por el momento. Después de firmar las escrituras, Helen y Nate fueron a desayunar a una pequeña cafetería a las afueras del pueblo para celebrarlo. ¡Ahora eran los orgullosos dueños del terreno!

Pero Helen se sentía cohibida: iban demasiado bien vestidos. Por su calzado inadecuado y sus elegantes abrigos, se notaba de inmediato que eran forasteros. Cuando volvieran para empezar a construir la casa, tendrían que esforzarse más para mezclarse y no llamar tanto la atención. Helen sacó una libreta de su bolsa y empezó a anotar las cosas que necesitarían: botas de cuero resistentes, jerséis y ropa de lana, camisas de franela y ropa interior larga. Luego, hizo una lista de las herramientas que requerirían y puso un

asterisco junto a las que ya habían encontrado en el sótano de su padre: una sierra circular, una sierra de vaivén, una sierra para metal, martillos de enmarcado, martillos de acabado, cuadrados, niveladores, un carrete para la línea de tiza, una plomada, etc. Confeccionar listas la reconfortaba: saber exactamente lo que tenía que anotar en ellas e ir tachando conforme conseguía los artículos.

Vendieron su piso y la casa del padre de Helen. Ambas ventas fueron rápidas y sencillas, a pesar de que varios amigos les advirtieron encarecidamente que el mercado de bienes inmuebles en Connecticut era una porquería. Renunciaron a sus agradables y seguros empleos en la Academia Palmer, con lo que no solo se olvidarían de sus catorce pagas, sino también del seguro médico y las contribuciones a su pensión. Incluso cambiaron su pequeño Prius por una camioneta Toyota Tacoma. Vendieron, regalaron y donaron muchas de sus posesiones y solo conservaron las más valiosas en un guardamuebles que alquilaron.

Sus compañeros de trabajo y amigos los tacharon de locos cuando les contaron sus planes de construir una casa, plantar un jardín y tener pollos y cabras.

—Oh, qué... encantador. Suena como los nueve círculos del infierno —bromeó Jenny, la amiga de Helen, en la fiesta de despedida que ella y su marido, Richard, les habían organizado. Helen se rio.

—¿Alguna vez has pensado que quizá naciste en el siglo equivocado? —le preguntó Jenny, entrecerrando los ojos y llenando sus copas de pinot gris. Helen solo asintió. En efecto, lo había pensado muchas veces.

Jenny y Helen eran amigas desde hacía mucho; se conocían desde el parvulario.

—Piensa en todo a lo que estás renunciando —le había dicho Jenny—. ¿Y para qué? ¿Para que el trasero se os congele en medio de la nada mientras protagonizáis esta fantasía sesentera de «volver a la tierra que os vio nacer»? Estaréis completamente aislados. Ya no sabremos nada de ti.

—Claro que sí —le prometió Helen.

—Bueno, sí, en las noticias tal vez. Cuando nos enteremos de que fuisteis devorados por osos.

—Los osos negros no comen gente —refutó Nate.

—Entonces lobos —dijo Jenny.

—No hay lobos en Vermont —la corrigió Nate.

—Me da igual, Capitán Planeta. —Jenny puso los ojos en blanco con un gesto exageradamente dramático mientras movía su copa de vino—. Algo malo ocurrirá. Os lo aseguro. Os uniréis a una comuna o a una secta o algo, Helen dejará de depilarse las axilas y, Nate, tú tendrás tu momento de Jack en *El resplandor*. O tu momento Unabomber.

—Ya basta —dijo Helen riéndose.

—En serio —agregó Jenny—. Ted Kaczynski hizo algo parecido, eso de mudarse a una cabaña en el bosque y vivir de la tierra, y mirad cómo terminó. Por Dios, por lo que más queráis, hacedme un favor y cambiad de opinión antes de que sea demasiado tarde.

Pero no cambiaron de opinión.

Siempre que Helen mostraba dudas por toda la seguridad y las comodidades a las que estaban renunciando, Nate le decía:

—Pero recuerda todo lo que obtendremos a cambio, lo que crearemos desde cero para nosotros mismos. Esa es la verdadera seguridad. Cuando terminemos, tendremos una casa sin hipoteca construida con nuestras propias manos, y suficiente espacio para cultivar toda la comida que necesitemos. Es lo que siempre has soñado, ¿no? Tener una casa en el campo...

Y en efecto, ese era su sueño. Y apreciaba mucho que Nate lo hubiese adoptado y hecho suyo en tan poco tiempo. Se había comprometido con ello como si fuera un proyecto de ciencias, trazando planes, elaborando hojas de cálculo, dedicando horas a su investigación. Incluso había preparado una presentación de PowerPoint para explicarle, con toda claridad y paso a paso, su nuevo plan a Helen.

—Mira, si hacemos esto como es debido, no solo tendremos bastante dinero para construir la casa de nuestros sueños y establecer una granja autosuficiente, sino que además tendremos algunos ahorros para vivir cómodamente durante un año, tal vez más si somos cuidadosos con nuestro presupuesto. Y si logramos ganar dinero con la granja, no sé, vendiendo huevos, jarabe de arce, leña, tal vez tu mermelada casera, puede que nunca tengamos que volver a trabajar a tiempo completo. Podríamos dedicarnos a la clase de trabajo que nos interese. Pasar tiempo fuera, cuidar nuestra maravillosa tierra. Piénsalo: caminar por el pantano todos los días, aprender sobre todas las criaturas que viven ahí —dijo, y sus ojos brillaban de emoción—. ¡Tal vez hasta podríamos empezar un blog sobre nuestra vida aquí! —sugirió—. Puedo hablar con Pete; seguro que nos dará algunos consejos. Y sé que los enlaces y anuncios y cosas así en su blog le dan algo de dinero.

—Puedo investigar más sobre la historia de la tierra, descubrir por qué dicen que está embrujada. Tal vez había una casa o una granja aquí, ¿no?

Nate asintió con entusiasmo.

—Tendremos mucho que hacer para mantenernos ocupados y bastante dinero para subsistir por un tiempo —le prometió Nate.

Visitaron el terreno en abril y a principios de mayo para empezar a limpiar el remolque y reunirse con los contratistas, que comenzaron a medir, diseñar y colocar los cimientos de siete por doce metros de la casa de dos pisos que habían diseñado. Para el diseño, se basaron en unos viejos planos que Helen había encontrado en un libro sobre casas de época. Eligió el que más se parecía a la primera casa que vieron y que tanto le gustó en Nuevo Hampshire. La parte delantera estaría orientada al sur y llena de ventanas, para obtener todo el calor solar pasivo que pudieran.

Finalmente, había llegado el primer día de construcción. Mientras veía cómo el hormigón se escurría por la rampa, Helen pensó: «En fin, no hay marcha atrás; estamos aquí, para bien o para mal». Helen y Nate habían asegurado a sus amigos, muchas veces, que estaban tomando la decisión correcta. «¡Todos estáis invitados a pasar el fin de semana con nosotros cuando la casa esté lista!», prometió Helen, y les contó que había invertido gran parte de su herencia en el terreno, la camioneta, las herramientas y los materiales de construcción. Ambos aclararon que con el dinero restante habían elaborado a conciencia un presupuesto que les permitiera comprar el material que hiciera falta después y pagar sus gastos durante al menos un año.

La noche anterior durmieron en el motel, pero aquella empezaron a dormir en el remolque. Su primera noche oficial en el terreno. Al día siguiente, la maderería les entregaría las estructuras de madera y dedicarían el día a apilarlas y acomodarlas. Mientras esperaban a que el cemento se endureciera, reunirían los suministros y trabajarían en el jardín.

Era una mañana fría; había cierta crudeza en el ambiente, más característica de marzo o abril que de la tercera semana de mayo. Helen no podía creerse la drástica diferencia en el clima, considerando que estaban a solo cuatro horas al norte de su antiguo hogar en Connecticut. Nate se levantó y se puso sus nuevas botas de trabajo; llevaba unos días sin afeitarse. «Pronto tendré una gran barba de montañés, ya lo verás», le prometía siempre que hablaban de su nueva vida en Vermont. Ella estiró el brazo y tocó la incipiente barba. Él se dio la vuelta y sonrió.

—¿Feliz? —le preguntó.

Ella esperó un poco antes de responder y esbozó una cálida sonrisa.

—Definitivamente —dijo al fin. Aunque en realidad no estaba del todo segura, se dijo: «Afirmer algo lo vuelve realidad»—. Estoy feliz —añadió.

«Dale forma a tu realidad. Si lo dices, es real».

Nate la besó. Fue un beso largo, mientras los hombres que estaban rastrillando el cemento los observaban aunque fingieran no hacerlo. Helen estaba segura de que sentía otras miradas sobre ellos. Claro que era una ridiculez, pero no podía evitar esa sensación. Alejó su rostro para desviar su mirada en dirección a los árboles y luego hacia el pantano.

Por un milisegundo, creyó ver que algo se movía. Una figura que desaparecía entre la niebla.

—¿Estás bien? —le preguntó Nate.

—Sí, es solo que...

—¿Qué?

—Creí ver a alguien.

Él sonrió y echó un vistazo al patio, a los árboles, a los constructores y sus camiones.

—Bueno, es verdad que tenemos algo de compañía —dijo él—. Además, debe de haber como unos cien animales observándonos en este momento: ratones, aves, campañoles y tal vez algún que otro ciervo. —Al decir esto y echar un vistazo alrededor, parecía emocionado, incluso un poco más joven, mientras se imaginaba todos los animales que había allá fuera.

—Nuestros nuevos vecinos —dijo ella, y lo besó otra vez.

Capítulo 2

Olive

18 de mayo de 2015

No se quedarían. No podían quedarse.

Olive observaba con los binoculares desde su escondite dentro del hueco de un viejo arce. Tenía puestos sus pantalones y su chaqueta de camuflaje, y se había embarrado con algo de lodo el rostro para confundirse con los árboles. Su cabello estaba recogido en una trenza apretada.

—Llegaremos tarde —se quejó Mike en voz demasiado alta. Estaba encaramado en la rama de abajo, sujetándose desesperadamente al árbol.

—Shh —dijo ella entre dientes. El rostro de Mike era redondo y estaba muy sudoroso; su madre lo había rapado, pero le había dejado algunos mechones, por lo que parecía tener dos graciosas antenitas que sobresalían de su cabeza. De haber sido una amiga mejor, se habría ofrecido a cortárselos—. Quédate quieto —le ordenó.

Su padre la llevaba de cacería desde que tenía seis años. Sabía bien cómo mantenerse quieta y confundirse con sus alrededores para evitar que la vieran. El éxito del cazador dependía en un noventa y nueve por ciento de lo bien que estudiara a su presa: rastrearla, observarla, quedarse perfectamente quieto y esperar, esperar el momento del mejor disparo.

—No entiendo cuál es el problema —se quejó Mike, bajando la voz esta vez—. ¿Por qué estamos observando a estas personas?

—Porque no pertenecen a este lugar —dijo ella—. Están arruinándolo todo.

Con los binoculares, le echó un vistazo a la placa de Connecticut en la camioneta nueva de la pareja. También se fijó en las impecables botas de trabajo color café del hombre y en su camisa de franela bien planchada y sus vaqueros. Parecía sacado de las páginas de un catálogo de L. L. Bean. Por su parte, la mujer parecía que estuviese lista para ir a su clase de yoga, con sus mallas, sus zapatillas deportivas y su sudadera entallada. Toda su ropa parecía nueva, brillante y cara.

—Forasteros —dijo Olive con un tono de desagrado.

Conocía a este tipo de personas. Su padre se quejaba de ellos todo el tiempo. Solían poner letreros de «NO CAZAR» en su propiedad, conducir hasta Montpelier para comprar comida orgánica en la cooperativa, unirse a grupos de lectura en la biblioteca y consumir cerveza y queso artesanales de fabricación local. Se quejaban de las moscas negras, de los caminos intransitables durante la temporada de barro y del olor de la granja que quedaba a unos kilómetros de ahí. Oh, vaya si conocía bien a los de su tipo. Y también sabía que, en ocasiones, no soportaban el estilo de vida: al primer invierno, ya estaban poniendo su terreno en venta y se dirigían al sur.

Pero algunos se quedaban. Algunos se adaptaban.

Y andaban por ahí diciendo que nunca se habían sentido tan en casa.

Y que era maravilloso vivir en un lugar donde todos eran tan abiertos y todo el mundo podía ser auténtico.

Esa clase de palabrería le provocaba ganas de vomitar a Olive.

Su padre ya la había puesto sobre aviso: le dijo que una pareja de otro estado había comprado el terreno que estaba a menos de un kilómetro de su propiedad, y que habían conseguido un permiso de construcción. Luego, habían ido topógrafos y excavadoras. Pero creía que tendrían más tiempo antes de que llegaran. O que tal vez se arrepentirían. Sin embargo, ya estaban ahí, con su brillante camioneta nueva y su ropa elegante, observando mientras la mezcladora de cemento vertía el hormigón para los cimientos de su casa. Estaba ocurriendo de verdad.

Clavó sus uñas sucias en la dura corteza del árbol hasta que arrancó un pedazo, que luego rebotó en la cabeza de Mike y cayó al suelo.

—Olive, si vuelvo a llegar tarde a la escuela, mi padre me va a despellejar vivo.

—Pues vete —respondió ella. A veces Mike era un absoluto cobarde. Siempre se estaba arrepintiendo o desentendiéndose de los planes que ideaban juntos, porque, la verdad sea dicha, a Mike no le gustaba romper las reglas ni meterse en problemas. Era la clase de chico que se echaría a llorar si una maestra lo regañaba o le gritaba. A pesar de que ya estaba en el primer año de instituto, seguía actuando como un bebé. Con ese comportamiento, era como si pidiera a gritos que le dieran una paliza, lo cual ocurría muy a menudo, especialmente desde que habían empezado el instituto.

—En serio —insistió ella—. Deberías darte prisa para llegar a la escuela. —La verdad era que no lo quería ahí con ella. No sabía nada sobre quedarse quieto y camuflarse.

—Ven conmigo —le rogó, con esa mirada triste y suplicante que siempre ponía: ojos grandes y expresión extraña, como un muñeco. Por si no fuera suficiente, Mike siempre ponía una voz aguda tan pronto como detectaba la más mínima señal de problemas, por lo que sonaba más como una niña de cinco años que como un chico de catorce—. Si vuelves a saltarte las clases, no sé, podrían enviar al oficial que se encarga de perseguir a los holgazanes a buscarte, o algo peor.

Olive soltó una carcajada de fastidio. No existía tal cargo. De ser así, habrían ido a llamar a la puerta de su casa hacía semanas. No había sido precisamente una estudiante modelo aquel año; hasta había perdido la cuenta de cuántos días se había ido de clase antes o había faltado. Entregaba algunas de sus tareas, aparecía para algunos exámenes y, por lo general, le iba bastante bien, a pesar de no estudiar.

—Mira —susurró—, decide, te quedas o te vas. No me interesa. Pero si te quedas, tienes que estarte quieto y cerrar la boca.

—Como quieras —dijo Mike, mientras bajaba con torpeza del árbol para después aterrizar atropelladamente de un salto; la pesada mochila en su espalda le impedía moverse bien. El chico se sacudía como un oso y tenía la misma constitución: alto, barrigudo y de hombros redondeados. En la escuela decían que era retrasado porque sus padres eran hermanos, pero nada de eso era verdad. Olive sabía que Mike era mil veces más inteligente que cualquier otra persona que hubiese conocido. Tan inteligente que a veces daba miedo. Podía recordar cada detalle que leía y resolver problemas matemáticos que los de último año ni se atreverían a afrontar. Se sentía un poco mal por tratarlo así, pero ¿qué alternativa tenía?

Ya se lo compensaría después, tal vez con un pudín de chocolate de la cafetería de la escuela o con un cómic nuevo en su taquilla. A Mike le encantaba Linterna Verde. Cuando eran más pequeños, solían jugar a que Mike era Linterna Verde (incluso hizo su propio anillo mágico con un pedacito de tubo de cobre que le dejó el dedo verde) y Olive era la villana a la que trataba de atrapar. Olive sabía que Mike aún llevaba ese viejo anillo en el bolsillo, aunque ahora era demasiado pequeño para sus dedos, como una especie de amuleto de buena suerte.

Olive volvió a centrarse en la pareja de forasteros, apretando los binoculares contra sus ojos, y sintió que la ira se revolcaba en su interior como gusanos.

—Yo los destierro —dijo, lo cual era una tontería, pero lo había leído alguna vez en un libro, un libro sobre un reino y dragones y cosas mágicas, y

pensó que tal vez en realidad había palabras mágicas que tenían el poder de ahuyentar a las personas—. Los destierro.

¿Con qué cara podía burlarse de Mike y su estúpido anillo viejo? La magia no era real. Ya tenía catorce años; era demasiado mayor para creer en tonterías como deseos y palabras mágicas o anillos.

Su presencia ahí lo arruinaría todo.

Jamás encontraría el tesoro si tenía que escabullirse en la penumbra de la noche. Y tenía que encontrarlo pronto. Como dicen, el tiempo es oro.

Algunas personas argumentaban que todo era una mentira, un rumor, que ni siquiera existía. Ni siquiera Mike lo creía, no del todo, aunque le dijera lo contrario. Fingía solo para complacerla. La acompañaba siempre que salía a buscarlo y actuaba como si en realidad tuviera oportunidad de encontrarlo algún día, pero ella notaba que no era sincero.

Sin embargo, a pesar de que Mike era brillante para las matemáticas y para recitar de memoria todo lo que leía, era totalmente despistado para otras cosas. Y, claro, la mayoría de las personas eran idiotas.

Olive no. Ella sabía que era verdad porque su propia madre se lo había dicho.

«¡Claro que es real!», le había dicho su madre dos años atrás en la habitación de Olive, mientras hacía la limpieza de primavera: quitó las cortinas, limpió las ventanas y la madera. Olive disfrutaba mucho de aquellas limpiezas. Siempre tenía su habitación ordenada y sin una mota de polvo, pero quedaba aún mejor después de que su madre y ella lo limpiaran todo a fondo. Todo brillaba, y el olor a limpiador de limón le proporcionaba una sensación positiva y cálida. «Verás, sabía que iban a por ella, así que cogió el oro, la plata y las joyas, y lo enterró todo en un lugar secreto», le explicó su madre mientras movía la cama para que pudieran limpiar el suelo debajo de ella. «En algún lugar del bosque que rodea el pantano. Después, una vez que el tesoro estuvo a salvo, trató de huir. Pensó que volvería a por él más tarde».

«Pero la atraparon», dijo Olive mientras sumergía la fregona en el agua jabonosa del cubo de fregar.

«Así es. Su propia hija los guio directamente hacia ella, o al menos eso es lo que dice la gente».

«Yo nunca te haría algo así, mamá», dijo Olive mientras escurría la fregona.

«Ya sé que no». Su madre sacudió el cabello de Olive. «¿Y sabes qué más sé, mi Ollie? Algo de lo que estoy absolutamente segura. Sé que tú y yo encontraremos ese tesoro juntas. Es nuestro destino». A Olive le encantaba

saber que tenían un destino, que eran parte de algo más grande que las dos, que estaban conectadas a acontecimientos que ocurrieron mucho tiempo atrás. Podía verlo claro como la luz del día mientras limpiaban juntas: su madre y ella encontraban ese tesoro, lo desenterraban de su escondite. Serían ricas y famosas. Su madre decía que podían usar el dinero para pagar sus deudas, y hasta la hipoteca de la casa, y luego, viajar por el mundo, solo ellas y papá. Olive se lo imaginaba a la perfección: sus compañeros de la escuela encenderían la tele por la noche y la verían en las noticias de la tarde, sonriendo porque su madre y ella habían encontrado el tesoro que todos consideraban ficticio.

Pero luego algo cambió. Su madre descubrió un nuevo destino para sí misma, uno que no incluía a Olive. Todo ocurrió de manera gradual: su madre se volvió más callada y reservada, y dejó de hablar del tesoro, aunque Olive no podía saber exactamente cuándo había ocurrido. Una vez, mientras cenaban, Olive le preguntó sobre el tesoro y su madre se rio de ella como si fuese una tonta y le dijo: «No existe el tesoro, Ollie. No en realidad. Es solo una historia que te contaba cuando eras pequeña. Pero ya eres mayorcita para historias tontas como esa».

Después de eso, su madre se comportaba como si apenas conociera a Olive y a su padre; como si se le erizara la piel solo de estar en la casa. Se volvió muy nerviosa y siempre estaba inventando pretextos para salir: necesitamos leche, la noche está muy bonita para un paseo largo, una amiga necesita ayuda con algo. Empezó a pasar cada vez más tiempo lejos de casa. Esa primavera ni siquiera limpiaron, y, cuando Olive se lo comentó, ella se encogió de hombros y dijo que la casa ya estaba lo bastante limpia. El último verano, Olive oyó a sus padres pelear una noche. Oyó a su padre decir: «¿Quién es él?», y luego: «La mitad del pueblo lo sabe». Su madre lo negó todo y le pidió que, por el amor de Dios, bajara la voz.

A la mañana siguiente, su madre no bajó a desayunar. Por lo general, era la primera en llegar a la cocina para preparar el café, pero esa mañana Olive se encontró a su padre solo en la cocina, vertiendo agua caliente en una taza con café instantáneo.

—¿Mamá no se ha levantado?

—No está aquí —respondió su padre, apretando la mandíbula.

—¿Dónde está?

Su padre no respondió, solo apartó la mirada; tenía unas pronunciadas ojeras bajo sus ojos enrojecidos. Y una parte de Ollie se alegró de que no hubiera respondido, de que no le hubiera dicho la verdad.

Durante los siguientes días y semanas, Olive se esforzó por ignorar todos los chismes que circulaban por el pueblo: los susurros silenciosos de los adultos en la tienda y la biblioteca, incluso de los chicos en la escuela. Eso fue lo peor de todo, empezar el instituto en otoño y oír a los chicos mayores murmurar: «Su madre se fugó con otro hombre. Debe de ser horrible que tu madre sea una zorra». Olive recorría los pasillos exageradamente iluminados con la cabeza agachada, mientras fingía no oír, fingía no darse cuenta.

La tía Riley, la hermana mayor de su padre («Mi mandona hermana mayor», solía decir él), le dijo que no prestara atención a lo que decían los demás. «Tú conoces a tu madre mejor que nadie —le dijo Riley—. No lo olvides».

A pesar de que Riley era mayor que sus padres, parecía más joven que ellos. Ella era una de las personas favoritas de Olive en todo el universo. Siempre se regodeaba cuando caminaban juntas por el pueblo y esperaba que los chicos de la escuela la vieran. Pensaba que ello ayudaría a mejorar el estatus de Olive, de alguna manera. Riley tenía muchos tatuajes, un corte de cabello asimétrico con el flequillo pintado de azul y solía usar un pintalabios que combinaba con él. Vivía en un piso en un viejo edificio victoriano, trabajaba en un depósito donde vendía material de construcción usado, asistía a la universidad por las tardes y también trabajaba como voluntaria en la sociedad histórica y en Hábitat para la Humanidad. Incluso había viajado a Nicaragua un verano para ayudar a construir casas para los pobres. También, por un tiempo, estudió para llegar a ser tatuadora, y tenía un cuaderno lleno de sus diseños: dibujos cuidadosamente trazados en tinta de calaveras, flores y animales, y varias páginas de caligrafía muy adornada. Su tía tenía una actitud del tipo: «Yo seré como quiera ser y me importa un pimiento lo que piensen los demás»; Olive la admiraba mucho y aspiraba a ser como ella. Y era verdad eso de que mangoneaba a su padre (o al menos lo intentaba). Siempre le estaba diciendo qué hacer, y él simplemente asentía y le seguía la corriente, ya fuese en un asunto como «Hace falta cortar el pasto, Dusty» o en otro como «Esa camisa es un asco, ve a cambiarte». Olive sabía que Riley y su padre no habían tenido una infancia feliz (su madre bebía mucho y su padre casi nunca estaba en casa), así que la tía Riley prácticamente se había encargado de criar a su padre y llevaba toda la vida cuidándolo y dándole órdenes, por lo que se había convertido en un hábito.

Después de que la madre de Olive se marchara, Riley le sugirió a su hermano que se iba a mudar con ellos. «Solo por un tiempo. Para ayudarlos hasta que Lori regrese».

El padre de Olive respondió que apreciaba la oferta, pero que en realidad se las arreglaban bien.

Riley siempre le llevaba regalos extraños a Olive: frutos de naranjo enano, una regla de cálculo, un pedazo de ámbar con un insecto dentro. «¿Qué puedo decir? Las cosas extrañas siempre me recuerdan a ti», solía decirle con un guiño mientras agitaba su cabello antes de entregarle el regalo.

Por su parte, Riley tenía su propia colección de cosas raras en su piso: huesos de animales, una bola de cristal, cartas del tarot y péndulos. Pasaba mucho tiempo meditando y construyendo altares para toda clase de cosas, como conseguir un trabajo nuevo o para que un chico que le gustaba le correspondiera. Le gustaba hablar de sueños y siempre insistía en que Olive le contara los suyos cuando se quedaba a dormir. Para ella, los sueños eran de gran importancia, e incluso le había comprado a Olive un pequeño diario azul, con un sol y una luna en la portada, para que anotara los suyos. Olive pensó que el cuaderno era demasiado bonito como para llenarlo de sus sueños tontos, así que lo dejó en su librería para cuando tuviera algo que escribir que valiera la pena.

—¿Alguna vez has tenido una de esas experiencias durante las cuales sabes lo que va a pasar antes de que ocurra? —le preguntó a Olive una vez. Ella respondió que no, y Riley pareció decepcionada. A veces le leía las cartas del tarot a Olive, para decirle su futuro, que siempre parecía esperanzador y prometedor cuando Riley lo interpretaba, a pesar de sacar cartas que le daban miedo a Olive, como la Torre, que mostraba una torre en llamas después de haber sido alcanzada por un rayo y a dos personas precipitándose hacia el suelo.

—La Torre representa agitación y cambios repentinos. Tal vez sientas que tu vida está patas arriba, pero es importante que recuerdes que los cambios también pueden traer cosas positivas. Esto te ayudará a crecer. La destrucción trae consigo la transformación, ¿no crees? A veces uno tiene que derribar las estructuras que lo rodean para descubrir la verdad, para descubrir tu fuerza central y quién eres en realidad. ¿Entiendes, Ollie?

Olive asintió y, antes de terminar la lectura, bebieron un té de hierbas amargo que se suponía que las ayudaría a encontrar su centro y tener claridad. Riley se esforzaba mucho, casi demasiado, por hacer las cosas más fáciles para Olive. Ya desde antes pasaba mucho tiempo en su casa, por lo general con su madre. Riley y la madre de Olive solían ir a tiendas de antigüedades juntas, a jugar al bingo y a escuchar a bandas en la sidrería que se encontraba en la Ruta 9. El padre de Olive se molestaba (o al menos fingía hacerlo) cada

vez que Riley aparecía en su casa para llevarse a su mujer. «Por el amor de Dios —solía decirle—. ¡Pasas más tiempo con mi hermana que conmigo!». Ella se limitaba a reír mientras se apresuraba para ir con Riley a otra de sus aventuras y decía: «El único motivo por el cual me casé contigo fue para tener a la mejor cuñada del mundo».

Pero ahora Olive era la nueva acompañante de Riley. Olive llegó a la conclusión de que Riley también se sentía sola, extrañaba a su cuñada y necesitaba algo de compañía. La llevaba a tomar batidos de leche, a dar paseos por el bosque y la invitaba a quedarse en su casa los fines de semana, para ver películas de terror en blanco y negro y comer montones de golosinas. Su tía siempre le compraba una gran bolsa de sus dulces favoritos: golosinas Swedish Fish. Nunca tocaban el tema de su madre. Parecía que ese era precisamente el punto, que Olive se distrajera (y tal vez Riley, de paso) y no pensara en ella. Para ayudarla a olvidar que su propia madre los había abandonado, a ella y a su padre. Pero no había películas de terror, palomitas o bolsas de Swedish Fish suficientes en el mundo para que Olive la olvidara. Por su parte, su padre también fingía no oír los rumores.

Cada día, él salía por la mañana para ir a trabajar (se dedicaba a hacer trabajos de mantenimiento para el pueblo, como reparar caminos y alcantarillas, y a conducir la máquina quitanieves en invierno) y regresaba directo a casa cada tarde. Ya no salía a jugar a las cartas ni a tomar cerveza con sus amigos. Se quedaba en casa y preparaba cenas de microondas para los dos, que invariablemente eran insulsas y grasientas: filete, pollo frito y puré de patatas que ni siquiera sabía a patata. Pero Olive sonreía y se lo comía todo. Solo cocinaba comida de verdad cuando Riley los visitaba, y siempre eran espaguetis con diferentes salsas italianas picantes. Incluso se permitía gastar un poco más y compraba pan de ajo y ensalada. Ambos fingían que así era como cenaban cada noche, para que Riley no se preocupara.

—Tu madre volverá —le prometió su padre a Olive una noche que estaban los dos solos, comiendo el espantoso filete para microondas con el puré de patatas artificial y unas pequeñas tartas de manzana cuadradas—. ¿Y sabes qué he estado pensando? —De pronto, su mirada se iluminó por primera vez en lo que parecía ser una eternidad. Echó un vistazo alrededor de la cocina, como si nunca la hubiera visto: las deslucidas paredes con pedazos arrancados de papel, la formica desconchada del mostrador—. Creo que deberíamos darle una sorpresa. Arreglar la casa para ella. ¿Qué te parece?

Desde luego, Olive dijo que sí. Y fue así como empezaron las reformas.

Lo primero que derribaron fue la pared de la habitación extra que tenían; su padre incluso permitió que Olive diera el primer golpe con el mazo. Ella se colocó frente a la pared, contemplándola a través de sus gafas de seguridad empañadas.

—¿Estás seguro? —preguntó mientras sopesaba el mazo.

—¡Claro que sí! Estoy seguro —respondió su padre—. Derribala, cariño. Derribala toda.

A Olive no le gustaba destruir cosas; le dio a la pared unos cuantos golpes inciertos y luego su padre la relevó, y empezó a destruir el muro con tal frenesí que la asustó. El objetivo de derribarla era hacer una habitación más grande para sus padres.

—Tu madre siempre quiso una habitación principal —dijo su padre entre golpes; el polvo de yeso cubría su rostro y sus brazos—. Un armario para ella sola. —Golpeó de nuevo con renovado vigor hasta atravesar la pared.

Instalaron dos armarios, uno al lado del otro: para ella y para él. Olive ayudó a su padre a colgar en el de la izquierda toda la ropa que su madre no se había llevado. Mientras acomodaba el mejor vestido de su madre y su abrigo de cuero favorito, empezó a creer en lo que decía su padre, que su madre volvería. Es decir, no había manera de que simplemente abandonara todo aquello. Su vestido y abrigo favoritos. Todos sus zapatos. El tesoro. Olive.

Además de las reformas, Olive estaba más decidida que nunca a encontrar el tesoro. Estaba segura de que, si lo encontraba, su madre volvería. Dondequiera que estuviese, vería a Olive en la televisión o lo escucharía en las noticias: «Niña encuentra tesoro enterrado y se vuelve millonaria».

Y si eso no la hacía regresar, Olive tendría el dinero necesario para encontrarla. Contrataría a un ejército de detectives privados y haría todo lo que estuviera en sus manos para llevar a su madre de vuelta a casa. Y cuando su madre viera la nueva habitación principal y el enorme armario para ella sola, nunca más querría marcharse.

Mientras tanto, Olive seguía buscando.

Ahora, Olive podía oír los pasos de Mike mientras avanzaba torpemente por el camino. Apretó los binoculares contra su rostro y observó a los forasteros. Estaban ahí de pie, abrazados y esbozando unas sonrisas tontas que parecían decir: «Nuestros sueños se hacen realidad». Olive los odiaba. No podía evitarlo.

Se mordió el labio mientras los contemplaba. Ahora se estaban besando. Qué asco.

«Los destierro», pensó otra vez con toda la concentración posible. La mujer soltó al hombre y se volvió hacia donde estaba Olive.

Olive no se movió, solo se afianzó en el árbol y se concentró en camuflarse, en ser parte del paisaje. Porque sí que lo era. Y aquel lugar también era parte de ella. Los árboles, los animales, el pantano, el viento entre los árboles, todo.

Capítulo 3

Helen

19 de mayo de 2015

Estaban destripando algo.

Era la única forma en que podía describir el sonido que oía: un horrible y agudo chillido, posiblemente proveniente de una criatura que estaban torturando, abriendo por la mitad y destripando. Era un grito agudo y desesperado. Al principio, parecía provenir justo de fuera del remolque; luego, tuvo la impresión de que se movía o... ¿lo arrastraban?, por el bosque en dirección al pantano.

Llevaba horas despierta; no lograba conciliar el sueño en esa cama tan estrecha y con todos esos sonidos extraños: ramas que se quebraban, perros que aullaban, búhos que ululaban. Tan distinto al zumbido silencioso de los coches al que estaba acostumbrada cuando vivían en el piso.

Y, ahora, ese horrible grito que le provocaba una opresión en el pecho, como si su corazón fuera a salirse por su garganta.

Y Nate ni siquiera se inmutó. Típico. Ella le dio un ligero codazo.

—¡Nate! —gritó y susurró a la vez, tratando de controlar su respiración para no sonar tan asustada—. Nate, ¿has oído eso?

Helen se sentó y, al hacerlo, se golpeó en la cabeza con la ridícula repisa que había justo encima de la cama en el diminuto dormitorio del remolque. La habitación solo tenía espacio para una cama doble, y no había armario, así que había repisas por todas partes. Era casi imposible desplegar la cama; prácticamente, había que contorsionarse de formas que ni siquiera consideraba posibles.

—¿Oír qué? —preguntó Nate, rodando sobre su espalda.

—Un grito. Un grito espantoso.

Nate se sentó y, al golpearse también la cabeza con la repisa, masculló:

—¡Mierda!

Tendrían que hacer algo con aquellas repisas antes de que uno de los dos sufriera una contusión o se abriera la cabeza. Si llegaban a necesitar puntos, el

hospital más cercano estaba a unos cuarenta y cinco minutos. Trató de no pensar mucho en eso cuando se imaginaba todo el trabajo que tenían por delante, en lo fácil que sería que uno de ellos se resbalara con la hoja metálica de una sierra o se cayera de una escalera colocada sobre terreno irregular. Nate estiró el brazo y buscó a tientas la lámpara que estaba en la repisa hasta que logró encenderla. El pequeño dormitorio cobró vida en una explosión de brillo, como un rayo; Helen parpadeó y apartó la mirada.

—¡Apágala! —le ordenó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque lo que sea que merodee por allá fuera sabrá que estamos aquí.

En ese momento, se dio cuenta de lo tonto que sonaba eso. Su miedo le estaba jugando una mala pasada.

Él le dirigió una mirada que parecía decir: «¿En serio, Helen?», dejó la luz encendida y cogió sus gafas. Durante el día usaba lentes de contacto, pero en ese momento estaban en remojo en el pequeño contenedor de plástico sobre el minúsculo lavabo del baño.

—Helen, lo que has oído es un animal —le dijo con su tono de voz más reconfortante.

—¿Un animal gritando? Joder, Nate, sonaba como si estuvieran destripando a alguien. —De haber escuchado el sonido, Nate no estaría tan calmado.

Él colocó una mano sobre su brazo para tranquilizarla.

—Seguro que era un zorro. O una marta pescadora. Emiten un sonido espantoso que se asemeja a un grito.

—No, no fue eso.

—Por la mañana buscaré el sonido en internet para que lo escuches —le dijo Nate—. Ya verás que se trata de eso.

En la distancia, se oyó el ulular de un búho que se repetía una y otra vez.

—Ese es un cárabo norteamericano —dijo Nate, entusiasmado—. ¿Fue eso lo que oíste?

Ella dejó escapar un suspiro de exasperación.

—No, Señor Ciencia. Eso es un búho. ¡Sé cómo suena un maldito búho! Lo que oí era como si estuvieran torturando algo, o a alguien.

—Seguro que fue una marta pescadora. Jamás he oído una, pero según tengo entendido emiten un grito aterrador.

Apagó la luz, dejó sus gafas en la repisa y se acostó.

—¿Qué? —dijo ella con incredulidad—. ¿Vas a seguir durmiendo? ¿En serio?

—Son las tres y media de la mañana, Helen. Y tenemos mucho que hacer mañana.

Nate tenía la increíble habilidad de dormir sin importar lo que ocurriera a su alrededor. Seguro que se quedaría dormido en cuestión de unos minutos y, una vez que lo hacía, era casi imposible despertarlo. Las alarmas no servían de nada. Solía contar con orgullo que ni un terremoto de 6,5 en la escala de Richter había logrado despertarlo cuando hizo un viaje de investigación a El Salvador durante su máster.

El cuerpo de Helen no estaba configurado así. Sufría de insomnio constantemente, en particular en lugares nuevos. Y ahora que había algo, o alguien, gritando cerca del remolque, las probabilidades de que se volviera a dormir eran muy bajas. Y tal vez eso era lo mejor: uno de los dos tenía que permanecer despierto por si esa cosa, fuese lo que fuese, regresaba.

Se quedó acostada en medio de la oscuridad, escuchando el viento y los suaves ronquidos de Nate. El búho ululó otra vez. Pero no hubo más gritos. Cómo había permitido que Nate la convenciera para hacer esto, se preguntó por milésima vez. Recordó a Jenny, que les decía burlonamente: «¡Pensad en todo a lo que estáis renunciando! ¿Y para qué?».

Ahora, ahí estaba: en la cama, despierta y pendiente de los gritos de un misterioso animal, tal como Jenny le había advertido.

Cerró los ojos, inhaló profundamente y trató de imaginarse cómo era la vida cuando los primeros colonos llegaron a ese lugar. Cuando no había electricidad. Ni internet para buscar animales que emitían sonidos horribles en mitad de la noche. Cuando no podía dormir, Helen siempre pensaba en temas históricos, en investigaciones que había realizado, en hechos que sabía sobre el pasado, porque, de alguna manera, recordar siempre provocaba que el presente no pareciera tan malo, sin importar lo que estuviera ocurriendo.

Se imaginó a una mujer que había llegado a vivir a ese mismo bosque trescientos años atrás. La imaginó descubriendo los mismos sonidos por primera vez: el crujir de las ramas, el desolado ulular de un búho, los salvajes y aterradores gritos de una criatura desconocida. Se preguntó si el marido de la mujer también se habría quedado dormido a su lado, roncando tranquilamente. Se preguntó si ella también lo habría insultado en su mente, preguntándose cómo se había dejado convencer para ir a ese lugar. Esos pensamientos la hicieron sonreír y sentirse menos sola.

Alrededor de las cuatro y media, Helen se rindió y se movió lentamente para gatear por encima de los pies de Nate y salir de la cama. Cogió la bata que colgaba de un gancho en la puerta y caminó por el estrecho corredor

hacia la cocina. El remolque era pequeño y estrecho, y olía a ratón. Era básicamente una caja de zapatos hecha de aluminio, tenía ventanas con persianas, paneles de madera oscura y un sistema eléctrico sospechoso (cuando uno encendía una luz, otras se atenuaban). El suelo de linóleo se estaba agrietando (habían cubierto lo máximo posible con algunos tapetes) y los paneles de madera falsos en las paredes se combaban. El remolque tenía un dormitorio del tamaño de un armario, donde apenas cabía su cama, un diminuto baño, una sala y una cocina que en realidad eran una misma habitación, muy pequeña también. La cocina era como la de un barco, con viejos muebles de metal ligeramente oxidados. Para alegrar un poco el lugar, Helen había tratado de cubrirlos con papel adhesivo, pero este había comenzado a desprenderse y parecía pedazos de piel colgante.

El día que llegaron y se dispusieron a limpiar el remolque (después de que Nate la cogiera en brazos para cruzar el umbral, como una pareja ridícula de recién casados), lo encontraron repleto de cosas: muebles viejos y raídos, comida en la alacena y en el frigorífico, ropa apilada en las repisas del dormitorio; incluso había un cepillo de dientes en el lavabo.

«¿Hay algo que valga la pena conservar?», había preguntado Nate una vez que Helen hubo examinado el lugar con su meticulosa mirada de historiadora. Además de ser una entusiasta de la investigación histórica, a ella le fascinaban los objetos antiguos y pasaba mucho tiempo acudiendo a subastas y mercados callejeros. Lo que más le llamaba la atención eran los pequeños objetos personales, por ejemplo, viejas fotografías o cartas escritas a mano, manchadas y con tinta descolorida. Nate no entendía su obsesión por estos objetos ni por qué los compraba. «Ni siquiera conociste a esas personas».

«No —respondía ella—. Pero ahora ya los conozco un poco más, ¿no crees? Ahora, tengo un fragmento de su historia».

Sentía atracción hacia aquellos objetos y tenía la creencia de que, mientras los conservara y contemplara de vez en cuando, las personas cuyas vidas habían quedado parcialmente capturadas en ese pedazo de papel o en esa fotografía no serían olvidadas ni quedarían perdidas en el tiempo.

«Nada, pura basura», había respondido ella, decepcionada por no haber encontrado algunos frascos de mermelada antiguos, un vaso para la leche o algún mueble bien construido que valiera la pena conservar.

Lo más extraño de todo era la mesa: estaba puesta para dos, los platos pegajosos, con restos de comida fosilizados y excrementos de ratón, una botella de vino sin abrir y dos copas polvorientas y vacías en medio de la mesa.

«Supongo que el señor Decrow no era muy bueno limpiando», había dicho Nate. Lo tiraron todo a la basura, salvo el vino, que guardaron en una repisa de la cocina; mientras tanto, Helen se había preguntado qué sería lo que había interrumpido esa última cena. ¿Por qué no habían abierto el vino?

No querían invertir mucha energía ni dinero en reparar el remolque, ya que solo estarían ahí por un tiempo mientras construían la casa. Luego se desharían de él. O tal vez lo convertirían en un gallinero. A Helen le agradaba más esta idea; se imaginaba perfectamente a una gallina posada sobre uno de los armarios de metal, donde ella estaba buscando el café en ese momento.

Puso un filtro en la cafetera, añadió el café y llenó la jarra de vidrio, mientras se asomaba por la ventana que estaba sobre el fregadero de la cocina. Parecía casi un milagro que el remolque tuviera agua corriente, la cual provenía de un pozo que estaba en la propiedad, el mismo pozo del que dependería el agua de su nueva casa. Nate hizo analizar el agua y declaró que era potable.

Aunque todavía estaba oscuro fuera, el coro de aves madrugadoras había empezado a entonar sus melodías. Se oía mucho más fuerte que las aves en Connecticut. Podía escucharlas a través de las ventanas abiertas del remolque mientras se sentaba frente a la mesa y abría su portátil para revisar el correo. Y quizá también para empezar a investigar un poco; tal vez pudiera encontrar algo en línea sobre el supuesto fantasma del pantano de Breckenridge. Algo que la ayudara a entender mejor la historia del lugar. Quería investigar al respecto desde que estaban en Connecticut, pero había estado demasiado ocupada con los planes para la casa y con los últimos detalles de su trabajo en la escuela. De cualquier modo, era mejor empezar en el lugar, ya que tenía acceso a la biblioteca local, a los registros del ayuntamiento y a los residentes, quienes posiblemente podrían revelar más sobre la historia de aquella tierra que cualquier registro antiguo.

Mientras esperaba a que su ordenador se encendiera, escuchó a los pájaros que, en su opinión, armaban demasiado escándalo; parecían estar casi frenéticos.

Pero había algo más, otro sonido. No los gritos atormentados que había oído antes. Algo más silencioso.

Ramas rompiéndose. El suelo que crujía. Era el sonido de unas pisadas.

Sin duda, eran pisadas y se oían muy cerca.

Se levantó de su asiento, corrió por el pasillo hacia el dormitorio y tiró del pie de Nate.

—¡Nate! —susurró insistentemente—. Levántate.

—Y... ¿ahora qué? —masculló él—. ¿Otro búho?

—Hay alguien fuera. —Siguió tirando de él.

—Un animal —dijo él—. Un zorro. Una marta.

—¡Que no! Hay una persona con dos piernas ahí fuera. ¡Levántate!

Helen lo destapó y él estiró el brazo para agarrar sus gafas antes de arrastrarse hasta el pie de la cama.

—Coge la linterna —dijo Helen.

Nate siempre dejaba una linterna junto a la cama, incluso cuando vivían en el piso. Para él, era importante estar siempre preparado. Nate retrocedió, estiró nuevamente el brazo y tomó de la repisa la gran linterna amarilla recargable de alta potencia que habían comprado en la ferretería antes de emprender su aventura en Vermont.

Aún en calzoncillos y camiseta, Nate avanzó por el pasillo. Con esas gafas redondas que usaba, parecía una versión adulta de Harry Potter, sin la cicatriz.

—¡Date prisa! —dijo Helen, y se detuvo en la cocina para coger el cuchillo más grande que pudo encontrar.

Nate le dirigió una mirada entre incrédula y burlona.

—¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó.

—No sabemos qué puede haber ahí fuera —respondió Helen.

Nate sacudió la cabeza.

—Pero ten cuidado. No vayas a cortarte con toda la agitación —dijo él mientras abría la puerta.

Se quedó parado en la entrada apuntando la luz de la linterna por todo el exterior mientras Helen se colocaba detrás de él y observaba. El lugar estaba vacío. Los cimientos de hormigón seguían ahí, como la pista de aterrizaje de un gran avión.

«O una puerta —pensó ella—. Una puerta gigante».

—No hay nada —dijo él, y se volvió a mirarla con una expresión que parecía decir: «¿En serio me has sacado de la cama para esto?».

—Pero había algo —le dijo ella mientras lo hacía a un lado y bajaba por los inestables escalones de madera del remolque. Al hacerlo le dio una patada a algo que salió rodando.

—Apunta la linterna ahí —dijo ella mientras se giraba para mirar los escalones.

El rayo de luz se dirigió a ese punto.

Había algo en la base de la escalera. Un pequeño bulto envuelto en tela.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Helen, y se agachó para levantarlo.

—Parece un juguete para gatos —respondió Nate.

Helen lo examinó más de cerca.

—No es un juguete —dijo ella.

Era un pedazo viejo de tela blanca, con un poco de encaje o bordado en las esquinas. Tal vez solía ser un delicado pañuelo de mujer, pero ahora estaba deshilachado, manchado y hecho un ovillo; las cuatro esquinas del pañuelo estaban atadas en el centro con un hilo sucio en forma de lazo, como si fuera un regalo. Había algo dentro del bulto. Algo duro.

A Helen se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Por qué no lo llevamos dentro y le echamos un vistazo? —sugirió Nate.

—No voy a meter esa cosa en casa —respondió Helen—. De ninguna manera.

Sostuvo el bulto mientras sus dedos jugueteaban con el hilo. Bastaría un pequeño tirón para desanudarlo y ver lo que había en el interior del pañuelo. Pero ¿realmente quería saberlo?

No. No quería. No quería ver lo que había dentro.

Fuera lo que fuera, sin duda sería algo horrible. Estaba segura. Podía sentirlo: el peligro recorría sus dedos como el veneno de una picadura.

—¿Quieres que lo abra? —preguntó Nate.

—No —le dijo Helen—. Yo lo haré.

Estaba casi convencida de que habían dejado el bulto para ella, porque ella era quien había oído el grito.

Inhaló profundamente y se recordó a sí misma que ahora era la nueva Helen. La Helen que iba a vivir en Vermont y a construir su propia casa, la Helen que iba a aprender a matar sus propias gallinas, usar un hacha y cultivar sus propios alimentos. Con la misma fuerza que los pioneros. La Helen valiente. Podía hacerlo.

Tiró del hilo y deshizo el nudo. Con cuidado, desdobló el pañuelo para ver lo que había dentro mientras Nate la alumbraba con la linterna.

—¿Qué demonios? —dijo Helen casi sin aliento, y estuvo a punto de dejar caer el paquete (más bien, de arrojarlo al suelo, para alejarlo lo más posible de ella).

Pero lo sostuvo con más fuerza.

En el interior había un poco de hierba seca, a modo de un pequeño nido, y en el centro de este dos objetos: un clavo viejo y oxidado y un diente amarillento.

Nate se acercó y cogió el diente.

—Es un molar —dijo—. De un ungulado.

—¿Un qué? —preguntó Helen.

—Una oveja, o un ciervo tal vez.

—Bueno, ¿y qué hace envuelto en nuestra entrada? —dijo ella.

Nate reflexionó durante un minuto, frotando la incipiente barba de su mentón, lo que provocaba un débil ruido.

—No lo sé —dijo, inclinándose hacia atrás y levantando el clavo—. Esto es viejo. Parece que fue forjado a mano con acero.

—Y, de nuevo, mi pregunta es: ¿qué demonios hace en nuestra entrada? —repitió Helen.

—Tal vez siempre estuvo aquí —sugirió Nate—. En el remolque. Y nosotros le dimos una patada.

Helen sacudió la cabeza.

—Limpiamos. Barrimos. Lo habríamos visto.

—Tal vez es un regalo —dijo Nate.

—¿Un regalo de quién? ¿Quién nos dejaría algo así? —Su voz sonaba más aguda de lo habitual; preocupada, aunque no histérica. Se preguntó cómo Nate podía estar tan tranquilo, como si alguien les hubiera dejado una canasta de panecillos con una nota que dijera: «BIENVENIDOS AL VECINDARIO».

Nate volvió a frotarse la barba. Raspar, raspar, raspar.

—¿Alguien que trata de asustarnos? —Se volvió a mirarla y, al notar por la expresión en su rostro cómo su pánico iba en aumento, la acercó a su cuerpo para abrazarla.

—Bueno, pues lo están logrando —dijo Helen, echando un vistazo por encima del hombro de Nate, escaneando los árboles con la mirada. Estaba segura de que alguien (o algo) estaba ahí, esbozando una pequeña y retorcida sonrisa.

Capítulo 4

Olive

19 de mayo de 2015

Olive se movía por toda la cocina mientras preparaba el desayuno. Su padre aún no había bajado, pero tenía que irse al cabo de media hora, así que sin duda aparecería de un momento a otro, para tomarse un café. Y vaya si se quedaría sorprendido cuando viera el desayuno especial que le había preparado.

«Una abejita trabajadora». Eso es lo que decía su madre siempre que veía a Olive esforzándose mucho en algo. «Eres toda una abejita trabajadora».

Olive sonrió. Era una chica diligente. Había aprendido esa palabra en una de sus listas de vocabulario, cuando todavía hacía los deberes con regularidad.

«Diligente».

El viejo hervidor de metal estaba en el quemador trasero de la cocina. Aunque tenían una cafetera eléctrica, marca Mr. Coffee, su madre prefería el antiguo hervidor de esmalte azul y blanco que usaban cuando acampaban, así que se deshicieron de la cafetera en un mercadillo que habían montado frente al garaje. A su madre le encantaban ese tipo de mercadillos, tanto organizarlos como asistir a ellos. Cada primavera limpiaba a fondo la casa, sacaba un montón de cosas al camino de entrada y las colocaba sobre mesitas inestables: ropa, libros, utensilios de cocina, juguetes viejos, chucherías. A pesar de que Olive estaba segura de que a nadie podrían interesarle esas cosas, la gente siempre iba y las compraba. Después, durante el verano, su madre volvía a llenar la casa de tesoros que encontraba en los mercadillos de otras personas. A veces Olive tenía la sensación de que su madre terminaba comprando las cosas que ella misma había vendido, como un extraño ciclo sin fin. Olive tenía un bumerán que su padre le había regalado por su cumpleaños y llegó a pensar que algunos objetos eran como ese bumerán: se iban, pero siempre encontraban su camino de vuelta. Así se aferraban algunas cosas.

Cuando usaba el hervidor, mientras oía borbotear el agua, como si se tratase de un ser vivo, y la cocina se iba llenando del cálido olor a café, Olive

recordaba a su madre.

Se había acostumbrado a beber café desde que su madre se había marchado; lo tomaba igual que ella: dulce y con mucha leche. La primera vez que lo tomó no le puso suficiente leche ni azúcar, y el sabor amargo hizo que su estómago se retorciera. Además, bebió una gran taza, y su corazón se aceleró como el motor de un cohete. Pero después aprendió a ponerle suficiente leche y, pronto, se dio cuenta de que su cuerpo anhelaba el toque de energía que le proporcionaba el café cada mañana. Se había acostumbrado a muchas cosas: cocinar, lavar los platos, despertar a su padre y ayudarlo a prepararse para que llegara a tiempo al trabajo. Y también se había acostumbrado a las reformas. Cada día se pasaban unas horas rasgando paneles de yeso y derribando paredes. Su padre y ella invertían mucho tiempo cambiándolo todo, solo para dejarlo igual que estaba un mes después.

Era como el mito de Sísifo. Había aprendido eso en la escuela. La única clase que compartía con Mike era Literatura, y le encantó cuando llegaron a la parte del temario sobre mitos griegos y ella ya conocía todas las historias. La mayoría de ellas le parecían bastante inquietantes y tristes, sobre todo la de Sísifo, un pobre hombre que empujaba una piedra cuesta arriba y, antes de llegar a la cima, esta volvía a rodar hacia abajo. Así eran sus reformas: fútiles. Esa era la palabra que la señora Jenkins, la profesora de Olive, había utilizado para describir el castigo de Sísifo.

Olive sirvió un poco de café en la taza favorita de su madre: una gran taza roja que más bien parecía un tazón y que estaba descascarillada de un lado.

«En los cafés franceses, todo el mundo usa tazas así», le había dicho su madre una vez.

«¿Has estado en Francia, mamá?», preguntó Olive.

«No —respondió ella—. Pero eso será lo primero que haremos cuando encontremos el tesoro, ¡ir a recorrer el mundo! ¡Visitar una cafetería francesa y beber un rico *café au lait*!».

Olive revisó el horno; estaba preparando unos rollos de canela, de esos que vienen en una lata. Ella misma los había comprado en la tienda del pueblo. Su padre ya casi no hacía la compra últimamente. Cuando Riley los visitaba, solía llevar bolsas y bolsas de comida, pero el padre de Olive se molestó y le dijo que dejara de hacerlo, que no necesitaban caridad. Olive le pedía algo de dinero de vez en cuando para ir a por lo básico a la tienda de Ferguson en el pueblo: café, leche, cereales, pan, sopas enlatadas. Nada extravagante. Bueno, los rollos de canela sí eran un poco extravagantes, pero ese día estaba de humor para darse un capricho.

—Buenos días, Ollie —dijo su padre al entrar en la cocina—. ¿Ya has escuchado las noticias?

—No —dijo ella.

Él inhaló profundamente, infló las mejillas y luego soltó el aire.

—Algo terrible —dijo en voz baja—. Un autobús sufrió un accidente en la Ruta 4 anoche. Iba lleno de estudiantes de último año que regresaban de un viaje a Boston. Hay varios heridos y tres muertos. No sé si conocías a alguno de ellos. —Su padre esperó una respuesta.

Olive asintió. La verdad es que no conocía a nadie de último año. Es decir, se los topaba a veces en los pasillos, y a veces parecía que la conocían (o al menos su historia, porque murmuraban o reían entre dientes cuando ella pasaba a su lado).

—¿Chocó contra otro vehículo?

—No, se salió del camino. Dicen que el conductor trató de esquivar algo. Un animal tal vez.

Olive asintió. No sabía qué más decir.

Su padre echó un vistazo alrededor de la cocina y se puso de pie.

—Ya está listo el café —dijo Olive.

—Sí, huele muy bien. —Sonrió.

—Estoy preparando rollos de canela —dijo ella.

—¿Ah, sí? —Tomó la cafetera y se sirvió una taza—. ¿Estamos celebrando algo?

—Solo pensé que merecíamos darnos un gusto —respondió.

Él le sonrió y le sacudió el cabello.

—Tienes razón, hija. Nos lo merecemos.

Sonó el temporizador, Olive sacó los rollos del horno y los dejó encima de la cocina para que se enfriaran.

—¿Tienes planes después de la escuela? —le preguntó su padre.

Qué pregunta tan rara. ¿Cuánto hacía que no tenía planes después de la escuela? No practicaba ningún deporte, no estaba en el club de teatro ni nada de eso. A veces alguno de sus compañeros la invitaba a casa después de clases, pero, desde que su madre se marchó, siempre decía que no. Inventaba alguna excusa. Era más fácil de ese modo. Porque una vez que ibas a casa de alguien un par de veces, esperaban que tú también los invitaras a la tuya. No quería que la gente se enterara de que su casa estaba en un estado eterno de reconstrucción, que vieran los muros y techos abiertos, las tuberías y cables expuestos, el sustrato de contrachapado, el polvo de yeso que cubría toda

superficie de la casa. Era la prueba irrefutable de que, cuando su madre se fue, todo se derrumbó. Literalmente.

Incluso inventaba pretextos para mantener a Mike alejado.

Antes, solía ir todo el tiempo. A su madre le caía muy bien y se entretenía mucho con él y su conocimiento enciclopédico de datos curiosos. Cuando iba, le hablaba acerca del ciclo de vida de algún parásito africano sobre el que había leído y su madre le hacía toda clase de preguntas y le decía que era muy inteligente por saber todo eso, mientras le daba galletas de avena recién horneadas (sus favoritas). Su padre nunca sabía cómo comportarse con Mike (un chico al que no le interesaban ni la cacería ni los deportes), así que sus interacciones eran muy incómodas, y a Olive le parecía mejor evitar la situación. Además, no quería que Mike viera lo mal que estaba la casa en realidad. Se asustaría y se lo contaría a su madre, que sería capaz de llamar al Departamento de Protección Infantil o algo así.

Pero aún pasaba algo de tiempo con Mike, en la escuela y en el bosque. La verdad, Mike era el único amigo que le quedaba a Olive, y viceversa.

«Oliver el Raro», así la llamaban todos en la escuela, incluso los alumnos mayores que ni siquiera conocía. Los chicos de su clase la llamaban así desde quinto año, y ella tenía la esperanza de que el nombre desapareciera al pasar al instituto, pero no solo se le había quedado, sino que todo había empeorado. El instituto era grande y extraño. Un mundo donde las reglas normales no se aplicaban. Al caminar por los pasillos, le llegaba a la mente otra historia que había aprendido en su clase de Literatura: el mito del Minotauro y el laberinto. Solo que, en su versión, había Minotauros por todas partes, acechando en cada rincón, y usaban cazadoras de cuero, perfume barato y kilos de maquillaje. Había tres pueblos distintos que compartían el mismo instituto, así que había muchas personas que Olive no conocía. Antes pensaba que aquello era algo bueno, ya que la ayudaría a mezclarse más, a ocultarse, pero en realidad solo la hacía sobresalir más. Las noticias sobre su apodo y la historia de su madre se propagaron rápidamente durante las primeras semanas de clases.

«¿Vas de cacería, Oliver el Raro?», se burlaban cuando iba a la escuela con su cazadora y pantalones de camuflaje. «Al diablo con ellos», pensaba ella. A veces incluso mascullaba un rápido: «Vete a la mierda», pero ellos murmuraban, se reían y le gritaban: «¡Eres toda una friki! Con razón tu madre te abandonó». Eso era lo peor de todo, cuando metían a su madre en el asunto. En ocasiones, le dejaban cosas en su taquilla, como brillo labial y sombra de ojos, acompañadas de una nota que decía: «¿Eres hombre o mujer?». A veces

las notas eran incluso más crueles. «Tu madre es una puta. Se abría de piernas para casi todos los hombres del pueblo».

Mike le decía que no les hiciera caso.

—¿Sabes?, tengo un juego para eso —le dijo una vez, después de que encontrara una nota particularmente cruel pegada a su taquilla. Él fingió no ver lo que decía la nota, solo la quitó y la arrugó—. Cuando vengo al instituto, finjo que no soy uno de ellos, sino un alienígena de una galaxia muy lejana, al que enviaron aquí a observar.

Olive asintió.

—Pero las criaturas de mi planeta volverán pronto a recogerme y, después de eso, destruiremos la Tierra, con una gran bola de fuego —dijo él, imitando el sonido de una explosión y agitando los dedos—. ¡Puf!

Olive sonrió, pero se sentía algo incómoda. No quería pensar en nadie quemado así, ni siquiera en las chicas que le dejaban esas crueles notas.

—Además, puedo elegir a quién quiero llevar conmigo de vuelta a mi planeta. Y todos los demás serán desintegrados. —Sus ojos centellearon—. Hasta ahora, solo te he elegido a ti —le dijo a Olive con una gran y boba sonrisa.

—Eh..., gracias, supongo —respondió ella.

Sonó la campana por segunda vez y corrieron a clase, pues ya se les había hecho tarde.

—Estaba pensando que podríamos empezar con tu habitación —dijo su padre.

Olive parpadeó.

—¿Eh? —respondió, creyendo que tal vez había oído mal por estar pensando en Mike y sus alienígenas.

—Tu habitación —repitió él—. Estaba pensando que podríamos empezar a trabajar ahí. No hay motivo para posponerlo, ¿no crees?

Se le hizo un nudo en el estómago. No, su habitación no. Ese era su único espacio seguro. Su padre ya había sugerido agrandarla unas cuantas semanas atrás, cuando Riley fue a cenar con ellos.

Olive dijo que su habitación estaba bien, que le gustaba como estaba.

«¿No te gustaría que fuera más grande? ¿Y mejor? ¿Con techos más altos? ¿Con un armario más grande?».

«Por el amor de Dios, Dustin —intervino Riley—. Ya te ha dicho que le gusta tal como está. ¿No puedes dejar ni una habitación en paz?».

Su padre desistió, pero después de que Riley se fuera siguió hablando de todos los cambios que harían algún día en la habitación de Olive, aunque nunca sugirió que empezaran a trabajar en ellos pronto. Las paredes y el techo de su habitación estaban intactos. Todo estaba limpio y libre de polvo. Era el único lugar de la casa donde seguía reinando el orden. El único lugar que había permanecido igual desde el día en que su madre se marchó.

—¿No crees que antes deberíamos terminar el salón? ¿Poner los paneles de yeso que faltan? ¿Pintar, tal vez? —Trató de disimular lo agitada y desesperada que se sentía.

«No, mi habitación no. Todo menos eso». Su padre parecía decepcionado.

—Solo quiero que tengas una habitación bonita. Podríamos hacerla más grande si le quitamos un poco de espacio a la habitación extra. Podrías tener un vestidor. Ya sabes, como lo habíamos hablado.

En realidad, el que había hablado era él; él era quien se lo había imaginado, quien le había prometido lo bonito y perfecto que se vería todo si derribaban una pared y añadían algunas repisas. Como si fuese posible encontrar la felicidad verdadera con un mazo y un panel de yeso.

—Mi armario está bien como está —le dijo. Olive no tenía mucha ropa. No como otras chicas que parecían tener un atuendo distinto para cada día del mes. Ella se conformaba con sus dos vaqueros (llenos de parches), sus pantalones de camuflaje con muchos bolsillos, unas cuantas camisetas, una sudadera y su cazadora de camuflaje. Tenía dos pares de zapatos: unas botas para cazar y unas zapatillas de deporte.

—Creí que... —empezó a decir él. Se le veía profundamente decepcionado.

—De verdad, creo que deberíamos centrarnos en terminar algunos de los proyectos que ya hemos empezado —dijo ella y, al hacerlo, se dio cuenta de lo extraño de la situación: ella hablaba como el adulto y él como el niño lleno de ideas locas y poco prácticas—. Mejor sigamos trabajando en el salón hoy después de clases, ¿de acuerdo? Eso será lo primero que mamá verá al entrar por la puerta. Queremos que se vea perfecto, ¿no?

Más que decepcionado, ahora parecía cansado. Viejo. Se había adelgazado desde que su madre los había dejado. Su piel se veía amarillenta y tenía grandes ojeras. Su cabello color arena necesitaba un buen corte. Olive tenía que cuidarlo más, asegurarse de que comiera bien y convencerlo para que se acostara temprano en vez de quedarse dormido cada noche en el viejo y raído sofá mientras veía la televisión en el salón.

Durante medio segundo pensó en cambiar de opinión, en ceder y decirle que estaba bien, que podían empezar a trabajar en su habitación, solo para hacerlo feliz. Para verlo sonreír.

Pero se mordió el labio y aguardó.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Podemos terminar el salón primero. ¿De qué color deberíamos pintarlo?

Olive sonrió y volvió a respirar. Pensó un poco en su respuesta mientras untaba el espeso glaseado blanco en los rollos de canela.

—Azul —dijo finalmente—. Como el cielo. Como el vestido favorito de mamá. Ya sabes cuál, ¿no?

Su padre frunció mucho el ceño; su frente se arrugó tanto como la de un anciano, como si el recuerdo de su mujer con el vestido fuera demasiado para él. Parecía como si se hiciera más pequeño, ahí, frente a sus propios ojos.

—Sí, ya sé cuál es —respondió, con una voz baja y quebrada. Cogió la taza de café y bebió un sorbo, a pesar de que estaba muy caliente—. Pasaré a por unas muestras de pintura después del trabajo para que decidas cuál se parece más.

—Perfecto —señaló Olive. Puso un rollo de canela en un plato y se lo entregó a su padre.

—Gracias —dijo él, y le dio un gran mordisco antes de salir de la cocina y empezar a prepararse para ir al trabajo—. ¡Mmm! Te estás convirtiendo en una excelente cocinera.

Pensó en decirle: «Papá, son de lata. Hasta un mono amaestrado podría hacerlos». Pero en vez de eso contestó:

—Gracias. —Luego, le dio un sorbo a su gran taza de café.

Oyó el sonido de la ducha y cómo las tuberías emitían un golpeteo que no era muy reconfortante. Estaba casi segura de que habían puesto algunas de las tuberías mal cuando remodelaron el baño. A veces el golpeteo se convertía en un gemido grave, como si hubiese un monstruo atrapado en las paredes, gritando para salir. Estaba convencida de que tendrían que volver a quitar la pared y arreglar la tubería. Entonces, tal vez su padre tomaría la decisión de que la ducha debería ir en otra pared, y tendrían que empezar desde cero.

Veinte minutos después, Olive estaba envolviendo los rollos de canela sobrantes. Su padre entró en la cocina. Olía a espuma de afeitar mentolada y a jabón Irish Spring. Llenó su taza con tapa y Olive le entregó el almuerzo que

había envuelto para él: un sándwich de jamón, una manzana y dos rollos de canela.

—Me voy —dijo mientras cogía las llaves de la camioneta—. ¿Quieres que te lleve? Trabajaré en County Road esta mañana; están reparando la alcantarilla. Pero puedo dejarte de camino.

County Road quedaba al otro lado del pueblo, muy lejos del instituto. No le quedaba para nada de camino. Ella sonrió por su amable ofrecimiento.

—No, gracias. Cogeré el autobús.

—Pues será mejor que te des prisa o lo perderás —le advirtió.

—Salgo dentro de cinco minutos —indicó ella.

—Esa es mi chica —dijo él sin mirar atrás, mientras se dirigía a la puerta. Olive lo oyó poner en marcha su viejo Chevy. Al principio este arrancó lentamente, como si no quisiera moverse, pero al fin el motor rugió y el coche partió.

Ella volvió a sentarse y se comió otro rollo de canela. No iba a tomar el autobús. Oliver el Raro no pensaba ir al instituto ese día.

Tenía otros planes.

Capítulo 5

Helen

19 de mayo de 2015

Con su portátil abierto, Nate le reprodujo los espantosos sonidos una y otra vez. Un zorro rojo gritando. Una marta pescadora. Ambos sonidos eran crueles, incómodos y horripilantes. Helen se retorció cada vez que Nate le daba a la tecla de reproducir. Él inclinó la cabeza para oír mejor, como si tratara de aprender su idioma.

—¿Alguno de estos es el ruido que oíste?

—No lo sé. No sé qué oí —dijo ella, mientras bebía un sorbo de vino—. ¿Podrías dejar de reproducirlos ya, por favor?

Estaba cansada, dolorida y necesitaba un baño caliente. Pero solo tenían una diminuta ducha, apenas lo suficientemente grande para moverse dentro de ella, con cortinas de plástico manchadas y tan poca presión que Nate lo llamaba un «baño de saliva». Tendría que conformarse.

—La gente las denomina martas pescadoras, pero nada que ver —le explicó—. De hecho, son parte de la familia de las comadreas.

Reprodujo el audio una vez más y la cocina se llenó con el horrible chillido.

—Por favor, Nate —le suplicó—. Apaga esa maldita cosa.

Pasaron la mañana apilando la madera que les habían entregado debajo de un toldo de nailon. Luego, montaron un segundo toldo para usarlo como área de trabajo y para colocar ahí las herramientas. El hombre que entregó la madera les contó que había ocurrido un terrible accidente la noche anterior, cerca del centro del pueblo: un autobús que transportaba a chicos del instituto se salió del camino. Tres muertos y veinte heridos. Mientras la policía inspeccionaba el lugar, habían dejado abierto un solo carril de la carretera.

—Mi prima iba en ese autobús —les dijo el sujeto de la maderería—. Ella está bien, pero me contó que varios de los que iban en el vehículo, incluida ella, declararon que el conductor viró para esquivar a una mujer que estaba en medio del camino.

—Por Dios —dijo Nate—. ¿Y atropellaron a la mujer?

—No había señal de la mujer cuando llegaron los bomberos. Solo el autobús destrozado y un montón de chicos histéricos y heridos. —El hombre se volvió hacia los árboles y luego fijó la mirada en el sendero que llevaba al pantano.

—Es terrible —señaló Helen.

—Tal vez eso fue lo que oíste anoche —le expuso Nate—. ¿El chirrido de los neumáticos? ¿Sirenas de ambulancia?

Ella sacudió la cabeza. Conocía muy bien esos sonidos, ya que su piso en Connecticut no estaba muy lejos de la autopista, los oía a menudo.

—Dudo que hubieran oído algo desde aquí —dijo el hombre.

—El sonido viaja de formas extrañas —argumentó Nate, aunque más para sí mismo que para el hombre de la maderería, como si tratara de convencerse de que el accidente era la respuesta al misterioso sonido que había oído Helen.

Cuando terminaron de apilar la madera, Helen y Nate empezaron a levantar una de las paredes.

Al principio, el trabajo marchaba muy bien. Sacaron sus relucientes herramientas nuevas y se turnaron para medir y cortar. Pronto consiguieron un buen ritmo de trabajo, moviéndose a la vez y avanzando rápidamente. Era agradable volver a hacer trabajo de carpintería; a Helen le recordaba el tiempo que había compartido con su padre y la satisfacción que siempre sentía al final del día. Trabajar con herramientas conllevaba cierta meditación: uno tenía que vaciar su mente de todo y enfocarse en lo que estaba haciendo. Se sentía calmada. En paz.

Hasta que las cosas empezaron a salir mal.

Se puso a pensar en el grito que había oído y en el bulto con el diente y el clavo, y eso arruinó su concentración.

Los clavos se doblaban, las tablas no encajaban y nada quedaba tan bien alineado en la vida real como en los planos. Además, el sonido de la sierra eléctrica la ponía nerviosa. La estaban usando para cortar la madera del marco y que esta coincidiera con las medidas, y cada vez que Helen la oía entrar en contacto con la madera, no podía evitar pensar en el grito de la noche anterior.

Discutieron después de que Helen dejara una pieza demasiado corta.

—Dijiste noventa y dos y medio, ¿no? —apuntó ella.

—Sí, eso dije —respondió Nate mientras revisaba los planos—. Esa es la longitud de todos los montantes verticales.

—Pues eso es lo que he marcado y cortado. —Había utilizado la cinta métrica para trazar cuidadosamente una línea con el cuadrado de metal y el grueso lápiz de carpintero—. Igual que con todas las demás.

—Tal vez te equivocaste con la cinta métrica —sugirió él.

—¿Crees que no sé usar una cinta métrica? —respondió agresivamente ella.

—No, amor, solo digo que...

—Córtalos tú, entonces —le espetó ella. No era su intención decirlo. Ella no era así, pero estaba muy tensa. De mal humor. Por la falta de sueño. Por el recuerdo del espantoso grito. Por el diente y el clavo, a los que Nate se refería como «nuestro extraño regalo».

—Oye —dijo Nate mientras le frotaba los hombros—, ¿qué te parece si lo dejamos por hoy? Podemos ir a pasear un poco. Luego iré al pueblo a por una *pizza* y una botella de vino. ¿Cómo lo ves?

Ella estuvo de acuerdo. Se disculpó por ser tan pesada, guardaron las herramientas y se dirigieron al pantano. Era una caminata de cinco minutos, colina abajo por el bosque. El aire era dulce y limpio, y el camino estaba cubierto de una gruesa capa de agujas de pino. Era realmente hermoso. En el camino, Helen vio unas flores rosas ovaladas, como en forma de globo.

—¿Qué tipo de flores son esas?

—Se llaman zapatillas de dama —respondió Nate—. Son parte de la familia de las orquídeas. Aunque debo decir que el pie de una dama no es lo primero que me viene a la mente cuando las veo.

Helen sonrió y se agachó para observar una. Era una flor delicada y tan sexualmente sugestiva que casi daba vergüenza.

—¿Qué te parece? Estuve investigando y resulta que el pantano de Breckenridge no es en realidad un pantano propiamente dicho —le dijo Nate—. Es una ciénaga: un humedal pantanoso alimentado por manantiales subterráneos.

—Una ciénaga —repitió Helen.

—Sí, la mayoría de los pantanos se alimentan por la escorrentía de otros cuerpos de agua. Tienen muy poco oxígeno. Por otro lado, una ciénaga tiene arroyos y aguas subterráneas que le proporcionan más oxígeno; por lo tanto, los nutrientes de la tierra y del agua son más ricos.

Llegaron al pantano, rodeado de pinos, cedros y alerces. Incluso había algunos pequeños cedros creciendo en el pantano. El suelo era una gruesa capa de musgo esponjoso que flotaba en la superficie del agua. Había juncias, arbustos bajos y hierba espesa que les ocultaban las piernas mientras

caminaban. Sentían como si el suelo succionara sus pies. Era como caminar sobre una esponja gigante. Todo en aquel lugar era maravilloso, nuevo y lleno de magia.

—Es como estar en otro planeta —afirmó Helen acercándose a Nate, que la abrazó desde atrás.

Le enseñó las plantas jarra, con flores rojas en forma de corazón y hojas en la parte inferior en forma de pequeñas jarras.

—Son carnívoras —dijo él—. Los insectos son atraídos por las jarras y se ahogan en el agua dentro de ellas; luego, la planta los digiere.

—¿Por qué no salen arrastrándose?

—Se quedan atrapados. El interior es pegajoso y tiene pequeños dientes. Una vez dentro, es muy difícil que escapen.

Helen se estremeció.

En el centro del pantano había un profundo estanque de agua oscura. Los nenúfares flotaban en su superficie y las libélulas volaban por encima.

—Me pregunto si es muy profundo —dijo Helen.

—Podría ser bastante profundo, después de todo, se alimenta de un manantial. ¿Notas lo fría que está el agua aquí?

Llegaron al otro lado del pantano y encontraron pilas de piedras redondas no canteadas en la orilla.

—Un viejo muro tal vez —sugirió Nate.

Helen caminó alrededor de la estructura para observarla mejor.

—No. Mira, tiene cuatro lados. —Retrocedió un poco para ver mejor—. Son pequeños cimientos. ¡Tal vez había un edificio aquí, Nate! ¡O una pequeña casa! —Se acercó de nuevo a los cimientos y se emocionó un poco al estar de pie ahí, en el mismo lugar donde se imaginaba una puerta que se abría.

—Qué extraño lugar para construir una casa, tan cerca del pantano —dijo Nate, arrugando la frente como siempre hacía cuando algo lo confundía o no tenía sentido para su mente racional.

Helen se agachó y levantó una roca. Se preguntó quién las habría apilado, cuánto tiempo hacía y qué habría ocurrido con esas personas. Aquella simple roca le parecía llena de vida, rebosante de historia y de posibilidades. Se preguntó qué otras cosas podría encontrar si excavaba un poco por el lugar: pedazos de vidrio, de cerámica, de metal. Señales de la gente que solía vivir ahí.

—Apuesto a que hay registros antiguos que podrían decirnos quién vivía aquí y cuándo —dijo emocionada. Tal vez estaba relacionado con el fantasma

que el agente inmobiliario mencionó el primer día. El hecho de haber encontrado pruebas de la existencia de una edificación reafirmó su decisión de investigar la historia de esa tierra, una historia con la que ahora estaba directamente relacionada al ser la propietaria y administradora—. Esta semana me daré una vuelta por la oficina del secretario municipal y la biblioteca para ver qué puedo averiguar.

—Suenan bien, amor —musitó Nate. Estaba agachado frente a una aglomeración de plantas jarra, mirando el interior de la garganta de una de ellas.

Helen dejó la roca en su lugar con cuidado. En ese instante, su visión periférica captó un movimiento y se volvió hacia ese lado.

—¿Ves eso? —preguntó ella.

—¿El qué? —Alzó la mirada.

Ella señaló la orilla del otro lado del pantano.

—Ese pájaro enorme.

Nate siguió su dedo y, al ver el ave que vadeaba por el agua, sonrió.

—¡Guau! ¡Es una garza azul!

Era un ave alta de cuello largo y patas como de cigüeña, y no era azul, sino de un bonito tono gris.

El ave se giró y se los quedó mirando; sus ojos eran de un amarillo brillante.

Su mirada parecía decir: «Intrusos. ¿Qué estáis haciendo aquí?».

—Ella nos está observando —dijo Helen.

—¿Cómo sabes que es hembra? —preguntó Nate.

—Simplemente lo sé —respondió Helen.

Nate sacó su teléfono y empezó a hacerle fotos.

—¡Ojalá tuviera mi cámara! —dijo—. La buscaré cuando regresemos. Casi todas las aves varían en cuanto a su color cuando se trata de machos y hembras de la especie.

El ave se cansó de observar, o de ser observada, y se fue volando, agitando sus enormes alas y ocultando sus largas patas bajo su cuerpo, con su cabeza y su cuello formando una S.

Dieron la vuelta para marcharse y Helen reparó en algo cerca del suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Nate, mientras ella se acercaba a investigar.

—Un pedacito de hilo rojo —dijo ella. Estaba amarrado a la base de un arbusto pequeño.

—Tal vez salió volando y vino a parar aquí —sugirió Nate.

—No —respondió Helen. El hilo estaba atado con un nudo perfecto—. Alguien lo puso aquí.

Helen deshizo el nudo. El hilo era de un color rojo brillante y, supuso, de nailon. Lo guardó en su bolsillo. Mientras caminaban de vuelta por el sendero, encontró varios pedazos más de hilo, todos atados a árboles, matorrales y arbustos. Colgaban y ondeaban en la brisa, como banderas de advertencia.

—Tal vez alguien midió el terreno —dijo Nate.

—Tal vez —respondió Helen, pero en su interior sabía que no era así. Los hilos rojos estaban distribuidos de forma aparentemente aleatoria. Además, ¿por qué utilizarían hilos en vez de cinta de plástico? Ahora que sabía de su existencia, los encontraba por todas partes: algunos parecían maltratados y deshilachados, mientras que otros estaban brillantes y nuevos.

Cuando regresaron, lo primero que hizo Nate fue sacar su guía de campo de aves orientales.

—Resulta que es casi imposible diferenciar a los machos y las hembras de esa especie.

Abrió su nueva bitácora de naturaleza y empezó a hacer un bosquejo rápido del ave, y a anotar los detalles del avistamiento. Helen le había regalado el cuaderno Moleskine mientras se preparaban para mudarse a Vermont. «Pensé que podrías usarlo como una especie de diario de campo. Para registrar toda la flora y fauna local que encuentres en la casa nueva». A Nate le había encantado. Y ahora, la garza azul era la primera entrada oficial.

Empezó a leer algunos datos de las garzas en su guía: su hábitat, apareamiento y gestación.

—A pesar de que cazan solas, anidan en colonias —estaba diciendo. Se detuvo y anotó algunos de esos datos en su diario—. Las hembras ponen entre dos y siete huevos.

Helen lo escuchaba a medias. Su mirada estaba fija en el paquete abierto que Nate había dejado sobre la mesa de la cocina: el pequeño nido que contenía el diente y el clavo. Al principio no quería meterlo en el remolque y pensó que lo mejor sería sacarlo y enterrarlo en las profundidades del bosque. O arrojarlo al pantano tal vez. Pero entonces tuvo la irracional idea de que podría funcionar como una semilla; que, si trataba de enterrarlo o arrojarlo al pantano, le saldrían brotes, empezaría a crecer y se convertiría en algo con forma y más poderoso. Algo vivo.

—¿Sabías que, a pesar de su tamaño, las garzas solo pesan alrededor de dos kilos? —le preguntó Nate sin alzar la mirada—. Es increíble, ¿verdad? Es

por sus huesos huecos. Todas las aves tienen huesos huecos.

Helen inhaló profundamente. Le dolía la cabeza. Sus propios huesos se sentían sólidos, pesados, tiesos como hormigón y doloridos.

—¿No dijiste que irías a comprar vino y *pizza*?

—Sí, sí, claro —dijo él, y cerró el libro. Fue con rapidez a la habitación para cambiarse y coger su cartera.

—Oye, amor —le dijo él mientras regresaba por el pasillo—. ¿Has cogido dinero de aquí?

—No.

Él sacudió la cabeza.

—Qué extraño. Si las cuentas no me fallan, me faltan como cuarenta dólares.

—Usaste algo de efectivo ayer —le recordó—. En el desayuno y después en la tienda. Ah, y luego saliste a comprar cerveza, ¿recuerdas?

—Es cierto —dijo él—. Tal vez gasté más de lo que pensaba. O tal vez el chico de la tienda me dio mal el cambio. —Contó el dinero una vez más y se lo quedó mirando, confundido. Luego dijo—: Ya me voy. No tardo —prometió.

Cuando Nate volvió con la *pizza* y las dos botellas de vino, Helen ya había tomado una ducha tibia, la menos satisfactoria de su vida, y se había puesto unos pantalones de pijama y una de las camisetas de Nate.

—Este es de un viñedo en Vermont —dijo él con orgullo, levantando la botella de Marquette.

Aquello sería parte de su nueva vida: comprar, comer y beber productos locales.

Aunque la verdad era que a esas alturas no le importaba si el maldito vino estaba hecho de col de los pantanos. Solo quería un trago.

Nate también había comprado un periódico local. En primera plana aparecía la noticia del accidente. Al ver las sonrientes fotografías escolares de los adolescentes muertos, Helen pasó la página. No podía soportarlo; era algo terrible. Estaba esforzándose por no tomárselo como un mal augurio de su nueva vida.

Inhaló profundamente y apartó la mirada del periódico.

«Aquí es donde debemos estar —se dijo—. Estamos viviendo nuestros sueños».

—Hay una pequeña ceremonia mañana en la escuela —dijo Nate—. Tal vez deberíamos ir.

Helen sacudió la cabeza.

—No, no lo soportaría. Además, sería extraño. Acabamos de llegar. En realidad, aún no somos parte de la comunidad. Me sentiría... como un mirón o algo así, ¿sabes?

Nate asintió.

—Sí, te entiendo.

Cuando terminaron la *pizza* (que estaba bastante mala, con una salsa demasiado dulce y champiñones de lata, y aun así era extrañamente gratificante) y se acabaron la primera botella de vino, Nate sacó su ordenador y empezó a reproducir sonidos de animales.

Por fortuna, se detuvo después de un rato y guardó el portátil.

Helen estaba haciendo un gran esfuerzo por no enfadarse con él. Se centraba en sus virtudes y se recordaba a sí misma lo mucho que lo amaba. Solo estaba estresada; no era motivo para desquitarse con el pobre Nate.

Recordó el día que se conocieron; ambos eran profesores nuevos en la Academia Palmer. Hablaron por primera vez en una fiesta para el claustro docente durante la primera semana de clases. Nate llevaba una corbata con la tabla periódica. Otra de las invitadas, una profesora de Literatura llamada Stella Flemming, estuvo detrás de Nate todo el rato, diciéndole que quería escribir un poema sobre él y su corbata. La primera vez que Helen lo vio, se preguntó por qué el guapo profesor de Ciencias con la corbata graciosa la miraba de manera tan extraña. Después, sonrió al darse cuenta de que le había estado dirigiendo miradas de «sálvame» toda la noche. Finalmente, se acercó a él, tocó su brazo y dijo: «Tú eres el profesor de Ciencias, ¿verdad?». Él asintió de modo alentador.

—Quería pedirte un favor. He oído que las Pléyades son visibles en el cielo durante esta época del año, pero no estoy segura de hacia dónde debo mirar.

Él sonrió.

—Ah, sí, las Siete Hermanas. Con gusto te las enseño. Con permiso, Stella.

—Gracias —susurró Nate una vez que Stella no podía oírlos.

Caminaron hacia el jardín trasero, cerca de las pistas de tenis, y él le mostró las estrellas.

—Justo ahí —dijo, tomándola de la mano y señalando el punto exacto—. Las Pléyades eran las hijas de Atlas y la Pléyone, una ninfa marina —le explicó—. Zeus las transformó en palomas y luego en estrellas.

—Qué historia tan bonita —dijo ella.

—Tu vestido me recuerda a la luz de las estrellas —dijo él. Ella agachó la mirada y se percató de que la tela clara parecía destellar en las luces que rodeaban la pista de tenis.

—¿Crees que Stella saldrá a buscarte? —preguntó Helen.

Nate se rio.

—Pobre Stella. Creo que ha bebido demasiado.

—La oí decir que quería escribir un poema sobre ti —dijo Helen.

Nate se rio otra vez.

—Como he dicho, ha bebido demasiado.

—Entonces, ¿no eres fanático de la poesía?

—De hecho, me gusta mucho. Es más, escribo un poco de vez en cuando.

Esta vez, Helen se rio.

—¿En serio?

Él asintió e, imitando un poco a la pobre de Stella, le dijo a Helen:

—Si te descuidas, tal vez escriba un poema sobre ti y tu brillante vestido de estrellas.

Ella se rio otra vez y al día siguiente encontró un poema escrito a máquina en su buzón de la sala de profesores, titulado: «Helen habla de historia con su vestido de estrellas». De hecho, no estaba mal (aunque, claro, Helen no era experta en poesía). Aún lo conservaba y le contaba a la gente que ese era el poema con el que la conquistó de inmediato. El poema que le hizo comprender que Nate era el indicado.

—Hoy hemos trabajado mucho —le dijo él.

—Ajá.

—Ahora hay que dejar que el hormigón se endurezca durante un par de días, pero creo que podemos ponernos con las paredes del primer piso mientras esperamos. Y empezar a cortar las piezas para el suelo también.

—Me gustaría empezar con el huerto —dijo Helen—. Así podemos comprar algunas semillas en el mercado de agricultores el sábado.

—Sí, claro. Me parece perfecto —respondió Nate.

Querían empezar con un pequeño huerto para cocinar ese año: algunas hortalizas, tomates, pepinos y algunas hierbas. Y el siguiente año, cuando terminaran la construcción, lo expandirían para tener un huerto de verdad, con arbustos de moras y árboles frutales. Lo habían puesto todo por escrito: su gran plan con metas para cada año.

—Y también quiero ir al pueblo a investigar un poco. Ver qué puedo encontrar sobre la historia de nuestro nuevo terreno.

—Suená bien —dijo él.

Nate recogió los platos sucios, las cajas de *pizza* y la botella de vino vacía; luego, sacó los planos de la casa que habían diseñado cuidadosamente y los extendió sobre la mesa.

Era extraño verlos ahí en ese momento. Darse cuenta de que la casa que habían planeado y dibujado en un papel había empezado a tomar forma, en sus cabezas y sus conversaciones.

La casa de dos pisos tenía un diseño sencillo. A Helen le encantaban las casas estilo *saltbox* y la historia detrás de su nombre. Se habían popularizado en tiempos coloniales en Nueva Inglaterra y se llamaban así por la caja con tapa donde la gente solía guardar la sal. Era un diseño con líneas clásicas, una chimenea en el centro, la parte trasera de la casa de un solo piso y el frente de dos.

Helen recordó la casa que habían visto en Nuevo Hampshire cuando empezaron su búsqueda; la casa que había despertado algo en su interior, que la había hecho sentir como en casa desde el momento en que entró. Esta se encontraba en el corazón del pueblo, cerca de un parque encantador y una iglesia congregacional. De pronto, su mente decidió jugar al «¿Y si...?»: ¿Y si estuvieran allá en vez de aquí? ¿Y si hubiera encontrado la manera de convencer a Nate para comprar esa casa en vez de mudarse a ese terreno pantanoso en medio de la nada?

Helen miró de reojo los planos en los que Nate había trabajado tan arduamente durante los últimos meses: la cocina abierta y la sala, una gran despensa junto a la cocina, una estufa de leña en el centro de la casa, un aseo debajo de la escalera, que compartía una pared con la sala de calderas, donde colocarían el calentador, además de una lavadora y una secadora ecológicas con las que ahorrarían energía. En la planta alta estarían el dormitorio, el baño y la biblioteca, con estantes cubriendo todas las paredes del suelo al techo. Más adelante, cuando ahorraran algo de dinero, añadirían un porche cubierto con tela mosquitera. «Cogí todos los elementos que te gustaron de la casa de Nuevo Hampshire y no solo los incorporé, sino que los mejoré», le había dicho Nate con una sonrisa orgullosa cuando le mostró el esbozo del diseño por primera vez.

Pero lo que más le gustaba a ella era la historia de aquella primera casa: el olor a madera vieja, el crujir de las puertas de los armarios y de los suelos, las imperfecciones en las antiguas ventanas de un solo panel.

Pero ahora contemplaba el diseño que Nate había titulado «CASA SOÑADA», con letra impresa y en mayúsculas; acercamientos de cada pared, el techo y la escalera; ilustraciones detalladas que indicaban cómo construir los suelos y

techos. Había listas de materiales donde se calculaba cuántos metros de tablas necesitaban, cuánta cinta aislante, cuántos paquetes de tejas. Todo se veía tan ordenado y perfecto por escrito...: un plan para la felicidad de Helen, meticulosamente ordenado por columnas.

Y cuando aún vivían en Connecticut, Nate había logrado convencerla de que era un plan viable. Se dedicó a leer libros, ver vídeos, asistir a cursos. «Además, tú creciste construyendo —le recordó—. Lo llevas en la sangre».

Pero nada de eso había preparado a Helen para lo inquieta que se sentiría cada vez que oía el chillido de la poderosa sierra eléctrica. O para la forma en que Nate la había mirado cuando midió mal. Como si fuera una completa idiota.

—Será más fácil conforme avancemos —le dijo él mientras ponía su mano sobre la de ella y le daba un apretón—. No digo que no habrá ciertos desafíos, pero solo tenemos que seguir el plan. Y juntos lo lograremos.

«Seguir el plan», pensó ella.

Helen sonrió y le dio otro trago a su copa de vino.

Recordó todas aquellas ocasiones en las que los trabajos que hacía con su padre no habían salido de acuerdo con el plan: demoras por el clima, madera defectuosa, retrasos en los envíos, ángulos que no funcionaban sin importar lo perfectos que parecieran en el papel. Le preocupaba el hecho de que Nate parecía vivir en un mundo donde las situaciones impredecibles no existían.

Los ojos de Nate se dirigieron al pequeño paquete que contenía el diente y el clavo, y que habían dejado en la encimera de la cocina, entre el lavabo y los cacharros sucios.

Nate enrolló el plano de su casa soñada.

—Mañana será un día mejor —dijo ella.

«Si lo dices, se volverá realidad».

Capítulo 6

Olive

19 de mayo de 2015

La camioneta de su padre estaba en la entrada. Había llegado a casa una hora antes de lo habitual.

¿Lo habían llamado de la escuela? ¿Le habrían dicho que Olive había vuelto a faltar a clases? ¿Habría regresado a casa para buscarla?

Olive sintió el pánico que crecía dentro de ella, primero como un chorrillo y luego como un gran arroyo conforme se acercaba a casa.

Había pasado el día buscando con su detector de metales por la parte noroeste del pantano. El detector de metales casi no servía: a veces hacía ruido cuando no había nada debajo de él y a veces se apagaba por completo. Era una porquería, pero lo había conseguido por treinta dólares en un mercadillo de artículos usados de la iglesia el otoño pasado, así que ¿qué podía esperar? Estaba ahorrando dinero para comprar uno mejor, que fuera cien veces más sensible y fiable. Y que incluyese audífonos. Olive estaba segura de que, con ello, encontraría el tesoro en un abrir y cerrar de ojos. Llevaba tiempo ahorrando su paga mensual y haciendo cualquier trabajito que le saliera. También había dejado de comprar su almuerzo en la escuela y ahorraba los cuatro dólares que su padre le daba cada día. Además, Mike se había ofrecido a comprarle el defectuoso por el mismo precio que había pagado, lo que le parecía injusto, pero él había insistido. Según él, le traería buena suerte porque ella lo había usado y había encontrado muchas cosas increíbles con él.

Ese día, durante la búsqueda, se tomaba descansos ocasionales para subir la colina por el sendero y echarles un ojo a Helen y Nate (sabía sus nombres porque los había oído al espiarlos, sentía que los conocía). Para vigilarlos, había decidido ocultarse detrás de las raíces cubiertas de musgo de un árbol que se había caído, lo cual era perfecto como camuflaje. Estaban trabajando en una de las paredes, pero no había quedado bien. En cuanto las cosas se pusieron difíciles, empezaron a pelear. Olive casi sentía lástima por ellos.

Habían decidido terminar antes (cuando Helen cortó mal una tabla y comenzaron a discutir) y fueron a pasear por el pantano, lo cual significaba que la búsqueda de Olive había terminado por el momento. De todas formas, pensaba parar ya porque quería llegar a casa antes que su padre, empezar a preparar la cena y fingir que había ido al instituto y estaba haciendo los deberes, como la chica buena que su padre pensaba que era.

Pero sus planes se fueron al traste al ver la camioneta de su padre en el camino de entrada.

Dejó el detector de metal en el cobertizo y trató de idear una historia para justificar su ausencia en el instituto. Le parecía muy estúpido decir que había perdido el autobús. Podría contarle que estaba demasiado afectada y asustada por el accidente, y por todos esos chicos que habían muerto y tenían casi su edad. Que por eso no se había atrevido a coger el autobús para ir a la escuela. Eso funcionaría. Tendría que funcionar, porque era lo mejor que se le ocurría por el momento.

—Hola... —dijo desde la cocina, tratando de ignorar el nudo en su garganta. Entró en el salón para ver si su padre se había puesto a trabajar ahí, como habían acordado. Pero entonces oyó un golpeteo arriba que le reveló la ubicación de su padre. ¿Acaso estaba trabajando en el pasillo, donde las vigas aún estaban al descubierto y el cableado expuesto?

—¿Papá? —gritó.

—Aquí arriba —chilló él en respuesta.

Se apresuró a subir por la escalera, dos escalones con cada paso, y entonces sintió una opresión en el pecho al ver que su padre no se encontraba en el pasillo y que la puerta de su habitación estaba abierta. Esa habitación era su refugio; era hermosa e impecable, con la cama siempre bien hecha y repisas donde acomodaba todos sus tesoros: las cosas que había encontrado con su detector de metales (botones viejos, clavos, perdigones de escopeta), la piel de un zorro que había matado y desollado ella misma y su foto favorita de su madre (que Olive le había sacado unas semanas antes de que se fuera). En ella aparecía su madre fuera, sentada frente a la mesa de pícnic, sosteniendo un vaso de plástico y sonriéndole a la cámara. Llevaba puesto su collar de la suerte, el que nunca se quitó durante las últimas semanas antes de marcharse, que era un círculo, un triángulo y un cuadrado uno dentro del otro con un ojal en medio. Su madre lo llamaba el collar «que todo lo ve». Era una cálida noche a principios del verano y su padre asaba pollo en la barbacoa. En la radio sonaba una emisora de *rock* clásico y sus padres bebían ron con Coca-Cola en dos grandes vasos de plástico. Ese día Olive había sido muy feliz,

porque su madre estaba en casa y de buen humor. Sus padres se habían estado llevando muy bien, besándose y llamándose amor, cielo y otros apodos cariñosos. Cuando Olive los oía, ponía los ojos en blanco y hacía sonidos como si quisiera vomitar, pero en secreto le parecía muy tierno que sus padres siguieran tan enamorados. Esa noche, cuando vio a su madre coger a su padre de la mano mientras se acercaba desde la barbacoa con un plato lleno de muslos de pollo, Olive creyó firmemente que seguían enamorados y que todo iría bien.

Olive avanzó con lentitud por el pasillo, como cuando uno entra en una casa embrujada en Halloween sin querer ver lo que se esconde al doblar la siguiente esquina.

Pero era inútil. Podía cerrar los ojos y fingir que nada de eso estaba pasando, pero sabía que al final tendría que mirar. Y ya sabía exactamente lo que vería.

Al entrar en su dormitorio, Olive vio que las repisas ya no estaban en la pared y que la foto y todas sus pertenencias habían sido guardadas con descuido en cajas de cerveza vacías. Su cama estaba en el centro de la habitación y todas las cajas, apiladas sobre ella. Pensó que se asemejaba a una pequeña balsa en medio de un turbulento océano.

Al fondo, en una esquina, estaba su padre con un mazo en la mano. Al verla, le sonrió. Ya había derribado la mitad de la pared trasera. Aún llevaba los pantalones azules y las botas que usaba en el trabajo, pero se había quitado la camisa y llevaba una camiseta blanca empapada en sudor, amarillenta alrededor del cuello y debajo de las axilas, y tan desgastada que casi se transparentaba. Alcanzaba a ver el vello enredado de su pecho.

En ese momento, lo odió. Odió que fuera precisamente él el hombre capaz de hacerle algo así. De traicionarla de una forma tan devastadora.

—Hola, Ollie —le dijo con una sonrisa que parecía decir: «Qué sorpresa tan agradable, ¿no crees?».

Su boca estaba completamente seca. Sintió como si su padre la hubiese golpeado a ella con el mazo, partiéndola por la mitad y dejando su interior expuesto.

—Toma una palanca y échame una mano —le dijo.

Ella se esforzó por estabilizar su respiración. Por no ponerse como loca y empezar a gritar o, peor aún, a berrear como una criatura. Sintió como si la habitación se inclinara y brillara de forma cegadora. Pensó en esa expresión antigua y tonta «cegada por la ira» y la entendió a la perfección. Entendió que la furia producía un fuego en tu interior que te hacía perder el mundo de vista.

—Pero dijiste que terminarías el salón primero —logró decir con dificultad, como si las palabras se le atragantaran; su mirada estaba borrosa por las lágrimas que intentaba contener—. ¡Te dije que no quería cambiar nada en mi dormitorio! Que me gustaba como estaba.

Él la miró, parpadeando detrás de las gafas de seguridad de plástico rayadas; sus ojos estaban rojos y tenía ojeras. Parecía como si llevara una semana entera sin dormir; un hombre atormentado.

—Creí que te llevarías una sorpresa. Creí que querías una habitación mejor.

—Pero yo...

—¿Qué tiene de malo? —preguntó su padre—. ¿Qué tiene de malo que quiera darle la mejor habitación del mundo a la mejor hija?

Ella no respondió. No dijo nada. Tenía miedo de abrir la boca y empezar a gritar o a llorar. ¿Por qué no la había escuchado? ¿Por qué nunca la escuchaba?

¿Acaso era esa la razón de que su madre se hubiera ido?

¿Sería que tampoco escuchaba a su madre? ¿Simplemente ignoraba todo lo que decía, todo lo que le pedía?

Se frotó los ojos y apretó la mandíbula. Luego se quedó mirando el mazo que sostenía su padre, tratando de que lo soltara con su mente, concentrándose con todas sus fuerzas. Quería que lo soltara y que le cayera sobre los dedos del pie y se los aplastara. Quería que sintiera dolor.

Entonces, mientras ella lo observaba, a su padre se le resbaló el pesado martillo de las manos y cayó al suelo con un golpe seco; estuvo a punto de golpearle en la bota derecha, justo en el dedo gordo del pie. Él no le prestó atención.

Olive no podía parar de parpadear con incredulidad. Contuvo la respiración.

¿Había sido ella? ¿Acaso tenía esa clase de poder? ¿Algo que había despertado en su interior y salido a flote debido a la ira que sentía?

«Claro que no, Oliver el Raro», se dijo.

No era más que una coincidencia. La gente no podía controlar el mundo a su alrededor de esa manera.

Y mucho menos ella.

—Estaba pensando que podríamos poner las repisas en esta pared —dijo su padre, señalando el muro frente a él—. Desde el suelo hasta el techo. Y tal vez un escritorio en medio, para que hagas ahí los deberes. Y para poner un ordenador.

—Pero si ni siquiera tengo ordenador. —Esta vez, la ira que sentía se manifestó como un lloriqueo. Odiaba lloriquear.

—Te compraremos uno, para que combine con tu maravillosa habitación nueva.

Su padre esbozó una gran sonrisa y Olive pensó: «Conque así irán las cosas». Un soborno. Una trampa, más bien. Pero no tenía importancia. No merecía la pena pelear. Lo hecho, hecho está. Su padre había tomado una decisión. Ya se había dedicado a destruirlo todo a martillazos y ahora la pared de detrás de su cama había sido derribada. El aire estaba lleno de polvo y la alfombra, cubierta de los escombros que solían ser su pared. Odiaba ver sus paredes así: al descubierto, sin yeso, con las vigas, tuberías, el cableado y las cajas de conexión expuestas. Era como ver a un adulto desvestiéndose; la hacía sentir avergonzada y desear no haber visto nada.

Las casas ocultan secretos.

Y su padre parecía estar decidido a exponer todos los secretos de su casa, a desnudarla por completo y abrirla para que todo el mundo la viera. Incluso su propia habitación.

—Te vendría bien un ordenador para la escuela —dijo él, esbozando una sonrisa taimada—. Piénsalo, te facilitaría mucho los deberes. Aún te ponen deberes, ¿no?

Ella asintió y se giró hacia la alfombra llena de polvo mientras él no le quitaba la mirada de encima.

Estaba completamente segura de que lo sabía. Sabía que no había ido al instituto ese día y que había estado faltando. Lo sabía, pero no pensaba decir nada, ni consolarla, ni castigarla.

El mundo parecía quebrado, partido por la mitad.

Él le entregó la palanca y, aun sin decir nada, ella entendió cuál era el trato implícito: mientras ella siguiera ayudándole con esto, derribando paredes, renovando la casa sin descanso, no le reprocharía que faltara al instituto.

Y también sabía que no tenía opción. Ninguna, en realidad.

Las cosas serían distintas si su madre estuviera aquí. Aunque, claro, si ella no se hubiese marchado para empezar, nada de aquello estaría pasando. No habría empezado a saltarse clases. El instituto no habría sido tan terrible. La casa seguiría intacta. Su madre jamás habría soportado todas esas paredes derribadas, todo el polvo de yeso que cubría cada superficie como una delgada capa de nieve.

Sintió un retortijón mientras cogía la palanca; sus dedos la apretaron con fuerza, como si tratara de asfixiarla, pero el metal era frío y duro.

Estaba segura de que ella no había hecho caer el mazo. Era solo una niña. Una niña sin poder alguno que se saltaba las clases. Una niña rara cuya madre la había abandonado y cuyo padre buscaba enajenado algo de esperanza en cualquier lugar.

Era una niña terrible y cruel por desearle algún mal a su padre. Era como darle azotes a un bebé por llorar cuando tiene hambre.

Él le sonrió y su rostro se iluminó por completo.

—Creo que mamá se quedará muy sorprendida —dijo él— cuando regrese y vea cómo lo hemos arreglado todo. Una casa totalmente nueva. Así se verá. Entonces sí que será feliz, ¿verdad?

El almacón

Capítulo 7

Helen

8 de junio de 2015

Justo habían terminado de montar el armazón del piso de abajo cuando el cielo se abrió.

La casa por fin empezaba a tomar forma. Habían colocado el subsuelo y las cuatro paredes exteriores estaban levantadas y apuntaladas, también las paredes interiores que enmarcaban la despensa y la sala de calderas. Estaban instalando la última pared del baño cuando un trueno estremeció la casa; el rayo cayó tan cerca que Helen podía sentir la electricidad en el aire, oler el ozono. Nunca había presenciado una tormenta así de fuerte. Se preguntó si se debía a que estaban en las montañas y, por lo tanto, más cerca del cielo.

Se quedó un momento de pie en el centro de la planta baja, rodeada de la estructura de dos por cuatro de las paredes, el esqueleto de la casa, contemplando la tormenta; sintiéndola. Nate estaba estresado porque se habían retrasado. El plan era terminar de levantar toda la estructura de la casa, incluido el techo, en seis semanas, y, por lo visto, no lo iban a lograr. Helen no estaba preocupada. Tenía suficiente experiencia por haber trabajado con su padre como para saber que era normal salirse un poco del plan o del presupuesto. Lo lograrían. Además, avanzaban un poco más rápido cada día conforme sus habilidades y su confianza iban mejorando.

—¡Es peligroso quedarse aquí! —gritó Nate para hacerse oír por encima del chubasco y del retumbar de los truenos. En la distancia, oyeron sirenas. Guardaron sus herramientas y corrieron hacia el remolque, riendo de lo empapados que estaban. Se cambiaron de ropa y Helen preparó café. Finalmente, los truenos y relámpagos empezaron a amainar, pero la lluvia siguió, así que se sentaron a observarla mientras se tomaban el café. El sonido de la lluvia en el viejo techo de hojalata del remolque les provocaba un sentimiento acogedor y feliz.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Helen, mientras se fijaba en la pila de papeles que Nate había dejado en un escritorio improvisado, que en

realidad era una mesita para cartas, en la sala: los planos de la casa, el cronograma de construcción, las interminables listas de deberes y los horarios. Sin duda, había algún proyecto reservado especialmente para un día lluvioso entre todos esos papeles.

—Yo opino que deberíamos tomarnos el resto del día libre —le dijo Nate, y Helen estaba encantada—. Ay, no —dijo entonces Nate al percatarse de que había una gotera en el techo: el agua se escurría por las delgadas y manchadas láminas que lo formaban. Nate tomó un tazón y lo colocó debajo de la gotera. Justo en ese momento, Helen reparó en otra que salpicaba el suelo de linóleo agrietado y tomó una cacerola. Antes de darse cuenta, los dos estaban ejecutando una extraña danza, apresurándose a colocar recipientes debajo de las goteras que se multiplicaban con rapidez.

—Será mejor que vayamos más rápido y acabemos ya el segundo piso y el tejado —dijo Nate—. No sé cuánto tiempo aguantará este lugar.

Helen sonrió para mostrar que estaba de acuerdo. Estaba ansiosa por salir de esa lata de sardinas que llamaban remolque.

Nate se acurrucó en el sofá, con un libro sobre el comportamiento de las aves. Encendió la lámpara en la mesita de la habitación y la luz de la cocina parpadeó. Helen abrió el portátil para revisar su correo y encontró un mensaje de su amiga Jenny, que decía solamente: «¿Cómo van las cosas en los Bosques del Norte? ¿Ya estáis listos para volver? Aquí os espero con unos martinis...».

Helen echó un vistazo alrededor de la habitación, a todos los contenedores que recibían las goteras del remolque, y trató de formular una respuesta ingeniosa, pero todos sus intentos le parecieron patéticos. Le respondería a Jenny más tarde.

La lluvia golpeaba el techo de hojalata con fuerza y el sonido se combinaba con la percusión del goteo constante en las cazuelas, los tazones y las tazas distribuidas por todo el interior.

Helen decidió ponerse sus botas y su impermeable para ir al pueblo. Llevaban ya tres semanas en Hartsboro y, en ese tiempo, había estado muy ocupada construyendo y plantando el jardín. Aunque tenía muchas ganas de empezar con su investigación, la verdad es que le parecía un poco egoísta por su parte usar su tiempo para eso cuando tenían tanto trabajo que hacer cada día. Y cuando al fin terminaban, Helen siempre estaba demasiado dolorida y exhausta para hacer cualquier cosa que no fuese tomar una copa de vino y acostarse temprano.

—Aprovecharé el día para ir a echar un vistazo al ayuntamiento y a la biblioteca del pueblo, a ver qué puedo encontrar sobre nuestra propiedad y la historia local —le informó—. ¿Quieres acompañarme?

Nate sacudió la cabeza sin despegar la mirada de su libro de aves.

—Creo que me quedaré para leer un poco —dijo. Se notaba que le gustaba tener tiempo para pasarlo con sus libros—. Diviértete —añadió cuando ella se detuvo a darle un beso en la frente antes de salir.

Helen se paró en Ferguson's para comprar una hogaza de pan. En esa tienda vendían de todo, desde rifles de caza hasta tartas recién hechas, con etiquetas que claramente habían sido impresas en casa (Nate las llamaba «tartas de la abuela» y la de frutos del bosque era su favorita). Junto a la caja registradora había un adolescente rapado y con una camiseta de camuflaje de un naranja encendido. Desde un estante detrás de él, un escáner policial emitía sonidos de electricidad estática seguidos de voces que pronunciaban códigos.

—Vaya tormenta... —dijo Helen, mientras dejaba el pan en el mostrador. Encima de este había una lata de café con una etiqueta que mostraba los rostros fotocopiados de los tres adolescentes que habían muerto en el accidente de autobús unas semanas atrás. Era una colecta para sus familias.

El chico asintió, pero no la miró.

—Una locura. Hasta ahora han informado de tres impactos de rayos. Uno de ellos cayó en la vieja casa Hamilton, en East County Road. Los bomberos están ahí ahora. Debe de ser muy grave, porque han pedido ayuda a los dos pueblos más cercanos.

—Es terrible —dijo Helen. Pagó el pan y, después de recibir el cambio, echó cinco dólares en la lata de donativos. El chico la miró, pero en vez de mostrarse agradecido o complacido por su donativo, frunció el ceño y dijo:

—Yo sé quién es usted.

—¿Disculpa?

—La que compró el terreno del pantano —dijo.

—Sí —respondió ella, sonriendo—. Soy Helen. Mi marido Nate y yo compramos ese terreno. Estamos construyendo una casa ahí. Nos encanta Hartsboro.

El chico solo se la quedó mirando en silencio.

—Bueno —dijo ella finalmente—, un placer conocerte.

Dio la vuelta para marcharse y abrazó la bolsa de pan contra su pecho. Sintió los ojos del chico clavados en su espalda mientras salía de la tienda.

La oficina de Correos de Hartsboro, un edificio de ladrillos, estaba justo al lado de Ferguson's. Helen se detuvo a revisar el apartado de correos que Nate y ella habían alquilado. Lo único que había era el folleto de un exterminador. Pero aún no tenían una casa que fumigar. Un poco más adelante, en la calle principal, estaba su verdadero objetivo: un pequeño edificio de piedra, la biblioteca, y otro de tablilla blanca, la oficina del ayuntamiento. Decidió ir ahí primero, pero la puerta estaba cerrada con llave y había un letrero que decía: «CERRADO». No había ningún horario de atención al público y tampoco señal de vida alguna en el interior.

La lluvia caía con fuerza a su alrededor y el viento hacía que esta le golpeará la cara mientras sostenía el paraguas con fuerza para no mojarse tanto. Corrió hacia el edificio contiguo, la biblioteca. Tan pronto como cruzó la puerta, el olor a libros viejos la reconfortó.

Se detuvo frente al tablero de anuncios en la entrada y cerró su paraguas. Había carteles de leña a la venta, una guardería, un cortacésped para alquilar y un póster de la obra de teatro presentada por los alumnos del instituto, *Into the Woods*. Se percató de que la fecha de la presentación había sido tres semanas atrás. También había un anuncio viejo de la ceremonia que habían hecho para los chicos fallecidos en el accidente del autobús. Finalmente, en la esquina inferior izquierda, un pequeño cuadrado de papel blanco con un ojo asomándose de una nube decía: «CÍRCULO ESPIRITUAL HARTSBORO. LO AYUDAMOS A CONTACTAR CON ESE AMIGO O SER QUERIDO QUE YA NO ESTÁ ENTRE NOSOTROS», seguido de un número de teléfono.

Helen contempló el mensaje, sorprendida. Aparentemente, se había mudado a un sitio que no solo tenía su propio fantasma, sino también su propio «círculo espiritual». Era obvio que ya no estaba en un barrio residencial de Connecticut.

Entró. Esperaba encontrarse con una biblioteca anticuada, con un sistema de libros catalogados con tarjetas de papel. Pero había tres ordenadores a su izquierda con instrucciones para realizar una búsqueda en el catálogo virtual. También había un póster que explicaba que los libros electrónicos y los audiolibros estaban disponibles en formato electrónico. Saludó a la mujer detrás de un escritorio y emprendió un recorrido rápido por la biblioteca: revistas, audiolibros, libros de consulta, literatura de no ficción y de ficción.

Había una madre con su hijo pequeño jugando en una mesita en forma de tren en la colorida sección para niños. Eran los únicos usuarios además de ella. Helen volvió a donde estaban los ordenadores y buscó libros sobre Hartsboro en el catálogo virtual. Los únicos que encontró fueron un libro de

recetas (en las que se usaban mucho jarabe de arce y tocino) para amas de casa y un libro sobre la inundación de 1927.

Así que se acercó al escritorio.

—Disculpe, busco libros sobre la historia de Hartsboro.

La bibliotecaria, una mujer de mediana edad con una sudadera de Snoopy, le recomendó buscar en la Sociedad Histórica de Hartsboro.

—¿Dónde queda? —preguntó Helen, encantada de enterarse de la existencia de ese lugar.

—A unas dos puertas a la izquierda, en el sótano de la Cabaña Elks. Pero tienen un horario curioso, abren cada segundo sábado del mes o algo así. Le recomiendo que llame a Mary Ann Marsden, la encargada del lugar. Si conciertan una cita, puede abrir para usted. Estoy segura de que tengo su número por aquí. —Tecleó un poco frente a su ordenador—. ¡Aquí está! —exclamó con un tono agudo, como si estuviera muy orgullosa de haberlo encontrado. Luego, anotó el número en un pedazo de papel—. ¿Busca algo en particular? ¿Sabe?, yo llevo toda la vida en este pueblo y lo conozco bastante bien.

—Mi marido y yo acabamos de mudarnos al pueblo y me gustaría aprender un poco sobre su historia. Verá, yo soy..., digo, era profesora de Historia. En mi vida pasada. —Helen se rio, mientras pensaba: «Sí, esta es mi vida ahora»—. En fin, compramos un terreno cerca del pantano de Breckenridge y me encantaría averiguar todo lo que pueda sobre el lugar.

—¿El pantano de Breckenridge? —La mujer sonrió, dejando al descubierto sus pequeños dientes blancos como perlas—. No me diga, se lo compraron a George Decrow, ¿verdad?

—Sí. —Helen asintió.

—Pobre George, es tan buena persona. ¿Cómo está?

—Me temo que no lo sé. Nunca tuvimos oportunidad de conocerlo en persona. Por lo que entendí, no se encuentra muy bien de salud y vive fuera del estado ahora.

—No lo culpo por no querer regresar. Quiero decir después de lo que ocurrió.

Helen la miró desconcertada.

—¿Qué ocurrió?

—Pues el accidente.

—No sé nada de eso —admitió Helen.

—Pues verá —siguió diciendo la bibliotecaria—, su mujer, Edie, casi se ahoga en el pantano.

—Oh, no —dijo Helen, y pensó en lo que había dicho Nate: como el pantano tenía su origen en manantiales, podía ser muy profundo.

La bibliotecaria asintió.

—George la sacó y empezó a reanimarla. Logró resucitarla, pero jamás volvió a ser la misma. Daño cerebral. —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. La pobrecita jamás despertó. Después de una semana o algo así, George les dijo que desconectarán los aparatos y la dejó partir en paz.

En ese instante, Helen recordó la mesa que había en el remolque, puesta para cenar. Pensó en las dos copas de vino vacías, la botella de vino llena de polvo y abandonada en la repisa superior del mueble de la cocina.

—Es terrible —dijo Helen.

—Se dice que fue un accidente, pero George lo negaba. —La bibliotecaria hizo una breve pausa y echó un vistazo alrededor. Luego, bajó la voz y murmuró—: Dijo que había sido Hattie.

Helen sintió un escalofrío que empezó en su nuca y recorrió toda su columna.

—Lo siento, pero ¿quién es Hattie...?

—No me diga que aún no sabe lo de Hattie —dijo la mujer con la sudadera de Snoopy mientras contenía una risa, como si Hattie fuese una vieja desaliñada que recorría el pueblo usando sombreros graciosos.

—No. Jamás había oído ese nombre. —Helen tragó saliva, porque sí que conocía el nombre, ¿o no? De alguna manera.

«Pórtate como una historiadora —se dijo—. Recopila información. Deja tus emociones a un lado».

—¿Podría hablarme de ella?

—Pues se podría decir que Hattie Breckenridge es la habitante más famosa de Hartsboro. Hay muchas historias. La gente dice que era una bruja. Algunos afirman que era la esposa del mismísimo demonio. Que hablaba en lenguas extrañas y que sabía lo que iba a ocurrir antes de que pasara.

—¿Y vivía en el pantano?

—Sí, en una pequeña cabaña que construyó ella misma después de que la casa de sus padres se quemara. Mire, no sé si todo eso de la brujería es cierto o no, pero lo que sí sé es que vivía en una pequeña casa junto al pantano, eso es un hecho.

—Mi marido y yo encontramos los restos de unos cimientos por el pantano —dijo Helen.

La bibliotecaria asintió.

—Sí, seguro que son los de la casa de Hattie. La gente la llamaba la «casa torcida» porque Hattie no era muy buena para la carpintería y la construcción no estaba ni derecha ni nivelada.

Helen asintió y recordó las discusiones que seguía teniendo con Nate sobre diferencias de menos de un centímetro en las medidas.

¿Y si su casa también quedaba torcida? Se sacudió ese pensamiento y se centró en los muros de la planta baja, perfectamente derechos y firmes, que acababan de terminar.

—¿Y de qué época estamos hablando? —preguntó Helen.

—Oh, no estoy segura. Los tiempos de mi abuela. No sé, digamos... ¿principios del siglo veinte? Creo, pero Mary Ann podrá decírselo con certeza.

—¿Cree que habrá fotos? ¿De la cabaña o de Hattie?

—Puede ser —respondió la bibliotecaria—. Hable con Mary Ann. Si las hay, ella lo sabrá.

—¿Qué le pasó a Hattie? —preguntó Helen.

La bibliotecaria se quedó callada y clavó la mirada en los papeles que había en su escritorio.

—Circulan muchas historias... —dijo, acomodando los papeles—. Algunos incluso creen que, antes de morir, enterró un tesoro en estas tierras, la fortuna de su familia. Yo dudo que existiera tal fortuna. Si la hubiera tenido, podría haberse marchado. O construido una casa mejor. La gente cuenta unas historias muy locas.

Helen asintió. Sabía muy bien cómo funcionaba el folclore, cómo se les iban añadiendo detalles a las historias con el paso del tiempo. Un historiador tenía que trabajar arduamente e investigar mucho para desenmarañar esas historias y encontrar la verdad en ellas.

—Aunque hay una constante en todas las historias —siguió hablando la bibliotecaria, con un destello en los ojos—. La gente dice que su espíritu aún vaga por ese pantano. Han visto a su fantasma caminando por el agua, justo en medio del estanque. Si uno se fija, puede ver unas flores rosas durante los primeros días de verano, zapatillas de dama. Son los lugares por donde ella ha pisado.

Helen sintió otro escalofrío y recordó las orquídeas color rosa pálido que habían visto esparcidas por el suelo mientras paseaban por el pantano.

Los pasos de Hattie.

La mujer le sonrió; Helen no estaba segura de si realmente se creía todo eso (y si era una de esas personas que asistían a las reuniones del círculo

espiritual) o si solo contaba lo que la gente decía.

Luego, la mujer dijo algo que disipó sus dudas:

—Si se queda ahí un buen rato, no sé, tal vez también la vea. Vaya al pantano al atardecer y espere. Hattie aparece en cuanto empieza a oscurecer. —Sonrió vagamente otra vez y le guiñó un ojo—. Pero..., ya sabe, tenga cuidado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Nate después de entrar en el remolque. Fuera seguía lloviendo a cántaros. Se quitó el impermeable, pero estaba empapado de pies a cabeza y los binoculares que usaba para observar aves colgaban de su cuello.

—Fui a la biblioteca —respondió Helen.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Nate se acercó, dejando huellas empapadas a su paso en el viejo suelo de linóleo.

—Es pequeña, pero tiene muchas más cosas de las que imaginaba. Saqué carnets para los dos —dijo Helen—. Aunque no te dan un carnet físico, solo anotan los nombres de todos los usuarios en una especie de catálogo. Es un sitio encantador.

—Sí, supongo. —Cogió uno de los libros de la pila que descansaba sobre la mesa de la cocina y leyó el título en voz alta—: *¿Hechicería en Nueva Inglaterra?* —Ojeó los otros títulos; todos eran libros de hechicería, fantasmas y ciencias ocultas—. No estarás pensando en hechizarme, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Solo si te burlas de mi investigación. Entonces sí, tal vez decida transformarte en sapo.

—Preferiría ser algún tipo de ave —dijo Nate. Cogió otro de los libros y le echó un vistazo al título: *Cómo comunicarse con el mundo espiritual*. Frunció el ceño en señal de desaprobación, pero no dijo nada.

El Señor Ciencia no aprobaba nada que fuese sobrenatural o inexplicable.

Ella respondió frunciendo el ceño también.

—Las víctimas de los hechizos no tienen voz ni voto. Y ten cuidado, Chico Naturaleza, estás mojando los libros de la biblioteca.

Nate dejó el libro en la mesa y retrocedió un paso.

—¿Y cuál es exactamente el objetivo de esta investigación?

—¿Recuerdas lo que nos dijo el agente inmobiliario? ¿Eso de que el pantano estaba embrujado? ¿Y recuerdas los cimientos que encontramos?

Nate asintió.

—¿Descubriste algo en el ayuntamiento?

—No. La oficina estaba cerrada. Pero pregunté en la biblioteca y resulta que había una mujer, Hattie Breckenridge, que vivió en una pequeña casa a orillas del pantano a principios del siglo veinte. Los cimientos que encontramos son todo lo que quedó de su cabaña. Y escucha esto: ¡la gente decía que era una bruja!

—¿Una bruja? —Nate alzó una ceja—. ¿Como Glinda? ¿O la Bruja Mala del Oeste?

Ella puso los ojos en blanco.

—La historia de Hattie me picó la curiosidad. No sabía que hubo casos de brujería en Nueva Inglaterra hasta la primera década del siglo veinte. Los juicios de Salem fueron en 1692. Y por lo que tenía entendido, la caza de brujas terminó en 1700.

—¿Y tu objetivo es...?

—Ninguno. Solo me despierta curiosidad. No sé mucho sobre ese tema.

Él asintió. Eso sí que lo entendía: la necesidad de aprender todo lo posible sobre cualquier tema desconocido, llenar los huecos en tu acervo cultural, suministrar nueva información y hechos a tu cerebro de manera constante.

—Además, este es nuestro hogar ahora —añadió ella—. Sus tierras nos pertenecen. ¿No crees que sería bueno conocer la historia de Hattie?

Nate sonrió.

—Claro que sí. —Luego se rio.

—¿Qué?

—Nada, solo estaba pensando en Jenny. ¡Espera a que se entere de que nuestro terreno viene con su propia bruja fantasma incluida!

—¡No le contaremos nada de esto! —Lo señaló con un dedo amenazador y empezó a reír también—. Al menos no hasta que haya llevado a cabo mi investigación y descubierto quién era Hattie en realidad, cuál era su verdadera historia. ¿Sabes?, probablemente era solo una mujer excéntrica. Piénsalo, una mujer que construye una casa en el pantano por su cuenta y en esa época. No me extraña que la rechazaran y la consideraran una bruja.

Nate sonrió, se acercó a Helen y la besó en la frente. Al hacerlo, escurrió un poco de agua sobre sus libros.

—Es un poco como nuestro caso, ¿no crees? Los excéntricos forasteros construyen una casa junto al pantano. ¿Qué dirá la gente del pueblo sobre nosotros?

Helen se rio, pero era una risa incómoda. Recordó la mirada del chico de la tienda, llena de sospecha, y hasta diría que de aversión. «Yo sé quién es

usted».

—Descubrí algo más —dijo ella dudosa; no estaba segura de cómo decírselo.

—¿Sí?

Le contó lo que le había pasado a Edie Decrow.

—¡Por Dios, qué horror! No me extraña que haya malvendido el terreno. Recuerda lo que te dije del manantial; no sabemos la profundidad del pantano. No te acerques mucho, ¿de acuerdo? Si vas por ahí sola, quédate cerca de la orilla.

Pensó en contarle el resto, que la bibliotecaria le había dicho que el señor Decrow estaba convencido de que su mujer no se había ahogado por accidente, sino que había sido obra de Hattie. Pero lo único que conseguiría sería enojarlo y tendría que aguantar todo un sermón sobre cómo la mente humana siempre busca explicaciones y patrones ante la tragedia, y que por eso somos víctimas de cuentos de hadas y tonterías...

Así que solo asintió.

—Tendré cuidado —le dijo.

—Tomaré una «agradable» ducha caliente y me pondré algo seco —dijo él, antes de darle otro beso rápido.

—Suená bien. —Ella siguió leyendo el capítulo sobre maleficios y maldiciones. Mientras hojeaba las páginas, leía un poco sobre pócimas, magia con velas y cómo ungir la puerta de tus enemigos con un aceite especial. Encontró la referencia a un conjuro donde se utilizaba un diente de burro para desterrar a un enemigo. Si podía hacerse con un diente de burro, ¿por qué no con el de un ciervo o una oveja?

Cerró el libro. ¿El fantasma de una bruja hechizándolos desde el más allá? Era demasiado ridículo.

Helen había guardado el número de teléfono de la mujer de la sociedad histórica entre las páginas de uno de los libros: *Espíritus y apariciones*. Sentada frente a la mesa de la cocina, abrió el libro y sacó el pedazo de papel. Cogió su móvil y marcó el número.

«Ha llamado a Marvin y Mary Ann Marsden. No estamos disponibles por el momento, pero deje un mensaje y le llamaremos lo más pronto posible».

Helen dejó un mensaje corto y su número de móvil.

Mientras repiqueteaba en la mesa con los dedos, pensaba en George Decrow sacando a su mujer del pantano. Buscó en su bolsa hasta que encontró la tarjeta de su agente inmobiliario. Marcó y, después de sonar dos veces, el agente contestó.

—Hola, soy Helen Wetherell. Mi marido y yo compramos el terreno del pantano, ¿recuerda?

—Sí, claro. ¿Cómo van con la construcción?

—Todo bien, gracias. Disculpe, llamo porque encontramos en el remolque algo que pertenece al dueño anterior y me gustaría mucho poder enviárselo por correo a Florida. Esperaba que pudiera darme su número.

—Estoy seguro de que no querrá nada de lo que quedaba ahí —dijo él.

—Pero esto parece algo importante. Son papeles personales y cartas. Me gustaría llamarle para preguntar si los quiere. No me atrevo a tirarlos.

—Bueno, técnicamente hablando, se supone que no debo compartir este tipo de información, pero... —Helen oyó que revolvía algunos papeles. Parecía distraído—. Está bien, supongo que, en este caso, puedo hacer una excepción. Estoy seguro de que tengo su teléfono por aquí. Un segundo.

Un instante después, volvió a contestar y le dio el número. Además, prometió darse una vuelta para ver cómo iba la casa la próxima vez que estuviera por la región.

Nate cerró el grifo de la ducha y Helen oyó sus pasos por el pasillo dirigiéndose al dormitorio que era del tamaño de una caja de zapatos. Ella se apresuró a guardar el pequeño cuaderno donde había anotado el teléfono de George Decrow en su bolsa.

—¿Amor? —dijo Nate un minuto después.

—¿Sí?

—¿Has visto mi teléfono?

—No. —Echó un vistazo alrededor, en la mesa y la encimera de la cocina—. No lo veo aquí.

Oyó que Nate buscaba entre otras cosas y que murmuraba algo.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Helen.

Nate entró en la cocina en calzoncillos y camiseta.

—No. Qué raro. Estoy seguro de que lo dejé en la repisa de la habitación, donde siempre lo pongo junto a mi cartera. Lo dejé ahí cuando salí a observar aves, porque ya casi no tenía batería y además no quería que se mojara con la lluvia.

—¿No estará en el bolsillo de tu cazadora? —sugirió Helen—. ¿O en la camioneta?

—No puede estar en la camioneta porque tú te la llevaste al pueblo y estuviste ahí toda la tarde. No, estoy seguro de que lo dejé en el dormitorio.

—Tal vez lo olvidaste en las obras —dijo Helen—. Lo tenías esta mañana. ¿Recuerdas? Usaste la calculadora.

—Sí, pero lo traje de vuelta al remolque.

—Deberías ir a mirar. Seguro que está ahí, debajo del toldo, en la mesa junto a la sierra.

Nate fue a buscarlo y regresó enojado y con las manos vacías.

—¿Qué demonios pasa con las cosas aquí? —preguntó—. Ayer, la palanca, y hoy, mi teléfono.

Helen se quedó pensando. No era lo único que se había perdido. Habían perdido la escoba. La taza favorita de Helen. Y otras cosas habían desaparecido también, como dinero de sus carteras. Nunca todo, pero sí unos cuantos billetes de diez o de cinco. Además, dos días atrás, Helen había decidido gastar un poco de más y comprar una tarta de frutos del bosque en la tienda. Y durante la cena, cuando fue a buscarla a la nevera, ya no estaba.

—Tal vez la olvidaste en la tienda, ¿no? —Había sugerido Nate mientras ella insistía en que le había comprado su tarta favorita para el postre y que esta había desaparecido—. O tal vez pensaste que la habías comprado, pero te distrajiste con el resto de las cosas de tu lista.

—Tal vez —dijo ella, empezando a dudar de sí misma.

Por lo que recordaba, jamás se les había perdido algo cuando vivían en Connecticut. De vez en cuando las llaves o los teléfonos móviles durante un rato, claro, pero siempre aparecían al final. Además, en el piso tenían un lugar determinado para todo: una repisa para el correo, ganchos junto a la puerta para las llaves, un cargador en el pasillo para los móviles. Llevaban una existencia ordenada. Pero en Vermont de algún modo se las había ingeniado para perder una tarta entera.

—Ya aparecerá —dijo Helen.

Nate volvió a la habitación para rebuscar entre las sábanas y bajo la cama, por si se había caído de la repisa.

Los ojos de Helen se dirigieron de vuelta al libro, a la página donde había dejado el papel con el teléfono de Mary Ann Marsden. El título en la parte superior de la hoja decía «Siete señales de que su casa está embrujada»: sonidos inexplicables, cambios de temperatura repentinos, puertas y muebles que se abren y se cierran, olores extraños, luces que se encienden y se apagan, sueños extraños y objetos que desaparecen.

Volvió a leer el último elemento de la lista y su descripción:

Si los objetos que utiliza cotidianamente no están donde está seguro de haberlos dejado, puede que un espíritu le esté gastando una broma. Por lo general, estos objetos reaparecen, a veces horas, días o semanas después, en el lugar exacto donde usted los dejó originalmente. A los espíritus les gusta coger cosas prestadas. Sienten una gran fascinación por los objetos de este mundo.

—¿Puedes llamarme? —preguntó Nate desde la habitación. Su voz sonaba amortiguada, como si estuviera debajo de la cama.

—Sí, claro —dijo ella, cerrando el libro de golpe. Marcó el número y esperó hasta que oyó el mensaje del buzón de voz.

La casa en silencio absoluto. No se oyó el canto de ningún pájaro alegre.

—No está aquí —dijo Nate frustrado. A esto le siguió un golpe y—: ¡Mierda!

—¿Estás bien? —gritó Helen.

—Estoy bien. Solo me he dado un golpe en la cabeza, por enésima vez, con estas malditas repisas.

—Deberíamos deshacernos de ellas. Hay que quitarlas. Ahora mismo. Al menos las que están encima de la cama.

—Sí, pero ahora no. Necesito encontrar mi maldito teléfono.

—Lo encontraremos —dijo ella, y, tras ponerse en pie, se dedicó a buscar por la cocina con más cuidado. Luego se dirigió al dormitorio. Nate estaba sacudiendo las mantas.

—Ya he buscado por todas partes y no está.

—No estamos seguros de eso —dijo Helen—. ¿No has dicho que ya casi no tenía batería?

—Ajá.

—Bueno, eso explica por qué no lo oímos.

—Pero estoy seguro de que lo dejé aquí, Helen. —Le dio un manotazo a la repisa más baja para darle énfasis a su afirmación. Ella se giró a mirar el reloj, la cartera, la navaja y algunas monedas—. Eso es lo que me enloquece. ¡Lo dejé justo aquí! ¿Estás segura de que no te lo llevaste? ¿Tal vez sin querer?

—Estoy segura.

Él se la quedó mirando y, durante medio segundo, Helen tuvo la certeza de que no la creía, de que pensaba que mentía.

—¿Por qué me llevaría tu teléfono? —dijo ella con un tono que sonó más a la defensiva de lo que hubiese querido.

—Bueno, los móviles no se levantan por su cuenta y salen a caminar —dijo él.

—No —coincidió ella—. No lo hacen.

Capítulo 8

Olive

8 de junio de 2015

—¡Uy! Es un equipo muy caro... —dijo la tía Riley, con los ojos muy abiertos, cuando vio el detector de metales en la vitrina. Riley había llevado a Olive al gran centro comercial de Burlington después de clase. Estaban en el pasillo de los detectores de metales y suministros para detectar oro. En el siguiente pasillo estaban los aviones de control remoto y los drones, y ahí es donde había más movimiento. Olive oyó a un chico que le lloriqueaba a su padre porque necesitaba urgentemente un dron con cámara y wifi, asegurando que todo lo demás era una porquería.

—¿Tienes suficiente dinero para esto, cariño? —le preguntó Riley, retirándose el flequillo azul de los ojos—. Puedo prestarte un poco si necesitas. —A Olive le pareció que su tía estaba cansada. Y más delgada tal vez.

—Gracias, pero tengo suficiente —dijo Olive. Escaso, pero lo tenía. Una cosa es que su tía Riley le hiciera regalos geniales, pero Olive jamás había querido pedirle dinero.

—¿De dónde has sacado tanto dinero? —preguntó Riley—. No será de la cartera de tu padre, ¿verdad? ¿Alguna actividad ilícita? —Riley lo decía con tono de broma, pero su mirada expresaba cierta seriedad. Olive podía ocultarle casi cualquier cosa a su padre; de hecho, tenía la impresión de que él participaba voluntariamente en sus engaños. Pero con Riley era muy distinto.

—¡Claro que no! Llevo siglos ahorrando —explicó Olive—. Y le vendí mi detector viejo a mi amigo Mike. También compró algunos de los perdigones de escopeta que encontré. Dijo que eran interesantes.

—¿Y qué piensas hacer con este sofisticado detector de metales nuevo, en el que estás invirtiendo los ahorros de toda tu vida? —preguntó la tía Riley.

—Oh, ya sabes. Lo de siempre. Buscar monedas y anillos perdidos en la playa frente al lago. A lo mejor también encuentro restos de casas antiguas en el bosque. Y más balas para vendérselas a Mike.

Riley le sonrió.

—Ah, ya veo. Creí que tal vez querías buscar el tesoro de Hattie.

Olive se quedó mirando a su tía y pensó en decirle la verdad. Riley creía en cosas como fantasmas y viejas leyendas. A Riley y a la madre de Olive les encantaba contarse historias sobre Hattie que habían oído, en las que convertían a aquella mujer que solía vivir en el pantano en una bruja con poderes sobrenaturales, un fantasma que había vuelto del más allá para llevar a cabo su terrible venganza. Incluso estaban de acuerdo en que la pobre mujer que murió poco después de casi ahogarse en el pantano sin duda había sido atraída hasta allí por Hattie, y que sin duda se lo merecía de algún modo. Según ellas, Hattie se vengaba solo de aquellos que la habían hecho enfadar, tal vez solo invadiendo sus tierras o no mostrándole el respeto que obviamente se merecía. A su madre y a Riley les encantaba compartir historias sobre los supuestos avistamientos de Hattie a lo largo de los años y, claro, sobre las desapariciones. Si bien su madre estaba algo obsesionada con Hattie, Riley lo estaba mucho más. Hablaba de ella como si la hubiera conocido, como si se tratase de una vieja amiga a la que nadie más que ella comprendía.

—Para nada —respondió Olive, mirando a su tía—. No existe el tesoro. Mi madre me lo dijo.

Riley se quedó observando a Olive por unos segundos.

—Ah, ¿así que eso dijo?

—Sí —respondió Olive—. Mi madre estaba bastante segura. Y yo la creo. Es decir, seamos realistas, ¿qué probabilidad hay de que exista un tesoro y que nadie lo haya encontrado todavía?

—No lo sé. Es solo que me parece un poco triste. Encontrar ese tesoro fue un sueño que tu madre y tú compartisteis durante mucho tiempo.

Olive recordó a su madre cuando le decía que ellas encontrarían ese tesoro, que era su destino.

Hubo otra larga e incómoda pausa mientras Riley observaba a Olive; o más bien, la estudiaba.

El chico del pasillo contiguo había ganado: su padre le compraría el sofisticado dron con cámara que quería.

—Los sueños cambian —dijo Olive con toda naturalidad mientras cogía el detector de metales de la repisa.

—Supongo que sí —dijo Riley, y por un instante pareció tan triste que Olive se arrepintió de lo que había dicho. Se arrepintió de haber hablado de su madre. Era más fácil y seguro no mencionarla; fingir que nunca existió. A

veces Olive estaba tan preocupada por su propio dolor que se olvidaba de que otros también sufrían. Olive no era la única a la que su madre había abandonado.

—¿Vas a buscar tesoros? —le preguntó la cajera cuando ella y su tía llevaron la caja a la registradora, con un pequeño brillo en su mirada.

—Claro que sí —respondió Olive.

Ambas se subieron al coche de Riley para regresar a casa. Una vez en el automóvil, Riley empezó a preguntarle a Olive por la escuela y por su padre. Y Olive mintió. A veces le daba miedo lo buena que era mintiendo. Incluso a su tía Riley, que era mucho más astuta que su padre.

—La escuela va muy bien —dijo—. Estamos aprendiendo sobre algo llamado selección natural. ¿Sabes algo de eso?

—Claro —respondió Riley, mientras enfilaba la vía de acceso a la autopista—. La supervivencia del más apto. Charles Darwin y su pinzón, ¿no?

—Sí, tiene que ver con la adaptación —dijo Olive—. Eso me gusta. —Le encantaba la idea de que algunos humanos podrían estar evolucionando delante de sus narices, de maneras minúsculas, tanto que uno no podía verlas al principio.

—Supongo que, si uno lo piensa, de eso se trata básicamente la supervivencia, ¿no crees? —preguntó Riley—. Y no solo me refiero a la supervivencia de una especie, sino también a situaciones mundanas y cotidianas. La vida te pone pruebas y solo te queda aguantar los golpes. Nos adaptamos y evolucionamos.

Olive asintió. Riley lo entendía a la perfección.

—Claro, algunas personas se adaptan mejor que otras —dijo Riley, dirigiéndole a Olive una de esas miradas con ojos láser—. Por ejemplo, tu padre. Desde que éramos niños, siempre tuvo problemas para adaptarse a los cambios. Fingía que estaba bien, pero cuando algo cambiaba, cuando algo le molestaba, se alteraba mucho; a veces se deprimía tanto que se quedaba encerrado en su habitación durante mucho tiempo, sin comer ni hablar con nadie. A veces se enfadaba tanto que dejaba agujeros en la pared a puñetazos. Una vez se rompió la mano por golpearla tan fuerte.

Olive asintió; ya había oído esa historia unas cien veces.

Trató de prepararse para lo que venía.

—¿Cómo está? —preguntó Riley, mientras se giraba a mirar a Olive en el asiento del copiloto—. La respuesta sin mentiras, por favor.

Lo sabía. Pero Olive estaba preparada, con una sonrisa.

—Papá está bien, en serio —dijo Olive—. Prepara la cena todas las noches. Hasta me ayuda con los deberes. Dijo que me iba a comprar un ordenador para mí solita pronto.

—¿Y las reformas? ¿Sigue dedicando todo su tiempo a eso?

Olive se encogió de hombros.

—Pues sí, estamos haciendo algunos arreglos en casa. Pero nada demasiado exagerado. El salón ya está casi listo. Y decidí hacer algunos cambios en mi dormitorio. Ampliarlo un poco, ¿sabes? Para tener espacio para más estantes y un escritorio para el ordenador.

Olive se preguntó si su habilidad para mentir era una forma de adaptación. «Astucia», pensó.

Pero ¿era astuta en realidad? No estaba segura de que su tía la hubiera creído, pero al menos, de momento, fingió que sí y dijo:

—Qué bien, Ollie. Me alegra que las cosas vayan mejor. Sé que el instituto puede ser difícil. Desde luego, para mí lo fue.

—¿En serio? —preguntó Olive.

Riley hizo una pequeña pausa, sin apartar la mirada del camino frente a ella, y luego dijo:

—Sí. ¿Sabes?, no todo el mundo está diseñado para encajar. Para aquellos de nosotros que no lo hacemos, que estamos destinados a trazar nuestros propios caminos..., bueno, la gente puede llegar a ser muy miserable. Especialmente en el insti.

Y en ese momento Olive estuvo a punto de decírselo. Estuvo a punto de confesárselo todo: que el instituto en realidad era terrible, que se saltaba cada vez más clases, que su padre había empezado a derruir su dormitorio, que en realidad sí estaba buscando el tesoro y esperaba que eso ayudara al regreso de su madre.

Pero entonces Riley se giró a mirarla y sonrió: una sonrisa genuina que irradiaba felicidad y alivio.

—De verdad que me alegra mucho que estés bien, Ollie. ¡Lo del ordenador es muy buena idea! Avísame si necesitas ayuda para elegirlo o instalarlo, o lo que sea. No soy una experta, pero me defiendo.

Olive asintió.

—Y ya sabes —añadió Riley, mientras ponía una mano sobre el hombro de Olive y le daba un apretón—. Si en algún momento las cosas no van bien en casa, siempre puedes hablar conmigo. Y mi habitación de invitados está siempre disponible para ti. Lo sabes, ¿verdad? Puedes venir cuando quieras.

—Lo sé. Gracias. —A Olive le encantaba la idea de quedarse con su extravagante tía, pero sabía que no podía dejar a su padre solo por mucho tiempo. Ella era todo lo que le quedaba—. Pero, en serio, las cosas van bien en casa ahora.

Riley le sonrió.

—Bueno, solo tenlo en cuenta, ¿de acuerdo? Mi puerta está siempre abierta. Y sigue en pie lo de este fin de semana, ¿no? ¿*La novia de Frankenstein* y una *pizza* de doble *pepperoni*?

—¡Claro! —dijo Olive, y esbozó la sonrisa más convincente, feliz y equilibrada que pudo para su tía, como si quisiera decirle: «Estoy bien»—. ¡Y no olvides los Swedish Fish!

Capítulo 9

Helen

9 de junio de 2015

Algo se estaba comiendo el remolque.

Eran un poco más de dos de la mañana; Helen acababa de acostarse después de estar sentada en la cocina investigando con su ordenador, leyendo libros de la biblioteca y bebiendo té de hierbas mezclado con un generoso chorro de *brandy* para ayudarla a dormir. La vida en el campo no estaba aplacando su insomnio. Cuando vivían en el piso, había cientos de canales en la tele por cable y el constante ruido del tráfico de la autopista la acunaba.

Y, claro, su investigación tampoco la había ayudado mucho. Había buscado más información sobre Hattie Breckenridge y descubrió un pequeño fragmento dentro de una colección de historias de fantasmas de Vermont, escrita en 1980:

Cuenta la leyenda que Hattie Breckenridge era la consorte del mismísimo demonio, y que era poseedora de una belleza a la que nadie podía resistirse, incluso después de muerta. Hasta la fecha, los residentes de Hartsboro aseguran haberla visto en el bosque y el pantano donde vivía. Aquellos que tienen el infortunio de seguirla, de responder a su llamada de sirena, nunca logran salir del bosque.

Después de cerrar su portátil, Helen pensó que la historia era una absoluta tontería. ¿Dónde estaban los hechos? ¿Los nombres de las personas que la habían visto y los de las personas que supuestamente habían desaparecido? Entró en la habitación y se acostó, cerró los ojos, inhaló profundamente y trató de obligarse a dormir. Entonces, oyó algo que rascaba y mordía. Parecía que el ruido provenía de justo debajo de su almohada.

—Nate —dijo ella, sacudiéndolo—. Despierta.

—¿Qué?

—¿Has oído eso?

—¿Eh...?

Era un chirrido constante, como de algo que arañaba y mordisqueaba, y venía de debajo de la cama.

Había algo allá abajo. Algo con dientes afilados. Algo que se estaba abriendo paso hacia ellos a mordiscos. Primero destruiría las tablas que conformaban la base de la cama, luego el suave colchón de algodón orgánico y luego...

Helen lo sacudió con más fuerza y le dio un puñetazo algo agresivo en el hombro.

—¡Nate, hay algo aquí! ¡En el remolque!

—¡Ah, por el amor de Dios! ¿Qué? ¿Dónde? —preguntó él mientras se sentaba, se tocaba el hombro y prestaba atención.

—¿No lo oyes? —preguntó ella.

—¿Oír qué? —Se giró para mirarla, confundido—. ¿Has estado bebiendo?

—¡Cállate y escucha! —espetó ella. No le pasaría lo mismo que con el grito de la primera noche.

Ambos permanecieron sentados juntos bajo las mantas, atentos.

Mordisqueo. Inconfundible. Y no el mordisqueo suave de un ratón, sino algo mucho más escandaloso y grande.

—Dime que sí lo oyes —dijo Helen.

—Sí, lo oigo. —Sonaba preocupado.

—Entonces, ¿qué demonios es?

—No lo sé. Algún tipo de animal.

Helen recordó las palabras de la bibliotecaria: «Si se queda ahí un buen rato, no sé, tal vez también la vea. Vaya al pantano al atardecer y espere. Hattie aparece en cuanto empieza a oscurecer».

Helen había considerado ir la noche anterior, después de cenar, a dar un paseo por el pantano por su cuenta, pero le había dado demasiado miedo.

El mordisqueo enloquecido se volvió más ruidoso, más insistente.

«Qué dientes tan grandes tienes».

«Son para comerte mejor».

Ya que no había salido a buscar a Hattie, tal vez Hattie había ido a por ella.

—Creo que ella está debajo de la cama —susurró Helen.

—¿Ella? —dijo Nate mientras cogía las gafas y encendía la luz.

—Ella, él, eso, lo que sea.

Fue mala idea leer esa ridícula historia sobre Hattie y los libros de hechicería de la biblioteca justo antes de dormir. La próxima vez que tuviera insomnio, cogería uno de los libros de ciencia de Nate, para estudiar la anatomía de una lombriz o cómo la evaporación y la condensación causan la lluvia.

—Pásame la linterna —dijo él mientras bajaba lentamente de la cama y se ponía de rodillas. Helen le dio la gran linterna amarilla; él la encendió y apuntó la luz debajo de la cama. Helen se quedó sobre las mantas, abrazándose las piernas contra el pecho, temiendo que una mano retorcida saliera de debajo de la cama y la agarrara.

—¿Qué es? —preguntó ella—. ¿Qué ves?

—Aquí no hay nada —dijo él—. Pero aún lo oigo. Suena como si estuviera justo debajo de nosotros. —Nate se puso de pie y se dirigió al pasillo; su camiseta y sus calzoncillos blancos brillaban en medio de la oscuridad.

—¿Adónde vas? —La voz de Helen sonaba chillona y alterada, y se odiaba a sí misma por ello.

—Afuera —respondió—. A mirar debajo del remolque.

Ella bajó de la cama y caminó con cautela detrás de él por el pasillo, hasta la puerta. Luego, se quedó en la entrada mientras él bajaba los escalones. Era una noche despejada, la luna estaba muy baja en el cielo, las estrellas se veían brillantes y cercanas, el aire era húmedo y frío. A Helen se le puso la piel de gallina.

—Ten cuidado —le dijo a Nate mientras él se agachaba y enfocaba la linterna hacia el espacio que había bajo el remolque, el cual estaba apoyado inestablemente sobre unos bloques de hormigón desgastados.

—¡Oh! —exclamó sobresaltado. Se puso de pie y dio dos pasos hacia atrás.

Si Nate se había asustado con lo que había ahí abajo, sin duda era algo malo.

—¿Qué es? —preguntó Helen, casi histérica. En realidad, prefería no saber. Quería cogerle de la mano, meterlo en el remolque, atrancar la puerta, apagar las luces y ocultarse—. ¿Nate? —preguntó otra vez; le temblaba la voz—. ¿Qué has visto?

Él rio, aliviado.

—¡Es un puercoespín!

—¿Qué?

—Un puercoespín. Así se llama, aunque, desde luego, no es un puerco, sino un roedor. ¡Es mucho más grande de lo que imaginaba! Y sinceramente hasta me parece bonito. Ven a ver. —Nate hablaba rápido y con emoción, como siempre hacía cuando descubría una nueva criatura.

Un puercoespín. Una criatura del bosque, no la bruja salvaje del pantano. Sus hombros se relajaron y se permitió bajar los escalones.

—¿No acabaré con la cara llena de espinas?

—No, siempre y cuando no te acerques demasiado —dijo Nate.

—¿No las disparan?

—No, eso es un mito. Tendrías que tocarlo para pincharte. Las espinas están huecas y tienen pequeñas púas. ¡Vamos, date prisa! Creo que lo he asustado. Está saliendo por el otro lado.

Helen se acercó a Nate, lo tomó de la mano y juntos rodearon el remolque; la luz de la linterna iluminaba su camino a medida que avanzaban.

—¡Ahí está! —señaló Nate—. ¡Mira!

Helen se volvió y vio un animal grueso y rechoncho, del tamaño de un gato grande, que se movía con lentitud. Alcanzaba a distinguir las espinas y se rio de su torpe bamboleo y su total falta de gracia. Nate la abrazó y, juntos, lo vieron adentrarse en el bosque.

—Qué cosa tan increíble —dijo él.

Helen lo miró y vio que tenía una gran sonrisa de emoción.

—Te quiero —le dijo, y lo besó en la mejilla.

Nate se acercó de nuevo al remolque, se arrodilló y miró debajo.

—Uy, esos dientes sí que causan daño. De haber seguido, habría logrado atravesar el suelo y hubiera terminado acurrucado en la cama con nosotros.

—¡Ay, no, qué horror!

—He oído que a los puercoespines les gusta el contrachapado. Es el pegamento. También les gusta todo lo que tenga sudor humano, como el mango de un hacha.

—Pegamento y sudor. Qué buen gusto tienen.

—Bueno, son puercoespines —dijo él.

—Vamos —dijo ella—. Volvamos a la cama.

Una vez dentro, Nate se detuvo en la cocina, cogió su cuaderno de campo y empezó a anotar sus impresiones sobre el puercoespín. Ya había llenado algunas páginas con notas y bocetos, principalmente de aves, incluida la garza azul.

—Vamos —le dijo ella—. Puedes documentar tu encuentro con el Señor Mordiscos por la mañana.

Se metió en la cama a su lado y la abrazó.

—No había nada así en el piso de Connecticut —dijo él, que claramente seguía emocionado. Para la mayoría, un roedor gigante que come contrachapado y mangos de hachas sería una pesadilla, pero para Nate era todo un acontecimiento.

Helen le dio un beso en el cuello y un suave mordisco mientras presionaba su cuerpo contra el de él; oyó cómo se le aceleraba la respiración.

—¿Sigues pensando en el puercoespín? —murmuró ella.

—Para nada —dijo él mientras metía una mano bajo su camisón para quitárselo.

Una hora después, Helen estaba acostada en la cama, despierta y pensando en el puercoespín. No podía olvidarse del chirriante sonido de sus mordiscos. Nate, desde luego, estaba profundamente dormido a su lado, desnudo, y apoyaba un brazo inerte sobre el vientre de Helen.

Ella cerró los ojos y trató de obligarse a dormir.

Pero no podía quitarse de la cabeza el sonido de los mordiscos. Se imaginaba a una anciana con dientes puntiagudos royendo el suelo para abrirse paso por él.

«Qué dientes tan grandes tienes».

Se despertó con la luz del sol que se filtraba por la ventana angosta y pequeña del dormitorio que parecía la de una celda. Si se desatara un incendio en algún otro lugar del remolque, quedarían en manos de Dios, porque jamás lograrían salir.

Nate ya no estaba a su lado. Se volvió a mirar el reloj. Ya eran casi las nueve de la mañana. ¿Cómo había podido quedarse dormida hasta esa hora? ¿Y por qué no se despertó cuando Nate se levantó?

Se arrastró hasta los pies de la cama, salió de ella y cogió su bata, que estaba colgada en la puerta. Había una cafetera esperándola en la cocina. Se sirvió una taza, se puso las zapatillas de deporte y salió para encontrarse con Nate. El sol aún no se asomaba por detrás de la colina y el aire estaba frío. Pero las moscas negras ya estaban molestando: esas pequeñas criaturas dejadas de la mano de Dios que se arremolinaban y encontraban cualquier pedazo de piel expuesto y dejaban picaduras que provocaban una quemazón terrible. Ya habían utilizado tres botes de repelente ecológico (Helen estaba convencida de que a las malnacidas hasta les gustaba ese aroma) y ya casi había logrado convencer a Nate de que necesitaban algo más fuerte. Mientras revoloteaban alrededor de su rostro, Helen juró que ese mismo día iría a comprar un bote de repelente. Y tal vez un sombrero con mosquitero integrado; había visto uno así en la sección de caza de la tienda local. Probablemente con él puesto parecería idiota, pero estaba harta de que los insectos la devoraran viva.

Nate estaba de pie en medio del armazón de la casa, justo en el centro de lo que sería su salón más adelante.

—Hola, extraño —le dijo mientras se acercaba a él, después de pasar por lo que sería su puerta de entrada. Se imaginó lo agradable que sería tener una puerta que mantuviera las moscas negras fuera.

Nate no respondió.

Contemplaba el suelo con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella mientras se paraba detrás de él, sosteniendo aún su taza de café.

¿Sería que el puercoespín se había mudado aquí anoche y había empezado a mordisquear su casa nueva?

—¿Nate? —insistió ella.

Ahí mismo, sobre el contrapiso de contrachapado que acababan de clavar, estaba uno de los gruesos lápices de carpintero que habían comprado. Alguien lo había utilizado para escribir un gran mensaje en letras mayúsculas y torcidas: «CUIDADO CON HATTIE».

—¿Hattie? —dijo Nate.

A Helen le vino a la mente la imagen que la había mantenido despierta la noche anterior: una mujer anciana con dientes afilados que mordisqueaba y mordisqueaba. Que iba a por ellos.

—Es la mujer sobre la que te hablé, ¿recuerdas?

«La que arrastró a la pobre de Edie Decrow hasta el agua». Helen tragó saliva con dificultad y siguió hablando:

—Hattie Breckenridge. La que vivía en el pantano.

Nate sacudió la cabeza, sin dejar de fruncir el ceño.

—Creo que a nuestra bruja fantasma le hacen falta unas lecciones de ortografía —señaló.

—Nate, no creerás que... —ni siquiera lograba completar la oración— que en realidad un fantasma ha dejado el mensaje.

—Creo que los lugareños nos están gastando una broma. Probablemente unos chicos. Probablemente ebrios o drogados. Asustemos a los forasteros, ja, ja, qué gracioso.

Nate dio la vuelta y se dirigió a donde guardaban sus herramientas.

—¿Sabes dónde está mi martillo con el mango azul? No lo encuentro por ninguna parte.

—No —respondió ella.

—Por el amor de Dios. Parece que estemos atrapados en un vórtice misterioso. Mi teléfono, mi palanca, mi martillo. Tal vez estos chicos se están

llevando nuestras cosas. Mierda.

—Si realmente nos estuvieran robando, ¿no crees que se llevarían algo más que unas simples herramientas? —replicó Helen.

—No si solo lo hacen para fastidiarnos —respondió Nate con un gesto sombrío.

—Estoy convencida de que las herramientas están aquí por algún lado —aseguró Helen. Era lo más lógico que podía decir; lo que diría un adulto. No le dijo a Nate que, al escuchar la palabra *vórtice*, de inmediato pensó en el profundo centro del pantano y todo lo que podría estar ocultándose ahí.

Capítulo 10

Olive

10 de junio de 2015

—Es increíble lo bien que funciona este, comparado con el otro —indicó Mike. Olive le había dejado usar su detector de metal nuevo y él lo estaba probando a orillas del pantano.

Mike tenía razón: el detector de metal nuevo era increíble. Era mucho más sensible que el anterior y podía localizar cosas enterradas a mucha más profundidad. A tanta profundidad que Mike y ella ya habían encontrado dos botones de metal, algunas monedas, una vieja bisagra y algunos casquillos de bala. Y eso que solo habían revisado una pequeña parte de todo el terreno.

—Creo que debería volver a recorrer todas las zonas donde ya había buscado —le comentó—. Tal vez el tesoro esté demasiado profundo y por eso mi vieja máquina no lo detectaba. Pero con esta sí lo encontraré.

Mike asintió sin dejar de mirar el suelo. Él no creía en el tesoro. Nunca lo había dicho abiertamente, pero Olive lo sabía. Era obvio. Pero se equivocaba. El tesoro de Hattie era real. Lo sentía en sus huesos, especialmente cuando recorría el pantano; sabía que estaba cerca de encontrarlo. Su madre estaba en lo cierto: era su destino encontrarlo. Y ahora, ya que su madre se había ido, dependía de ella.

El tesoro la llamaba, le susurraba, la arrastraba, le decía que no se rindiera. Le decía que este sería el gran día.

«Sigue buscando —parecía decir—. Estás muy cerca».

Algunas personas tenían miedo del pantano. Decían que el espíritu de Hattie seguía ahí y que estaba furiosa y buscaba venganza. Decían que, si uno iba después de oscurecer, podía verla recorriendo el pantano, y que las zapatillas de dama, que florecían en las orillas del bosque, señalaban los lugares por donde había pasado.

Olive había visto muchas de estas flores, pero ningún fantasma. Solía ir de noche; programaba su alarma para la una de la mañana (con el despertador oculto bajo su almohada, para que su padre no lo oyera). De todas formas,

tenía el sueño muy pesado y a medianoche siempre estaba profundamente dormido. Iba cuando había luna llena y se sentaba a orillas del pantano. Le suplicaba a Hattie que apareciera, que le diera una pista de la ubicación del tesoro. Pero las únicas figuras que se habían materializado ahí en el pantano siempre estaban bastante vivas: cazadores y algún que otro alpinista. Y por las noches, algunos chicos del instituto y universitarios que iban a cumplir retos, a drogarse, manosearse, beber cerveza y orinar en los antiguos cimientos de la casa de Hattie, provocándola para que se apareciera.

—¡Vamos, muéstrate, bruja! —gritó una vez un chico, mientras Olive observaba desde su escondite, detrás de un gran árbol. Olive contuvo la respiración. Deseaba que Hattie se apareciera, lo matara de un susto y le diera una lección. Pero nada.

—Ten cuidado o te lanzaré una maldición —chilló la chica que estaba con él.

El chico se rio y abrió otra lata de cerveza.

—Que lo intente. No es más que un montón de huesos hundidos en el fondo del pantano.

Olive tomó una roca y la arrojó al centro del pantano, donde cayó con un gran chapoteo.

La chica gritó.

—¿Qué demonios? —soltó el chico.

—Vámonos de aquí —sugirió la chica con voz temblorosa, y él no discutió.

Olive esperó a que se fueran y luego recogió las latas de cerveza aplastadas que habían dejado tiradas; sintió que no era correcto dejarlas ahí. Le parecía... irrespetuoso.

—Mike... —dijo ella ahora.

—¿Sí? —Él se veía esperanzado. Expectante. En el fondo, ella se sentía un poco incómoda cuando lo veía así. Últimamente no paraba de herir sus sentimientos y decepcionarlo.

—Tú... no crees que exista el tesoro, ¿verdad?

—Eh...

—Dime la verdad. Me daré cuenta si mientes.

Y era cierto. Mike siempre alzaba un poco la ceja izquierda cuando mentía. Era algo raro, pero ella siempre lo notaba. Así era como siempre le daba una paliza cuando jugaban al póker y apostaban monedas en la vieja casa del árbol de Mike. Además, siempre que estaba nervioso empezaba a

sudar mucho, sus orejas se ponían rojas cuando se enfadaba y se mordía el labio cuando algo le preocupaba.

—No es que no lo crea —dijo él.

—Entonces, ¿qué?

—Creo que es posible que el tesoro exista. Desde luego. Pero no estoy seguro de que sea buena idea tratar de encontrarlo.

—¿Por qué no?

—Pues... es de Hattie, ¿no? ¿Estás segura de que quieres meterte con algo que le pertenecía? Probablemente esté maldito o algo así.

Olive dejó escapar una risotada, cogió el detector de metales y volvió a ponerse los audífonos. Mike se sentó en un tronco caído, sacó una bolsa de Skittles de la mochila y le ofreció. Ella negó con la cabeza y siguió trabajando.

Buscaban en el extremo noroeste del pantano. Incluso con los audífonos puestos, podía oír martillazos y las voces de Helen y Nate. Técnicamente, Olive y Mike no estaban en sus tierras en esa parte del pantano, pero aun así no quería que los descubrieran. Pero ya tenía bien estudiada su rutina. Siempre trabajaban toda la mañana, paraban para almorzar y luego seguían hasta la hora de la cena. Solían dar un paseo juntos, ya fuera antes o después de cenar. Y sabía que no alcanzaban a ver el pantano desde su casa. Estaban colina arriba, tras un camino empinado que atravesaba una pequeña sección del bosque. Así que Olive se sentía segura. Además, aunque la descubrieran, no estaba haciendo nada ilegal. En tal caso, simplemente esbozaría una gran sonrisa, se presentaría como una vecina y les diría que estaba pasando el rato, buscando monedas y cosas así.

Por el tiempo que llevaba observando a Helen y Nate, sabía que la situación estaba tensa últimamente. Siempre se peleaban mientras trabajaban y se acusaban el uno al otro de haber perdido herramientas. Por la mañana, Nate se había puesto como un loco por su teléfono, que llevaba días perdido.

Olive sonrió al pensar que se marcharían pronto. Se darían cuenta de que no podían con aquello, empaquetarían sus cosas y se largarían. También la alentaban los rumores que había oído en el pueblo. La gente decía que Helen y Nate jamás debieron haber venido, para empezar. A Olive le gustaba la idea de que el pueblo entero estuviese en su contra, que los hicieran sentir que no eran bienvenidos; eso seguro que los ahuyentaría.

Olive trazó una gran X en su mapa (que significaba que ahí no estaba el tesoro) y, con el fin de dejar una marca para la próxima vez que pasara por ese lugar, ató pequeños hilos rojos alrededor de algunos retoños, algo que

nadie notaría a menos que los estuviera buscando. Luego, se movió a la siguiente sección que indicaba el mapa: un recuadro de seis por seis en el extremo norte del pantano. Sus zapatillas deportivas ya estaban empapadas, así que no le molestaba trabajar en un terreno tan húmedo. Sus pies se hundían en la alfombra de musgo que cubría el pantano; de pronto, al dar un paso, el agua le llegó hasta los tobillos. Le hubieran servido unas botas de goma. Existía la remota posibilidad de que su padre descubriera sus zapatillas de deporte mojadas y le preguntara cómo habían podido empaparse así, si solo había ido a la escuela y de regreso a casa.

Conforme pasaban los días, se saltaba más y más clases; supuso que, ya que solo quedaban unos cuantos días antes de las vacaciones de verano, no tenía mucha importancia. Siempre y cuando pasara sus exámenes finales y entregara sus trabajos de fin de curso, aprobaría noveno. Arrancaba las notas que enviaban de la escuela, donde informaban a su padre de que el absentismo de Olive se había convertido en un asunto serio, y se deshacía de ellas. También borraba los mensajes que dejaban en el contestador (sí, aún tenían contestador, uno que su madre había conseguido en un mercadillo; lo más raro de todo era escuchar la voz de su madre en la grabación cada vez que alguien llamaba: «Has llamado a casa de los Kissner. En este momento no estamos, pero deja tu mensaje y te llamaremos lo más pronto posible». Ni su padre ni ella se atrevían a borrarlo). Su padre se daría cuenta tarde o temprano, si es que no lo sabía ya («Claro que lo sabe; no seas tonta»). Pero para ese entonces ya habría encontrado el tesoro y nada de eso importaría. Estaría tan feliz y orgulloso que entendería a la perfección por qué su búsqueda era más importante que asistir a clase de Biología o Literatura.

Mike también se metía mucho con ella por faltar a las clases. Él mismo había salido temprano ese día, justo después del almuerzo, para reunirse con ella en el pantano. Sin embargo, llevaba toda la tarde tratando de hacerla sentir mal. Le repetía una y otra vez que, si su padre se enteraba, tendría muchos problemas y todo sería su culpa, por ser tan mala influencia. Como si él no tuviera elección. Como si ella tuviera el poder de controlar todas sus acciones.

Olive echó un vistazo alrededor del pantano.

—Tal vez Hattie está con nosotros ahora mismo, observándonos. —Olive siempre se divertía asustando a Mike; le resultaba muy fácil hacerlo.

—¿Estás aquí, Hattie? —preguntó ella—. Mándanos una señal.

—¡Cállate! —exclamó Mike.

—Veamos, Hattie —dijo ella, incorporándose y sosteniendo el detector de metal—. Si estás aquí, ayúdame, ¿vale? ¡Muéstrame dónde está el tesoro!

Mike apretó los dientes.

—No deberías hablarle así —le advirtió.

Sostuvo el detector de metales frente a ella como si fuese una especie de horquilla de radiestesia pesada y fingió que tiraban de ella a la derecha y luego a la izquierda. Los ojos de Mike se agrandaron; se veía agitado.

«Oliver el Raro —pensó ella—. Eres cruel con tu único amigo verdadero. Hablas con fantasmas».

Se preguntó si había personas que pudieran hablar con fantasmas de verdad. La tía Riley decía que por supuesto que sí. Que los médiums eran reales y tenían un don especial.

«¿Tú puedes hablar con fantasmas?», le había preguntado Olive una vez.

«Conozco a gente que puede. Yo no lo he conseguido aún, pero lo sigo intentando».

Ahora Olive se preguntaba si hablar con fantasmas era algo innato. Como las personas que tienen memoria fotográfica o que perciben más sabores que los demás. Lo que la hacía volver al tema de la selección natural. Pensaba en Darwin navegando en su barco, el Beagle, tomando notas y dibujando aves.

«Todo el mundo busca algo —pensó—. Fantasmas. Explicaciones científicas del mundo que nos rodea. Una vida nueva y distinta en otro lugar».

«Un tesoro enterrado».

Empezó a pasar el detector de metales por el suelo frente a ella, entre matorrales, hierba alta y juncos. Nada. Asustó a una polilla que salió revoloteando de entre la hierba. Una libélula pasó volando frente a ella. Un junco parloteaba en un cedro cercano. Ella siguió avanzando con el detector por delante, abriéndose paso entre la maleza que rodeaba el pantano. Entonces oyó el agudo ¡bip! de la señal del aparato. Un ¡bip! muy fuerte. Su corazón empezó a palpar con fuerza.

El calibrador del aparato indicaba que estaba cerca.

—Mike, he encontrado algo —gritó.

—¿Estás bromeando otra vez? —preguntó.

—No —respondió ella, y Mike se acercó trotando.

Olive se arrodilló; el suelo estaba tan mojado que sus pantalones se empaparon; la alfombra de musgo era profunda y esponjosa. Echó a un lado la hierba alta, las juncias de algodón y las hojas secas. Llevaba una pala de jardinería y otra plegable en su mochila.

Pero no hicieron falta.

Ahí mismo frente a ella, sobre la superficie mohosa, percibió un destello plateado.

Tal vez el tesoro estaba ahí y esa pieza se había desenterrado; una marca lista para que ella la encontrara.

La X marca el lugar.

Estiró la mano para agarrar el objeto, mientras echaba las hojas a un lado.

Era una cadena de plata. La levantó lenta y cuidadosamente de su escondite entre las hojas muertas.

Pero no era el tesoro.

No, era un collar que reconoció de inmediato.

—¿Qué es? —preguntó Mike, acercándose—. ¿Un collar?

A Olive se le erizó la piel; sintió como si una corriente eléctrica recorriera todo su cuerpo, como si un rayo hubiese caído a su lado. Una sensación similar a cuando uno percibe un peligro.

La cadena de plata estaba rota, pero el broche se mantenía cerrado y, cerca de él, colgaba un delicado círculo de plata con un triángulo dentro de él, un cuadrado más pequeño dentro y en el centro de este un ojo.

—Es... de mi madre —logró decir, a pesar de que la garganta se le había cerrado—. Su favorito. Nunca se lo quitaba.

Olive sostuvo el collar, que ahora estaba manchado y cubierto de lodo. Parecía que el ojo del collar la observaba.

«Te veo».

«Lo sé todo».

—Qué extraño —opinó Mike mientras se mordía el labio, tanto que su mandíbula se tornó prominente como la de un bulldog. Dio un paso hacia atrás, como si el collar lo asustara tanto como le habría asustado el tesoro maldito de Hattie—. Si dices que nunca se lo quitaba..., entonces, ¿qué hace el collar favorito de tu madre en el pantano?

Capítulo 11

Helen

15 de junio de 2015

Eran las 3.33 de la mañana. Eso fue lo que vio Helen en su reloj digital al apretar un botón.

Nate no estaba a su lado en la cama.

—Nate... —balbuceó medio dormida. El remolque estaba oscuro y en silencio—. Nate... —repitió, y prestó atención.

Lo único que percibió fue el ruido sordo de sus propios latidos.

La preocupación, la ansiedad y la paranoia se estaban apoderando de ella. Cada vez que iba al pueblo para comprar una caja de tornillos o reemplazar otro martillo que se había perdido, tenía la certeza de que todos la observaban y murmuraban. Se lo comentó a Nate, pero él no le dio importancia y dijo que eran imaginaciones suyas. Pero ella estaba segura de haber oído a una mujer en la oficina de Correos diciéndole a otra: «Es ella. La del terreno de Breckenridge». Y la otra mujer respondió, sacudiendo la cabeza con desagrado: «Nunca debieron haber venido a molestar a Hattie así». Luego, las dos salieron de la oficina de Correos como si tuvieran miedo de Helen.

«Te digo que no nos quieren aquí —le había dicho a Nate—. Piensan que hemos... perturbado al fantasma de Hattie o algo así».

«Creo que estás proyectando tu propia preocupación y tu paranoia en otras personas», comentó él mientras dejaba el martillo nuevo en el suelo. Estaban clavando el subsuelo de contrachapado de la primera planta. «Es verdad que la gente de Hartsboro es un poco recelosa con los forasteros, pero pensar que nos quieren echar me parece una exageración. Y no empecemos con el tema del fantasma».

Helen estiró el brazo para buscar la linterna sobre la repisa; sus dedos la buscaban a tientas y se arrastraban como arañas sobre la madera llena de polvo.

No estaba ahí. Movié la mano de un lado a otro, pero no había nada; ni siquiera las gafas de Nate.

Helen se deslizó hasta el borde de la cama. Al bajar, sintió el frío del suelo de linóleo en los pies. Algunas secciones del mosaico estaban algo esponjosas y se aplanaban al pisarlas.

«Como si caminara sobre el suelo del pantano —pensó—. Y en cualquier momento caeré a las profundas y oscuras aguas del manantial, hasta el lugar de donde salió Hattie».

Pensó en encender la luz, pero estaba demasiado asustada. No sabía qué habría fuera, pero no quería que supiera que estaba despierta, que la viera a través de las diminutas ventanas del remolque.

«No hay nada fuera», se intentó convencer.

Trató de controlar su respiración, pero seguía entrecortada.

Avanzó silenciosa y sigilosamente por el pasillo, atravesó la sala y llegó a la puerta. Había una ventana a la izquierda de esta. Miró a través del vidrio lleno de polvo y lo primero que vio fue su reflejo, asustado. La noche era increíblemente oscura. Solo había un pedazo de luna en el cielo nublado. Ni siquiera los puntos de luz de las estrellas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, alcanzó a distinguir figuras en la penumbra: los ángulos agudos de los dos toldos donde guardaban sus herramientas y la madera. Y detrás de ellos la extraña estructura de los muros que algún día conformarían su casa. Había algo dentro de ella, algo que se movía por el suelo. Una figura pálida, retorciéndose y danzando. No era Nate; lo habría reconocido por sus hombros anchos y su paso seguro.

Era una mujer.

Una mujer con un vestido blanco.

Helen supo de inmediato que se trataba de Hattie Breckenridge.

Y la razón por la cual Helen podía ver su figura tan bien era que había un resplandor anaranjado y parpadeante detrás de ella.

—Mierda, mierda, mierda, mierda. —Helen contuvo un grito.

¡Un fantasma! Un fantasma de verdad. Bailando alrededor del fuego.

Su casa se estaba quemando.

No era una visión imaginaria resultado de su pánico o su paranoia.

Estaba ocurriendo de verdad.

Helen quería tirarse al suelo y esconderse. Pero Nate estaba allí fuera. Tal vez en peligro. Y su casa, la casa de sus sueños que apenas habían empezado a construir, se estaba quemando.

Helen sintió que Hattie la llamaba: «Acércate, por favor». Le decía: «Te reto».

Helen contuvo la respiración, giró el pomo y abrió la puerta tan silenciosamente como pudo para no llamar la atención. Sintió el aire frío de la noche, que le puso la piel de gallina.

En cuanto pisó el primer escalón, echó a correr.

Sus pies descalzos golpeaban contra la hierba. Pasó frente a la camioneta que estaba en el camino de entrada recién construido.

Corrió hacia el humo acre y maloliente. Hacia la figura de blanco, que se retorció, girando y contorsionándose, y emitía un gemido bajo y monótono.

Helen pensó en la historia, en la forma en que los lugares guardan recuerdos, y que tal vez los fantasmas eran solo una magnificación de esa fuerza. Tal vez los fantasmas eran como un eco.

—¿Hattie? —gritó mientras se acercaba a la edificación.

—Demonios —clamó una voz. En ese momento, la luz cegadora iluminó el rostro de una figura y el suelo de la casa. Era una niña atrapada ahí; su pie estaba atorado en una cuerda. No estaba danzando. Estaba tratando de liberarse.

Y Helen se dio cuenta de que no era un fantasma, sino una chica de carne y hueso. Una chica con el rostro cubierto de maquillaje blanco que llevaba pantalones y una camiseta de camuflaje debajo de un camisón de encaje blanco.

Helen calculó que la chica tendría unos trece o catorce años, era muy delgada y con un rostro puntiagudo como de elfo, y cabello negro y enredado que parecía no haber sido cepillado en mucho tiempo.

—¡Nate! —gritó Helen, cubriéndose los ojos y tratando de ver a su marido detrás de la chica y el rayo de luz que la iluminaba—. ¿Qué está pasando?

—Este es nuestro fantasma —manifestó Nate.

Estaba de pie al otro lado de la casa, enfocándolas con la linterna, y sostenía el otro extremo de la pesada sogá que la chica tenía amarrada al pie. En el suelo había herramientas, más sogá y la malla de nailon que habían usado para cubrir el material en la parte trasera de la camioneta.

—¿Qué haces con esa cuerda y la malla? —preguntó Helen.

—Sabía que alguien estaba llevándose nuestras cosas —explicó Nate—. Y también estaba seguro de que no era ningún fantasma. Así que puse una trampa. Dejé el cepo y la malla. Y coloqué un montón de herramientas justo en el centro. Luego me oculté y esperé. Apareció esta chica vestida de blanco y encendió una maldita fogata en medio de nuestra casa. ¡No podía creer lo que veían mis ojos!

Helen se agachó y la desató. La chica temblaba como un animal asustado.

Nate se acercó y se detuvo al lado de la pila ardiente de trapos que se encontraba dentro de una olla de metal en el suelo.

—¡Estaba tratando de quemar nuestra casa!

—No —señaló la chica. La barbilla le temblaba mientras se esforzaba por no llorar—. Lo siento.

—Llamaré a la policía —manifestó Nate. Su voz se quebró por toda la furia contenida—. Los incendios provocados son un delito. —Se volvió hacia Helen—. ¿Has cogido tu móvil?

—No —respondió Helen—. No pensé... No... —balbuceó, mientras contemplaba la escena frente a ella.

—Ve a por él —apuntó Nate—. Tráelo y llama a la policía. Diles que hemos atrapado a una chica intentando incendiar nuestra nueva casa. Mientras, yo la vigilo.

—Esperen —dijo la chica—. Por favor, no lo entienden. Permítanme explicarles. —Parecía tan joven y asustada.

—Tienes veinte segundos antes de que mi mujer vaya a llamar al 911 —gritó Nate.

Helen se interpuso entre los dos.

—Vamos a calmarnos —aconsejó ella—. Nate, escuchemos lo que tiene que decir.

—Solo quería asustarlos —manifestó la chica—. ¿Ven? Encendí una fogata en la olla para que no quemara nada más. Pensé que, si veían llamas y si me veían vestida así, creerían que era Hattie. Y se asustarían y... se irían.

Helen pudo ver que la chica decía la verdad. El fuego, que ya casi se había extinguido por completo, estaba contenido por una olla de hierro parecida a un pequeño caldero. De hecho, las llamas no eran tan grandes, solo brillaban mucho en medio de la penumbra nocturna.

—¿Tú eres la que se ha estado llevando nuestras cosas? —preguntó Helen, que empezaba a entenderlo todo.

—Claro que fue ella —respondió Nate.

Al principio, la chica no dijo nada.

—Sí —admitió finalmente—. Está bien, tienen razón. Yo lo hice todo.

—¿Nuestras herramientas? ¿Nuestro dinero? —preguntó Helen.

—¿Mi móvil? —preguntó Nate.

—Sí —afirmó la chica, agachando la mirada—. Todo. ¡Pero se lo voy a devolver!

—¿Entraste a coger cosas de nuestro remolque? —preguntó Nate—. Por Dios. ¿Sabes que eso es allanamiento de morada?

—Pero noforcé la puerta ni nada, siempre estaba abierta.

—Abriste nuestra puerta, entraste en nuestro hogar sin nuestro consentimiento y cogiste nuestras cosas, joder —maldijo Nate—. Estoy seguro de que eso también cuenta. La gente que hace cosas así va a la cárcel.

—¡Por favor! —suplicó la niña entre lágrimas.

—¿Para qué lo querías? ¿Drogas? —preguntó Nate—. ¿Cogiste nuestras cosas para venderlas y comprar... oxicodona, fentanilo, metanfetaminas o qué? ¿Qué demonios os metéis hoy en día?

—¡No! —La chica no paraba de sacudir la cabeza—. Yo no me drogo. No es nada de eso. Sigo teniendo sus cosas. No las vendí. Solo quería asustarlos. Lo juro. Quería que pensarán que era ella.

—¿Ella? —preguntó Nate—. ¿El fantasma? ¿Quién creería que un fantasma roba dinero y teléfonos? —Se rio con severidad.

Helen se sintió apenada e hizo una mueca. Nate no se percató, pero la chica sí.

Helen había querido creer en Hattie, creer que era posible que alguien del pasado de alguna manera abriera una puerta y volviera al presente para comunicarse con ella, de una forastera incomprendida a otra.

—Lo devolveré todo —afirmó la chica—. Lo prometo. Se lo compensaré, pero, por favor, no llamen a la policía. Mi padre... mi padre ha pasado por tantas cosas... Esto lo mataría.

—Supongo que tendrías que haber pensado en todo esto antes de gastarnos tus bromitas —dijo Nate.

Helen puso una mano sobre el brazo de la chica.

—De acuerdo, no eres un fantasma, eso ya lo hemos entendido. Entonces, ¿quién eres?

—Me llamo Olive. Olive Kissner. Vivo como a un kilómetro de aquí con mi padre. En la casa vieja en la cima de la colina.

Helen asintió. Ya había pasado frente a ese lugar. Incluso había saludado de lejos a un hombre con uniforme de trabajo azul que conducía una camioneta abollada.

—¿Cuántos años tienes, Olive? —preguntó Helen.

—Catorce.

—Entonces, ¿estás empezando el insti? —preguntó Helen.

Olive asintió.

—Sí, en Hartsboro.

—¿Y vives sola con tu padre?

La chica asintió.

—Sí, vivimos los dos solos.

Helen estaba a punto de preguntarle más, pero el dolor reflejado en el rostro de Olive la hizo detenerse.

Nate descubrió una mochila de camuflaje. Dejó la linterna en el suelo y cogió la mochila. La abrió y echó un vistazo dentro. Sacó una lata de combustible, algunas cerillas, su martillo y una cinta métrica.

—Estas son nuestras herramientas —dijo. Luego, volvió a meter la mano—. ¡Mi móvil! —Trató de encenderlo, pero no tenía batería.

Olive asintió.

—Tengo lo demás en casa. Se lo devolveré todo. Lo prometo.

Nate guardó su móvil en el bolsillo y siguió revisando la mochila. Esta vez, sacó un cuaderno de hojas cuadriculadas y lo hojeó mientras lo alumbraba con la linterna. Había mapas en cada página, mapas del pantano con todos los árboles y rocas grandes marcadas. Los mapas estaban delineados con cuadrículas rojas y una letra X sobre algunos de ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Nate.

—Un mapa —respondió la niña.

—Ah, ¿en serio? No estás en posición de ser sarcástica, ¿entiendes? —declaró Nate.

—¡Lo sé! Es solo que... es difícil de explicar —dijo la chica.

Nate, con el ceño fruncido, estudiaba el cuaderno y el mapa con las pequeñas X. Helen advirtió que la chica dibujaba bien; el pantano estaba trazado con precisión, incluido el camino que llevaba a su casa.

—Dijiste que querías asustarnos, ¿verdad? —preguntó Helen—. ¿Por qué? ¿Por qué querías que nos fuéramos?

Olive se mordió el labio y clavó los ojos en el suelo de contrachapado. Nate puso el cuaderno a un lado.

—Será mejor que empieces a hablar, Pequeña Niña Fantasma, o llamaré a la policía e iré hasta tu casa para hablar con tu padre.

—Está bien, está bien —dijo ella; su voz sonaba nerviosa—. Verán, toda esta tierra pertenecía a Hattie Breckenridge.

Helen asintió.

—Lo sabemos. Vivía en una casa al otro lado del pantano. Pero la casa ya no está. Solo los viejos cimientos de piedra.

—Exacto —admitió Olive.

—Entonces..., ¿estabas protegiendo las tierras de Hattie? ¿Tratando de mantenerlas a salvo de los extraños? —preguntó Nate. Había vuelto a coger la linterna y apuntaba directamente a la cara de Olive, cegándola y obligándola a cerrar los ojos—. ¿Por qué? ¿El fantasma te lo pidió?

—No —respondió Helen, que lo había entendido todo de pronto. El mapa con marcas en el cuaderno de Olive, los pequeños trozos de hilo rojo que había encontrado, la insistencia de Olive en que se marcharan—. Estás buscando el tesoro, ¿verdad?

Olive apartó la mirada y se mordió el labio.

—¿Qué tesoro? —preguntó Nate.

—Es una historia que escuché en el pueblo —explicó Helen—. Supuestamente, Hattie Breckenridge enterró un tesoro en alguna parte del pantano.

—¿Un tesoro? —se burló Nate. Se balanceó sobre sus talones y estiró los brazos como si dijera: «No puedo creerlo»—. Primero, tenemos una bruja fantasma, y ahora, ¿un tesoro enterrado? ¿Qué demonios es esto, un episodio de *Scooby Doo*?

Helen colocó gentilmente la mano en el brazo de Nate y le dio un apretón. Era consciente de lo ridículo que sonaba todo aquello.

—La bibliotecaria me dijo que es solo un cuento local, una leyenda del pueblo.

—No es solo una historia —replicó Olive—. El tesoro es real.

—¿Y tú has estado buscándolo? ¿En el pantano? ¿En nuestro terreno? —preguntó Helen.

Olive asintió.

—Es real. Y voy a encontrarlo. Tengo que encontrarlo.

—¿Tanto deseas encontrarlo que tuviste que quebrantar la ley? ¿Espiarlos? ¿Robarnos? —le reclamó Nate.

—No lo entienden —dijo Olive.

—Ayúdanos a entender, Olive —comentó Helen.

La chica inhaló profundamente.

—Mi madre y yo... solíamos buscar el tesoro juntas. Ella siempre aseguró que era real. Y estaba segura de que nosotras lo encontraríamos. Pero el año pasado, mi madre... —Se detuvo—. Se fue, ¿entienden? Se fue.

—¿Cómo que se fue? —preguntó Nate.

—Nos abandonó. A mi padre y a mí. No hemos sabido nada de ella desde entonces. Y creo que... No, yo sé que si encuentro el tesoro mi madre se enterará. Porque saldría en las noticias, ¿no? Y cuando se entere, volverá. Y si

eso no funciona puedo contratar a alguien para encontrarla. Un detective privado.

Helen le dirigió una mirada a Nate como si le dijera: «Pobre niña». Helen también había perdido a su madre cuando tenía once años. Sabía de primera mano lo difícil que era crecer sin una madre. Cuando ella tenía la edad de Olive, habría hecho cualquier cosa, lo que fuera, con tal de recuperarla. Miró a la chica disfrazada de fantasma con un camisón que probablemente perteneció a su madre y se le rompió el corazón.

—Pudiste habernos preguntado si te permitíamos husmear en nuestro terreno —dijo Nate; su voz era más suave y calmada ahora. Bajó la linterna, de modo que la luz enfocara al suelo—. No era necesario intentar ahuyentarnos con toda esta tontería del fantasma. Y, desde luego, no era necesario robar.

—Lo sé —admitió Olive—. Sé que fue una estupidez... y de verdad que lo lamento.

—Nate tiene razón —coincidió Helen—. Si nos hubieras preguntado si podías buscar aquí, te lo habríamos permitido.

Olive agachó la mirada hacia los restos chamuscados dentro de la olla de hierro fundido y empezó a jugar con los bordes deshilachados de la manga izquierda del camisón.

—Bueno, entonces, ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó Nate, alternando la mirada entre Helen y Olive.

Olive alzó los ojos, ahora estrujaba toda la manga del camisón.

—Como ya he dicho, puedo devolverles todas sus cosas. Bueno, menos la tarta. Mi padre y yo nos la comimos.

—¡Lo sabía! —exclamó Helen, dirigiéndose a Nate—. ¡Te dije que había comprado una tarta y que la había dejado en el frigorífico! Y tú me hiciste creer que estaba loca. Me convenciste de que me la había olvidado en la tienda o que ni siquiera la había comprado.

—Lo siento —dijo Olive. Se la veía más pequeña y avergonzada. Daba nerviosas pataditas al suelo con la punta de su andrajosa zapatilla de deporte—. Y tampoco puedo devolverles el dinero. Es que... lo gasté.

—Claro —manifestó Nate; su voz se puso agresiva otra vez—. ¿Estás segura de que esto no tiene que ver con drogas?

—¡Lo juro! Usé el dinero para acabar de reunir lo que me faltaba para comprar un detector de metales nuevo. Uno muy bueno. Para poder encontrar el tesoro. Supongo que puedo vender el detector para pagarles.

La chica levantó la mirada mientras pensaba y contaba con los dedos.

—Creo que... como unos ochenta dólares. De hecho, tal vez cien. No estoy segura, porque lo hice poco a poco. Veinte por aquí, cinco por allá, uno de diez, ¿saben?

—Por Dios —comentó Nate otra vez, sacudiendo la cabeza y frotándose los ojos.

Helen estaba sorprendida de que hubiera cogido tanto dinero. Habían sido descuidados con su efectivo: compartían el dinero, se lo pasaban, se lo metían en los bolsillos, iban a la tienda o a la ferretería varias veces al día a por cosas que hacían falta.

—Guau —dijo Helen—. Bueno, el tema del dinero robado sí es un problema. Tendrás que pagarnos de algún modo.

—¡Es lo menos que puede hacer! —añadió Nate.

Se quedaron callados un momento mientras observaban a Olive, que no dejaba de tirar del camisón nerviosamente.

—¿Y si trabajo para pagarlo? —sugirió Olive.

—¿Qué? —exclamó Nate, fulminándola con la mirada.

—Trabajo muy duro, en serio. Y sé mucho de cosas de construcción. Mi padre y yo llevamos mucho tiempo reformando la casa. Sé usar las herramientas y soy mucho más fuerte de lo que aparento. Puedo construir muros y colocar baldosas. Incluso sé algo de sistemas eléctricos y fontanería.

—No lo sé —comentó Nate—. No creo que...

—La verdad es que nos vendría bien la ayuda —afirmó Helen y se lo quedó mirando—. Vamos con retraso, ¿no? Y si Olive tiene experiencia en construcción, el trabajo será más rápido entre los tres.

Olive asintió y, esperanzada, le dijo a Helen:

—Puedo venir mañana después de la escuela. Como período de prueba, para que vean que no estoy mintiendo. Realmente soy buena construyendo. Y si todo sale bien, y quieren que los siga ayudando, las clases terminan el próximo miércoles, entonces podría venir todo el día. Hasta que consideren que ya he hecho suficiente para pagarles. Trabajaré todo el verano si es necesario para compensarles. Y si no les gusta mi trabajo, venderé el detector de metal y les daré el dinero.

—¿Qué te parece, Nate? —preguntó Helen.

—No lo sé —dijo Nate—. Esta niña estaba intentando incendiar nuestra casa hace un instante.

—No exageremos —indicó Helen—. No estaba intentando incendiar la casa.

—Escuchen —dijo Olive, dirigiendo la mirada a Nate—, sé que lo que hice estuvo muy mal. Vaya, fue una verdadera mier... Bueno, estuvo mal. Pensé que... No importa lo que pensé. Pero lo lamento mucho. Por favor, déjenme compensárselo.

Helen observó a Nate.

—¿Qué opinas?

—No sabemos nada de ella —señaló él.

—Es nuestra vecina —expuso Helen—. Es solo una niña que se ha equivocado, pero está tratando de hacer lo correcto. ¿Verdad, Olive?

La muchacha asintió con entusiasmo. Nate suspiró.

—¿Prometes no robar nada más? —preguntó—. ¿Nada de trucos ni de intentar escabullirte?

—¡Lo prometo! Todo claro a partir de ahora —dijo Olive—. Además, vi todas sus guías de campo dentro. Yo lo sé todo sobre los animales de este bosque. Puedo mostrarles dónde hay una guarida de osos, un dique de castores y el lugar donde anidan las águilas calvas. Incluso sé dónde pueden encontrar un gato montés; hay uno que ha estado rondando por el bosque.

Nate no pudo ocultar del todo su interés.

—¿Un gato montés? ¿En serio?

—¡En serio! Puedo contárselo todo sobre estas tierras. He cazado aquí desde que era pequeña.

—¿Y puedes contarme más de Hattie? —preguntó Helen.

—Les diré todo lo que sé —prometió la chica—. Y si quieren, puedo presentarles a mi tía Riley. Ella sabe incluso más. Se podría decir que es experta en la historia de este pueblo. Y también le fascinan todas esas historias de fantasmas.

—¿Qué opinas, Nate? —preguntó nuevamente Helen.

Él se quedó callado, apuntando la luz al rostro de Olive y tratando de tomar una decisión.

—Nate... —comentó Helen, usando un tono con el que parecía querer darle a entender: «Más te vale que aceptes».

—De acuerdo —concluyó finalmente, aunque aún sonaba escéptico—. Ven mañana después de la escuela y veremos si es verdad que trabajas bien. Pero si no cumples con tu parte del trato, o si este es otro más de tus truquitos, iré directamente a hablar con tu padre y con la policía.

—No se arrepentirán —dijo Olive—. Lo prometo.

—Por ahora, será mejor que vuelvas a casa antes de que tu padre descubra que no estás —indicó Helen—. Me imagino que se preocuparía mucho.

—De acuerdo —afirmó Olive, feliz de poder marcharse—. Nos vemos mañana.

—Olive —dijo Nate—, una cosa más.

«Genial —pensó Helen—. ¿Ahora qué? ¿Le va a hacer firmar un contrato o algo así?».

—Era un diente de ciervo, ¿verdad?

—¿Eh? —respondió ella.

—El pequeño bulto con el clavo viejo y el diente que dejaste en nuestros escalones. Solo me preguntaba qué clase de diente era y cómo lo conseguiste. Se ve viejo, pero no estoy seguro de a qué animal pertenece.

La chica sacudió la cabeza, confundida.

—No sé lo que era, pero no fui yo. Me llevé muchas cosas, pero nunca dejé nada.

—¿Estás segura? —preguntó Nate.

Ella asintió.

—Absolutamente. Lo juro.

Helen abrió la boca para decir algo, pero no salió nada.

—¿Ya puedo irme?

—Sí —dijeron los dos al mismo tiempo, aunque la respuesta de Helen sonó amable y la de Nate severa.

La observaron adentrarse en el bosque. Se movía rápida y con seguridad entre los árboles. Su viejo camisón blanco brillaba en medio de la oscuridad como el fantasma que pretendía ser.

Las paredes

Capítulo 12

Olive

8 de julio de 2015

Olive era consciente de que le caía mal a Nate. Al menos estaba segura de que no confiaba en ella. Por mucho que se hubiese esforzado durante las últimas tres semanas, por mucho trabajo que les hubiese ayudado a terminar (acabar con las paredes y el techo, además de empezar a poner los revestimientos de contrachapado), siempre la miraba como si estuviera esperando el momento en que se equivocara o metiera algo en su mochila mientras estaban distraídos. Incluso la obligaba a abrir su mochila frente a él todos los días antes de irse a su casa. Para él, solo era una ladrona. Como dicen, crea fama y échate a dormir.

Por otro lado, Helen se había portado muy bien con ella. La había oído decirle a Nate (pensando que estaba lo bastante lejos): «¡Por Dios, Nate! ¿Qué es lo siguiente? ¿Vas a desnudar y registrar a la pobre niña?». Cuando vivían en Connecticut, Helen solía trabajar dando clases de Historia, pero se notaba que no era para nada una de esas profesoras aburridas. A Olive le habría gustado que Helen fuera su profesora. Por la manera en que hablaba de la historia, de cómo vivía la gente en otra época, por ejemplo, antes de que la electricidad o los automóviles existieran, Olive casi sentía como si lo hubiera vivido. Podía imaginarlo todo a la perfección.

Además, lo hacía de manera muy natural, mezclando todos esos datos interesantes con conversaciones cotidianas. Por ejemplo, ahora: Olive la había acompañado al pueblo en su camioneta, y cada vez que pasaban junto a una casa antigua Helen le hablaba de los distintos estilos arquitectónicos que tenía un pueblo típico de Nueva Inglaterra como Hartsboro.

—Esa casa de la derecha tiene un estilo colonial clásico. ¿Ves que es una construcción sencilla de dos pisos? Sin aleros ni persianas. Es un diseño muy elegante. La casa que estamos construyendo es una variación de ese estilo. ¿Y ves esa al otro lado de la calle? —preguntó Helen, disminuyendo la velocidad mientras señalaba una gran casa blanca con la pintura desconchada—.

Neogriego. Fíjate en las columnas, mira cómo la punta del techo apunta a la calle. Todos los detalles de la cornisa. En realidad, es una obra de arte.

Un coche detrás de ellas tocó la bocina y Helen aceleró.

—Es increíble que todas estas casas hayan sido construidas antes de que hubiera electricidad —dijo Helen—. Piénsalo: no tenían herramientas eléctricas. Lo serraban todo a mano. Y usaban hachas para cortar la madera. Usaban cinceles para todos los detalles que tallaban en las columnas y los bordes.

—Seguro que tardaban siglos en construir una casa —comentó Olive.

—Pues sí, es verdad que las cosas tardaban más tiempo en acabarse, pero el nivel artesanal era mucho mayor. Se requería verdadera habilidad para darles forma a postes y vigas, y para unirlos. Imagínate hacer todo ese trabajo tan delicado a mano. Los constructores eran artistas.

A Olive le agradaba esto. Dudaba de que la gente de esos tiempos pudiera derribar una pared y construir otra con la misma velocidad con que lo hacían ella y su padre constantemente. Parte de ella deseaba poder regresar a una época sin herramientas eléctricas, ni contrachapado ni paneles de yeso.

Además de las historias tan interesantes que le contaba, a Olive también le gustaba el hecho de que Helen estuviera tan interesada en Hattie. No solo en las espeluznantes historias de fantasmas, sino en la mujer real detrás de estas. Helen había estado investigando, tanto por internet como alrededor del pueblo, pero estaba frustrada porque aún no había sido capaz de descubrir todos los hechos. Olive le había dicho que su tía podría ayudarla; trabajaba como voluntaria en la sociedad histórica y podría ayudar a Helen a entrar. Así que, ese día, se encontraban camino del depósito donde trabajaba Riley.

—¡Te encantará este lugar! —le prometió Olive mientras aparcaban frente al Depósito Fox Hill—. Y también te caerá muy bien mi tía Riley.

Olive guio a Helen hacia el gran almacén; pasaron junto a antiguas vigas talladas a mano y madera fresada, hileras de bañeras viejas, bastidores de accesorios de fontanería y tuberías de cobre. Helen se detuvo a ver lavabos y tinas.

—Tenías razón —admitió Helen mientras se acercaba a un profundo fregadero de esteatita, como atraída por un imán—. ¡Este lugar es increíble! ¡Por Dios, mira este fregadero!

—Voy a buscar a mi tía —dijo Olive—. Tú sigue mirando.

Olive encontró a Riley detrás de un gran escritorio sobre una plataforma en medio de la tienda.

—¡Hola, Ollie! —exclamó Riley. Salió de detrás del escritorio, bajó de la plataforma de un salto y envolvió a Olive en uno de sus famosos abrazos de oso—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu padre? —Echó un vistazo alrededor.

—Está trabajando. He venido con mi vecina, Helen. ¿Recuerdas? Ya te había hablado de ella.

—¡Qué bien! Me muero por conocerla.

—Está en la zona de los lavabos, creo. Le gustan mucho las cosas antiguas.

Riley sonrió.

—¡Pues ha venido al lugar indicado! Oye, tengo algo para ti —dijo Riley. Volvió a su escritorio y sacó una bandolera que tenía guardada debajo de él. Después de revisar el interior un minuto, le dijo alegremente—: ¡Toma!

Le entregó su regalo: era una pequeña brújula de latón, empañada y rayada.

—La encontré en un mercadillo.

—Guau, es genial —apuntó Olive.

—Es para ayudarte a encontrar tu camino —le dijo Riley, y Olive tuvo la sensación de que no solo se refería a entrar y salir del bosque.

—Gracias. —Olive examinó la brújula: la aguja giró y osciló hasta que, finalmente, apuntó al norte. Se dijo a sí misma que tenía que ser valiente. Que hiciera la pregunta y ya está. Ahora o nunca—. Oye, tía Riley, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, Ollie. ¿Qué sucede?

—Se trata de mi madre.

Aparentemente, el comentario pilló a Riley por sorpresa. Esbozó una sonrisa preocupada.

—¿Qué pasa con tu madre, Ollie?

—Me preguntaba si podrías contarme algo sobre las últimas semanas que estuvo con nosotros. Si sabías qué estaba haciendo. A quién veía.

Riley dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—¿Ya has hablado con tu padre de esto?

Olive sacudió la cabeza.

—¡Claro que no! Jamás tocamos el tema. Él solo habla de cómo será la vida cuando mamá vuelva a casa.

—Supongo que es lo mejor.

—Lo sé. Papá no puede soportarlo. Él simplemente... no puede. Pero si tú sabes algo, cualquier cosa que me estéis ocultando, quiero saberla. Por favor.

Puedo aguantar lo que sea. Ya no soy una niña.

Riley estiró el brazo, cogió la mano de Olive y le dio un apretón.

—Lo sé, Ollie. Estás creciendo tan rápido... No puedo creer que empieces tu segundo año de instituto este otoño. Recuerdo el día en que tus padres te trajeron del hospital. Eras tan pequeña, tan perfecta... Cómo vuela el tiempo.

—Lo estás haciendo otra vez, tía Riley —se quejó Olive.

—¿Haciendo qué?

—Cambiano de tema. Siempre lo haces cuando menciono a mi madre y lo que ocurrió. Estoy harta de evitar el asunto, ¿tú no?

Riley la observó durante unos segundos, mientras reflexionaba con el ceño fruncido.

—Escucha, te diré lo mismo que le dije a tu padre —señaló Riley finalmente—. La verdad es que no sé qué estaba haciendo tu madre. De pronto se volvió muy reservada. Pero me daba cuenta de que algo sucedía, de que algo había cambiado.

—¡Yo también! —comentó Olive—. Se portaba igual conmigo.

La reconfortó hablar de ello al fin, sacar todo lo que llevaba tanto tiempo guardando.

Riley asintió.

—Sin duda, algo cambió en ella.

—¿Recuerdas la última vez que la viste? —preguntó Olive.

—Sí. Fue en el bar Rosy. Pasé con unos amigos después del trabajo y ella estaba ahí.

—¿Estaba sola? —preguntó Olive.

Riley dudó por un instante; se mordió el labio. Olive le dirigió una mirada suplicante. «Por favor, ya hemos llegado hasta aquí», parecía decir con la mirada.

—No —dijo Riley—. Estaba con un tipo.

—¿Quién era? —preguntó Olive.

Riley apartó la mirada.

—Nadie conocido.

—Bueno, pero ¿cómo era?

Miró a Olive otra vez y se encogió de hombros.

—No lo recuerdo exactamente. Cabello y ojos oscuros, creo. Llevaba una cazadora de cuero.

—¿Crees que Sylvia sabrá quién era?

Sylvia atendía la barra en el bar y era una de las mejores amigas de su madre. Se conocían desde antes de que Olive naciera.

—No lo sé, Ollie. Y francamente, si lo supiera, ¿qué importancia tendría?

—Porque tal vez sea el tipo con el que se fugó. Y si supiéramos más de él, tal vez podríamos descubrir dónde se fueron.

—Ay, cielo... —Riley le dirigió a Olive la mirada. Esa mirada de lástima, de «pobre niña» que Olive conocía tan bien. La muchacha apretó la mandíbula. No quería la lástima de nadie, y mucho menos de su tía Riley. No quería ser esa pobre niña.

—Mira, tesoro —siguió diciendo Riley—, el caso es que, si tu madre quisiera que la encontráramos, ya se habría puesto en contacto con nosotros.

—Pero si...

—Sé que duele, créeme. Pero tenemos que ser pacientes. Ella volverá cuando esté lista, Ollie. —Alzó la mirada para ver algo detrás de Olive y sonrió.

—Hola. Tú debes de ser Riley —dijo Helen, y se acercó a Olive.

—Tía Riley, te presento a Helen. Es nuestra nueva vecina, de la que te he hablado —dijo Olive, obligándose a sonreír, a pesar de que se sentía devastada y frustrada por la conversación que acababa de tener con Riley. ¿Cómo podía pensar eso su tía? ¿Decir que lo mejor era no hacer nada para descubrir el paradero de su madre? «Volverá cuando esté lista». Eso no le bastaba a Olive, y no podía creer que fuera una explicación suficiente para Riley.

—¡Ah, sí! Vives en el pantano de Breckenridge, ¿verdad?

—Así es, yo soy la loca que vive en el terreno embrujado y que alborota a los fantasmas —explicó Helen con una sonrisa.

—Es un placer conocerte —declaró Riley con entusiasmo, y estiró una mano para sacudir la de Helen.

—¡Espera! —exclamó Olive—. ¿Qué has dicho?

—Nada —concretó Helen—. Lo siento, son solo tonterías que he oído en el pueblo.

—Entonces, ¿sí has oído lo que han estado diciendo? ¿Lo de que trajiste a Hattie de vuelta?

Helen la miró con los ojos entrecerrados.

—He oído algunas cosas. Y parece que tú también. ¿Por qué no me lo contaste?

Olive se encogió de hombros.

—Son solo tonterías que dice la gente. Supongo que es porque vives en el pantano —dijo Olive—. Además de todos los libros de brujería que has cogido de la biblioteca.

Helen sacudió la cabeza con incredulidad.

—Bromeas, ¿verdad? ¿La gente sabe qué libros he cogido?

Olive asintió.

—Brendan, el que trabaja en Ferguson's, incluso le ha dicho a la gente que cree que tú también eres una bruja.

Riley se rio.

—En un pueblecito como Hartsboro uno debe tener cuidado con lo que coge en la biblioteca. Uno coge un solo libro sobre artes ocultas y ya te asocian con el mismísimo diablo.

—¿Y los bibliotecarios no tienen un código ético, de honor o algo así? —preguntó Helen.

—Parece que en Hartsboro no —respondió Riley.

—Pero no son solamente los libros —añadió Olive—. Dicen que... despertaste a Hattie o algo así. Que por tu culpa empezaron a ocurrir cosas malas.

—¿Qué? —preguntó Helen—. ¿Qué cosas malas? ¿El accidente del autobús?

Olive asintió.

—Déjame adivinar, Hattie y yo también causamos los relámpagos y los incendios, ¿verdad?

—Tal vez. —Olive se encogió de hombros—. Es lo que dicen algunas personas.

Riley sonrió.

—Es probable que te culpen hasta de los semáforos que no funcionan —dijo—. Siempre que algo sale mal en Hartsboro, acusan a Hattie. Pero ahora los muy cotillas están encantados porque tienen a alguien nuevo, a una persona de carne y hueso a quien culpar.

Helen estaba sorprendida; no paraba de sacudir la cabeza.

—Yo no me preocuparía mucho por eso —comentó Riley—. Poco a poco lo irán olvidando. Cuando alguna adolescente se quede embarazada o algún tipo deje a su mujer por otro hombre, el pueblo tendrá un tema nuevo para cotillear.

—Sí —coincidió Olive—. Te lo digo por experiencia, lo mejor que puedes hacer es no hacer caso.

—Uy, y yo que pensaba que debería vestirme de negro y dibujar símbolos místicos en las aceras —replicó Helen, y las tres rieron.

—He oído que, además de ser la nueva bruja del pueblo —dijo Riley con un guiño travieso—, estás construyendo una casa maravillosa junto al

pantano.

—Es genial —exclamó Olive—. ¡La están construyendo toda ellos mismos!

—Es impresionante —expuso Riley.

—O una locura —añadió Helen—. Incluso me atrevería a decir que es una estupidez.

Las tres se rieron otra vez.

—Olive ha sido de gran ayuda —dijo Helen.

—Claro, es una trabajadora excelente —asintió Riley—. Aprendió mucho trabajando con su padre en casa. ¿Ya has conocido a mi hermano Dustin?

Helen sacudió la cabeza.

—Aún no.

—Le sugerí a papá que invitara a Helen y a Nate a una barbacoa un día de estos. ¡Y tú no puedes faltar, tía Riley!

Era algo que hacían a menudo cuando su madre vivía con ellos: organizaban barbacoas e invitaban a muchas personas. Todos llevaban algo: cerveza, ensalada de patata, sandía, y su padre lanzaba fuegos artificiales en el patio cuando oscurecía.

—Claro que sí, Ollie. Tú pon la fecha y ahí estaré —respondió. Y, mirando a Helen, añadió—: Y, decidme, ¿qué os trae por aquí? ¿Buscáis algo en particular para la casa?

—En realidad, sí. Le he echado el ojo a ese fregadero de esteatita que tienes por ahí.

—Es una belleza. Deja que le ponga un letrero de vendido y les pediré a algunos de los chicos que lo metan en tu coche.

—También estoy buscando una viga para utilizar como cabecero. Algo viejo y tallado a mano. ¿Tal vez de uno veinte por uno veinte o de uno veinte por uno ochenta?

—Pues echemos un vistazo, a ver qué tengo —respondió Riley, y las guio por el enorme almacén.

—Olive me ha dicho que eres una experta en la historia local —dijo Helen.

Riley se encogió de hombros.

—Yo no diría experta. Para nada. Pero definitivamente es algo que me apasiona.

—Le mencioné a Helen que podías ayudarla a entrar en la sociedad histórica para que pueda investigar un poco —explicó Olive.

—Me encantaría echar un vistazo —indicó Helen—. De hecho, me dieron el número de una mujer llamada Mary Ann. Esperaba que pudiera darme acceso, así que la telefoneé y le dejé un mensaje, pero nunca me devolvió la llamada.

—Sí, ella y su marido están en Carolina del Norte; su hija vive allí con su familia. Está a punto de dar a luz, así que han ido a conocer a su nuevo nieto. Aunque, de todos modos, me temo que la sociedad histórica está temporalmente cerrada. Se rompió una tubería y hubo algunos daños. Tienen que reparar el suelo. Guardaron las cosas como pudieron en cajas y bolsas de plástico; es un desastre. Pero te avisaré tan pronto esté lista para abrir otra vez.

—¡Perfecto! —exclamó Helen—. Espero que no se haya dañado nada valioso.

—No —dijo Riley—. Afortunadamente logramos moverlo todo. Solo fue el suelo. Tienen que quitar la moqueta y poner una nueva, y revisar si el subsuelo está bien.

Llegaron a la zona de los lavabos, Riley sacó una etiqueta de su bolsillo, escribió «VENDIDO» en letras grandes y se lo puso al fregadero. A Olive se le desorbitaron los ojos cuando vio el precio: 799 dólares. Era un fregadero grande y profundo, hecho de losas lisas de pizarra gris.

—Lo fabricaron aquí en el pueblo. De hecho, apuesto a que la piedra también fue extraída aquí, en Vermont.

—¿En serio? —dijo Helen, que estaba incluso más emocionada que antes.

—Proviene de una vieja hacienda ubicada en County Road. Una pareja lo compró el año pasado, pero ahora están haciendo algunas mejoras en la casa. Modernizándola.

Helen sacudió la cabeza.

—Me cuesta creer que alguien se deshaga de un fregadero así.

—¿Verdad que sí? Probablemente instalaron un nuevo y reluciente fregadero de acero inoxidable para que combine con sus electrodomésticos —dijo Riley—. Ahora vamos a por esa viga que quieres.

Riley las llevó al otro lado de la tienda, donde había varias vigas apiladas sobre estantes. Todas tenían etiquetas blancas y letreros escritos con tiza amarilla.

—Este lugar es increíble —señaló Helen—. Y estoy muy agradecida por tu ofrecimiento de abrir la sociedad histórica para mí. —Empezó a revisar las etiquetas de las vigas.

—No hay problema. ¿Buscas algo en particular?

—Lo que sea sobre nuestro terreno. En especial, cualquier cosa sobre Hattie Breckenridge.

—Por desgracia, no creo que haya mucho. Un par de fotografías. Tal vez un antiguo título de propiedad a su nombre. Pero a lo mejor hay cosas que yo no he visto; podemos buscar juntas.

—¿Sabes qué fue de ella? —preguntó Helen, apartando la mirada de las vigas y dirigiéndola a Riley—. Nadie en este pueblo ha podido darme realmente una respuesta.

—Me lo imagino —dijo Riley—. Es una historia algo horripilante; a ninguno de los habitantes del pueblo le enorgullece mucho.

—¿Horripilante? —preguntó Olive—. ¡Genial! ¡Cuéntanos!

La muchacha jamás había oído la verdadera historia de lo que le pasó a Hattie. Le había preguntado a su madre alguna vez, pero ella simplemente le respondió que nadie estaba seguro. ¿Cómo es que nunca se le había ocurrido preguntarle a Riley? Claro que ella sabía lo que había sucedido. Y lo que era más importante, podía confiar en Riley para que le contara la versión sin censura ni mentiras.

Riley se apoyó en una pila de madera, se apartó el flequillo azul de la frente y empezó:

—Bueno, como sabéis, la gente creía que Hattie era una bruja. Que tenía poderes que le permitían ver todo lo que iba a pasar. Sus predicciones casi siempre se cumplían, y eso le daba miedo a la gente. Creían que tal vez no solo veía el futuro, sino que lo alteraba de algún modo, que las cosas ocurrían porque Hattie decía que iban a ocurrir.

Olive trató de imaginarse lo que se sentiría al tener esa clase de poder sobre la gente: la habilidad de hacerlos creer que eras capaz de ver el futuro e incluso de cambiarlo.

—Un día les advirtió a todos que la vieja escuela se incendiaría. Cuando sucedió, tres niños murieron. La hija de Hattie resultó ilesa, ya que ella no la dejó asistir a la escuela aquel día. Y, claro, eso la hacía parecer aún más sospechosa. Entonces acusaron a Hattie de haber provocado el incendio, del mismo modo que la habían acusado de todas las cosas malas que había predicho. Veréis, la gente de aquel entonces, y supongo que la de hoy también, le temía a todo aquello que no comprendía. Siempre buscan a qué, o a quién, culpar.

—¿No os parece interesante lo poco que cambian algunas cosas? —preguntó Helen.

—Ajá, sí —replicó Olive con impaciencia—. ¿Y qué le pasó a Hattie?

—La colgaron.

Helen emitió un pequeño jadeo.

—¿En serio?

Riley asintió.

—La mitad del pueblo fue a buscarla después del incendio en la escuela. Había niños muertos, así que la gente estaba furiosa. Acusaron a Hattie de ser una bruja y la colgaron de un viejo pino blanco que se encontraba cerca de las orillas del pantano.

—¿En qué año fue esto? —preguntó Helen.

—En 1924 —respondió ella.

—¡Guau! —exclamó Helen—. Jamás había oído que hubiesen colgado a alguien por brujería a esas alturas. La mayoría de los juicios y ejecuciones ocurrieron en tiempos de los puritanos.

—Creo que lo ocultaron todo bastante bien. La gente de Hartsboro no estaba muy orgullosa que digamos.

—¿Dónde está enterrada? —preguntó Helen.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —dijo Riley—. Aunque hay gente que dice que la arrastraron al centro del pantano y la hundieron ahí. Que su cuerpo aún yace en ese lugar y por eso está embrujado.

—Entonces, ¿está en el pantano? —preguntó Olive.

—Tal vez —respondió su tía.

—¿Y qué pasó con el árbol del que la colgaron? —preguntó Olive, tratando de recordar cuál podía ser. No había ningún pino grande a orillas del pantano.

—Lo cortaron poco después —respondió—. Lo usaron para hacer madera y, de hecho, usaron esas vigas para reconstruir la escuela.

—¿La que derribaron el año pasado? —preguntó Olive.

—Sí. Es más, creo que aún tengo algunas de esas vigas a la venta. —Se volvió hacia la madera apilada en los pesados estantes de acero.

—¿En serio? —preguntó Olive entusiasmada—. ¿Del árbol del que la colgaron?

—Eso es lo que dice la gente. —Riley empezó a revisar las etiquetas adheridas a las vigas—. Esta —dijo, y señaló una de ellas.

Helen se acercó, estiró la mano para tocar la viga, dudó por un instante y finalmente la posó sobre ella y la acarició con suavidad.

—¿Esto proviene de nuestro terreno? ¿De la época de Hattie? —preguntó.

—Pues no puedo probarlo ni darte un certificado de autenticidad o algo así, pero estoy bastante segura de que sí. Después se usó para la vieja escuela

de Hartsboro.

Para Olive, la viga era como todas las demás: vieja, de un vibrante color café y llena de marcas de hacha.

—Es perfecta —dijo Helen—. Es justo lo que necesitamos para el espacio entre la sala y la cocina.

—¿¡Qué!? —exclamó Olive—. ¿Vas a usar la viga hecha con madera del árbol de la ejecución en tu casa? ¿Y si está... embrujada o algo así?

Helen se rio.

—No existen los fantasmas —indicó—. Pero esta viga... ¿Recuerdas lo que te estaba contando? ¿Lo de que solían cortar la madera usando solo un hacha? Por eso tiene todas estas marcas. —Pasó los dedos por la viga—. Casi se puede sentir su historia, ¿no crees?

Olive tocó la viga también, haciendo un esfuerzo por imaginar el árbol del que provenía, firmemente plantado a orillas del pantano; a Hattie con un nudo alrededor del cuello. Pensó en que ese árbol fue una de las últimas cosas que vio. Y él árbol la había visto a ella también. Había sostenido su peso, sentido sus últimos movimientos. Olive imaginó que había alguna parte de Hattie en ese árbol, como una mancha en lo más profundo de él.

Capítulo 13

Helen

12 de julio de 2015

—Es perfecta —dijo Helen.

Ella y Nate acababan de instalar la viga entre el salón y la cocina. La viga era rústica, tallada a mano y gruesa, de unos diez por veinte centímetros; y abarcaba la parte superior de la abertura entre las dos habitaciones perfectamente, con lo que ayudaba a conectarlas, además de dar un maravilloso toque cálido de madera antigua.

Era increíble cómo los espacios empezaban a parecer habitaciones de verdad, un lugar en el que realmente se veían viviendo. Ya habían levantado la estructura de las paredes, el subsuelo de contrachapado estaba clavado y el revestimiento exterior colocado; también habían hecho marcas en el suelo y en las paredes para indicar dónde irían las encimeras, los armarios y el gran fregadero de esteatita. Por el momento, lo tenían guardado bajo uno de los toldos desmontables en el patio. Nate se había quejado un poco del precio, pero estuvo de acuerdo en que quedaría perfecto en su cocina.

Helen ya empezaba a analizar el interior de la casa y pensar en dónde podría ir su sofá y su lámpara de lectura favorita; ya se imaginaba preparando café en su cocina. Mientras recorría las habitaciones, se sentía como una niña jugando a las casitas con muebles imaginarios.

—Si alguien pregunta sobre la viga, solo digamos que se usó en la construcción de la vieja escuela de Hartsboro, ¿vale? Será mejor omitir la parte del árbol de la ejecución —expuso Nate, observándola como si fuera algo que le costara entender.

Nate pensaba que la historia de la viga era algo perturbadora, desconcertante incluso, pero estuvo de acuerdo en que era un hermoso pedazo de madera.

—Ya no se encuentra madera así ahora —dijo, recorriendo la superficie con los dedos, sintiendo los bordes ásperos que habían dejado los golpes del hacha—. Duramen robusto del centro de un árbol viejo como este.

La viga parecía irradiar un brillo cálido en comparación con las vigas de abeto pálido que se encontraban debajo de ella.

—Me encanta la sensación que le da a la casa —apuntó Helen, mientras tomaba a Nate de la mano y le daba un recorrido por la planta baja—. Le brinda una auténtica sensación de historia.

Nate se rio.

—Una historia algo morbosa, pero sí, te entiendo.

—Es increíble que provenga de un árbol que creció en nuestro propio terreno. Imagina las historias que podría contar —dijo Helen—. Me encanta la idea de incorporar más materiales de construcción viejos; más elementos que sean parte de la historia local. ¡Deberías ver el depósito, Nate! Hay tantas cosas hermosas esperando una nueva vida. ¡A mi padre le habría apasionado ese lugar! —Recordó las ocasiones en que lo había acompañado a mercadillos callejeros y a graneros en los que se vendían cosas; lo ayudaba a elegir ventanas, puertas, lavabos y herramientas para usar en sus reformas—. Había cristalerías, bañeras con patas, antiguos fregaderos de granja y muchísima madera. ¡Y todo con una historia que contar!

Nate asintió y se frotó la barba, que le había crecido sustancialmente y ahora era como una barba, y no como vello que hubiera olvidado afeitarse. Helen aún no estaba segura de si le gustaba. En su opinión, parecía más un asesino en serie que un leñador.

—Me parece una idea excelente —dijo Nate—. Dijimos que queríamos ser ecológicos, ¿verdad? No se puede ser más ecológico que reutilizando y reciclando materiales. Y es incluso mejor si estos son de una calidad superior a los nuevos. Además, me imagino que sale más barato en muchos casos. Bueno, excepto en el caso de ese enorme fregadero de piedra que trajiste. Pero en general salimos ganando.

—Volveré al depósito, investigaré en internet y estaré al caso por si veo cualquier cosa que podamos utilizar.

—De acuerdo —declaró él con una sonrisa—. Estás oficialmente a cargo de adquirir materiales que podamos reciclar.

—¡Como una búsqueda de artefactos! —exclamó.

—Me encanta la idea —dijo él, y le dio un beso—. ¡Y me encanta verte tan entusiasmada!

—Riley me ayudó mucho. Es genial, Nate. Me muero de ganas de que la conozcas. Parece una chica gótica, con cabello extraño, cubierta de tatuajes y *piercings*, y vestida toda de negro, ¡pero le encanta la historia! Y durante el

verano construye casas con Hábitat para la Humanidad. Te dije que se ofreció a ayudarnos, ¿verdad?

—Ajá.

—Creo que deberíamos aceptar su ayuda. Tal vez organice un día de trabajo para que venga junto con Olive; tal vez podamos invitar al padre de Olive también. Podríamos comprar *pizza* y cerveza para después de trabajar. ¿Qué opinas?

—Suená bien, amor.

—Nate, se me acaba de ocurrir algo...

Él sonrió.

—Hoy estás imparable.

Tenía razón. Su mente zumbaba, rebosante de ideas. Se sentía tan bien... Estaba entusiasmada.

—¿Qué te parece si dormimos aquí esta noche?

Él se rio.

—¿Dónde? ¿En el suelo entre los caballetes? ¿Quieres que fabriquemos una cama a base de aislante y serrín? —De pronto, su sonrisa de «tiene que ser una broma» se convirtió en un ceño fruncido—. ¿Hablas en serio?

Ella le puso las manos sobre los hombros y empezó a darle un pequeño masaje para convencerlo.

—¡Vamos! ¡Será divertido! Podemos hacer espacio en el salón y traer nuestros sacos de dormir, encender algunas velas. Será como ir de campamento, ¡pero mejor! ¡La primera noche en nuestra nueva casa!

—No lo sé...

—Sexo por primera vez en la casa nueva —le susurró al oído.

—Está bien. Acepto —dijo él, se acercó a ella y le dio un beso sin estar muy convencido.

Habían bebido dos botellas de vino, lo que explicaba el ritmo cardíaco acelerado que sentía Helen y su insaciable sed. Se despertó desnuda y desorientada. Al girarse, vio la estructura vacía de la casa incompleta. Estaban en el salón, en el lugar donde algún día pondrían su alfombra trenzada.

Una de las velas que habían puesto en un vaso seguía parpadeando de manera tenue. Nate roncaba con suavidad a su lado. Habían juntado sus dos sacos de dormir para formar uno más grande, que ahora daba demasiado calor y estaba empapado en sudor. El suelo de contrachapado debajo de ellos era

duro; demasiado duro para dormir cómodamente. Le dolía el cuello y la espalda. Y necesitaba orinar.

Bajó el cierre de su lado del saco de dormir y se escabulló fuera. Luego, buscó a tientas en el suelo hasta que localizó su camiseta y su ropa interior. Hacía un frío increíble, tanto que se le puso la piel de gallina, y empezó a frotarse los brazos.

Sintió que algo crujía detrás de ella. Pensó que era la casa que se estaba asentando.

Pero ¿la madera en las casas a medio terminar también se asienta?

De nuevo, un fuerte crujido. Por Dios. ¿Qué era eso?

Su piel humedecida por el sudor empezó a estar más fría y pegajosa.

«Date la vuelta —se dijo a sí misma—. Solo date la vuelta».

Inhaló y se giró lentamente hacia la cocina; podía verla tras el marco abierto que tenía la viga nueva encima. La viga del árbol de la ejecución.

«La viga es la que hace ruido —pensó—. La viga que recuerda el peso de Hattie colgando de una de las ramas más resistentes del árbol».

Recordó algo que había leído una vez sobre ahorcamientos: si el cuello de la víctima no se rompía de inmediato, quedaba colgada y se sofocaba lentamente. Era una manera terrible de morir.

Helen sintió que se le cerraba la garganta mientras cogía la vela y se obligaba a avanzar, pasando por debajo de la viga hasta llegar a la cocina, que estaba en completa oscuridad. Nate y ella ya habían enmarcado todas las ventanas de la casa, pero aún no habían cortado el contrachapado, así que no entraba nada de luz. No había vistas al exterior. No se filtraban los rayos de la luna.

Era como estar dentro de una tumba, con nada para alumbrarla más que una vela parpadeante.

Y no estaba sola. Lo presintió de inmediato. Oía algo.

Esta vez no era un crujido, ni los ronquidos de Nate en la otra habitación, sino la respiración tranquila de alguien. Alguien que no quería que lo oyesen.

Se giró hacia su derecha para abarcar su punto ciego y casi perdió el control de su vejiga.

Había una mujer ahí.

Estaba parada justo a la derecha de la amplia entrada, de espaldas a la pared, donde irían las repisas de la cocina. Llevaba un vestido blanco muy sucio y zapatos negros con cordones. Al ver el alborotado cabello negro y las profundas ojeras como moretones bajo sus ojos, Helen supo inmediatamente de quién se trataba. Lo supo solo con mirarla a los ojos. Lo hubiera sabido

incluso sin haber visto la cuerda alrededor de su cuello: una soga gruesa como un macabro collar cuyo extremo deshilachado colgaba hasta la cintura de la mujer.

Hattie era real esta vez, no una niña que jugaba a disfrazarse. Helen se quedó paralizada. Los ojos de Hattie, porque tenía que ser ella, eran negros y brillaban como el agua oscura en el centro del pantano.

Helen quería hablar, decir algo, tal vez el nombre de Hattie o tan solo «hola», pero el aire había escapado de su pecho y cuando abrió la boca no salió sonido alguno. Se sentía como un pez de caricatura dejando escapar pequeñas burbujas de aire, que se elevaban hasta la superficie y reventaban sin hacer ningún ruido.

El aire era pesado y frío, como si estuviese envuelta en una cobija de niebla. ¡Y el olor! El olor turbio y primordial del pantano combinado con algo dulce y putrefacto.

Hattie se volvió y observó la viga que se encontraba sobre ellas; la viga que había sido fabricada con madera del árbol debajo del cual murió. El árbol cuya rama había soportado su peso, el árbol que la recordaba a ella tan bien como ella a él.

Hattie tocó el nudo alrededor de su cuello, recorriendo cada milímetro de la cuerda con sus dedos pálidos, como una mujer que reza el rosario. Y justo como si estuviese rezando, Hattie movía los labios; estaba hablando, susurrando con suavidad, casi sin decir nada. Helen no podía distinguir lo que decía, y cuanto más murmuraba Hattie, más angustiada se veía; sus dedos no paraban de tocar la cuerda, su mirada estaba fija en la viga.

Entonces, se giró para mirar directamente a Helen y dijo una sola palabra clara: «Jaaane».

Su voz sonó como vidrios rompiéndose. No, no exactamente; más bien como si alguien moliera y aplastara trozos de vidrio. Era un sonido agudo y entrecortado que hizo que a Helen se le helaran las entrañas. El olor dulce y putrefacto se hizo más intenso.

—¿Jane? —graznó Helen con la garganta seca. Quería darse la vuelta y echar a correr. No quería seguir en la presencia de esta... criatura que parecía humana, pero que claramente no pertenecía a este mundo. Ya no.

—¿Amor?

Helen se dio la vuelta.

Nate estaba sentado en el suelo, contemplándola. Podía verla a ella, pero una pared tapaba el rincón donde se encontraba Hattie.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó. Su voz sonaba ronca por el cansancio y el vino.

Helen inhaló hondo.

—Nate —dijo, tratando de mantener su voz calmada—. Ven aquí.

—¿Qué pasa? —Abrió el saco de dormir y se tambaleó hacia donde estaba, desnudo. Su cuerpo pálido brillaba en medio de la oscuridad—. No me digas que el puercoespín se las ha ingeniado para entrar aquí.

—Mira —dijo Helen, señalando el rincón. Pero cuando sus ojos siguieron su propio dedo, vio que Hattie ya no estaba.

—¿Qué quieres que vea?

—¡Estaba ahí! —exclamó Helen—. Justo en ese rincón.

—¿Quién?

—Hattie.

—Ay, no. —Nate sonrió—. ¿La Pequeña Niña Fantasma nos está gastando bromas otra vez?

—¡No! No era Olive. Era la verdadera Hattie. Tenía el cabello negro. Y un vestido viejo. Y una cuerda alrededor del cuello.

—Amor —dijo Nate, tomándola de la mano—. Te lo has imaginado.

—¡Estaba ahí! Sé lo que he visto. ¿No hueles eso?

—¿Qué?

—Ese olor a podrido, a pantano. ¡Ha estado aquí, Nate!

Sintió que el olor había empezado a disiparse, pero aún era perceptible.

Él la observó con detenimiento; su rostro reflejaba mucha preocupación, como la miraba cuando tenía fiebre.

—Es por todas esas historias locas que has estado escuchando. Y los libros que has leído. Y todo el vino que tomamos. Probablemente soñaste con ella. Despertaste y parte de tu cerebro seguía en el sueño.

—Nate...

—Helen, por favor. ¿En serio esperas que crea que había un fantasma en nuestra casa?

No respondió. ¿Qué podía decir? Acababa de verla con sus propios ojos. Si Nate no la creía, sabía que no había manera de convencerlo.

Trató de ponerse en su lugar e imaginar cómo habría reaccionado si él le dijera que había visto un fantasma. ¿Le habría creído?

Sí, se dijo. Sí, claro que le hubiera creído.

—Volvamos a dormir, ¿de acuerdo? —dijo Nate, hablándole como si fuera una niña pequeña que acababa de tener una pesadilla—. Pero primero tengo que ir al baño.

—Yo también —indicó Helen.

Volvieron al remolque para usar el baño y luego Nate se dirigió al dormitorio.

—No —dijo Helen—. Volvamos a la casa.

—¿Estás segura? —preguntó Nate con el ceño fruncido—. ¿No preferirías dormir en una cama de verdad?

—Creo que la casa es más acogedora. Además, dejamos una vela encendida. Tenemos que volver igualmente.

—Está bien —accedió Nate, y mientras caminaban de regreso, cogidos de la mano, Helen no dejaba de mirar la casa. Pero desde luego la casa era una caja sólida (todavía sin los huecos para las ventanas), así que no podía ver lo que ocurría en el interior, si Hattie había regresado.

Nate se acomodó en el saco de dormir y Helen fue a la cocina una vez más para revisar el rincón donde había aparecido el fantasma. Seguía vacío. No había señal alguna de que alguien o algo hubiera estado ahí.

Pero estaba segura de que sí. Estaba segura de lo que había visto.

Estiró el brazo para tocar la viga en el marco de la puerta. La imaginó con pulso, como un ser vivo. Un ser vivo con memoria. Y tal vez, solo tal vez, con el poder de invocar a alguien.

Un artefacto histórico transformado en talismán.

Tal vez los objetos no solo guardaban recuerdos, sino también rastros de las personas que los habían tocado, como hilos que los conectaban con ellos.

Era una idea loca, y sabía que lo mejor era no compartirla con Nate.

—Ven a acostarte —le dijo Nate, abriendo su lado del saco de dormir para que entrara.

Helen se acercó y se acurrucó a su lado, tratando de acomodarse sobre el suelo duro. Él la abrazó y le acarició la nuca.

—¿Sabes qué me encanta de ti? —le preguntó—. Me encanta que tu imaginación te lleve a lugares lejanos. Por eso eres tan buena investigadora y profesora de Historia. Porque basta con que leas sobre otra época para que te transportes a ella.

Acostados en la oscuridad, ella lo escuchaba con los ojos abiertos, contemplando fijamente la entrada a la cocina y la viga encima del marco de la puerta.

—No fue mi imaginación. Y tampoco fue el vino.

Sabía que no merecía la pena discutir, pero no podía evitarlo.

—Los fantasmas no existen —le dijo Nate mientras acariciaba su cabello.

Parte de ella deseaba creerle. Creer que lo había imaginado todo. Porque eso tendría sentido. Eso sería sencillo.

Pero el mundo no siempre lo es.

Ella lo sabía bien.

Pronto, Nate volvió a quedarse dormido.

—Sé lo que vi —susurró una vez más dirigiéndose a sí misma, a la noche, a quien sea (o lo que fuera) que la estuviera escuchando.

13 de julio de 2015

Helen despertó en el suelo de la casa; su cuerpo estaba entumecido y dolorido. Estaba convencida de que podía oír el sonido distante de algo que crujía, que se balanceaba: el sonido de un cuerpo colgando de una cuerda.

Se volvió a observar la viga con los ojos entrecerrados, buscando alguna sombra, alguna señal de Hattie. Pero ella no estaba ahí.

Y Nate tampoco.

Su lado del saco de dormir estaba vacío. Su ropa ya no estaba en el suelo. Helen miró el reloj. Las seis de la mañana. Era demasiado temprano para que Nate se hubiera levantado. Tal vez había regresado al remolque. Abrió el saco de dormir y salió.

—¡Nate! —gritó.

Nada.

La casa sin ventanas estaba oscura. Era como estar dentro de una caja de madera sellada. Un ataúd. Enterrada como Hattie.

Excepto que a Hattie no la habían enterrado en un ataúd, ¿no? Helen recordó las palabras de Riley: «La gente dice que la arrastraron al centro del pantano y la hundieron. Que su cuerpo aún yace ahí y por eso el lugar está embrujado».

De ahí provenía el olor. Esa horrible peste dulce y putrefacta a la vez combinada con el olor a tierra mojada del pantano.

Sigue ahí abajo, con la cuerda alrededor del cuello.

Entonces, consciente de que era una tontería volver a mirar, pero sin poder resistirse, entró en la cocina. Pasó por debajo de la viga y echó un vistazo al rincón. Vacío.

—Hattie... —susurró en voz baja y dudosa—. ¿Estás aquí?

Esperó, escuchó, observó; se sentía un poco incómoda. Un poco loca, incluso. ¿De verdad trataba de hablar con un fantasma? ¿Qué diría Nate si la viera?

Tal vez él tenía razón. Tal vez lo había imaginado. Había bebido demasiado vino y tal vez había tenido una pesadilla, una que cobró vida.

«Pero el olor —se dijo—. ¿Podría haber imaginado ese olor? Y el sonido de la voz de la criatura. Como vidrios molidos. El sonido personificado del dolor».

Era real; tenía la certeza de que lo era.

Se puso rápidamente los vaqueros y salió huyendo de la casa. Bajó la colina hasta llegar al remolque.

—Nate... ¿Estás aquí?

No estaba en la cocina. No había preparado café. No había dejado el bol de cereales fuera.

Y no estaba en la cama.

La camioneta seguía aparcada fuera; el parabrisas estaba cubierto de rocío y las llaves colgaban del pequeño gancho de latón junto a la puerta. Sacó su teléfono del bolsillo de los pantalones y lo llamó. Le saltó directamente el buzón.

Helen apretó la mandíbula; podía sentir cómo el aire a su alrededor se volvía más denso y las paredes se cerraban sobre ella.

«No te dejes llevar por el pánico —se dijo—. Tal vez ha salido a dar un paseo. O a observar aves que solo vuelan por la mañana. Eso es algo que haría Nate».

—Nate está bien —le habló al remolque vacío.

«Si lo dices en voz alta, se hará realidad».

Preparó café, comió un poco de cereales y revisó su correo, y durante todo ese tiempo siguió repitiéndose que todo estaba bien. Todo era normal. Lo primero que vio fue un correo electrónico de su amiga Jenny:

Me alegra saber que estáis avanzando con la casa. ¡Me encantó la foto de Nate con su barba de montañés! Y la historia de tu visitante «fantasma». Olive parece ser una niña fascinante. Oye..., tal vez estoy leyendo demasiado entre líneas, o tal vez son mis poderes psíquicos de mejor amiga, pero ¿va todo bien? ¿Seguro?

Helen cerró el portátil y miró la pila de libros de la biblioteca que tenía sobre la mesa. Había seguido revisándolos. Cogió el volumen titulado *Cómo comunicarse con el mundo espiritual* y lo abrió por la primera página:

¿Alguna vez ha sentido que no está solo? ¿Alguna vez ha sentido que hay alguien detrás de usted y cuando se gira no ve nada?

Helen cerró el libro de golpe; le temblaban las manos. Salió del remolque, se detuvo delante y empezó a llamar a Nate. Nada. Solo el parloteo matutino de los pájaros.

Se dirigió al camino que llevaba al pantano. Seguro que lo encontraría ahí, trazando el bosquejo de algún pájaro. Pero no había nada ni nadie.

Miró hacia el centro del pantano, donde el agua era más profunda, e imaginó a George Decrow sacando a su mujer del agua, arrastrándola hasta la orilla, haciéndole el masaje cardiorrespiratorio a su cuerpo frío y sin vida. Se imaginó a sí misma haciendo lo mismo... con Nate, que tenía los labios azules en la imagen en su mente.

Helen trató de alejar esa fantasía de su cabeza. Regresó por el camino hasta el remolque y se sirvió otra taza de café.

Sacó el pequeño cuaderno de su bolsa y encontró el número que el agente inmobiliario le había dado; el número de George Decrow en Florida. Marcó y aguardó.

—Diga... —Se oyó la voz de un hombre mayor, un poco falto de aire.

—Buenos días, ¿es el señor Decrow?

—Sí...

—Mi nombre es Helen Wetherell. Mi marido Nate y yo compramos su terreno junto al pantano en Vermont.

Se cortó la línea. Había colgado.

Helen volvió a marcar, y esta vez respondió de inmediato.

—¿Qué es lo que quiere?

—Señor Decrow, me enteré de lo que le pasó a su mujer y lo lamento mucho. Me da mucha pena molestarlo, pero están pasando cosas raras aquí. Mi marido cree que me las estoy imaginando y yo empiezo a preguntarme si me estoy volviendo un poco loca. —Hizo una pausa, preocupada por si había hablado de más.

Oyó la respiración ronca del hombre y pensó que iba a colgar, pero no lo hizo.

—¿Ya la ha visto? —preguntó.

Helen se acercó el teléfono al oído, tanto que podía escuchar claramente cada respiración de George Decrow. Se dijo que debía mentirle, hacerse la loca, pero tal vez fuera su única oportunidad de hablar con ese hombre y decidió que la mejor manera de que siguiera al teléfono era siendo sincera.

—Sí. La vi anoche.

—Edie también la vio. Yo no la creí. No la creí hasta que fue demasiado tarde.

—Señor Decrow, sé que esto suena disparatado, pero creo que tal vez quiere algo. Dijo un nombre anoche...

—Oh, claro que quiere algo. Los quiere a ustedes. Lo mejor que pueden hacer su marido y usted es marcharse de inmediato. Váyanse y no regresen nunca. Lo siento.

Y nuevamente el ruido blanco. Había colgado. Intentó volver a llamar, pero sonaba ocupado. Seguro que había desconectado el teléfono.

Temblando, se sentó frente a la mesa y abrió el portátil. Luego lo volvió a cerrar. ¿Dónde diablos estaba Nate?

Trabajar. Eso es lo que tenía que hacer. Empezar a trabajar como si fuera un día como cualquier otro. Como si no hubiera visto un fantasma anoche. Como si Nate no hubiera desaparecido de repente.

«Salió a caminar, eso es todo —se dijo a sí misma—. Salió a buscar aves». Al pensar esto, trató de no prestar mucha atención al hecho de que sus binoculares, su libro sobre aves, su cámara y su cuaderno de campo estaban en la mesa junto a la entrada.

Volvió a la casa y se detuvo fuera, observándola: el armazón completamente levantado y enfundado en contrachapado. Era el primer paso del proceso al que su padre se refería como «cerrar», cuando cubrían la estructura de la casa, instalaban las puertas y las ventanas. Helen siguió observando la casa a medio construir; parecía más la pintura abstracta de una casa que una casa real. Tenía la forma geométrica que gritaba «casa». Trató de imaginársela terminada, cubierta con tablillas, con ventanas, con una luz brillante detrás de ellas. Trató de imaginarse a Nate asomándose desde la biblioteca, con un libro en la mano y saludándola con la otra. Pero pronto la imagen fue reemplazada por otra figura: Hattie con su vestido blanco, presionando una mano contra el vidrio de la ventana, asomándose y esperando a Helen. Helen parpadeó y contempló el contrachapado incompleto y clavado.

Recordó las palabras que Nate le había dicho la noche anterior: «Me encanta que tu imaginación te lleve a lugares distantes».

Entró en la casa oscura. Parte de ella esperaba encontrar a Nate ahí, pero no fue así. Solo estaban sus sacos de dormir vacíos y las velas derretidas. Se puso manos a la obra. Sacó las herramientas que necesitaría para empezar a cortar las ventanas. Comenzó con la primera: una de las ventanas del baño, relativamente pequeña. Taladró agujeros en las cuatro esquinas, dentro de las marcas que conformaban el marco. Luego guio la hoja de la sierra de vaivén a lo largo del borde interior del marco. Sacó el rectángulo de contrachapado y

listo, tenía una ventana abierta. Los bordes estaban un poco irregulares, pero no importaba; una vez que instalaran la ventana y pusieran los bordes y el revestimiento se vería perfecto. Ya habían recibido casi todas las ventanas; las tenían almacenadas debajo de los toldos. De acuerdo con el cronograma de Nate, tendrían que haberlas instalado dos semanas atrás.

Nate. ¿Dónde demonios estaba Nate?

Dejó sus herramientas, salió y caminó alrededor del perímetro del jardín, gritando su nombre. Luego fue al remolque. No había ni rastro de él.

Se lo imaginó regresando de su caminata, sonriendo y burlándose de ella por haberse preocupado.

Helen volvió a la casa y se puso a trabajar en la segunda ventana; se repetía una y otra vez que seguramente estaría de vuelta cuando hubiese terminado. Cuando acabó, y aún no había señales de él, empezó con la tercera. Con cada sección de contrachapado que cortaba entraba más luz en la casa, ahuyentando las sombras. Sintió que su cuerpo se relajaba mientras trabajaba. Ya casi había terminado con la cuarta ventana cuando decidió que lo que estaba haciendo era ridículo; tenía que encontrar a Nate. Se subiría a la camioneta e iría al pueblo. ¿Tal vez había ido caminando a la tienda? Si no lo encontraba ahí, iría a casa de Olive para ver si su padre y ella podían ayudarla a buscarlo.

Se disponía a entrar en el remolque para coger las llaves cuando, de pronto, vio que Nate se acercaba por el camino que llevaba al pantano.

¡Gracias a Dios!

Pero cuando se acercó un poco más, Helen advirtió que tenía arañazos y estaba empapado, que caminaba lento y parecía cojear.

Oyó la advertencia de George Decrow en su mente: «Lo mejor que pueden hacer su marido y usted es marcharse de inmediato. Váyanse y no regresen nunca».

Helen corrió hacia él.

—¡Nate! ¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió de forma cortante y apartando la mirada—. Me caí en una parte profunda del pantano.

—¿Qué hacías en el pantano?

—Había una cierva —dijo él—. Una cierva totalmente blanca. Albina. Me desperté esta mañana y cuando salí ahí estaba, justo en nuestro jardín. Traté de sacarle una foto con el móvil, pero huyó. Así que la seguí hacia el bosque.

—¿Seguiste a una cierva blanca por el bosque? —Sonaba absurdo. Como el comienzo de un cuento de hadas. Tal vez la cierva lo hubiese llevado a un

pozo donde había una rana mágica que hablaba.

Él se encogió de hombros.

—Sé que suena a locura, a algo inventado, pero así fue. Estaba a unos metros de mí y me quedé quieto justo detrás de ella. La estuve siguiendo en círculos hasta que llegamos al pantano. Caminó justo hacia el centro. Era muy extraño: sabía exactamente dónde pisar para evitar las partes profundas y no perder el equilibrio. Mientras que yo me tambaleaba y estaba empapado hasta las rodillas. El pantano te succiona, no te deja salir.

Helen asintió. Sabía de lo que hablaba; conocía esa sensación de que algo debajo de ti te succiona, que te agarra y no te deja ir, como si alguien te tirase de los pies para evitar que te fueras.

—Pero la seguí de todos modos. Saqué unas fotos muy buenas con el móvil, y hasta un vídeo. Entonces me acerqué más y creo que pisé un manantial; creí que estaba a salvo, porque estaba bastante lejos del centro. Pero de pronto el suelo ya no estaba bajo mis pies. Era tan profundo... No podía pisar el fondo. Nunca había estado en un agua tan helada.

Pensó en los huesos de Hattie en el fondo del pantano y en una mano esquelética sujetando a Nate mientras él se agitaba en el agua...

«No te atrapó. No te atrapó esta vez». Helen trató de no pensar en eso.

—Pero ¿estás bien? —preguntó.

—Sí. Lástima que no puedo decir lo mismo de mi móvil. —Le mostró el iPhone, cuya pantalla negra estaba totalmente apagada—. Estoy casi seguro de que se ha echado a perder por el chapuzón. Trataré de meterlo en una bolsa de arroz, pero me temo que es demasiado tarde.

—Deberías darte una ducha caliente y cambiarte de ropa —dijo Helen—. Te prepararé un café.

—Buena idea —respondió Nate. Hizo ademán de marcharse y luego se dio la vuelta—. Ojalá hubieras visto la cierva, Helen —dijo melancólicamente—. Era la criatura más hermosa que he visto. Espero que vuelva.

Helen sonrió y asintió.

—Yo también. —Pero en realidad, mientras lo observaba alejarse, cojeando, dejando huellas húmedas a su paso, pensó que había tenido mucha suerte.

«Claro que quiere algo. Los quiere a ustedes», había dicho George Decrow.

Helen pensó que ojalá no volvieran a ver a esa cierva blanca.

Capítulo 14

Olive

13 de julio de 2015

El bar Rosy no era precisamente la clase de lugar que frecuentaría un niño a la hora del almuerzo (tal vez ni siquiera se les permitía la entrada a los niños), pero Olive decidió ir de todos modos.

Empujó la pesada puerta de madera que tenía un tablero de dardos pintado en la parte de fuera y un anuncio de Back in Black, una banda tributo a AC/DC que tocaría ahí la noche del viernes. Había tratado de convencer a Mike para que la acompañara, pero él se había acobardado.

«Ni loco», dijo el día anterior cuando estaban juntos en su vieja cabaña en el árbol. Desde que empezaron las vacaciones de verano, ya no estaba muy disponible. Su madre lo obligaba a acompañarla al trabajo casi todos los días. Ella tenía una sastrería, aunque también hacía trabajos de lavandería y enviaba la ropa a domicilio. Así que Mike pasaba sus días llenando recibos de tintorería, limpiando ropa en seco, colgando vestidos. Metiendo trajes en bolsas de plástico y haciendo recibos. «Mi padre va mucho a Rosy con sus amigos. Si alguno de ellos me ve ahí, ¡me meteré en un maldito problema!».

«Como quieras», apuntó ella. Bajó rápidamente por la escalera y ni siquiera se volvió cuando él empezó a gritar: «¡Olive, no vayas! Por favor». Tampoco respondió el teléfono cuando la llamó; solo escuchó el eco de la voz de su madre en el contestador automático: «Has llamado a casa de los Kissner. En este momento no estamos, pero deja tu mensaje y te llamaremos lo más pronto posible».

El oscuro bar olía a cerveza y cigarros, a pesar de que Olive sabía que, por ley, ya estaba prohibido fumar en interiores, en todas las tiendas, bares y restaurantes. Pero tal vez la gente quebrantaba la ley. Tal vez metían cigarros en el baño a escondidas o quizá la gente que trabajaba ahí fumaba después de cerrar. O tal vez, con el paso de los años, se había acumulado tanto humo de cigarro en el lugar que había impregnado las tablas del suelo, las paredes y el techo, como un fantasma que asediaría el edificio para siempre.

Era una tarde de lunes y el lugar estaba desierto. En una televisión instalada en una de las esquinas superiores del bar se oía la voz de dos presentadores deportivos que conversaban antes del partido. Había una pareja mayor que compartía una ración de alitas de pollo, entre los dos había un plato con un montón de huesos chupeteados. En la parte trasera, dos jóvenes con camisetas de los Red Sox jugaban una partida de billar. Uno de ellos se volvió a mirarla, confundido. Había un hombre con una postura pésima (su cuerpo parecía un signo de interrogación) sentado frente a la barra, abrazando su cerveza.

Olive pasó a su lado para acercarse a la barra; el hombre despedía un fuerte olor a cebolla cruda.

—¿Te conozco? —preguntó el hombre en forma de signo de interrogación.

—No, señor —respondió Olive—. No lo creo. —Ella se desplazó al otro extremo de la barra.

—¿No eres un poco joven para beber? —preguntó la mujer detrás de la barra. Llevaba una camiseta sin mangas y un delantal azul atado a la cintura. Su cabello teñido de rojo, con las raíces rubias, se veía seco y encrespado.

Olive se irguió todo lo que pudo y colocó las dos manos sobre la barra de madera pulida, entre dos posavasos de cartón con logotipos de cerveza.

—Eres Sylvia, ¿verdad? Soy Olive. La hija de Lori Kissner.

Sylvia la observó con los ojos entrecerrados.

—Sí, ya veo. Te pareces a tu madre. ¿Ya te lo habían dicho?

Olive se encogió de hombros.

—Sí, supongo que alguna vez. —De hecho, más de una vez; en el Quality Market, donde trabajaba su madre, todas las cajeras la llamaban en broma Lori Júnior. Y Amanda, la mujer que solía cortarles el cabello, siempre decía: «Tú y tu madre sois como dos gotas de agua, ¿lo sabías? Claro, aún te falta crecer, pero lo harás. ¡Uy, que vigilen los chicos!».

Según ella, no se parecía tanto a su madre. Claro, las dos tenían el cabello y los ojos oscuros, pero Olive era delgada y huesuda, y sus extremidades eran demasiado largas para su cuerpo, mientras que su madre era curvilínea y sus movimientos tenían mucha gracia. Una vez su madre la sentó frente a su tocador y la maquilló un poco: algo de rubor, sombra de ojos color bronce, rímel y pintalabios color vino que sabía a cera. «Mira qué mayor pareces», había dicho su madre, y Olive estaba sorprendida porque, al verse en el espejo, vio una extraña versión de su madre; una impostora de su madre, así

se veía. Ansiaba quitarse el maquillaje y volver a ser la misma y simple Olive de siempre.

Sylvia analizaba a Olive mientras sacaba brillo a una jarra de cerveza.

—La última vez que te vi eras mucho más pequeña. Diste el estirón, como una enredadera. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —respondió Olive.

—Catorce —repitió Sylvia con melancolía—. Cómo vuela el tiempo.

Olive no sabía qué decir. Agachó la mirada y se quedó mirando la reluciente barra del bar.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti, pequeña señorita Kissner? ¿Quieres una Coca-Cola u otra cosa?

—No, gracias —respondió Olive mientras metía la mano en sus bolsillos, que estaban vacíos. No llevaba dinero. Porque no tenía.

Sylvia le sirvió una Coca-Cola de todos modos y le puso una cereza dentro.

—La casa invita —dijo, y la dejó sobre un posavasos frente a Olive—. ¿Has sabido algo de tu madre? —preguntó.

—No —respondió Olive, tocó el vaso y miró cómo subían las burbujas hasta la superficie del líquido y reventaban—. Todavía no.

Sylvia adoptó una expresión arisca y empezó a limpiar la jarra con más fuerza. Luego la levantó y vio a Olive a través de ella.

—Pero esperaba que pudieras decirme algo —apuntó Olive mientras bebía un sorbo de la Coca-Cola, dulce y fría—. Oí que mi madre estuvo aquí con un hombre poco antes de marcharse. Un hombre de cabello oscuro y cazadora de cuero. Mi tía Riley los vio sentados en una mesa juntos. Pensaba que tal vez lo recordaras y supieras quién es. O cualquier cosa que sepas sobre con quién pasaba el tiempo antes de desaparecer. —Se giró hacia Sylvia, esperando su respuesta, tratando de no revelar demasiada esperanza. Lo último que quería era recibir una mirada de lástima por parte de Sylvia también.

Sylvia dejó la jarra que tenía en la mano y empezó a torcer el trapo con el que le estaba sacando brillo.

—Olive, tu madre...

—Sé lo que dice la gente —dijo Olive—. Que se veía con muchos hombres. Ya he oído a muchas personas llamarla de maneras horribles. Así que no hay gran cosa que puedas decirme que me afecte, no hay problema. Realmente, solo quiero saber la verdad.

Ahora Sylvia parecía triste. Y más vieja de repente. Olive notó por primera vez las arrugas alrededor de sus ojos y sus labios.

—Creo que la mayoría de la gente malinterpretaba a tu madre... Sí, es verdad que venía aquí, se sentaba y se tomaba un trago con quien la invitara.

—Sylvia se inclinó y empezó a limpiar la barra con su trapo, frotando un punto concreto en círculos, con fuerza, como si hubiera una marca que no se pudiera borrar—. Le gustaba conocer a personas nuevas, especialmente si estaban de paso en el pueblo. Turistas, cazadores, camioneros. Gente que tenía historias de otros lugares. Tanto hombres como mujeres. Ya sabes cómo son las personas aquí con los forasteros... Suelen desconfiar de ellos.

Olive asintió y pensó en Helen y Nate. Pensó en los comentarios que había escuchado en el pueblo sobre los forasteros que habían comprado el terreno del pantano; pensó en la forma en que el pueblo los había culpado por todos los problemas que habían surgido, por alterar al espíritu de Hattie; pensó en cómo habían acusado a la propia Helen de ser bruja.

—Así que los rumores circulaban por todas partes —siguió diciendo Sylvia—. Pero por lo que yo sé, tu madre no se involucraba con esos desconocidos más allá de una charla, al contrario de lo que decía todo el mundo.

—Pero tenía un..., una especie de novio, ¿no?

—No lo sé, Olive. Si lo tenía, nunca me lo dijo. Y cuando venía aquí nunca la vi con alguien que pareciera ser su novio.

—Pero se encontraba con hombres aquí, ¿verdad?

Sylvia se la quedó mirando un minuto, como si no pudiera creer lo que le había preguntado.

—Como te he dicho, venía a compartir un trago con muchas personas aquí, incluyendo a los raritos esos de su club de fantasmas.

—¿Club de fantasmas?

—Sí. El «círculo espiritual» o comoquiera que se llame.

Olive inspiró profundamente. «¡Imposible! ¿Su madre trataba de comunicarse con espíritus?».

—No te asustes tanto. Básicamente es un grupo de personas que se reúnen a tomar vino barato y tener sesiones espiritistas y cosas así en el viejo hotel de Dicky Barns. Luego entran en trance y les cobran dinero a los ancianos para comunicarse con sus difuntos.

—Espera, ¿estás diciendo que mi madre de verdad iba a ese lugar? ¿Al hotel de Dicky?

Sylvia asintió.

—Fue varias veces. Creo que por un tiempo fue algo habitual para ella.

Dicky Barns era un hombre de unos cincuenta y tantos años que solía ser una estrella del rodeo en Texas. O al menos eso contaba él. Se comportaba como si fuera la celebridad más importante de Hartsboro; siempre usaba una enorme hebilla plateada en el cinturón, que brillaba sobre la cintura de sus pantalones Wrangler, y una funda de cuero con un viejo revólver Colt. Cada vez que tenía la oportunidad de acorralar a alguien, se dedicaba a parlotear sobre sus días de rodeo: los caballos que montaba, los cabestros que había lazado. Sus historias favoritas, esas que siempre les contaba a los niños, eran las de heridas horribles que había presenciado: hombres corneados por toros, vaqueros con el cráneo aplastado, dedos perdidos. Mike le contó que Dicky había llevado unas extravagantes camisas de vaquero a la sastrería un día a principios del verano. «¿Tienes idea de cuántos huesos me he roto, hijo?», le preguntó.

Mike admitió que no tenía ni idea.

«Tengo más placas de metal y tornillos que el tal Iron Man, ese de las películas de superhéroes».

Dicky había crecido en Hartsboro, pero se marchó a los dieciséis años y se dirigió a Texas para aprender el oficio de vaquero. Su padre era el médico del pueblo, pero desapareció mientras cazaba con Dicky en la década de los setenta, cuando este era solo un niño. Algunos decían que fue Hattie la que se llevó al pobre doctor Barns, pero Olive no se tomaba esos comentarios muy en serio. Además, su padre decía que el doctor Barns bebía mucho y que no era de extrañar que hubiera terminado por perderse en el bosque sin poder hallar el camino de vuelta.

Después de varios huesos rotos y conmociones cerebrales, Dicky dejó su vida de rodeo y regresó a Hartsboro a los treinta años. Compró el viejo hotel Hartsboro y lo convirtió en una tienda de muebles usados y antigüedades. Olive ya había oído hablar de las sesiones espiritistas que hacían ahí. La gente decía que Dicky estaba tratando de contactar con su padre, lo cual a Olive le parecía muy triste. Sus compañeros de escuela decían que Dicky estaba loco; que había aterrizado de cabeza demasiadas veces al caerse del caballo. Olive había visto los letreros que pegaban por todo el pueblo y había escuchado rumores sobre las fiestas de fantasmas que se llevaban a cabo en el viejo hotel. Algunos chicos juraban haber visto con sus propios ojos cómo Dicky se movía de una habitación a otra, rodeado por las sombras de los fantasmas. Pero en general la gente, incluidos los padres de Olive, se burlaba de Dicky. A sus padres les gustaba mucho relatar la ocasión, un par de años atrás, en

que Dicky había sido expulsado de una reunión del pueblo en el gimnasio de la escuela por llegar con un revólver cargado.

—El tipo nunca deja la pistola. Se cree un vaquero de verdad —dijo su madre cuando volvían de una reunión del pueblo.

—Un vaquero que habla con los muertos —señaló su padre riendo—. Ya sé que tiene licencia para portar armas, y que está registrada, pero uno no puede llevar una pistola al instituto como si nada.

—Sin excepciones, ni siquiera para John Wayne..., digo, Dicky Barns —había dicho su madre en ese entonces, riendo y sacudiendo la cabeza.

Sylvia se apoyó en la barra para acercarse más a Olive. Olía a rosas, pero era un olor floral algo extraño, como químico. Como un perfume de rosas para niña.

—Lori iba a esas juntas para tratar de contactar con Hattie. —Hablaban en voz muy baja, casi susurrando—. Quería preguntarle sobre el tesoro.

—¿Y lo hizo? ¿Contactó con ella? ¿Descubrió algo? —Las palabras salieron disparadas de su boca.

Sylvia le sonrió.

—No solo te pareces a ella, ¡también te alteras como ella! —Sacudió la cabeza y consideró sus palabras un rato; luego, continuó—: No sé si se le apareció algún fantasma, pero sí sé esto: una noche, ya muy tarde, Lori vino a la taberna, cuando ya todos se habían marchado. Estaba muy alterada y me preguntó si podía pasar la noche en mi casa. Me comentó que Dustin, tu padre, estaba muy molesto con ella por algo. Le pregunté por qué y solo me dijo que no tenía importancia, que ya nada de eso tenía importancia. —Sylvia se volvió hacia los hombres que estaban viendo los resultados del béisbol en la televisión. Luego se acercó incluso más, bajó la voz y le explicó susurrando —: Tu madre y yo bebimos aquella noche y, para ser sincera, se le subió un poco. Me dijo que tenía un secreto y me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Y desde luego se lo prometí. Y me indicó que lo había encontrado. El tesoro de Hattie. Que sabía dónde estaba, pero que aún no lo había desenterrado.

—¿Qué? —Olive estuvo a punto de derramar su vaso de Coca-Cola—. ¿Cuándo fue esto? ¿Te dijo dónde estaba? ¿Lo desenterró finalmente?

Sylvia sonrió otra vez. Parecía que lo estaba pasando bien, que estaba disfrutando de la reacción que provocaba su historia.

—Se fue poco después de eso. Y no, no me dijo dónde estaba. No sé si llegó a desenterrarlo. Vaya, ni siquiera sé si de verdad lo encontró. Ya sabes cómo es tu madre, le encanta contar historias. En especial después de unos

tragos. Le gusta bromear con la gente, ¿sabes? Ver si puede lograr que te creas lo que dice.

Olive asintió. Era cierto que a su madre le gustaba engañar a la gente, inventar relatos fantásticos. Siempre estaba poniendo a prueba a las personas, para ver lo crédulas que eran y si se tragaban sus historias.

—¿Se quedó contigo esa noche? —preguntó Olive.

—Sí. Pero cuando desperté a la mañana siguiente ya no estaba.

—¿Y volviste a verla después de eso?

Sylvia frunció el ceño; las líneas alrededor de su boca se hicieron más pronunciadas. Profundas como un cañón.

—No. Esa fue la última vez. Como te dije, fue uno o dos días antes de que se marchara.

—¿Y no has sabido nada más de ella? ¿O de alguien que la haya visto?

Los pendientes turquesa de Sylvia se balancearon mientras negaba con la cabeza. Se llevó la mano al rostro, tocó uno y tiró un poco de él.

—No. —Su mirada se dirigió al otro lado de la habitación, hacia el brillante letrero de «SALIDA» de la puerta—. A veces pienso que tal vez sí lo encontró. El tesoro de Hattie. Nunca creí que existiera, pero tal vez sí, y tu madre lo encontró. Tal vez usó el dinero para alejarse lo más posible de este lugar.

«Sin mí», pensó Olive. Le dio un gran trago a su Coca-Cola fría y trató de concentrarse en el dulzor, en cualquier otra cosa que no fuera el horrible sentimiento de vacío que tenía.

Lo único que consiguió fue que se le congelara el cerebro.

Capítulo 15

Helen

13 de julio de 2015

Pasaron el resto de la tarde haciendo los agujeros de lo que después serían las ventanas. Helen se movía por la casa con el taladro para hacer los boquetes en cada esquina, y Nate la seguía con la sierra, haciendo los cortes y empujando los pedazos de contrachapado para que cayeran al suelo. No hablaron de la cierva o de lo que Helen había visto la noche anterior. De hecho, casi no hablaban, solo trabajaban a un ritmo constante; únicamente se oía el ruido de las herramientas eléctricas y se veía el serrín que salía volando.

—Ya parece más una casa de verdad, ¿no? —preguntó Nate en cuanto terminaron, retrocediendo para admirar su trabajo desde el jardín.

—Ya va tomando forma —señaló Helen—. Pero aún queda mucho trabajo por delante. Traigamos una de las ventanas a ver si podemos ponerla.

Riley llegó justo a tiempo para ayudar, en su viejo y abollado Honda Civic.

—He pensado que valía la pena venir a echarle un ojo a la casa de la que todos hablan —dijo—. ¡Guau, me encanta! ¡Estilo *saltbox* de dos pisos! ¡Un clásico!

Helen le dio un abrazo de agradecimiento.

—Me encanta que estés aquí y que sepas qué es el estilo *saltbox*.

Helen le presentó a Nate, cuyas primeras palabras fueron:

—¿Por casualidad sabes algo sobre instalar ventanas?

Ella se rio y respondió:

—Mucho.

La guiaron hacia la casa.

—¡La viga queda muy bien ahí! —exclamó mientras se colocaba debajo del espacio entre el salón y la cocina—. ¡Ha quedado perfecta!

—Qué lástima que provenga del árbol donde colgaron a alguien —dijo Nate, riéndose—. Y que parece estar embrujada.

—¿Embrujada? —preguntó Riley, y se volvió a mirar a Helen.

Nate se rio y Helen dijo:

—Solo está bromeando. Ven, vamos a ver si podemos poner nuestra primera ventana. Empecemos por algo pequeño. ¿El baño?

Riley les ayudó a instalar la ventana en el marco y luego a calzarla, cuadrarla, nivelarla y clavarla en su lugar. Cuando acabaron con la primera ventana, instalaron cuatro más, en lo que pareció ser muy poco tiempo.

—Guau —exclamó Nate, admirando su trabajo—. Si vinieras más a menudo, hasta podríamos volver a ajustarnos al cronograma original.

—Es normal que un proyecto grande como este se atrase un poco —dijo Riley—. Pero será un placer venir cuando pueda para ayudar. Y si os cansáis en algún momento y queréis contratar a un profesional durante una o dos semanas para avanzar más rápido, tengo muchos nombres en mente.

Riley vestía una camiseta sin mangas y a Helen le llamaron mucho la atención todos sus tatuajes. Estaba cubierta con toda clase de diseños, desde unos muy delicados hasta otros muy llamativos, todos en tinta negra: un ojo, un pez, un pentagrama, una bola de cristal, un caballo alado. Tenía una serpiente negra en la nuca, perfectamente enroscada en un círculo, devorando su propia cola y apenas visible bajo su corte de pelo irregular.

Helen advirtió la manera en que Nate miraba los tatuajes y supo que no le agradaban; él no podía concebir por qué una persona querría hacerle eso a su propio cuerpo. Helen alguna vez había pensado en hacerse uno, cuando empezaron a salir, pero Nate le indicó que no merecía la pena y le advirtió que se arrepentiría tarde o temprano.

—Creo que te debemos una cerveza —afirmó Nate.

—¡Me parece perfecto! Y tengo un poco de hierba si alguno de los dos queréis —dijo Riley.

Nate sacudió la cabeza.

—Yo no, gracias. Voy a por las cervezas. —Miró a Helen con las cejas alzadas, como si quisiera darle a entender: «No irás a fumar, ¿verdad?», y eso bastó para que ella tomara una decisión.

—Claro, me gustaría un poco —dijo, y se sentó en los escalones delanteros de su casa nueva con su nueva amiga. Riley sacó un porro y un encendedor de su bolsa, lo encendió, fumó un poco y se lo pasó a Helen. Helen inhaló el humo, permitiendo que se filtrara en sus pulmones. Dirigió su mirada al otro lado del patio, a la fila de árboles, al camino que llevaba al pantano. Estaba segura de que podía percibir el olor del pantano, la humedad y el terroso olor a barro, cuando el viento soplaba en su dirección. Era como si el viento del pantano quisiera decirle: «Pertenece aquí».

Y también: «Eres la elegida».

No había fumado marihuana desde que estaba en la universidad, pero le pareció lo correcto. Parte de la nueva Helen de Vermont. Se sentía tranquila y relajada por primera vez en días.

Se imaginó todo lo que su amiga Jenny de Connecticut diría si pudiera verla: «Ah, ya veo que estamos entrando en contacto con nuestro lado *hippie*, ¿verdad, Helen? Primer paso, marihuana; segundo paso, axilas sin depilar, y de ahí a una comuna». Y si Jenny se enteraba de que Helen creía haber visto un fantasma, su antigua amiga llegaría al cabo de menos de cuatro horas, subiría a Helen a su Land Rover y la llevaría de vuelta a su segura y predecible vida de Connecticut. Lo llamaría «una intervención».

Helen se imaginó en una cena con Jenny y Riley. Jenny no podría quitarles los ojos de encima a sus tatuajes, *piercings* y su flequillo azul. A Helen la emocionaba un poco la idea de presentarlas, de presumir de Riley como una mascota exótica: «Mirad a mi nueva amiga, mirad mi nueva vida».

La piel de Riley parecía tener vida propia.

—He estado pensando en hacerme un tatuaje —dijo Helen sin pensar.

—¡Genial! Yo conozco a alguien. Una vez hace tiempo, cuando me planteaba ser tatuadora, conocí a un tipo llamado Skyler. Es buenísimo. Él me hizo la mayoría de estos. —Estiró los brazos y Helen reparó en cosas que no había visto antes: imágenes y rostros dentro de los diseños.

—¿Sabes lo que quieres? —preguntó Riley.

¿Qué quería? Su mente divagó, empezó a dar vueltas. Se quedó mirando los ojos vacíos en las cuencas del cráneo de cuervo que Riley tenía en el antebrazo. Helen decidió que a Nate le gustaría ese. Era como los dibujos que hacía en su cuaderno de campo.

—¿Tienes algún diseño en la mente?

Nate regresó con un *pack* de seis cervezas.

—¿Diseño para qué? —preguntó Nate.

—El tatuaje de Helen —respondió Riley, mientras Nate le pasaba una cerveza.

—Ah, conque el tatuaje de Helen, ¿eh? —Se esforzó por mantener un tono neutral de voz, pero le dirigió a Helen una mirada de preocupación..., ¿o era de burla? Sacó una silla plegable y se sentó en el jardín frente a ellas, de cara a la casa. Helen sintió una punzada de culpa, como si lo hubiese traicionado de algún modo. Sin duda, era la hierba, que la estaba poniendo paranoica.

—Nate —dijo Helen mientras él se acomodaba en su silla y abría una lata de cerveza—, deberías contarle a Riley lo de la cierva que viste esta mañana.

Nate bebió un buen sorbo de cerveza y le contó a Riley la historia de la cierva albina.

Riley sonrió y asintió, como si se alegrase por él, pero no estaba nada sorprendida.

—Espera —indicó Nate—, ¿tú sabes algo sobre la cierva blanca?

—Fue a Hattie a quien viste —dijo Riley.

Helen sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué? —preguntó riendo Nate.

Riley se rio también, se la veía muy cómoda.

—¡Sí! Hay montones de historias desde hace varias décadas sobre una cierva blanca que aparece en estos bosques. Unos cazadores juran haber visto, durante la década de los sesenta, a una mujer desnuda en el pantano. Cuando se acercaron, ella salió corriendo, y, mientras la perseguían, según ellos para ayudarla, se transformó en una cierva blanca.

Riley y Helen estaban sentadas juntas en el escalón, sus piernas apretadas una contra la otra.

Nate se rio con tal fuerza que le salió cerveza por la nariz.

—¿Y estaban muy borrachos? —preguntó Nate una vez que logró controlarse—. ¿O tal vez habían tomado algo más fuerte? Un poco de LSD o unos hongos mágicos van muy bien para ir de caza. He oído hablar de cómo era Vermont a finales de los sesenta y en los setenta.

Riley se encogió de hombros.

—Supongo que uno nunca sabe. La cuestión es que, como os digo, hay muchas historias que se remontan varios años atrás. De gente que la ha visto y la ha seguido a lo más profundo del bosque.

Nate tomó otro trago y miró a Riley; sus ojos se movían de su rostro a sus tatuajes.

—Interesante. Quiero decir que el albinismo siempre se ha asociado a cuestiones místicas. Por ejemplo, en el folclore los «animales puros y blancos» suelen tener poderes mágicos. En otras culturas se considera que los albinos están malditos y se les aísla del resto de la población. Pero en realidad es solo una mutación genética; un accidente que impide la producción o distribución de suficiente melanina. Hermoso, único, claro..., pero solo genes, al fin y al cabo.

—Pero es extraño —argumentó Helen—. ¿No crees? Que haya tantas historias de una cierva blanca en estos bosques desde hace años. Me refiero a

que si esos cazadores la vieron en los sesenta, no podría ser la misma cierva, ¿no? ¿Cuánto viven los ciervos?

Nate acercó su silla a Helen y le puso una mano sobre la rodilla.

—Tendría que buscarlo, pero dudo que vivan más de diez años, probablemente menos —indicó.

Helen tomó la mano de Nate, le dio un apretón y luego la apartó de su rodilla.

—Os digo que es Hattie —dijo Riley, y lio otro porro—. Tiene que serlo.

—Tal vez haya más de un ciervo —replicó Nate mientras echaba su silla hacia atrás—. Tal vez sea hereditario. Tal vez haya toda una población de ciervos así aquí. ¡Una colonia de ciervos albinos! ¡Como las ardillas negras de Toronto!

Riley volvió a encender el porro y se lo pasó a Helen. Nate frunció el ceño discretamente. Ella le dio una buena calada y dejó que el humo se filtrara en sus pulmones mientras sonreía a Nate.

—¿Una colonia de ciervos albinos? —dijo Helen—. Lamento decírtelo, pero creo que un fantasma suena más plausible.

Riley sonrió.

Nate entrecerró los ojos, sacudió la cabeza y se puso de pie.

—Voy a buscarlo. Investigaré un poco.

—Me parece muy bien —dijo Helen—. Que te diviertas.

Miraron a Nate trotar colina abajo, hacia el remolque, como si tuviera prisa y caminar no fuera lo bastante rápido.

—Supongo que Nate no cree mucho en cosas sobrenaturales —dijo Riley mientras encendía de nuevo el porro y empezaba a fumar.

—Él solo cree en las evidencias. Es muy científico.

—La ciencia no puede explicarlo todo —apuntó Riley, y le pasó el porro a Helen. Ella observó los tatuajes de su brazo: el cráneo de un cuervo, un *ankh* egipcio y un dragón que rodeaba la parte superior de su brazo izquierdo. ¿O sería una gárgola?

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Helen. Pensó en la aparición de Hattie en su cocina la noche anterior. Estaba contemplando la posibilidad de contárselo a Riley cuando ella cambió de tema.

—Me agrada que Olive esté pasando tanto tiempo con vosotros.

—Es una buena chica —aseguró Helen—. Y ha sido de gran ayuda con la casa.

—La verdad es que estoy algo preocupada por ella —admitió Riley.

—¿Por qué?

—Mi hermano, su padre, Dustin... Supongo que ya lo habéis conocido.

Helen sacudió la cabeza. Era un poco extraño. Uno pensaría que le gustaría ver el lugar donde su hija pasaba su tiempo libre, darse una vuelta solo para asegurarse de que ella y Nate no eran unos pervertidos o drogadictos, o algo así.

—Todavía no —le respondió a Riley—. Le dijimos a Olive que nos gustaría invitarlos a ambos a cenar, pero parece que ha estado muy ocupado en el trabajo, así que no hemos podido concretarlo.

Olive siempre les daba una excusa distinta: su padre estaba demasiado cansado, estaba haciendo horas extra en el trabajo, estaba ocupado con las reformas de la casa. Helen había empezado a preguntarse si se trataba de algo más. ¿Tal vez era alcohólico? ¿O simplemente antisocial?

—¿Ocupado? —preguntó Riley en tono de burla y sacudiendo la cabeza—. Lo dudo. La verdad es que Dustin no ha vuelto a ser el mismo desde que Lori se fue. De hecho, es un desastre.

Helen volvió a coger el porro y dijo:

—Oh, no. No tenía ni idea. Olive no nos ha hablado mucho de su madre.

Por decir poco. Olive jamás hablaba de su madre, ni una palabra, excepto para repetir algunas de las historias de Hattie que le había contado. Helen sabía que la madre de Olive ya no era parte de su vida, pero aún no sabía por qué.

—Sí —afirmó Riley—, no me sorprende. Es decir, una cosa es dejar a tu marido, ¿no? Pero ¿a tu hija? Pobre Olive. Me rompe el corazón.

—¿Fue por otro hombre? —preguntó Helen, preocupada de haberse pasado de la raya, pero la marihuana le había soltado la lengua.

Riley asintió y apartó la mirada.

—¿Nadie tiene noticias de ella? —preguntó Helen.

Riley sacudió la cabeza; el flequillo azul cayó sobre sus ojos.

—No. Es una mierda de situación. Ella y yo éramos... muy buenas amigas. Lo hacíamos todo juntas. Era como *El show de Lori y Riley*, ¿sabes? Eso decía Dustin. Y de repente..., simplemente se fue.

Apartó la mirada. Sus ojos brillaban por las lágrimas. Luego inhaló profundo y siguió:

—En fin, Dustin está hecho un desastre. Pasa todo su tiempo libre destruyendo su casa para volver a construirla. Dice que quiere sorprender a Lori cuando vuelva. Como si fuera a volver. Y como si una habitación más grande y un salón nuevo fueran a convencerla para quedarse, ¿no? —Se puso

a jugar con un agujero en sus vaqueros, tirando de la tela y haciéndolo más grande.

—Suenan muy tristes —dijo Helen. Imaginaba al pobre tipo arreglándolo todo, con la idea de que, si lo hacía bien, tal vez su mujer regresaría y querría quedarse con él. Se preguntó si Olive pensaba lo mismo, o si solo le seguía la corriente para mantenerlo ocupado, para darle esperanza.

—Sí, y lo peor es que está tan concentrado en su dolor por Lori y su abandono que casi no le hace caso a Olive. Me enteré de que casi no ha pisado el instituto este último semestre. De alguna forma se las arregló para salir bien parada en casi todos sus exámenes y entregas de trabajos, así que aprobó, pero, por lo que supe, tiene suerte de que la dejen pasar a décimo en otoño. Tengo un amigo en el Departamento de Orientación del instituto.

—¿Y Dustin lo sabe?

—Si lo sabe, no ha hecho nada al respecto. Me ha dejado bastante claro que no me corresponde involucrarme ni dar mi opinión. De hecho, luego pasaré a visitarlos, a ver qué está haciendo Olive. Y para asegurarme de que tengan comida y todo lo necesario. —Se enderezó y guardó la bolsita de marihuana y el encendedor.

—Espera, ¿quieres decir que a veces no tienen comida? —preguntó Helen.

—La última vez que fui, Olive estaba cenando patatas fritas congeladas, porque era lo único que había en casa. Y no es cuestión de dinero. Dustin trabaja. Simplemente no está en condiciones, emocionalmente, para ir a la compra, cocinar y ser padre soltero. Lori era la que mantenía esa casa a flote. Ahora, Dustin y Olive están a la deriva.

—Vaya, no tenía ni idea —dijo Helen. Pensó en Olive robando sus cosas, prendiendo una fogata en medio de la noche entre semana, obsesionada con un tesoro enterrado como si fuera una niña mucho más joven; no era de extrañar que tuviera problemas en casa. ¿Tan ensimismada estaba en sus propios problemas como para no haberse dado cuenta?

Se quedaron calladas por un minuto, contemplando el patio, los árboles y, detrás de ellos, el camino que llevaba al pantano.

—Nate y yo trataremos de ayudar más. Le diremos a Olive que puede quedarse a cenar cuando venga a ayudarnos. Es una niña increíble. Tan inteligente y cooperativa. —Riley asintió; se la veía agradecida—. Me mortifica mucho pensar que le está yendo mal en el instituto —añadió Helen—. Tal vez haya algo que podamos hacer para ayudar con eso también. Tanto Nate como yo solíamos trabajar como profesores, así que no sería problema

darle algunas clases particulares. Podemos ayudarla a ponerse al corriente si se ha perdido mucho en el insti.

—Eso sería maravilloso —dijo Riley—. Estoy muy preocupada, pero no sé cómo ayudarla. Ya le he ofrecido venir a quedarse un tiempo conmigo varias veces, pero siempre dice que no. Además, no creo que Dustin aceptara. Olive es lo único que le queda. Sinceramente, creo que de no ser por ella ya se habría vuelto loco por completo. Cuando era más joven, antes de casarse con Lori, solía beber mucho. También tenía episodios de depresión. Me temo que pueda estar regresando a todo eso. Por eso me preocupa tanto Olive. Ella es todo lo que le queda, pero él también es todo lo que le queda a ella. Bueno, y yo también. —Hizo una pausa, sonrió a Helen, le puso la mano sobre la rodilla y le dio un apretón de agradecimiento—. ¡Y ahora Nate y tú!

Helen asintió y se volvió hacia el remolque, mientras pensaba en cómo contarle a Nate todo aquello. Seguramente también querría ayudar a Olive. Aún no confiaba en ella, la llamaba «Pequeña Niña Fantasma» a sus espaldas, pero una vez que Helen le contara todos sus problemas querría ayudarla. ¿O no?

Riley la vio observando el remolque.

—Nate debería tener cuidado —dijo.

—¿Cuidado?

—Sí. Hay una historia que no quise mencionar delante de él, porque sabía que diría que es una tontería.

—¿Qué historia?

—Pues es sobre un tipo que se llamaba Frank Barns. Era el médico del pueblo y le encantaba cazar. Vivía en Carver Creek. Un día, en la década de los setenta me parece, alcanzó a ver la cierva blanca en el bosque y se obsesionó por completo. Iba a buscarla cada fin de semana. Una vez fue con su hijo, Dicky, que era solo un niño en aquel entonces; debía de tener diez u once años. Estaban en el pantano cazando codornices cuando Frank vio a la cierva y empezó a perseguirla. Dicky trató de correr tras de él, pero lo perdió de vista. Frank Barns jamás salió de ese bosque.

—¡No puede ser! —exclamó Helen, prácticamente gritando—. ¿Desapareció?

Riley asintió, los ojos muy abiertos, atrapada por la historia y por la reacción de Helen.

—Varios equipos de rescate lo buscaron durante semanas. Sabuesos y hasta un helicóptero. Nada. El hombre desapareció sin dejar rastro.

—¿Qué crees que le pasó? —preguntó Helen. Estaba muy colocada ya. Sus pensamientos eran extrañamente fluidos.

—Hattie lo atrapó —dijo Riley, como si fuera un hecho.

Helen sintió frío por todo el cuerpo.

—¿Sabes? —preguntó envalentonada por la hierba—, yo también la vi.

—¿A la cierva blanca?

—No, a la persona. Hattie en forma humana. Si te lo cuento, ¿me tacharás de loca?

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó Riley, se acercó a Helen y le dio un leve apretón en el brazo—. Por si no lo has notado, ¡yo sí creo en todas estas cosas! Por favor, cuéntame.

—Pues, desde que llegamos aquí, he tenido un presentimiento, una sensación. —Se interrumpió.

Riley la observaba, pero no como si estuviera loca, sino con la mente abierta. Sentía curiosidad genuina por escuchar su historia.

—La sensación —continuó Helen— de que alguien me observaba. En varias ocasiones estuve a punto de verla de reojo, ¿sabes? Solo un movimiento.

Riley asintió con emoción.

—Y creo que... Creo que tal vez me ha dejado algo. Una especie de regalo.

—¿Qué clase de regalo?

—Un pedazo de tela con un clavo oxidado y el diente de un animal en un nido de paja. Nate cree que el diente es de ciervo o de oveja.

Riley frunció el ceño.

—Mmm, ¿todavía lo tienes?

—Sí, en el remolque.

—Entonces, las veces que la has visto, ¿siempre ha sido como una sombra o un movimiento rápido?

—No. Bueno, al principio sí. Pero anoche... anoche la vi. Parecía una persona real. Tan real como tú y yo.

—¿La viste en el pantano?

—No. —Helen sacudió la cabeza—. Aquí en la casa.

—¡No puede ser! ¿Aquí? —Riley se giró a contemplar la casa detrás de ellas—. Espera, ¿a eso se refería Nate cuando dijo lo de la viga embrujada?

Helen asintió.

—Pusimos la viga ayer y pasamos nuestra primera noche en la casa. Yo convencí a Nate. Pensé que sería divertido. Como acampar. Me desperté en

mitad de la noche, fui a la cocina y ahí estaba, en un rincón. Una mujer de cabello negro, ojos oscuros... y una soga alrededor del cuello.

—¡Mierdaaa! —exclamó Riley, enunciando lentamente la palabra—. ¿Y qué hizo?

—Me... me habló.

—No.

—¡Sí! —exclamó Helen. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que Nate no podía oírlas.

—¡No puede ser! —Riley parecía sorprendida y emocionada a la vez—. ¿De verdad te habló? ¿Y la oíste?

—Era un sonido espantoso. Me hizo sentir escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Y qué te dijo?

—Solo dijo una palabra: «Jane».

—¿Jane? —Riley estaba muy cerca ya, y su rostro estaba rojo—. Es su hija.

—Su hija —repitió Helen.

Si la hija de Hattie se llamaba Jane, esa era la prueba de que no se lo había imaginado. No podía haber averiguado el nombre en una pesadilla o con una botella de vino. Había visto el fantasma de Hattie y este le había hablado, le había dicho algo que no podría haber sabido de otra forma.

Jane.

—Jane tenía unos doce años cuando Hattie fue asesinada —señaló Riley—. Desapareció inmediatamente después.

—Oh, por Dios. ¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. —Riley se encogió de hombros de forma dramática—. Nunca volvieron a saber de ella. Había rumores de que se cambió el nombre y se mudó al sur, o a Canadá. Otros dicen que jamás se marchó; que se ahogó en el pantano para poder estar con su madre.

—Tiene que haber alguna manera de averiguar qué le sucedió —dijo Helen—. ¿Ya sabes cuándo abrirá de nuevo la sociedad histórica? Me encantaría ir a echar un vistazo; tal vez podamos hallar alguna pista. Algo sobre Jane o Hattie. Siento que aún quedan muchas preguntas sin responder.

—Hablé con Mary Ann anoche. Parece que los daños fueron un poco más serios de lo que pensaba. Tardarán un par de semanas más en limpiarla y renovarla.

—¡Ay, no!

—Supongo que el suelo de madera debajo de la alfombra se estropeó, y cuando empezaron a retirarlo descubrieron la estructura podrida debajo. Mary

Ann dice que no podemos volver hasta tener la autorización; son normas de la aseguradora. Es una mierda.

—Está bien. No hay problema. Mientras tanto, seguiré investigando lo que pueda en internet. —Helen no paraba de asentir y se balanceaba ligeramente de atrás hacia delante, como si no pudiera contener la energía que recorría su mente y su cuerpo. ¿Y si Jane se había mudado y había tenido hijos? ¿Y si había parientes, descendientes directos de Hattie, en posesión de piezas importantes de la historia familiar?

—Guau —exclamó Riley—. Aún me cuesta asimilar todo esto. ¡De verdad la viste! ¿Qué más te dijo?

—Nada. Llamé a Nate para que la viera, pero desapareció.

—Ella no quería que él la viera —aseguró Riley—. No así al menos. Se le apareció como una cierva blanca. No puedo creer que haya acudido a los dos. Me suena a algo muy importante. La mayoría de la gente solo la ve de reojo en el pantano. Nunca había oído que le hubiera hablado a alguien.

—¿Crees que ha podido ser por la viga? —preguntó Helen—. Quiero decir que si realmente proviene del árbol donde la colgaron, ¿crees que el hecho de haberla instalado en la casa la ha ayudado a volver de algún modo?

Riley reflexionó un minuto y dijo:

—He oído que a veces los objetos actúan como conductos, ¿sabes? Por ejemplo, si sostienes el anillo de bodas de tu abuela, puedes «invocarla» lo suficiente para oler su perfume.

—Siempre he tenido la idea de que los objetos guardan historias —señaló Helen.

Riley asintió.

—Pero tal vez sea más que eso. Tal vez no solo las guardan, sino que fluyen a través de ellos, ¿sabes? Es una especie de... piedra angular para los muertos; algo que los trae de vuelta a este mundo.

Mecánica

Capítulo 16

Olive

3 de agosto de 2015

Olive nunca había entrado en el hotel Hartsboro. Era un edificio grande y tenebroso de tres pisos con porches caídos y ventanas góticas con vitrales. La pintura gris estaba desconchándose; las persianas negras estaban torcidas. Había un letrero pintado a mano que colgaba de una cadena en el porche delantero: «MUEBLES USADOS Y ANTIGÜEDADES». Olive y Mike estaban al otro lado de la calle principal, frente al viejo hotel, que se encontraba a menos de un kilómetro del centro del pueblo, donde estaba la tienda y la oficina de Correos. Había alguna que otra casa por aquí y por allá en esa parte de la calle y en la calle Escuela, que pasaba por la principal y se curvaba detrás del hotel. Irónicamente, la calle Escuela no tenía una escuela. Ya no. Era el lugar donde había estado la vieja escuela, que habían derribado.

—Creo que esto no es una buena idea —dijo Mike, balanceándose nerviosamente de un pie a otro. Había una botella rota de cerveza en el camino y él le dio una patada, esparciendo los pedazos de vidrio color café.

—Pues no vengas conmigo.

La verdad era que Olive tampoco estaba segura de que fuera buena idea, pero lo haría de todas formas. Llevaba semanas posponiéndolo, tratando de convencerse a sí misma de que solo estaba esperando a tener un buen plan, pero en realidad solo se estaba acobardando. Incluso había llamado a Dicky una vez para preguntarle cuándo sería la siguiente reunión del círculo espiritual, creyendo que podría unirse con facilidad, fingiendo estar interesada en el mundo espiritual para tratar de sacar información sobre su madre a los otros miembros.

«¿Quién es?», había preguntado Dicky. Parecía molesto, como si su voz sibilante enviara ondas por el teléfono para identificarla, o detenerla.

Olive había colgado sin decir nada más.

—Es de lo más espeluznante —dijo Mike.

Para Olive, el hotel parecía una anciana descuidada: alguien que había sido popular y elegante alguna vez, pero ahora estaba derruido y asentado sobre su propia orina.

—Yo lo veo más ruinoso que espeluznante.

Todos los chicos de la escuela decían que el hotel estaba embrujado; que Dicky vivía en él con los fantasmas que había invocado durante sus sesiones del círculo espiritual. Que su padre muerto vivía allí con él, el mismo que había desaparecido en el bosque años atrás. Y ahora cenaban juntos cada noche. Los chicos decían que si se observaba el hotel desde el otro lado de la calle a medianoche, se podía ver que el lugar estaba lleno de sombras que se movían de una habitación a otra. Algunos decían que se oía música, el tintineo de copas y carcajadas.

—Mi madre vino aquí una vez —dijo Mike—. A una de las reuniones de Dicky.

—¡No puede ser! —exclamó Olive—. ¿Por qué no me lo habías contado nunca?

—Me hizo prometer que no diría nada.

Olive asintió con agradecimiento. Sabía que Mike se tomaba sus promesas muy en serio. El hecho de contárselo era algo difícil para él.

—En fin, hace seis meses, fue para tratar de comunicarse con su hermana, Val, que murió cuando eran niñas. Se ahogó.

—Mierda, Mike. ¿Tenías una tía que se ahogó? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Él se encogió de hombros.

—Porque ni siquiera la conocí. Ella murió como a los doce años.

Olive asintió. Era más joven de lo que eran ellos ahora. Resultaba raro pensar en eso.

—¿Y qué pasó cuando fue con Dicky? ¿Pudo hablar con su hermana?

—Sí. Según ella, sí. —Él puso los ojos en blanco—. Val le dijo que estaba bien, que estaba cuidándonos y que estaba cerca. —Esto último lo dijo imitando burlescamente a un médium y sacudió la cabeza con desagrado—. Mi madre me contó todo esto después de unas copas de vino. Ya sabes cómo se pone. Pero se la veía tan..., no sé..., feliz al respecto. Feliz de que esta panda de locos le hubiera dado un mensaje falso de su hermanita muerta.

—¿Cómo sabes que el mensaje era falso? —preguntó Olive.

Mike se mordió el labio y dirigió la mirada al hotel al otro lado de la calle.

—Mi padre dice que Dicky y sus amigos lo tienen todo muy bien montado. Le dicen a la gente exactamente lo que quiere oír y luego pasan el

sombrero para que den donativos que ayuden a que el círculo siga funcionando. Es una estafa. Se enfadó mucho con mi madre por ir.

—Pero tal vez es posible, ¿no? Tal vez haya gente que puede comunicarse de verdad con fantasmas, y hasta traerlos de vuelta.

Mike dejó escapar un resoplido.

—Tal vez. Mi madre así lo cree. Y me contó que la mitad de los habitantes del pueblo ha ido a parar a ese viejo hotel en algún momento, tratando de contactar con algún amigo o pariente muerto. Pero en público todos se burlan de Dicky y sus amigos raros. Nadie admite haber ido. Es algo curioso.

—Bueno, tal vez tengamos suerte allí dentro y veamos un fantasma.

—¡No! ¡Ni lo digas!

—Vamos, no seas gallina —le dijo, tirándole de la manga y guiándolo al otro lado de la calle. No había mucho movimiento en la calle principal: algunos residentes que andaban por allí de paso, camiones de leche o con estiércol de alguna granja local. Al volver la mirada hacia la izquierda, se veía la intersección de la calle principal con la Ruta 4, donde se había producido el accidente de autobús meses atrás. Olive alcanzaba a distinguir la cruz blanca que alguien había clavado y las pilas de muñecos de peluche, flores y tarjetas que la gente había dejado desde el accidente. Llegaron al viejo hotel y subieron la escalera. Se pararon frente al letrero que decía: «MUEBLES USADOS Y ANTIGÜEDADES», y que colgaba de unas cadenas oxidadas en el techo de la entrada. Había tres maniquís en la entrada, tres mujeres de plástico blanco con extremidades articuladas, como Barbies gigantes. Estaban ataviadas con ropa anticuada: estolas de visón raídas, sombreros estilo *pillbox*, vestidos devorados por las polillas y abrigos de terciopelo. Los rostros eran planos, vacíos, sin facciones: sin ojos, narices ni bocas. Aun así, era como si pudieran observarlos, como si sus labios invisibles emitieran una especie de zumbido, una advertencia: «Marchaos. No pertenecéis a este lugar».

—Bueno, si esto no es espeluznante, no sé qué lo será —dijo Mike al contemplarlos.

Olive avanzó por el suelo deformado y astillado de la entrada hasta la pesada puerta, mientras Mike la seguía a regañadientes. Había un letrero torcido en el vidrio de la puerta que decía: «ABIERTO. ADELANTE».

Mike señaló un letrero encima de la puerta: «ESTA PROPIEDAD ESTÁ PROTEGIDA POR SMITH AND WESSON», y alzó las cejas.

—Olive, nos van a disparar —señaló Mike.

—No seas cobarde.

—¿No te asusta esa gran pistola que Dicky lleva a todas partes?

—No me asustan las pistolas —aseguró Olive. Y decía la verdad. Llevaba mucho tiempo cazando. Había aprobado su curso de caza para jóvenes y tenía licencia. Había ido al campo con su padre y sus amigos a disparar toda clase de rifles y pistolas.

—La cuestión no es si le tienes miedo a la pistola, sino al hombre loco con la pistola —dijo Mike.

Olive inhaló hondo y se preguntó si Dicky estaría dentro. Dicky residía en el hotel, en el último piso. La gente decía que vivía donde solía estar el salón de baile. Olive pensó que era extraño que hubiera un hotel con salón de baile en Hartsboro. Pero eso era cuando el tren de pasajeros hacía una parada en el pueblo. Cuando la industria maderera estaba en auge. En la época de Hattie. El antiguo edificio de la estación de tren aún existía, pero ahora vendían pizzas y sándwiches, prácticamente era el único restaurante del pueblo.

Olive empujó la pesada puerta del viejo hotel. Sonó una campanilla. Pasó a lo que solía ser el vestíbulo. Ahora era una habitación abarrotada de chatarra: un caballito de balancín maltratado y roto, lámparas feas sin pantalla y objetos no identificables hechos de metal oxidado. Seguro que nadie pagaría por esas cosas. A la derecha había un largo mostrador de madera, que debió de haber sido parte de la recepción cuando el hotel aún estaba abierto. Estaba cubierto de montones de correo basura y carpetas repletas de papeles. En la pared detrás del mostrador había varias filas de llaves viejas que colgaban de placas en forma de diamante. Faltaban varias llaves. Olive se preguntó lo que habría en todas aquellas habitaciones.

«Fantasmas», le dijo una voz en su interior. Lo que lo convertía en el lugar ideal para las reuniones de un club de fantasmas.

Creyó oír algo, unos pasos débiles y el sonido tintineante que hace el cristal al romperse.

—Hola... —dijo; su voz sonó asustada y se perdió en medio de aquel desastre—. ¿Señor Barns?

Se lo imaginó observándolos desde las sombras y apuntándole a ella con su pistola.

—Creo que no deberíamos estar aquí —dijo Mike. Estaba unos cinco centímetros por detrás de ella; podía sentir su respiración en la nuca. Impaciente, le indicó que guardara silencio agitando la mano.

—Es una tienda, Mike. Claro que deberíamos estar aquí.

Se oyó otro sonido procedente de la parte de arriba. Esta vez, como si arrastraran algo.

Mike la cogió de la mano y la apretó con fuerza; sus dedos estaban calientes y sudorosos.

—Vámonos, Olive. Por favor.

Ella se soltó y caminó por los estrechos pasillos, entre mesas llenas de polvo cubiertas de postales viejas y torres de cubetas de plástico apiladas, hasta que llegó a la gran escalera curvada a la izquierda. La barandilla estaba floja y colgaba de la escalera en un ángulo extraño, como una extremidad rota.

¿De verdad su madre había ido allí? ¿Había subido por aquella escalera con la barandilla rota?

—Hola... —volvió a decir, esta vez un poco más fuerte. Oyó un sonido que venía del piso de arriba, el mismo sonido de arrastre. Tal vez alguien movía muebles. O movía y arrastraba una extremidad floja (o un cuerpo entero) por el suelo.

«A veces tener una imaginación demasiado activa puede ser una maldición», solía decirle su madre.

—Oye, en serio: vámonos de aquí —suplicó Mike en una voz baja y desesperada.

Olive subió por la escalera, pegada a la pared a su izquierda, lejos de la barandilla a punto de derrumbarse.

—¡Olive, no lo hagas! —le dijo Mike desde abajo—. ¿Adónde crees que vas? —Pero ella siguió subiendo.

Se oyó un fuerte ruido seco, arriba.

Mike corrió de vuelta a la entrada; Olive oyó el tintineo de la campanilla de la puerta.

—Cobarde de mierda —dijo entre dientes.

Pensó que ojalá los escalones no estuviesen podridos como las tablas de la entrada. Le daba tanta pena ver toda aquella hermosa madera en tan malas condiciones. Si viviera ahí, arreglaría el lugar y lo convertiría en algo especial. Tal vez en otro hotel elegante. Algo que atrajera a la gente a Hartsboro. La tía Riley podría ayudarla a repararlo y a encontrar toda clase de materiales *vintage* que pudieran usar. Así su padre tendría algo que reformar además de su pequeña casa. Y su madre..., su madre sin duda regresaría si se enterara de que Olive era dueña de todo un hotel...

A veces tener una imaginación demasiado activa puede ser una maldición.

Llegó al segundo piso. La alfombra color vino que cubría todo el suelo estaba manchada y desgastada en algunos puntos, dejando expuestas las tablas de debajo. Se quedó quieta y prestó atención.

—Señor Barns... —volvió a llamar—. ¿Está usted ahí?

Parecía una mala idea. Tal vez Mike había hecho bien en salir corriendo. Pero si su madre había estado allí, si Dicky sabía algo que pudiera ayudar, tenía que averiguarlo.

Avanzó por el pasillo, con habitaciones a cada lado. Algunas tenían la puerta cerrada. Las que estaban abiertas dejaban entrever habitaciones llenas de muebles, pinturas, ropa vieja colgada en anaqueles, cajas y baúles. Y un antiguo piano con manchas de humedad y teclas fragmentadas. Entraba algo de luz por las ventanas con cristalerías; las sombras se alargaban por el suelo hacia ella como si quisieran agarrarla y arrastrarla.

Al final del pasillo había dos puertas de madera muy pesadas; una de ellas estaba abierta como unas fauces. Un olor a humedad emanaba de ella y no se veía más que oscuridad. Había un letrero antiguo y despintado sobre las puertas que decía: «BAR Y RESTAURANTE».

Entró discretamente. Pensó que sería bueno volver a saludar, pero le daba miedo hacer cualquier clase de ruido en ese lugar, porque tenía la sensación de que no estaba sola. Que alguien, o algo, la observaba.

Las luces estaban apagadas y la poca luz del sol que se filtraba por las polvorientas ventanas le daba un brillo brumoso a la habitación. Había una barra en la pared de atrás, larga, fabricada con un tipo de madera oscura y con una capa de polvo y suciedad de tantas décadas de descuido. Detrás de la barra había repisas. Y en las repisas, objetos diversos: una pelota de béisbol, adornos de Navidad, cajas de puros y una botella de tequila medio llena. Esta última le provocó cierta tristeza a Olive, como si el bar añorara los viejos tiempos y esperara que llegara un cliente más a tomarse un trago. Dio la vuelta y se dirigió al otro lado de la habitación, donde imperaba una enorme chimenea rodeada de ladrillos. Había una repisa sobre la chimenea con candeleros y velas medio derretidas. También había unos cuencos de latón llenos de ceniza. Y sobre aquella repisa una tela negra cubría algo que colgaba de la pared.

¿Un espejo tal vez? ¿Las personas no suelen cubrir los espejos cuando muere alguien? Olive creyó haber visto eso en una película alguna vez.

Pero ¿por qué?

«Tal vez para no encontrarte a la persona muerta observándote desde el otro lado».

Ese pensamiento que le vino de la nada le dio escalofríos. Apartó la vista del espejo cubierto y luego volvió a mirarlo. ¿Acaso se había movido la tela?

Creía haber visto unas ondas que se formaban en ella, como si algo la empujara desde detrás.

Ese lugar le estaba dando mucho miedo. No le gustaba nada la idea de que su madre hubiera ido allí, merodeando con un montón de raritos, buscando gente muerta, en el espejo, tal vez.

Media docena de sillas estaban colocadas en círculo frente a la chimenea. Se encontraban en muy mal estado: tenían rotos los reposabrazos, se les salía el relleno en varias partes y estaban cubiertas de oscuras manchas. Olive pensó que tendría que estar completamente agotada para sentarse en una de ellas.

Entonces, vio algo en el suelo.

Parte de la alfombra manchada color vino había sido arrancada o cortada, dejando el suelo de madera expuesto: viejas tablas de pino anchas unidas con clavos oxidados. Pero ahí, en el suelo frente a la chimenea, alguien había dibujado algo con tiza amarilla. Olive vio el grueso pedazo de tiza en la repisa junto a las velas; era como el que usaban los niños de primaria para dibujar en el suelo y jugar a la rayuela o a los cuatro cuadrados.

Pero aquello no había sido trazado por un niño.

El diseño en el suelo era un círculo largo. Dentro del círculo había un triángulo de lados iguales. En el centro del triángulo, un cuadrado con otro círculo en su interior. Y en el centro del último círculo, un ojo.

¡El mismo diseño que el collar de su madre!

«Que todo lo ve».

¡Era la prueba! La prueba de que su madre sí había estado allí.

¿Sería ella quien había hecho el dibujo?

Olive se acercó y luego volvió a retroceder. Tenía un mal presentimiento. Que algo terrible pasaría si entraba en el círculo.

Tal vez era una puerta.

Una puerta al mundo del espejo.

«Bueno, ya basta de pensamientos disparatados», se dijo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gritó una voz detrás de ella. Saltó como una tonta, como la protagonista de una película que se asusta con facilidad. Estuvo a punto de caer sobre el dibujo de tiza (la puerta), pero se detuvo a tiempo.

Se dio la vuelta.

Era un hombre con una pequeña barriga que le asomaba sobre unos tejanos demasiado apretados, metidos en sus brillantes botas vaqueras negras, tan puntiagudas que parecían peligrosas. Su cabello canoso estaba sujeto en

una grasienta cola de caballo. Lucía una camisa tejana con broches plateados que apenas aguantaban la presión de su barriga. Tenía un rostro angular con facciones muy marcadas y un gran bigote retorcido, como de vaquero. Atada a la cintura llevaba una elegante funda de cuero labrado con un revólver dentro. Tenía los dedos sobre la funda, sin moverlos, solo para asegurarse de que la pistola estaba ahí y de que Olive era consciente de ello.

Era el infame Dicky Barns.

Capítulo 17

Helen

3 de agosto de 2015

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó Nate.

—Riley va a traer su ouija a casa. Intentaremos contactar con Hattie.

Nate estaba encorvado frente a su portátil, leyendo sobre ciervos y albinismo. Había visto a la cierva blanca algunas veces más durante las últimas dos semanas y media, pero aún no había logrado sacarle una foto. Su cuaderno de campo estaba abierto por la página donde la había dibujado y tomado notas. Los brillantes ojos de la cierva parecían observar a Helen.

Nate se la quedó mirando.

—Es una broma, ¿verdad?

Helen se rio.

—Lo sé, es un poco loco, ¿verdad? Riley lo sugirió. Ya sabes que le gustan todas esas cosas de lo oculto.

A pesar de que Nate había visto a la cierva varias veces más, Helen no había vuelto a ver al fantasma. Iba casi todas las noches a la casa y se detenía debajo de la viga, contemplando el rincón donde Hattie había aparecido, pero nada. Cuando le expresó su frustración a Riley esa tarde, ella sugirió usar la ouija. Riley había ido para ayudarlos con la fontanería. Ya habían terminado de instalar todas las puertas y ventanas, la envoltura en las paredes exteriores y la tela asfáltica en el tejado. La semana anterior, Riley los había convencido para que contrataran a alguien para la instalación del horno de propano y el calentador de agua, y llamaron a un amigo suyo, Duane, que era dueño del negocio de fontanería y calefacción Ridge View. No solo lo había instalado todo por un precio bastante razonable, sino que les había ayudado a empezar con las tuberías. Entre Duane, Riley y Olive terminaron con el trabajo básico en la cocina y el baño de arriba; instalaron las tuberías de cobre y PVC, que en algún momento se conectarían a un fregadero, un inodoro o una bañera. Solo faltaba terminar el baño de abajo. Luego seguirían con la instalación

eléctrica. Una vez que todo estuviera terminado, estarían listos para el yeso. Ese momento parecía estar muy cerca y lejos a la vez.

—Riley piensa que, si invocamos a Hattie, aparecerá otra vez —le explicó Helen a Nate.

—Sí, y tal vez Santa Claus y el conejo de Pascua vengan con ella —se burló Nate—. Y Big Foot también. Tal vez hasta Elvis. —Sacudió la cabeza y le lanzó a Helen la misma mirada que les dirigía a sus alumnos cuando lo decepcionaban de algún modo—. Creo que toda esa marihuana que has estado fumando con Riley ha empezado a afectar tu sentido común, Helen. —Inhaló profundamente y la cogió de la mano—. ¿No te das cuenta de lo absurdo que es todo esto?

—Yo creo que... —empezó a decir. Quería completar la idea con un «te estás comportando como un perfecto imbécil», pero en vez de eso respiró hondo para calmarse y añadió—: Creo que necesitamos mantener la mente abierta ante la posibilidad de que existan más cosas en este mundo de las que podemos ver. Sé que piensas que me lo imaginé, Nate, pero yo sé lo que vi. Creo en lo que me dicen mis sentidos. Era Hattie. Y si ya ha aparecido una vez, quizá lo haga de nuevo.

Él se la quedó mirando.

—Estoy empezando a preocuparme, Helen. No quiero que pierdas la cordura por completo aquí en el bosque y te conviertas en una de esas personas que dicen cosas como: «Puedo ver a los muertos y leer auras. Deja que te hable sobre mis vidas pasadas».

Helen inspiró hondo otra vez.

—No estoy perdiendo la cordura —dijo—. Solo mantengo la mente abierta. Lo prometo.

—Sé que esto no ha sido muy fácil que digamos —declaró con un tono de voz más suave—. Mudarnos aquí, construir la casa, vivir en ese remolque de mierda; ha sido más duro de lo que los dos imaginamos.

«Más duro de lo que tú imaginaste —pensó ella—. Yo intenté decírtelo, pero tú sabías lo que nos convenía».

—En la vida las cosas no siempre salen como uno espera, Nate —dijo, y lo dejó con la palabra en la boca para ir a la casa a esperar a Riley.

Veinte minutos después, Riley aparcó en la entrada. Llevaba la ouija y más marihuana. Nate seguía en el remolque, sin duda pensando en su cierva blanca. A Helen se le ocurrió que ella nunca había cuestionado la existencia

de la cierva, a pesar de que no la había visto y Nate no había conseguido sacarle una foto. Guardó ese argumento en su mente para su próxima discusión sobre si de verdad había visto a Hattie en la cocina. Helen llevó a Riley a la casa nueva y le enseñó el extraño paquete con el diente y el clavo. Llevaba días esperando para enseñárselo, pero no quería hacerlo en presencia de Nate.

—¿Qué opinas? ¿Es una maldición o algo así? ¿Un hechizo tal vez?

Riley alzó las cejas.

—He sacado unos libros de brujería de la biblioteca —le contó Helen—. ¿Recuerdas? ¿No habías dicho que todos conocían mis hábitos de lectura...?

Riley cogió el bulto.

—No creo que sea un hechizo. Parece más un amuleto de protección. Tanto el diente como el clavo se usan para alejar el mal. ¿Dónde dices que lo encontrasteis?

—Lo dejaron en nuestra entrada, la primera noche que llegamos. No sé qué pensar.

Riley observó a Helen como si fuese un rompecabezas que trataba de resolver.

Se sentaron en el suelo una frente a la otra, directamente debajo de la vieja viga. Tenían las piernas cruzadas y la ouija sobre las rodillas. Los dedos combinados de los dos pares de manos descansaban sobre el puntero de plástico. Las llamas de las velas, que habían encendido y colocado en un círculo a su alrededor, parpadeaban.

Helen no había usado una ouija desde que era jovencita, cuando tenía fiestas de pijama con sus amigas y preguntaban sobre los chicos que les gustaban, con quién se casarían y cuándo morirían. Pero en aquel entonces los espíritus eran muy vagos; solo daban respuestas a medias sin decir lo que querían saber en realidad.

—Invocamos al espíritu de Hattie Breckenridge —dijo Riley—. ¿Estás entre nosotras, Hattie? Queremos hablar contigo.

Helen cerró los ojos y escuchó el sonido del viento que soplaba en el pantano y la colina, y que entraba por las ventanas de la casa, que habían dejado abiertas. Solo podía pensar en Hattie Breckenridge y en lo mucho que deseaba que apareciera.

Quería que Riley también la viera; que hubiera un ser humano que pudiera constatar que no estaba loca, ni estaba perdiendo el juicio, como había dicho Nate.

Pero no quería oír su voz. No, nunca en su vida quería volver a escuchar ese sonido.

—Por favor, Hattie —suplicó Helen—. Danos una señal de que estás aquí.

«Demuéstrame que no estoy loca».

«Demuéstrame que no eres un producto de mi imaginación».

«Vuelve».

El puntero empezó a moverse bajo sus dedos.

Helen había leído un capítulo sobre ouijas en uno de los libros de la biblioteca, *Cómo comunicarse con el mundo espiritual*.

El libro advertía que había que ser cuidadoso; usar una ouija era como abrir una puerta, y uno no podía saber qué podría atravesarla.

«Sea claro en cuanto a sus intenciones», decía el libro. Pero ¿cuáles eran sus intenciones?

Establecer contacto. Aprender más sobre Hattie. Sobre ese lugar. Era más que una intención, era una necesidad, una obligación que la empujaba a seguir adelante, que le suplicaba un mayor esfuerzo, que le pedía descubrir todo lo posible sin importar cómo, aunque eso significara charlar con un fantasma por medio de una ouija.

—¿Eres tú? —le preguntó Helen a Riley mientras el puntero de plástico se movía en zigzag por la tabla—. ¿Lo estás moviendo tú?

—No —susurró Riley. Estaba observando la pequeña ventana transparente en medio del puntero, pero este solo se quedaba en cada letra un instante antes de deslizarse a la siguiente.

—D..., B..., D..., O... —leyó Riley. El puntero se deslizó casi hasta la esquina de la tabla cerca de Riley; Helen tuvo que estirar su mano derecha para no soltarlo. La temperatura de la habitación empezó a bajar. El puntero regresó al alfabeto y empezó a deletrear. Esta vez, Riley y Helen leyeron juntas.

—A..., T... —El puntero se movió en un gran círculo por última vez y se detuvo en la imagen de la luna en la esquina superior derecha del tablero. Había un olor húmedo y putrefacto en el ambiente que Helen podía sentir en su garganta.

—Eso no quiere decir nada —susurró Helen.

Riley repitió las letras otra vez, tratando de formar palabras.

—*Dbdo*... a ti —dijo—. ¡Mierda, Helen! ¡Eso quiere decir: debido a ti!

Aquello no podía estar pasando. No podía ser real, ¿o sí? El olor a humedad y putrefacción se intensificó.

«Cuidado al usar una ouija —advertía el libro—. Recuerde que los espíritus, al igual que los vivos, pueden llevarle por mal camino».

Riley habló otra vez.

—¿Debido a quién, Hattie? ¿Debido a Helen?

El puntero se deslizó rápidamente a la izquierda y se detuvo en la palabra *Sí*.

—¿Qué es debido a Helen? —preguntó Riley.

El puntero se movió rápidamente otra vez y deletreó: R-E-G-R-E-S-O.

—Regreso —dijo Helen en voz baja. Su boca estaba totalmente seca, y al hablar su voz sonó estridente—: ¿Has regresado debido a mí?

Sí.

La emoción la golpeó como un relámpago e hizo que todo el vello de su cuerpo se erizara. Y no era solo por el hecho de que Hattie le hablara, era el cambio en el aire: el frío, el extraño zumbido, como si toda la habitación estuviese llena de una extraña electricidad.

Estaba hablando con un fantasma. El espíritu de una mujer que había vivido y muerto ahí mismo, en esas tierras.

«La ouija es uno de los métodos más efectivos para comunicarse con el mundo espiritual», le había dicho el libro, pero ella no se había atrevido a creer que en realidad funcionaría. Al menos no así.

—¿Fue porque pusimos la viga? —preguntó Helen—. ¿La madera del árbol donde te ahorcaron?

Sí.

El puntero se movió otra vez y Helen sintió un cosquilleo en las puntas de los dedos: X-F-V-R.

—¿Por favor? —preguntó Helen—. ¿Por favor qué? ¿Necesitas algo? ¿Hay algo que quieres que haga?

¿Qué podría pedirle Hattie? Y lo que era más importante: ¿qué estaría dispuesta a hacer Helen por ella? «Cualquier cosa —pensó en ese momento—. Haré cualquier cosa que me pida».

Riley la observaba con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Helen, no estoy segura... —empezó a decir, pero entonces el puntero empezó a moverse bajo sus dedos, deslizándose con lentitud por la tabla. Helen observó cómo se detenía de letra en letra y Riley las leyó todas en voz alta.

—V-E-A-O-D-O-N-O-V-O-N-E-H-J-O-S.

Luego, el puntero se movió a la palabra *Adiós*.

—¿Eso significa algo para ti? —le preguntó Helen a Riley.

—No estoy segura —respondió Riley.
—*Veao don ovon ehjos...* —articuló Helen.
—*Veao* —dijo Riley—. Podría ser *Ve a*.
—¿*Ve a donovon e hjos*?
—¡Oh, por Dios! ¡Donovan e Hijos! —exclamó Riley—. Podría ser el viejo molino. ¿A eso te refieres, Hattie? ¿El viejo molino en Lewisburg?
El puntero no se movió.
—Creo que ya no está aquí —dijo Helen.
—¿Hattie? —repitió Riley—. ¿Sigues con nosotras?
No. El puntero se quedó quieto y ya no estaba lleno de la energía que Helen había sentido. Era solo un pedazo de plástico sin vida. El olor se había disipado. El aire era cálido y denso. Desgastado.
Hattie se había ido.

Capítulo 18

Olive

3 de agosto de 2015

—Señor Barns —dijo Olive.

—Ese soy yo —replicó él, cuadrando sus anchos hombros—. Pero ¿quién diablos eres tú y qué estás haciendo aquí?

—Estaba buscándolo —respondió ella.

Pero ahora que lo había encontrado no sabía bien qué decir, qué hacer. Al verlo frente a ella con su pistola, con ese extraño símbolo trazado en el suelo y el espejo cubierto, sintió que poco a poco se desvanecía su valor.

Tal vez debería decirle que estaba buscando algo... ¿Alguna antigüedad o algo así? Echó un vistazo alrededor en busca de inspiración, pero nada parecía plausible. ¿Una silla...? Pero ¿y si trataba de venderle una de esas sillas en el círculo...?

—No deberías estar aquí arriba —señaló él. Sus dientes eran derechos y perfectos, como los de una estrella de cine. Parecía salido de una vieja película del viejo Oeste. Como esas películas de Clint Eastwood que veía a veces su padre.

—Lo siento. Creí que esto era una tienda —dijo ella.

—Solo abajo. ¿No has visto el letrero?

No había ningún letrero que prohibiera subir, ni una cuerda ni una cortina que bloquearan el paso.

—No. Lo siento..., creo que no lo vi. Entré y grité, pero creo que no me oyó.

—Sea como sea, está cerrado —le apuntó con el ceño fruncido.

Ella recordó el letrero de «ABIERTO» en la puerta, pero no quería discutir. Y menos con un hombre que llevaba una pistola en la cintura.

—No he venido a comprar —admitió.

—Bueno, pues entonces, ¿qué quieres? Si estás recaudando fondos para tu instituto, vendiendo galletas, boletos para una rifa o alguna mierda de esas, no me interesa.

—No. Nada de eso. Soy la hija de Lori Kissner. —Se lo quedó mirando, con la esperanza de que esas fueran las palabras mágicas; la llave secreta. Esperaba que sonriera y le dijera: «¡Oh, claro! ¡Eres la hija de Lori! ¿Qué puedo hacer por ti?».

Él la miró a su vez en silencio y con el rostro inexpresivo.

—Mire... —dijo ella—. Eh, oí que ustedes eran amigos. Que venía aquí a veces, ¿no? —Odiaba que su voz sonara tan débil e insegura. Y la verdad es que era absurdo. La idea de que su madre fuera a ese lugar, a pasar el tiempo con aquel hombre del que ella y su padre siempre se burlaban.

Los ojos de Olive se dirigieron de nuevo a la pistola. Pensó en lo que Mike le había dicho: «El hombre loco con la pistola es a quien deberías temer».

«Una pistola es una herramienta —le decía siempre su padre—. Pero también es un arma letal. Exigen nuestro respeto. Nuestra atención. Cuando estés en una habitación donde haya una, préstale toda tu atención, Ollie».

Eso fue lo que hizo; dirigió toda su atención al arma, esforzándose por fingir que no lo hacía. Se mantuvo pendiente de ella en todo momento, sin mirarla directamente.

—Conozco a Lori, sí. Todo el mundo conoce a Lori. —Lo dijo con una sonrisa ladina que hizo que a Olive se le erizara la piel—. Pero no diría que éramos amigos.

—Pero venía aquí de vez en cuando, ¿no? —insistió Olive.

No sabía si era su imaginación, pero le pareció que él se encogió un poco cuando dijo eso.

Él se volvió hacia el espejo cubierto, como si la respuesta estuviese ahí. Tal vez el espejo empezaría a hablar; tal vez oiría una voz extraña y amortiguada procedente de detrás de la tela que lo cubría como una cortina. El espejo le diría la verdad.

Sabía que ese hombre mentiría. Lo presentía por el cosquilleo en su piel, como si tuviera un detector de mentiras integrado. ¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Decirle a un hombre adulto que llevaba una pistola a todas partes que era un mentiroso de mierda?

—Mucha gente viene buscando varios tipos de cosas —indicó él.

—¿Hablar con gente muerta? —preguntó Olive—. ¿No es eso lo que hacen aquí?

Él la observó con los ojos entrecerrados, como si tratara de encogerla con la mirada, como si, cerrándolos lo suficiente, pudiera hacerla desaparecer.

—A veces la gente viene a buscar el armario perfecto —comentó—. Y a veces porque tienen asuntos pendientes con aquellos que ya no están. —Empezó a moverse en un lento círculo, mientras gesticulaba con las manos—. Tienen preguntas y quieren respuestas. O quieren decir una última cosa. Nosotros les ofrecemos esa oportunidad.

—¿Por eso vino mi madre?

—Tu madre —dijo con un tono suave al principio, que se fue haciendo más severo— nunca vino aquí. La única vez que vi a Lori Kissner fue cuando embolsó mis compras en el supermercado.

Echó un vistazo alrededor de la habitación y sonrió.

—Lamento haberlo molestado —dijo ella—. Ya veo que está muy ocupado. —Dio la vuelta para marcharse.

—Te acompaño a la salida.

Él siguió a Olive fuera del salón, por el pasillo, bajando la escalera curva con la barandilla rota, a través del desastre del vestíbulo hasta la puerta de entrada, para asegurarse de que se fuera. Ella no se giró hacia él, pero lo oyó detrás de ella; sus pasos eran pesados y su respiración áspera. Olía a cigarros rancios y a una loción fuerte y empalagosa. Cuando llegaron a la entrada, sacó un paquete de Marlboro del bolsillo de su camisa y lo sacudió para coger uno. Luego sacó el móvil del bolsillo y empezó a revisarlo; los tres maniquís detrás de él parecían asomarse por encima de su hombro.

—Señor Barns... —Olive se detuvo en uno de los escalones desvencijados de la entrada y se volvió a mirarlo.

—¿Qué quieres? —Apartó los ojos del móvil y los clavó en ella; se notaba que estaba irritado.

—No sé si se habrá enterado, pero mi madre ya no vive aquí. Nos dejó a mi padre y a mí.

Él asintió. Claro que lo sabía. Todos lo sabían.

—La gente del pueblo dice toda clase de cosas horribles sobre mi madre. Pero yo... solo quería que supiera que la mayor parte de esas cosas son falsas. Al menos eso es lo que yo creo.

Observó su cigarro apagado; como si estuviera más interesado en él que en Olive.

—Usted me ha dicho que vienen muchas personas aquí y la razón por la que quieren entrar en contacto con personas muertas es que tienen preguntas sin responder. Por eso vine aquí hoy. No para preguntarle a algún fantasma o espíritu o lo que sea, sino para preguntarle a usted, una persona viva, si puede ayudarme a descubrir la verdad sobre mi madre.

Él encendió su cigarro, le dio una calada y observó cómo salía el humo de su boca.

—Lo siento —manifestó, aunque no parecía lamentarlo en absoluto—. No puedo ayudarte.

—De acuerdo —dijo Olive—. Siento haberle molestado. —Bajó saltando los escalones y se dirigió hacia la calle principal, hacia el pueblo. Casi esperaba que Mike estuviera ocultándose cerca, aguardando. Pero ya se había ido—. Cobarde —dijo entre dientes.

Cuando llegó a la calle Escuela, dio la vuelta y retrocedió hacia el viejo hotel, escabulléndose de las personas por los patios traseros. Se acercó por la parte trasera del edificio y caminó por el lateral hasta casi llegar a la entrada. Podía oír los pasos de Dicky sobre las tablas podridas. Se asomó y vio que estaba hablando por teléfono.

—¡Pues su hija acaba de irse!

El corazón de Olive dio un vuelco.

—No lo sé —dijo Dicky, agitado, prácticamente gritando—. Pero ha estado haciendo preguntas. Sabe algo. No sé con quién habrá hablado, pero sabe que Lori solía venir aquí.

Olive siguió observando, encorvada y asomada desde una esquina del edificio. El tacón de las botas de Dicky golpeaba con fuerza las tablas desgastadas mientras caminaba de un lado al otro del porche.

—No lo creo. No. Necesitamos reunirnos otra vez y decidir qué hacer. Todos.

Dicky esperó.

—¡Ya sé lo que acordamos! ¡No soy un maldito imbécil! No me vengas con esa mierda de que no es seguro. ¿Crees que ahora estamos seguros?

Esperó otra vez.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo necesitas para eso?

Empezó a caminar más rápido; sus botas hacían mucho ruido.

—¡Demonios! Eso es demasiado. Ya te he dicho que la niña sospecha algo y solo Dios sabe con quién habrá hablado.

Alcanzó a oír su encendedor, una inhalación, y percibió el fuerte olor a humo de cigarro.

—De acuerdo, de acuerdo. Supongo que no tengo otra opción que confiar en ti. Pero más vale que estés en lo cierto. Esperaré hasta entonces, pero no me gusta. Sí, el segundo sábado de septiembre. Sí, aquí, ¿dónde si no? Está bien. Sí, a la misma hora de siempre. Avísalos a todos para que vengan. Todos. ¡Y asegúrate de traer el diario!

Olive presionó su espalda contra el edificio, oyó el sonido de una puerta que se abría, acompañado de unas campanas, y luego cómo se cerraba de golpe.

El segundo sábado de septiembre. Tenía que estar ahí. Tenía que buscar la manera de escabullirse y ocultarse. Para ver quién iría y qué tramaban.

Y lo que decían sobre su madre.

Capítulo 19

Helen

4 de agosto de 2015

—¿Le contaste a Nate lo que ocurrió con la ouija anoche? —preguntó Riley cuando Helen la llamó a la mañana siguiente.

—Uy, claro que no —dijo Helen. Ya podía imaginarse su sarcasmo y el discurso que le daría sobre los micromovimientos involuntarios de los músculos y todo eso. Acercó más el teléfono a su oreja—. Pero no he dejado de pensar en ello en toda la noche y he decidido que quiero ir a ese lugar, Donovan e Hijos. ¿Está muy lejos?

—Como a una hora de aquí. Lleva años cerrado. De hecho, me gustaría ir contigo a echar un vistazo, pero esta mañana no puedo. Dos de mis empleados están enfermos y tengo que ir al depósito. Pero tú deberías ir e investigar el molino. Es muy fácil de encontrar. Solo tienes que coger la Ruta 4 hasta llegar a Lewisburg, y el lugar está justo en el centro del pueblo. —Después de darle las indicaciones a Helen, agregó—: Estuve investigando un poco en internet anoche. El molino Donovan e Hijos fabricaba lonas de alta resistencia; tenían un gran contrato con el ejército. En 1943 hubo un terrible incendio. Doce mujeres y uno de los capataces murieron. Después, el molino cerró y estuvo abandonado durante muchos años, pero parece que ahora lo convertirán en un edificio de apartamentos.

—Iré y luego te contaré lo que averigüe —le dijo Helen. Colgó el teléfono y se asomó por la ventana para ver si había alguna señal de Nate. Se había escabullido temprano por la mañana con sus binoculares, su cámara y su cuaderno de campo mientras Helen seguía acostada. Tal vez iría a observar aves, o tal vez a buscar la cierva blanca.

«Esa era Hattie». Las palabras de Riley resonaron en su cabeza. «Nate debería tener cuidado».

Helen le escribió una nota avisándole de que iba a hacer unas compras y que regresaría a la hora del almuerzo para terminar con la fontanería.

No podía decirle que iba a visitar un molino porque se lo había dicho la ouija. En menos de lo que canta un gallo, le concertaría una cita con el psicólogo más cercano y empezaría a hablar de estrés, alucinaciones y la mala influencia de Riley. Sintió un poco de culpa. Era la primera vez que le decía una mentirijilla a Nate, o que omitía decirle la verdad.

Pero era lo mejor.

El trayecto fue agradable y no tan largo como había anticipado. Mientras salía del pueblo, pasó por Ferguson's y por la pizzería, y cuando llegó a las afueras, por un lugar que ni ella ni Nate conocían aún: la carnicería del Tío Fred, cuyo letrero mostraba la caricatura de un cerdo sonriendo con un plato de tocino entre sus pezuñas, lo cual a Helen le pareció muy perturbador.

Condujo entre bosques, campos verdes cubiertos de vacas Holstein negras y blancas que pastaban, y cruzó pintorescos pueblecitos, con quioscos y pequeñas iglesias blancas. Era como ver una postal: un paisaje sin espectaculares ni grandes almacenes, sin centros comerciales ni autopistas de ocho carriles como en Connecticut. Pensó en su padre, que siempre hablaba de construir una cabaña en el bosque, en algún lugar donde pudiera pensar en silencio. Le habría encantado ese lugar: repleto de bosques y campos, con un olor fresco y verde. Era como retroceder en el tiempo.

Imaginaba que el paisaje había cambiado un poco desde la época de Hattie. Ahora había caminos asfaltados y cables, pero sin duda las colinas, las montañas y los campos eran los mismos.

¿Alguna vez habría pasado Hattie por ahí? ¿Tal vez en un antiguo Ford Modelo T? ¿O quizá en el tren que pasaba por las vías que ahora Helen podía ver junto a algunas partes del camino?

Después de cuarenta y cinco minutos, vio el letrero que le daba la bienvenida a Lewisburg: «HOGAR DE LOS LEONES DE LEWISBURG, ¡LOS CAMPEONES ESTATALES!». Encontró el antiguo molino sin problema: un extenso complejo de ladrillos a lo largo de la orilla del río. Había vehículos de construcción de todo tipo: una excavadora y una grúa, camiones llenos de madera y una flota de furgonetas de trabajadores eléctricos. Helen se detuvo junto a un letrero que anunciaba apartamentos de una, dos y tres habitaciones, y espacios comerciales a la venta. Aparcó y bajó de la camioneta.

—Muy bien, Hattie —murmuró para sí misma, mientras se paraba frente al edificio de ladrillo más cercano a ella y lo contemplaba—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Por un camino de ladrillos se dirigió hacia uno de los edificios, donde un letrero en la entrada advertía: «ZONA DE CONSTRUCCIÓN. CASCO OBLIGATORIO. SOLO PERSONAL AUTORIZADO».

—Las solicitudes están en la oficina —dijo una voz detrás de ella.

—¿Qué? —Se dio la vuelta y vio a un tipo alto y delgado con un casco blanco. Llevaba pantalones caqui limpios y una camisa azul, y sostenía una tabla sujetapapeles en la mano. Supuso que sería un capataz o un administrador.

—Hay una oficina en el remolque azul de allá —le indicó, señalando con el pulgar—. Ahí pueden darle información y una solicitud para los apartamentos o los espacios de oficina.

—De hecho —comentó Helen—, solo quería echar un vistazo alrededor. Me interesa la historia local y tengo entendido que el molino era una parte importante del pueblo.

Él asintió.

—Así es. Claro, hasta el incendio. Supongo que no hay problema si echa un vistazo. Pero no se acerque a las áreas de construcción, ¿de acuerdo? No es seguro. —Empezó a alejarse.

—Disculpe, ¿sabe qué lo provocó? —preguntó Helen—. El incendio...

—No estoy seguro de si lo averiguaron —respondió él—. La parte norte fue la más dañada.

—¿Por dónde queda? —preguntó Helen.

—Venga, se lo enseñaré —dijo él—. Iba para allá de todos modos.

Ella lo siguió por el sendero a la derecha. A su izquierda se alzaba, imponente, el enorme y viejo edificio de ladrillo. Era una hermosa construcción: tres pisos de alto con grandes ventanas y un gran campanario en la entrada frontal. Había hombres trabajando en el techo; podía oír sus herramientas eléctricas y sus martillos en el interior. También se oía el murmullo de un río. El hombre del casco blanco caminaba muy rápido y hablaba al mismo tiempo.

—Según cuentan, la administración estaba harta de que las chicas se escabulleran para fumar o para verse con los chicos, o para lo que sea que se escabulleran. Así que decidieron atrancar las puertas desde fuera una vez que entraban todas las trabajadoras. Las dejaban salir cuando sonaba la campana del almuerzo y luego otra vez a la hora de la salida.

—¿Las encerraban? —Helen estaba horrorizada. Sus ojos se dirigieron a las grandes puertas del molino; podía imaginar puños golpeándolas con

fuerza, el peso combinado de todas esas mujeres atrapadas dentro, desesperadas por escapar.

—Es lo que dice la gente. O al menos los que lo recuerdan. Los que sobrevivieron al incendio. Yo soy de aquí, de Lewisburg, así que crecí escuchando esas historias. Supongo que ese día alguien estaría fumando un cigarro dentro porque no podían salir. Creo que nunca sabremos con certeza cómo empezó el incendio, pero dicen que el edificio se quemó rápido. Con la madera seca y todo ese algodón...

Llegaron al final del edificio y Helen se dio cuenta de que esa última parte había sido reconstruida con ladrillos nuevos, ya que tenían un color rojo más vivo y el mortero era más pálido.

—Toda esta parte quedó destruida. Tuvimos que derribar los restos, sacarlo todo y reconstruir.

Helen se giró hacia la derecha, cerca del río, donde un montón de escombros había sido apilado con una pala mecánica: tablas quemadas y rotas, máquinas y engranajes oxidados, una pequeña montaña de ladrillos con marcas negras de quemaduras.

—Ya que no podían salir por las puertas —dijo él—, rompieron las ventanas y saltaron. Algunas sobrevivieron. Pero muchas no. —Sacudió la cabeza y el casco se movió un poco—. Una forma horrible de morir.

Helen se imaginó lo que habrían sentido las personas atrapadas dentro, mientras sus pulmones se llenaban de humo, el calor de las llamas aumentaba, rodeadas de gritos y caos. Ojalá hubiesen muerto sofocadas por el humo antes de que las llamas las alcanzaran.

—¿Sabe? —declaró él—, aquí entre nosotros, quizá sea bueno que usted no esté interesada en los apartamentos.

—¿Por qué lo dice?

Echó un vistazo alrededor y bajó el tono de voz.

—Yo no viviría aquí ni aunque me pagaran.

A Helen se le puso la piel de gallina. Eso era, pensó. Por eso había ido.

—Sí, un equipo completo, los contratistas de climatización, renunció la semana pasada. No eran hombres débiles y tampoco eran adolescentes colocados, de los que se asustan fácilmente, si sabe a qué me refiero.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Helen.

—Estaban en el sótano, trabajando donde solían estar las turbinas. De pronto subieron corriendo la escalera y gritando. Tres hombres grandes y fuertes; habían dejado sus herramientas tiradas, estaban pálidos, temblorosos y totalmente enloquecidos. Dijeron que habían visto a alguien allá abajo: una

mujer. Dijeron que su rostro y sus brazos estaban todos quemados, que le colgaba la piel como si fuera papel. Eso dijeron.

Helen no replicó nada, solo esperó. Luego el hombre siguió:

—Algunos hombres y yo bajamos a inspeccionar. Desde luego, no había nadie. Pero olía a algo. A cabello quemado... o piel quemada. No había motivo para que oliera así ahí.

—Vaya —dijo Helen—. Increíble.

—Sí. El equipo de climatización nunca regresó. Y han pasado muchas más cosas raras. Trabajadores que ven u oyen cosas. Herramientas que se pierden. Luces que parpadean. El lugar está embrujado, sin duda. —Le echó un largo vistazo al edificio—. Quiero decir que, si uno se detiene a pensarlo, tiene lógica que lo esté.

Helen también se giró. Luego, su mirada se movió del edificio recién construido a la pila de escombros del molino original.

Helen dio unos pasos y cogió uno de los viejos ladrillos que no habían llegado hasta la gran pila. Era antiguo y estaba desgastado, posiblemente fabricado en un horno con arcilla roja, y un lado estaba manchado de negro. Casi podía oler el humo. Sentir el calor. Escuchar los gritos de las mujeres mientras golpeaban la puerta cerrada con pestillo.

—¿Qué van a hacer con todo esto? —preguntó Helen, señalando los escombros y sin soltar el ladrillo; no quería hacerlo. Casi lo sentía como algo vivo, lleno de historia, de cosas que había visto y escuchado, de la tragedia de la que había sido parte.

El hombre frunció el ceño, tal vez sorprendido por el cambio de tema o tal vez por la pregunta tan tonta.

—Lo llevarán a un vertedero.

A Helen le parecía terrible; todos esos materiales llenos de historia, tirados a la basura. Deberían estar en un museo. O ser utilizados para construir un monumento para la gente que pereció en el incendio de la fábrica. No acabar en la basura.

—¿Incluso los ladrillos?

—Todo.

—¿Le importa si me llevo algunos? Mi marido y yo estamos construyendo una casa y nos gustaría incorporar materiales locales, cosas con historia. Estos ladrillos serían perfectos.

Él la miró desconcertado y con una sonrisa de fascinación.

—Claro, Señora Historiadora. ¡Adelante! —exclamó—. Lléveselos todos si quiere. Supongo que se pueden considerar artículos únicos.

—Se lo agradezco.

Nate salió de la casa a recibirla cuando Helen aparcó en la entrada. Se le veía emocionado.

—Mira lo que he encontrado en el área de caza de la tienda —le dijo, y le mostró una caja—. Fui al pueblo a comer un sándwich y me topé con esto.

—¿Una cámara para exteriores? —preguntó Helen al ver el objeto.

Él asintió con entusiasmo.

—¡Tiene visión nocturna! Y se activa con el movimiento. Puedo programarla para que envíe las imágenes y vídeos directamente a mi portátil.

Helen vio la etiqueta anaranjada con el precio: 110 dólares.

—Genial —dijo. Se imaginaba la clase de rumores sobre ellos que circularían por el pueblo a esas alturas. Libros de hechicería, cámaras con visión nocturna... Casi comprendía a la gente por estar alterada por su presencia.

—Oh, y ya casi he terminado con toda la fontanería del baño de abajo —dijo él—. Solo nos falta el reborde para el inodoro.

—Fantástico —dijo Helen. Estaba sorprendida por lo rápido que Nate se había acostumbrado a trabajar con los tubos de cobre. Tenía una habilidad nata para soldar; sus juntas siempre quedaban perfectas—. ¡Creo que fuiste fontanero en otra vida!

Él le sonrió.

—¿Cómo te ha ido con tus compras? —le preguntó.

—Mira lo que he conseguido —le indicó mientras le mostraba los ladrillos que había apilado en la parte trasera de la camioneta.

—¡Caramba! ¿De dónde los has sacado?

—De un viejo molino que están renovando. Van a convertirlo en un edificio de apartamentos y oficinas. Me los dieron gratis.

—Qué bien —señaló Nate—. ¿Cómo los has encontrado?

«Hattie me envió».

—Craigslist —respondió Helen de inmediato—. Creí que podríamos usarlos para la estufa de madera.

—Pensaba que usaríamos pizarra de la cantera del pueblo —dijo Nate, frunciendo un poco el ceño. Habían visitado la cantera juntos y a él le había encantado la textura y el color verde grisáceo de esa piedra.

—Pues aún podríamos usarla para otra cosa. ¿Qué tal el suelo de la cocina?

—Creo que nos saldría un poco caro —señaló él. Ya estaba algo preocupado de que se fueran a pasar de su presupuesto. El dinero que habían heredado del padre de Helen parecía ser mucho en un principio, más que suficiente para construir la casa y vivir cómodamente al menos durante un año. Pero habían surgido contratiempos inesperados: el precio de la madera allí era más elevado de lo que pensaban; la instalación profesional de los hornos y calentadores de agua había sido muy cara; el gasto continuo de comprar cerveza, vino y comida para llevar, porque cocinar en el remolque era deprimente y complicado. El dinero se estaba acabando rápido. Más rápido de lo que habían imaginado o planeado. Helen les había echado un ojo a las cuentas y estaba segura de que tendrían más que suficiente para terminar la casa, pero le preocupaba que Nate tuviera razón: a ese paso, no les quedaría gran cosa para vivir. No habían pensado mucho en sus futuros ingresos; parecía algo muy lejano.

Y, claro, el hecho de que Nate estuviera despilfarrando para comprar cámaras de cien dólares con visión nocturna no ayudaba. Trató de no pensar en ello; se dijo a sí misma que estaba siendo mezquina.

—Quizá podrían vendernos más baratos pedazos de pizarra descartados, ¿sabes? Pedazos que se hayan roto, tengan formas extrañas o no sean cuadrados. Creo que funcionaría. Podríamos hacer una especie de mosaico. — Su padre había hecho un suelo así para un amigo artista y le había quedado precioso.

—Quizá —respondió Nate.

—Estos ladrillos me parecen geniales y me encanta saber que provienen de un molino real que estaba cerca de aquí. Piénsalo. Es como si al coger uno tuviera una conexión instantánea con el pasado. Prácticamente puedo oler el aceite, oír el zumbido de los telares, sentir el polvo de algodón en el aire.

«Oler el humo del fuego», pensó.

Si al haber instalado la viga había ayudado a Hattie a volver, ¿pasaría lo mismo con los ladrillos? ¿Invocaría a una de las trabajadoras del molino? ¿Tal vez a la mujer quemada con la piel colgante que los trabajadores habían visto en el sótano?

Se estremeció.

Nate sonrió y la besó en la nariz.

—Te amo. No estoy seguro de que exista el polvo de algodón, pero me encanta que pienses que sí. Y el hecho de que hayas rescatado estos ladrillos para que los usemos en nuestra casa en lugar de que vayan a parar a la basura..., pues no puedo quejarme de eso.

—Definitivamente existe el polvo de algodón —dijo ella—. ¿Me ayudas a bajarlos?

—Claro.

Acercó la camioneta a la casa y bajó la plataforma trasera. Empezaron a sacar los ladrillos y a apilarlos junto al edificio.

—Están en buen estado. Aunque habrá que limpiarlos —dijo Nate—. Y raspar el mortero viejo.

Helen asintió.

—Algunos parecen haber sido parte de una chimenea o algo así. Están ennegrecidos de un lado.

Helen no decía nada, fingía ignorar la razón mientras seguía apilando. Finalmente, dijo:

—Saliste temprano por la mañana.

—Fui a caminar. He vuelto a ver a la garza en el pantano. Qué ave tan hermosa. —Volvió a adoptar esa mirada anhelante que tenía, la que le recordaba a Helen su amor y respeto por la naturaleza—. He logrado sacarle unas buenas fotografías. Estaba pensando en imprimir la mejor y ¿tal vez enmarcarla? Podríamos empezar una galería en nuestra biblioteca, con fotos de la fauna local. ¿Quizá incluso algunos de mis bocetos? Cuando mejore un poco.

—Me encanta la idea —apuntó Helen, mientras tomaba un montón de ladrillos para llevarlos a la casa—. ¿Viste a la cierva blanca?

Nate dudó por un momento y luego dijo:

—No.

Estaba segura de que le estaba escondiendo algo. Y se sintió extrañamente reconfortada al saber que ella no era la única que ocultaba cosas.

—Pero me he estado preguntando si habrá un grupo de ellos. He leído sobre una población de ciervos blancos en Seneca, Nueva York. Es muy interesante. Se trata de una población de unos doscientos individuos que habita en una reserva protegida que había sido un depósito del ejército. Son ciervos cola blanca, pero tienen leucismo, lo que quiere decir que les falta pigmentación en el pelaje. Y tienen ojos color café, no rosas como los verdaderos albinos.

—¿Leucismo? —preguntó Helen. Le encantaba lo emocionado que se ponía Nate siempre que aprendía algo nuevo, como si no pudiese esperar para compartirlo. El Señor Ciencia en acción.

—¿No sería increíble si hubiera algo parecido aquí? ¡Toda una población de ciervos blancos! Estaba pensando en investigar y tal vez publicar un

artículo.

Nate le había planteado esa idea de escribir artículos de investigación para revistas científicas desde que lo conoció, pero cuando vivían en Connecticut nunca tenía tiempo o no había encontrado un tema de estudio que lo inspirara lo suficiente.

—Suenan muy bien, amor —dijo ella, pero solo prestaba atención a medias porque su mente estaba en otra parte. Estaba pensando en cómo incorporar los ladrillos a la casa lo antes posible, para probar su teoría y ver quién, o qué, se le aparecía.

5 de agosto de 2015

Estaba soñando con el incendio. Estaba en la fábrica con otras mujeres que tenían que gritar para que las oyeran por encima del ensordecedor sonido de los telares; las máquinas hacían que las paredes y el suelo vibraran, y era como si el molino fuese un ente vivo.

—¡Fuego! —gritó alguien—. ¡Corred!

Entonces olió el humo, se dio la vuelta y vio cómo las llamas lamían la pared como la lengua de un gran demonio, engullendo las vigas de madera seca, los suelos y techos pintados. Corrió a la puerta junto con una multitud de mujeres y niñas con vestidos sencillos, delantales de trabajo y el cabello recogido. Empujaron, golpearon, arañaron y gritaron, pero la pesada puerta de madera no se movió.

Atrapadas. Estaban atrapadas.

Pensó en las ventanas. Pensó que, si todas mantenían la calma y lograban llegar hasta ellas, podrían romperlas y escapar. Pero las mujeres, que habían cedido al pánico, gritaban y se sofocaban con el humo —que se había vuelto negro y espeso—, seguían empujando las puertas y a las demás mujeres que se interponían entre ellas. Estaba inmovilizada ahí; los cuerpos a su alrededor apretaban el suyo. No podía moverse.

Helen abrió los ojos y tomó una gran bocanada de aire frío.

No estaba en la fábrica, aplastada contra una puerta cerrada mientras las llamas se apoderaban del edificio.

Pero ¿dónde estaba?

¿Quién era?

«Soy Helen —se dijo a sí misma, inhalando profundamente y tratando de calmar los latidos de su corazón acelerado—. Estoy casada con Nate. Solíamos vivir en Connecticut, donde ambos éramos profesores de

secundaria. Ahora vivimos en Vermont y estamos construyendo nuestra propia casa».

Estiró la mano para sentir el cuerpo de Nate, pero él no estaba ahí.

Se dio la vuelta y se percató de que no estaba en su cama, sino sobre el suelo de contrachapado de su casa incompleta.

Su cabeza estaba dolorida y nublada. Era por el humo. El humo del molino. Pero solo había sido un sueño.

A su lado había una pequeña pila de unos seis ladrillos del molino, cada uno de ellos con una cara ennegrecida. Debajo de ellos, una linterna apagada.

Se había escabullido a la casa en cuanto Nate se había acostado y había llevado los ladrillos consigo, con la esperanza de que pudieran provocar alguna reacción, invocar a alguien. Pero después de sentarse en la oscuridad con los ladrillos durante un rato se había dado cuenta de su error. Hattie había regresado no solo por la viga, sino por su conexión con aquel lugar. ¿Qué motivo podría tener alguna de las empleadas del molino para aparecerse a Helen? ¿Para aparecerse en una pequeña casa a medio construir a orillas de un pantano en Hartsboro, a más de sesenta kilómetros de donde estaba el molino? Había pensado en regresar al remolque, pero decidió quedarse un poco más por si Hattie decidía aparecerse otra vez. Tal vez podría darle una señal sobre su siguiente paso. Debió de haberse quedado dormida en el suelo después de esperar en vano.

Se sentó y encendió la luz de su reloj. Eran las 3.33 de la mañana. Estaba en el espacio entre la cocina y el salón, bajo la viga del árbol de la ejecución, de cara a la cocina. Se volvió hacia el rincón donde había visto a Hattie tres semanas atrás. Miró la viga; su oscura forma apenas era visible por la tenue luz de la luna que se filtraba por las ventanas.

Había voces detrás de ella. Susurros. Hablaban tan bajo que sonaba más como ruido de fondo que como voces humanas, pero ella sabía que lo eran. Reconocía los altibajos de una conversación, dos personas tratando de que no las oyeran.

¿Estaría Nate en la casa?

En ese momento tuvo una idea absurda: se daría la vuelta y ahí estaría él, hablando con su cierva blanca, que en realidad era Hattie, como había dicho Riley. Estarían sentados juntos y la cierva le estaría susurrando, hablando perfectamente claro, quizá cantándole una cancioncita...: «Las yeguas comen avena y las ciervas comen avena y los corderitos comen hiedra...». O quizá otra cosa; una canción extrañamente romántica: «No te sientes debajo del

manzano con nadie más que yo...», mientras lo contemplaba con sus grandes y relucientes ojos de cierva.

Oyó una risita, pero sonaba extraña: baja y distorsionada, como si el sonido llegara de una lejana emisora de radio de onda media. No quería mirar; no quería saber lo que había ahí.

Lentamente, se obligó a girarse y ver quién, o qué, estaba detrás de ella.

Allí mismo, sentada en la sala, en el sitio donde pensaban poner el fogón de ladrillos, estaba Hattie. En un taburete. «¿Dónde consigue un taburete un fantasma?», se preguntó Helen. Hattie llevaba puesto el mismo vestido blanco de la última vez, pero sin la sogá en el cuello. Estaba sonriendo, riendo. Había una mujer joven sentada a sus pies, mientras Hattie le trenzaba el cabello. Tenía el mismo pelo y los ojos oscuros de Hattie. Helen notó que llevaba un sencillo vestido azul, pero estaba desgastado y quemado, con manchas color café y amarillentas como de humo. Y la chica en sí desprendía olor a humo; Helen alcanzó a percibirlo en el aire.

Sin duda se trataba de Jane, la hija de Hattie, cuyo destino nadie conocía.

Salvo Helen: ella lo sabía ahora.

Las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Aunque todavía no conocía los detalles, estaba segura de algo: la hija de Hattie, Jane, había muerto en el incendio del molino.

—Jane... —dijo Helen. La mujer alzó la mirada y se volvió hacia ella; abrió la boca para hablar, para decirle algo a Helen, algo importante, estaba segura de ello, pero no salió sonido alguno.

Una luz empezó a moverse por la habitación, procedente de una linterna que se asomaba por una de las ventanas.

—Helen... —dijo Nate mientras entraba por la puerta y la enfocaba con la linterna—. ¡Helen, por Dios! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... —Se giró a observar el centro de la sala. Hattie y Jane habían desaparecido.

«No sé qué estoy haciendo aquí. Tal vez me estoy volviendo loca».

—No podía dormir —admitió ella—. Así que decidí subir a la casa. A pensar un poco en la cocina. ¿Qué clase de encimeras crees que quedarían bien con el suelo de pizarra?

—No lo sé. Regresa a la cama, ¿de acuerdo? Son, no sé, las tres de la mañana. Me he preocupado mucho cuando me he despertado y he visto que no estabas.

—Claro —expuso Helen—. Claro. Lo siento. Es que estoy... emocionada, supongo. —Esbozó una sonrisa reconfortante con la que esperaba expresar

que «todo va bien».

Mientras salían, echó un vistazo por encima de su hombro y creyó ver la silueta de un taburete en medio de la oscuridad. Luego, cerró la puerta.

Capítulo 20

Jane

3 de septiembre de 1943

Cuando Jane se despertó aquella mañana, no sabía que sería su último día en la tierra. Despertó a sus hijos y a su marido, preparó café y avena como cada mañana, mientras su marido, Silas, leía el periódico.

—¿Más noticias sobre la guerra, papi? —preguntó su hijo.

—Hemos hundido un submarino japonés —respondió Silas.

—¡Bum! —chilló el niño.

—Nada de gritos ni explosivos en la mesa, por favor —le pidió Jane.

Su hija comía su avena con el ceño fruncido y le susurraba a su muñeca.

Jane observó las fotografías de la gente en el periódico y pensó que no eran tan distintas a ella: una mujer de papel, unidimensional. Eso es todo lo que veía su familia en ella. Pero en realidad era más como las guirnaldas de muñecas de papel que su hija solía cortar con los periódicos sobrantes: al estar dobladas parecían una sola, pero una vez que las abrías te dabas cuenta de que contenían un montón.

Conocía historias de personas que llevaban una doble vida. Espías. Personas que tenían amantes.

Todos tenían secretos. Todos decían mentiras.

Eso la reconfortaba. Se decía a sí misma que no estaba sola.

Su marido no sabía nada de ella. No en realidad. Pensaba que era una buena chica. Ella le había dicho que era huérfana y él había sentido compasión por ella: «Qué terrible debe de haber sido estar sola en el mundo». Y ella había llorado. No solo por montar un espectáculo. Lloraba porque sabía que tenía razón.

Echaba de menos a su madre.

La extrañaba con el mismo dolor sordo con el que uno extraña una extremidad que ya no está, como si le hubiesen arrancado un órgano vital.

Y casi todas las noches, cuando el cielo estaba más oscuro, su mente regresaba a esa vieja despensa en Hartsboro.

Podía recordar, con escalofriante detalle, cómo se había ocultado en esa despensa durante lo que parecieron ser días, aunque seguramente solo habían sido unas horas. El tiempo transcurre con lentitud en medio de la oscuridad cuando uno está solo y lo único que puede hacerle compañía son las arañas y sus propios pensamientos.

Mientras se encontraba ahí, agachada sobre el suelo de tierra de la despensa, alerta por si oía el característico sonido de una rata corriendo, repasaba en su cabeza todo lo que la había llevado hasta ese momento. La despensa era lo único que quedaba de la casa que pertenecía a la familia de su madre; se había quemado, y ahí murió la abuela de Jane años antes de que ella naciera.

«Alguien del pueblo lo inició», le había dicho su madre una vez, cuando Jane le preguntó sobre el incendio que había matado a su abuela y destruido todo lo que su madre conocía y amaba, salvo un sótano bordeado de rocas, madera carbonizada y árboles lilas en el patio. Y la vieja despensa detrás de la casa. El fuego no la había dañado en absoluto. Durante toda su infancia, Jane solía sentarse ahí; se quedaba observando los frascos de alimentos enlatados que su abuela había puesto allí mucho tiempo atrás. Era como ir a un museo. El museo de «objetos del pasado» de la casa familiar de los Breckenridge. De frascos de vidrio llenos de puré de manzana y de judías etiquetados con la cuidadosa letra de su abuela. Nunca se quedaba mucho tiempo y nunca cerraba la puerta, porque había arañas y ratas allí.

«¿Por qué empezaron el incendio, mamá?», le había preguntado Jane.

«Trataban de matarme».

«Pero ¿por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué querían quemarte?».

«El miedo es algo curioso», dijo su madre.

«¿Por qué te tienen miedo?».

«La gente teme a lo que es diferente, a lo que no puede entender».

Jane sabía que eso era cierto desde niña.

Su madre tenía un don, pero no todos lo veían de esa manera. Aunque era extraño: incluso la gente que hablaba mal de ella, y la llamaba bruja y esposa del diablo, se escabullía para verla en el pantano y pedirle encantamientos de amor, hechizos curativos, que les leyera el futuro o que tratara de contactar con alguien que ya había muerto. La gente temía a su madre, pero también dependía de ella, la buscaban en tiempos de necesidad (aunque nunca jamás lo admitirían en voz alta).

A Jane también la habían ridiculizado; la llamaban la hija del diablo. Alguna vez la habían inmovilizado en el patio de la escuela y pinchado con

alfileres para ver si sangraba. Jane no tenía ninguno de los poderes de su madre. Los espíritus no le hablaban. No veía señales de lo que pasaría en las hojas de té que quedaban al fondo de una taza. Ella deseaba escuchar las voces, ver las señales, pero estas nunca se presentaban. Lo que sí tenía, algo a lo que se aferraba ferozmente, era ira. Ira por no haber nacido especial como su madre. Ira por la manera en que todos las trataban. Ira por lo que la gente del pueblo le había hecho a su abuela.

Siempre llevaba una caja de cerillas en el bolsillo, esperando.

Esa misma mañana, cuando los niños la habían rodeado en el patio de la escuela, Lucy Bishkoff le había levantado el vestido y bajado la ropa interior, para comprobar si tenía la marca del diablo en la piel. En ese momento, Jane sintió cómo se rompía algo dentro de ella. Como una presa desbordándose, su ira empezó a fluir con toda libertad, apoderándose de ella. Y entonces, por primera vez en su vida, escuchó una voz, fuerte y clara: no la voz de un espíritu, sino la voz de su propia furia. «Castígalos. Castígalos a todos».

Mientras todo el mundo seguía fuera, entró en la escuela, se escabulló hasta la parte trasera del edificio, donde se encontraba el armario de suministros, hizo un nido de papel arrugado y encendió las esquinas con una cerilla. Luego, volvió a salir y aguardó. Una vez que todos habían entrado, y que estaban en sus clases, usó la rama más resistente que pudo encontrar para atrancar la puerta.

Horas después, agachada en la despensa, podía oír el latido de su corazón en sus oídos, olía el humo en su ropa. Oía los gritos de los niños. Gritaban y gritaban y gritaban en su mente. Pero se dijo a sí misma que se lo merecían. El pueblo entero merecía ser castigado.

Aguardó en la oscura despensa, atenta al eco de los gritos, esperando. Pero su madre no fue a por ella.

Finalmente, se cansó de esperar; sentía un hormigueo por todas las piernas y tenía mucho frío. Abrió la puerta y salió; el sol de la tarde la cegó por un momento. Empezó a caminar, tambaleándose y entrecerrando los ojos como un topo, hacia su casa. Trataba de ser lenta y cautelosa. ¿Dónde estaba su madre?

Cuando llegó al pantano, descubrió que su pequeña casa había quedado reducida a cenizas. Todo, todo se había quemado. Había una multitud reunida al otro lado del pantano, junto al gran pino blanco. Se acercó sigilosamente y vio lo que todos observaban.

Al principio, cuando huyó de Hartsboro a los doce años, no sabía qué iba a ser de ella sin su madre.

Toda su vida había sido Jane Breckenridge, la hija de Hattie, la bruja del pantano, la mujer más poderosa del condado.

Y de pronto no era nadie. Una niña de la calle sin apellido.

«Smith —solía decir cuando tenía que inventar uno—. Soy Jane Smith. Vengo del sur del estado. Cerca de la frontera con Massachusetts. Mis padres murieron cuando era pequeña y me crio mi tía. Luego, ella murió. Ahora no tengo a nadie».

Cuando una es joven y bonita, con una historia que contar, la gente le tiene lástima. La gente se siente atraída por el sufrimiento.

Una amable familia baptista de Lewisburg, los Miller, la acogió en su casa. Tenían una gran granja en las afueras del pueblo. Jane aprendió a despertarse de madrugada, cuando aún estaba oscuro fuera, para ordeñar las vacas, recolectar los huevos que ponían las gallinas y juntar leña para el viejo fogón de la cocina. Iba a la iglesia y rezaba, leía la Biblia cada noche. Aprendió a encajar. A ser otra persona.

Y ahora Jane era una mujer casada y tenía sus propios hijos. Su hijo, Mark, era un buen chico. Tenía once años y cada día se parecía más a su padre. No solo físicamente, también le iba bien en la escuela, era fuerte y le caía bien a todo el mundo. Pero en cuanto a su hija, Ann..., Jane se preocupaba por ella.

A decir verdad, Jane le tenía miedo.

La niña sabía cosas. Cosas que ninguna niña de seis años debería saber. Cosas que, según ella, sus juguetes y muñecas le decían. Tenía una muñeca favorita y siempre estaba hablándole entre susurros. Era una muñeca que Ann había hecho con sus propias manos, usando trapos e hilachos del cesto de costura de su madre; a la hija de Jane le encantaba coser. La muñeca tenía una apariencia bastante curiosa: una combinación de retales con la cara pálida, una boca bordada que parecía el pétalo de una flor roja y dos ojos negros de botón. Su cabello era una maraña de estambre negro trenzado.

—¿Cómo se llama tu muñequita? —le preguntó a Ann poco después de que la hiciera.

—Hattie —respondió Ann.

Jane retrocedió y se cubrió la boca con una mano para no gritar. Ann se rio; pensó que Jane también se estaba riendo.

—Es un nombre bobo, ¿verdad? —dijo con una sonrisa—. ¡Seguro que significa que le gustan los sombreros!

Jane nunca le había hablado de su abuela. Nunca le había dicho su nombre real o de dónde venía. Ninguna persona con vida conocía la verdad sobre Jane.

—Hattie te manda saludos —le dijo la niña—. Dice que te conoce.

Jane sintió que se hundía en agua helada, como la que había en el centro del pantano de Breckenridge. Sintió que tiraba de ella, que la succionaba.

—Claro que me conoce —indicó Jane, forzándose para decir las palabras que estaban atoradas en su garganta—. Es tu muñeca. Vive aquí, en nuestra casa.

—No —dijo ella—. Ella dice que te conoce de antes.

Jane no respondió. ¿Qué podía decir?

Antes. Antes. Antes.

Trató de recordar su vida anterior, y el recuerdo más vívido era el olor a humedad en la despensa donde se había ocultado, esperando a que su madre fuera a buscarla. Pero nunca lo hizo.

Y lo que vio al llegar al pantano para asomarse entre el círculo de gente que se había reunido ahí.

Su madre colgaba de una cuerda atada a la rama del viejo pino, sin vida. Se balanceaba con pequeñas y lentas oscilaciones, como un extraño péndulo.

En aquel entonces, Jane también tuvo que cubrirse la boca para no gritar. Se mordió la palma de la mano y masticó hasta saborear sangre.

Se sentó, oculta entre los arbustos, y observó cómo los hombres cortaban la cuerda de la que colgaba su madre; llenaron su vestido de piedras y la arrastraron hasta el centro del pantano, el lugar más profundo de donde surgía el agua del manantial.

«Los espíritus nos protegerán», le había prometido siempre su madre.

Años después, ahora que era adulta y tenía hijos, Jane sintió que su pecho se congelaba y que le faltaba el aire al recordar esas palabras, y el fervor con el que su madre creía en ellas.

«Hattie dice que te ama —le dijo su hija, abrazando con fuerza la aterradora muñeca—. ¿Tú también la amas?».

«Claro que sí», respondió Jane.

Cuando acostó a su hija aquella noche, cubrió el rostro de la muñeca con la sábana; a veces, cuando Ann ya se había quedado dormida, Jane arrancaba la muñeca de sus brazos y la ocultaba bajo la cama o en un rincón oscuro del armario.

Pero de algún modo, cada mañana, cuando Ann despertaba, la muñeca Hattie estaba a su lado otra vez, observando a Jane con sus brillantes ojos de

botón cuando entraba a abrir las cortinas y darle los buenos días a su hija.

—Hattie dice que no deberías ir a trabajar hoy —le comunicó Ann a su madre esa mañana, mientras abrazaba su espantosa muñequita. Cuando Jane se atrevía a girarse, los ojos de botón parecían mirarla directamente con un destello familiar.

—¿Por qué no? —preguntó Jane, mientras le servía más avena a Ann. Mark y su padre habían salido a alimentar al perro y las gallinas.

—Algo malo va a pasar —dijo Ann, y rechazó el plato de avena—. Dice que tú vas a provocar que algo malo pase.

—¿Yo? Lo único que voy a hacer es usar esos telares antiguos.

—Por favor, mamá —suplicó ella, arrugando el entrecejo como lo haría una anciana, no una niña pequeña.

—No seas tonta —le dijo Jane—. Acábate el desayuno y prepárate para ir a la escuela. Iré a trabajar, como hago todos los días.

Pero al llegar al molino Jane se dio cuenta de que debería haber escuchado a su hija.

Tom Chancy, el capataz, les dijo a las mujeres que iban retrasadas con su trabajo. Que eran demasiado flojas y trabajaban con demasiada lentitud, y que si seguían así les descontaría parte de su sueldo.

—No más descansos de media mañana —anunció cuando las reunió a todas en un círculo antes de que sonara la campana de entrada. Se oían murmullos de inconformidad—. Y nadie —añadió Tom, alzando la voz por encima de las quejas y los susurros—, ¡absolutamente nadie puede dejar su lugar de trabajo hasta que suene la campana al mediodía!

—¿Y si queremos fumar? —preguntó Maggie Bianco.

—Esperaréis hasta el mediodía. Si alguna de vosotras es lo bastante tonta como para tratar de meter un cigarro aquí, la responsable será despedida de inmediato.

Ninguna de las mujeres se atrevería a hacer eso. Todas sabían lo inflamable que era todo en aquel lugar, hasta el mismo aire, lleno de polvo de algodón que podía encenderse con facilidad y envolver todo el molino en llamas.

—Bueno, ¿y si tenemos que ir al baño? —preguntó Mildred Cox.

—Pues os aguantáis.

—¿Y si no podemos?

—Pues os orinaréis encima, supongo —respondió Tom.

Sonó la campana y las mujeres entraron a trabajar, molestas, claro, pero no servía de nada quejarse. Se colocaron con rapidez en sus asientos y

empezaron a trabajar en los telares. El sonido era ensordecedor, pero extrañamente reconfortante para Jane. Toda la habitación vibraba, olía a aceite caliente y a algodón tibio. Sus dedos se movían rápido y con destreza. A eso de las diez, Tom se acercó al telar de Jane, se paró detrás de ella y le dijo que necesitaba hablar con ella un momento. En su oficina. La guio hasta ella; era una diminuta habitación con repisas y un escritorio cubierto de pilas de papeles. Tom cerró la puerta y Jane sintió que se le helaba el corazón.

—Te he estado observando —le dijo.

—¿A mí?

—Las otras chicas te admiran —señaló él.

Ella asintió. Era verdad. Era mayor que la mayoría de ellas y llevaba más tiempo allí. Eso contaba para algo. Había aprendido a arreglárselas. A seguir caminando cuando Tom le pellizcaba una nalga o cuando se paraba tan cerca de ella que podía sentir sus partes íntimas presionadas contra su cuerpo. Recordaba su primer día de trabajo, diez años atrás. Tom parecía tan amable entonces... Le había dicho que conocía a la familia de su marido y que se alegraba de poder contratarla a pesar de lo mal que estaba la situación económica. «Estamos atravesando una depresión», le había recordado. Ella había respondido que lo entendía y que trabajaría muy duro, que no se arrepentiría de contratarla. Y ella había respetado su parte del trato. No fumaba ni chismorreaba. Trabajaba bien y les enseñaba a las chicas nuevas cómo hacer un buen trabajo también. Por lo que podía recordar, no había llegado tarde al trabajo ni una sola vez en diez años.

—Voy a hacer recortes de personal —dijo aquella mañana—. Algunas de las chicas tendrán que irse.

Jane se puso tensa.

—¿Quieres conservar tu empleo, señora Whitcomb?

—Sí, claro.

Necesitaba el trabajo. Silas no ganaba mucho. Había perdido su empleo en el banco y ahora trabajaba cortando madera, un trabajo que no iba con su personalidad ni estaba muy bien pagado. Todos en el pueblo lo sabían, incluido Tom.

Tom se acercó a Jane, colocó su gran mano sucia sobre su cadera y la acercó a él.

Jane lo empujó.

—¿No has dicho que querías conservar tu empleo? —preguntó, acercándose otra vez. Olía a salchichas y tabaco. Sus dientes estaban sucios.

Le puso una mano en la cintura y empezó a tirar de su vestido con la otra, y como si se hubiera teletransportado, Jane estaba de vuelta en el patio de la escuela en Hartsboro, con un círculo de niños que la rodeaban, se mofaban y tiraban de su ropa, tratando de dejar su piel expuesta para buscar la marca del diablo.

Lo que ellos no sabían, ni ella misma había entendido del todo hasta aquel día, era que la marca no estaba en su piel, sino en algún lugar en lo más profundo de su ser.

Y en ese momento sintió cómo resurgía, mientras reunía todas sus fuerzas, ponía ambas manos sobre el pecho de Tom y lo empujaba. Él se tambaleó hacia atrás y golpeó su escritorio. Jane corrió hacia la puerta, pero se detuvo cuando lo oyó decir:

—Terminarás tu turno de hoy —rugió con una mirada llena de furia—. Y después, estás despedida.

—¡No puede hacer eso! —exclamó ella.

Él esbozó una sonrisa enfermiza.

—¿Estás segura de eso, señora Whitcomb?

—Se lo contaré a mi marido —dijo ella.

Él se rio.

—¿Qué le contarás? ¿Que te me insinuaste indebidamente para tratar de conservar tu patético empleo después de que te dijera que habría un recorte de personal? ¿De verdad quieres causar esa clase de problemas? ¿Quieres que todo el pueblo se entere de la clase de mujer que eres?

Las lágrimas le nublaron la vista. Corrió de vuelta a los telares; la sangre recorría su cuerpo a tal velocidad que retumbaba en sus oídos. Empezó a trabajar, caminando entre los telares, revisando los hilos y la calidad de la tela, como siempre hacía. Pero la ira ardía en su interior. Se imaginaba el rostro de Tom Chancy, sus asquerosas manos, y pensaba cosas terribles. Lo imaginaba sufriendo. Gritando.

Jane recordó las palabras de su hija:

«Algo malo va a pasar. Vas a provocar que algo malo pase».

Metió la mano en su bolsillo y tocó la caja de cerillas. Siempre las llevaba consigo, esperando, haciéndola sentir a salvo, poderosa. Como un talismán.

«Castígalo —dijo la voz en su interior—. Házselo pagar».

Se acercó a una esquina donde había un contenedor de algodón justo delante de la oficina de Tom. Echó un vistazo alrededor; ninguna de las otras trabajadoras la veía, todas estaban concentradas en sus telares, tal vez para evitar meterse en cualquiera que fuese el problema en el que se había metido

Jane Whitcomb. Sin duda, con todo el estruendo de las máquinas, no oirían el silencioso raspón de la cerilla. La encendió y la acercó al algodón, y observó cómo empezaba a prenderse. Y así de fácil había vuelto a ser aquella niña pequeña, que escuchaba la voz de su madre: «Los espíritus nos protegerán».

Vio cómo se alzaba un poco de humo desde el contenedor y se dirigió de vuelta a su telar, esforzándose por no sonreír.

—¡Fuego! —gritó alguien menos de tres minutos después. En apenas un instante, todo el lugar se había sumido en un pánico colectivo; todas las mujeres corrían como locas hacia las puertas. Jane no estaba preocupada. La oficina del capataz se encontraba al fondo de aquel espacio cavernoso; tenían bastante tiempo para llegar a las puertas antes de que aquel horrible lugar se incendiara por completo. Aun así, gritó y corrió como las demás. Cuando pasó junto a Maggie Bianco, que estaba de pie como congelada, observándolo todo con una expresión de confusión, la instó a apresurarse:

—¡Vámonos, Mags! Estarás bien, ¡pero tenemos que irnos!

Pero algo estaba mal.

En vez de seguir al resto de las trabajadoras fuera del molino y hacia el aire fresco, Maggie y ella chocaron con una multitud de mujeres que empujaban y gritaban:

—¡Por el amor de Dios, moveos!

Las puertas no se abrían.

—¡Las han atrancado desde fuera! —gritó alguien.

Las mujeres golpeaban y gritaban y lloraban. Jane soltó la mano de Maggie. Sintió cómo los cuerpos se apretaban contra el suyo y la aplastaban.

Entonces, hubo otro grito. Uno distinto.

Tom Chancy estaba gritando. Jane apenas logró girarse para ver las paredes de su oficina totalmente envueltas en llamas.

Al menos había logrado eso.

Capítulo 21

Olive

5 de agosto de 2015

Tan pronto como Olive vio alejarse la camioneta de su padre de la entrada, para ir a trabajar, salió por la puerta y se dirigió directamente al viejo arce en el fondo de su jardín.

Su padre se había cogido el día anterior de fiesta para que pudieran avanzar con los arreglos de la casa juntos y, para ser sincera, estaba impaciente por que se fuera a trabajar. Necesitaba un tiempo a solas. Tiempo para pensar en todo lo que había visto y oído en el hotel de Dicky, y poder hacer de detective.

Llegó hasta el arce al otro lado del jardín y echó un vistazo alrededor, para asegurarse de que nadie la observaba, lo cual era una tontería, porque nunca había nadie en ese bosque, excepto Mike, que iba a verla de vez en cuando. Pero no había dado la cara ni la había llamado desde que la dejó plantada en el hotel.

Como a un metro del suelo había un hueco vacío, de unos diez centímetros de alto y cinco de ancho, en el viejo árbol; un lugar donde antes había una rama y que ahora era la cavidad perfecta para ocultar cosas. Su madre y ella dejaban mensajes secretos y regalos ahí: monedas de chocolate, bellotas o monedas aplastadas que habían encontrado en las vías del ferrocarril. Cuando Olive era pequeña, su madre solía decirle que los regalos eran de parte de las hadas. Olive metió la mano para sacar el tesoro que había ocultado ahí: el collar plateado de su madre con la cadena rota. Lo sacó y lo llevó a casa, a su habitación, donde le quitó la cadena al amuleto de plata y lo limpió con pasta de dientes (había visto a su madre hacerlo). No tenía otra cadena que ponerle, pero tenía un delgado cordón de cuero que le había sobrado de un kit de artesanías que su madre le había regalado. Le puso el cordón, le hizo un nudo y se lo puso alrededor del cuello, ocultándolo por debajo de la camisa.

Después de haber visto el símbolo en el suelo del hotel de Dicky hacía dos días, ahora sentía que el collar y el mismo símbolo eran importantes. No podía dejar de pensar en ello. Y se le había metido en la cabeza la idea de que, si lo usaba, tal vez el collar funcionaría como un imán que atraería a su madre de vuelta, o que al menos acercaría a Olive a las pistas que necesitaba para averiguar adónde se había ido.

Su madre lo llamaba el collar «que todo lo ve»; a lo mejor podría ayudar a Olive a ver cosas también.

Su tía Riley la entendería. Ella creía en todo ese tipo de cosas, como visiones y collares mágicos. Pero de ninguna manera podía contarle a su tía que había encontrado el collar. Al menos no aún. Guardaría el secreto por un tiempo.

Con el collar a salvo bajo su camisa, guiándola de algún modo extraño, avanzó por el pasillo hacia el dormitorio de su padre. Le gustara o no, ya no lo consideraba el dormitorio de ellos, sino de él. En parte porque su madre hacía mucho tiempo que se había ido y, por otro lado, porque ahora parecía una habitación totalmente distinta. Tenía armarios más grandes, una puerta que conectaba el baño con la habitación y una ventana nueva mucho más grande.

«A tu madre siempre le gustó la vista de las montañas», dijo su padre cuando estaba haciendo los planes para la reforma. Olive recordaba a su madre asomada por la ventana, diciendo que las montañas parecían un gigante dormido.

«¿No lo crees, Ollie? —le preguntó—. Mira, ahí están los pies, las piernas y la barriga redonda. Y esos son los hombros, la barbilla y la nariz».

Y Olive pudo distinguir la figura del hombre en las montañas, pero estaba asustada por la idea de que hubiese un gigante justo fuera de su casa.

«¿Cuánto tiempo lleva durmiendo?».

«Oh, yo creo que muchos muchos años —le había contestado su madre—. Diría que incluso desde antes de que hubiera gente aquí».

«¿Y si despierta, mamá? ¿Y si despierta y descubre que todo ha cambiado? ¿Y si se enfada?».

Su madre había sonreído. «No creo que haya nada de que preocuparse, Ollie».

Su padre había movido su cama en dirección al norte para que pudieran contemplar la vista. Al igual que todas las demás reformas, el dormitorio no estaba terminado. El suelo todavía mostraba el contrachapado descubierto, porque su padre no estaba seguro de qué preferiría su madre: alfombra o

madera, o tal vez tablones de pino anchos pintados. Y el interior de su propio armario no tenía paneles de yeso, ni techo, solo la estructura expuesta y algunos cables, y un dispositivo de iluminación atornillado directamente a la caja de conexiones abierta. Solo guardaba unas cuantas cosas en ese armario: unas cuantas camisas de franela, una camisa blanca, un bolso y un par de pantalones de vestir que usaba para los funerales.

Olive estaba en la habitación. Vio la cama sin hacer con el edredón que su padre había comprado, cubierto con dibujos de patos y cazadores con camisas rojas y armas. Echó un vistazo alrededor y se dio cuenta de que, salvo la ropa que su padre había colgado en el armario nuevo, todo rastro de su madre había desaparecido. La habitación ya no olía a su perfume. Su maquillaje y sus revistas ya no estaban en el tocador. Olive se preguntó, no por primera vez, qué pensaría su madre cuando regresara a casa, si es que regresaba. ¿No le parecería desconcertante descubrir que todo había cambiado? ¿Que nada estaba como lo recordaba? Su padre creía que sería una gran y maravillosa sorpresa, pero Olive no podía evitar imaginar lo sorprendida que estaría. Tal vez todos esos cambios la harían enfadar, la harían pensar que habían seguido adelante sin ella, que habían tratado de borrar todo rastro de ella de sus vidas. Sería como el caso del gigante que despertaba y veía que todo había cambiado.

Olive empezó por el armario de su madre; se sentía como una invasora. No estaba segura de lo que buscaba. Una pista. Algo inusual. Algo que le diera una idea de lo que le había pasado a su madre durante esas últimas semanas. Revisó los bolsillos de sus pantalones, sus camisas, sus cazadoras, pero no encontró nada más que pastillas de menta, una caja de cerillas del bar Rosy, recibos de la tienda de ultramarinos y de la gasolinera. Nada fuera de lo común. Nada que le proporcionara información nueva.

Siguió buscando y, a la vez, prestando atención a los sonidos a su alrededor, por si oía un coche o una camioneta aparcando fuera. Su padre no volvería hasta las seis de la tarde, pero a veces regresaba porque se le olvidaba alguna cosa: el almuerzo o el termo. Y Riley a veces llegaba de improviso; entraba sin avisar solo para ver cómo estaban. Según ella, solo pasaba a saludar, pero Olive la descubría abriendo el frigorífico y la despensa, como si quisiera asegurarse de que tenían comida. También la veía inspeccionando el resto de la casa, abriendo cajones y armarios. Tal vez ella también estaba buscando pistas, algo que le dijera adónde había ido su cuñada.

Riley había discutido con su hermano la última vez que pasó a verlos, pero Olive solo había oído la última parte de la discusión.

«No estoy diciendo que sea para siempre, Dusty», había dicho Riley. Estaba en la cocina guardando unas ollas que acababa de lavar. «Solo me mudaría por un tiempo. Podría ayudar con las reformas. Hacer las compras y cocinar. Estar aquí para Olive».

«Olive está bien —había respondido él, cortante—. Los dos estamos bien. No necesitamos una maldita niñera».

Cuando Olive entró, cambiaron de tema y empezaron a hablar del color que deberían usar para pintar la cocina.

Olive siguió revisando en profundidad el armario de su madre y encontró dos delantales verdes lavados que su madre usaba cuando trabajaba a media jornada como cajera en Quality Market. Uno de ellos todavía tenía la etiqueta con su nombre: «LORI», y la calcomanía de una flor sonriente. Una margarita feliz decía: «Que tenga un buen día».

Las bolsas viejas de su madre estaban en el estante superior; Olive empezó a revisarlas. Encontró monedas, un pintalabios antiguo y una llave sin etiqueta que podría haber servido para abrir cualquier cosa. Nunca cerraban las puertas de su casa con llave, y no era la llave de un coche. Olive la observó, recorrió sus bordes dentados con el dedo y se la metió en el bolsillo. Siguió buscando, convencida de que tenía que haber algo que pudiera ayudar.

Arrinconada en el fondo del estante había una caja de tonos malva y tostado donde su madre guardaba sus mejores zapatos. Eran sus zapatos especiales; ella los llamaba sus «zapatillas de cuento de hadas». Eran de cuero color marfil con abalorios plateados bordados en la punta que formaban un patrón de flor. Eran de tacón bajo y tenían una correa delicada con una pequeña hebilla plateada. Olive recordó una noche, no mucho antes de que su madre se marchara, en que había despertado tarde y no lograba conciliar el sueño. Había bajado a beber un vaso de leche y descubrió a su madre entrando en casa. Eran casi las dos de la mañana. Iba vestida muy elegante, con sus zapatos color marfil y mucho más maquillaje de lo normal. «Shh —dijo, llevándose un dedo a los labios—. No le digas nada a tu padre». Luego, se quitó los zapatos y subió la escalera, con los zapatos en la mano y tratando de no hacer ruido.

Olive cogió la caja y, antes de abrirla, se dio cuenta de que estaba vacía. Levantó la tapa y solo encontró un pedazo de papel de seda arrugado en el interior y un abalorio plateado que se había desprendido. Sacó el abalorio y lo guardó en su bolsillo junto a la llave.

Olive registró el resto del armario, entre el desastre de zapatos en la parte de abajo, pero los de color marfil no estaban allí.

Era probable que su madre se los hubiera llevado o incluso que los llevara puestos cuando se fue. Olive echó otro vistazo, pero no vio que faltara nada más. Aparentemente, todos sus otros zapatos estaban ahí: sus botas vaqueras, sus zapatos negros de tacón, sus sandalias y sus zapatillas de deporte.

Olive siguió inspeccionando para ver si faltaba algo más, pero no echó de menos nada en particular. Su madre había dejado toda su ropa favorita: su vieja cazadora Levi's, que tenía desde el instituto y aún se ponía, sus botas de gamuza, la blusa de seda morada que usaba cuando tenía entrevistas de trabajo o reuniones en la escuela de Olive y sus vaqueros negros favoritos. Si su madre estaba planeando un viaje, ¿por qué no se había llevado ninguna de sus cosas favoritas?

A Olive se le hizo un nudo en el estómago.

Quizá encontró de verdad el tesoro y se fue. ¿Para qué llevarse su ropa si podía comprar un vestidor, y una vida nueva, con todo ese dinero? Tenía sentido de una manera terrible: si uno quería empezar de cero, lo más obvio era dejar todo lo demás atrás, ¿no? O tal vez sí se había llevado algunas cosas y simplemente Olive no había advertido que faltaban.

Prosiguió con su búsqueda, más apresurada. Quería terminar lo antes posible. Estar en el armario rodeada por las pertenencias de su madre era demasiado para ella.

Encontró más recibos en los bolsillos de las cazadoras, todos de cosas normales: leche y huevos, un corte de pelo en el salón House of Style, una taza de café y una barrita de chocolate de una gasolinera en Lewisburg.

Lewisburg.

Eso era extraño. Por lo que sabía, Lewisburg era un pueblo pequeño en medio de la nada.

Revisó la fecha del recibo. Era del 10 de mayo del año pasado. Unas semanas antes de que su madre se marchara. El nudo en su estómago se hizo más fuerte.

«Desapareció —le dijo una pequeña voz—. No se marchó. Desapareció».

Con el recibo en la mano, Olive bajó corriendo la escalera. Al llegar al salón, empezó a buscar en la librería y sacó un antiguo atlas de las carreteras de Vermont. Lo abrió por la página que mostraba un mapa de todo el estado y, después de buscar en el índice, encontró Lewisburg, por la autopista J-10.

Alguien había dibujado una pequeña estrella en tinta roja junto al nombre.

Colocó su dedo sobre ella, sin poder imaginar qué habría atraído a su madre a ese lugar. Era un sitio muy apartado de todo y no quedaba de camino a ningún lado. Entonces, vio otras estrellas rojas. Una en Elsbury. Y otra allí, en Hartsboro.

Olive se quedó contemplando las estrellas, tratando de descifrar su significado.

Los tres pueblos, Lewisburg, Elsbury y Hartsboro, casi formaban un triángulo perfectamente equilátero.

La imagen le recordó el triángulo del collar y el que estaba dibujado con tiza en el suelo del viejo hotel de Dicky. Pero el collar y el dibujo tenían un triángulo más extraño, con un cuadrado, un círculo y un ojo en medio.

Sintió como si el collar debajo de su camisa se calentara; casi podía sentirlo en el pecho. De hecho, toda la habitación estaba caliente, demasiado caliente. Miró de nuevo el triángulo que formaban las tres estrellas rojas en el mapa.

Pensó en el Triángulo de las Bermudas, el lugar donde la gente desaparecía, e incluso barcos y aviones.

Al menos eso decía la gente, pero ¿qué ocurría en realidad?

¿Era posible perder gente así, de la nada? ¿O hasta un barco y un avión?

¿Sería que el mundo tenía una especie de borde o de barranco, y si caías en él te perdías para siempre?

¿Era eso lo que le había ocurrido a su madre?

Capítulo 22

Helen

5 de agosto de 2015

—Tengo buenas noticias —le dijo Riley cuando llamó por teléfono—. Finalmente terminaron las reparaciones en la sociedad histórica. Mary Ann ya me ha dado el visto bueno para ir a ordenarlo todo. Iré esta tarde. ¿Quieres acompañarme?

—¡Por supuesto! —exclamó Helen—. Yo también tengo buenas noticias.

—¿Sobre el molino? ¿Qué tal fue tu viaje?

—No vas a creerlo. La hija de Hattie murió en ese incendio —le dijo Helen.

—¿Qué? ¡No puede ser!

—¡Estoy segura! —Helen se movía de un lado a otro en la diminuta cocina del remolque—. No puedo probarlo, pero sé que se trataba de ella.

Se asomó por la ventana y vio a Nate cargando cajas de suministros hacia la casa: rollos de cable, cajas de conexiones de metal y recipientes de plástico para todos sus enchufes e interruptores. Le prometió que iría a ayudarlo al cabo de unos minutos. No le contó nada de lo que había visto en la casa, ni sobre su investigación de esa mañana. Cuando la vio revisando el ordenador, le dijo que buscaba materiales para el tejado. Nate había sugerido tejas de asfalto gris sencillas. Aseguró que eran las más fáciles de conseguir e instalar, y no tan caras. Desde hacía tiempo, había calculado cuántas cajas necesitarían y lo había incluido en el presupuesto. Helen deseaba encontrar algo más que fuera único: tejados de hojalata recuperados, de pizarra o tal vez una mezcla de cedro.

—Cuéntamelo todo —pidió Riley.

Helen inspiró hondo y empezó a contar la historia. Le habló a Riley de su visita al molino, los ladrillos, las historias que el capataz le había contado y lo que había visto en la casa la noche anterior.

—Era Jane. Estoy segura. Y creo que traer los ladrillos a casa la ayudó a volver. Sé que suena absurdo, pero creo que Hattie quería que fuera a ese

molino para traer algo de él a la casa.

Riley se quedó callada por un momento.

—No suena absurdo para nada —dijo ella.

—Creo que tenías razón; si consigues un objeto, algo físico que tenga alguna conexión con sus vidas o con la forma en que murieron, funciona como una especie de portal para que puedan volver a nuestro mundo.

—Sería bueno poder confirmarlo —indicó Riley—. Ya sabes, hallar pruebas de que Jane murió efectivamente en ese incendio.

—Estoy de acuerdo. Encontré una lista en una página web con los nombres de las personas que murieron aquel día en el molino. Solo hay una Jane: Jane Whitcomb. Investigué un poco más, en sitios de genealogía y registros públicos, y encontré el acta de matrimonio de Jane Smith y Silas Whitcomb, del año 1934. Vivían allí mismo, en Lewisburg. Según los registros que encontré, tuvieron dos hijos: Ann y Mark. Aún no he investigado qué fue de ellos. Después de que Jane muriera en el incendio, Silas volvió a casarse y tuvo varios hijos más. ¿Crees que habrá más información de Jane en la sociedad histórica? ¿O incluso fotografías? Encontré una foto de los trabajadores del molino que fue sacada el año del incendio. Jane aparece en ella. Estoy segura de que es la misma mujer que vi anoche. ¿Tal vez podamos compararla con una vieja fotografía de Jane Breckenridge?

—Creo que hay algunas fotografías, pero Jane era solo una niña cuando su madre murió y ella desapareció, así que no estoy segura de si la reconoceremos —dijo Riley—. ¿Te parece si nos reunimos a las tres en la sociedad histórica? Veremos qué podemos encontrar.

—Nos vemos a las tres.

Helen estaba sorprendida de lo poco que podía quedar de una persona después de que falleciera. Un ser humano podía vivir una larga vida rodeado de familia y amigos, cenas, fiestas, trabajo, visitas a la iglesia... ¿Y qué quedaba al final? Unas cuantas fotos y un párrafo en el periódico local, por lo general un obituario, una tumba con tu nombre y las fechas de tu nacimiento y muerte, y prácticamente nada más. A menos que uno siguiera buscando más a fondo. Eso es lo que le encantaba de la historia: la emoción de llenar los espacios en blanco. Desenterrar la evidencia: actas de nacimiento, defunción o matrimonio, datos de censos, fotografías, diarios y cartas. Y luego, seguir sus corazonadas y su intuición para unirlo todo y formar una narración

coherente. Estudiar a una persona o un evento antiguo era como resolver un misterio: había que seguir pistas y unir piezas.

No había ninguna tumba ni obituario para Hattie Breckenridge.

Tampoco hablaban de ella ni mencionaban lo que le había ocurrido en el periódico local. De hecho, había muy pocas pruebas de su existencia.

—Es como si hubiera sido un fantasma, incluso cuando estaba viva —dijo Helen.

Estaba sentada frente a Riley ante una gran mesa en el centro de la sociedad histórica. Todo estaba en muy malas condiciones debido a la inundación; había cajas y bolsas de plástico apiladas sobre los escritorios y en los estantes, archivos y documentos guardados apresuradamente para salvarlos del agua.

Riley había llegado más temprano para tratar de ordenar un poco las cosas y había empezado a tomar notas de todo lo que había encontrado sobre la familia Breckenridge. Helen también llevaba su cuaderno y esperaba recabar algo de información más sólida sobre Hattie y Jane, algo que le indicara cuál era su siguiente paso para descubrir más. Después de haberlas visto juntas en su casa, estaba más decidida que nunca a descubrir sus historias, a seguir su árbol genealógico y averiguar si había más información o, incluso, parientes vivos.

—Sé que suena loco —dijo Riley—. Tenemos cajas y cajas llenas de documentación sobre varias familias del pueblo: cartas, diarios, fotografías. Pero casi no hay nada sobre la familia Breckenridge. —Sacó otra caja y la abrió—. Como ya dije, tienes que ser paciente. Las cosas no suelen estar tan desordenadas.

—¿Cómo te involucraste con la sociedad histórica? —preguntó Helen.

Riley sonrió.

—Hace mucho que trabajo como voluntaria aquí. Mary Ann me convenció hace muchos años, cuando prácticamente vivía aquí investigando sobre mi propia familia. Cuando estaba en la universidad hice un proyecto sobre la situación en Vermont durante la guerra de Secesión y descubrí que algunos de mis antepasados habían combatido en ella, no solo con el ejército de la Unión, sino también con los Confederados. No sé, supongo que me hizo sentir parte de algo más grande que yo, ¿sabes? Siento que estudiar el pasado nos ayuda a entender nuestro presente. Supongo que siempre he sido una apasionada de la historia; me encantan todas esas historias viejas que le han dado forma a nuestra realidad actual. A veces estoy demasiado obsesionada con mis problemillas de mierda, como dramas con novios o asuntos de dinero;

entonces pienso en esos antepasados: primos que pelearon entre sí durante la guerra de Secesión o gente que sobrevivió a la Gran Depresión o el Holocausto, y eso pone todo lo demás en perspectiva. —Los ojos de Riley ardían mientras hablaba, y Helen reconocía esa clase de espíritu apasionado.

—Te entiendo muy bien —dijo Helen.

—Basta con ver la vida de Hattie. Todo lo que le ocurrió, la mierda que tuvo que soportar. Imagínate tener que aguantar a diario los insultos y el odio de todos en el pueblo, que te llamen bruja, toda esa ira acumulándose día tras día, año tras año, hasta que, al fin, la mataron y, no conformes con eso, la hundieron en el pantano. Todo por ser diferente. Por ser especial.

Helen pensó en las miradas de desprecio que ella misma había recibido en el pueblo, los susurros a sus espaldas. La forastera que había llegado a perturbar al espíritu de Hattie.

Riley se tomó unos segundos para recuperar la compostura y luego dirigió su atención de nuevo a las cajas.

—Bueno, sigamos. No tenemos registro alguno de su muerte, pero te mostraré lo que sí tenemos.

El nombre del padre de Hattie, James Breckenridge, aparecía en unas antiguas escrituras de las tierras que se encontraban alrededor del pantano.

—Y aquí está el acta de defunción de su padre —indicó mientras sacaba una copia—. Murió en 1899. Fue alcanzado por un rayo, días después de que Hattie lo predijera.

El nombre de Hattie aparecía en el censo de 1900, cuando era una niña de ocho años. Y encontraron tres fotografías de ella: una de cuando era niña, en 1899, con sus compañeros de escuela; sus nombres estaban escritos con una elegante letra cursiva detrás de la fotografía. Helen no necesitaba revisar el nombre para encontrar a Hattie. La reconoció de inmediato. El hecho de verla así, en una fotografía como una persona de carne y hueso, una estudiante en la escuela de Hartsboro, y no solo un fantasma en su cocina, le provocaba a Helen una profunda satisfacción. Helen contempló la fotografía: Hattie estaba en la esquina, en la fila de atrás. La sombra de una niña con cabello oscuro cubría parcialmente sus ojos. Tenía el ceño fruncido, casi como si estuviese refunfuñando. Era una mirada que parecía decir: «Los odio a todos». Pero aun así, con esa imagen de niñita enfadada, tenía cierta cualidad que la hacía ser espectacularmente hermosa. Algo cautivador que casi dejó a Helen sin aliento.

—La gente decía que Hattie no sabía leer ni escribir muy bien porque dejó la escuela en tercer grado. Bueno, más bien la expulsaron. Pasaban cosas

extrañas cuando estaba en la escuela. Los libros salían volando de los estantes, los escritorios se movían. Y según cuentan, una vez, mientras escribía en su cuaderno, la maestra se acercó a revisar su trabajo: había tres páginas escritas en latín. —Riley se detuvo y abrió más los ojos para darle énfasis a esta última palabra.

—¿Latín? —preguntó Helen—. ¿Cómo podía saber latín una niña de su edad, que vivía en Hartsboro, Vermont?

—Eso es lo que resulta tan curioso respecto a Hattie. Sabía cosas que una niña de su edad no podía haber aprendido. Cosas que le decían los espíritus. Al menos es lo que cuentan las historias que han pasado de generación en generación —respondió ella.

Las otras dos imágenes de Hattie disponibles eran fotos grupales en un pícnic del pueblo, con fecha de 1909. Hattie era una adolescente por ese entonces y aparecía en una esquina de la fotografía, alejada de todos los demás. Era alta, de cabello negro, recogido en una larga trenza, y ojos oscuros y atormentados.

—Esas fotos fueron sacadas alrededor de la época en que se quemó la casa de su familia.

—¿Cuando murió su madre?

—Sí, escucha esto. Es de 1909. —Sacó un viejo artículo recortado del periódico local y lo leyó en voz alta—: «Un incendio de origen desconocido acabó con la vida de la señora Lila Breckenridge, en Hartsboro, el pasado martes 12 de octubre. La casa de la familia Breckenridge quedó destruida. Hattie Breckenridge, hija de la difunta señora Breckenridge, escapó ilesa».

—¿«Un incendio de origen desconocido»? —preguntó Helen.

Riley alzó la mirada.

—Oí que lo inició un grupo de hombres del pueblo. Habían estado bebiendo en la taberna y se les metió en la cabeza la idea de que era su deber salvar al pueblo de Hattie Breckenridge.

—Por Dios. Ella era la que necesitaba que la salvaran de ellos.

Riley asintió.

—Bueno, entonces sabemos que mataron a la madre de Hattie y que ella se quedó sin hogar.

—Exacto. Así que construyó la pequeña casa torcida en el pantano. Y no nos olvidemos del dinero —añadió Riley—. Sus padres eran bastante acaudalados, él tenía inversiones en el sistema ferroviario local y ella era su única hija. No queda ninguna fotografía de su casa, pero dicen que era una gran mansión. Posiblemente eran la familia más rica del pueblo.

—¿Y qué pasó con ese dinero?

Riley se encogió de hombros.

—Ese es el gran misterio. Supuestamente, Hattie lo sacó todo del banco y lo llevó a casa para enterrarlo cerca del pantano. No muy lejos de la pequeña casa que había construido. La gente lo ha buscado durante años, pero nadie ha dado con él.

Helen sonrió.

—Olive está convencida de que ella lo encontrará.

—¿Ah, sí? Pensaba que ya se había rendido con esa idea del tesoro.

—No. Sigue buscando. Recorre el pantano con su nuevo detector de metales. Hasta tiene mapas marcados y todo; es muy metódica.

Riley asintió.

—Sí, vaya si lo es.

—Lo que no entiendo —dijo Helen— es que Hattie tuviera todo ese dinero y no se marchara del pueblo. ¿Por qué no subirse en el primer tren que partiera y empezar una nueva vida en otra parte, donde nadie supiera su nombre? No tiene sentido que decidiera quedarse aquí y construyera una pequeña cabaña en el pantano.

—Si me preguntas, diría que lo hizo por su conexión con este lugar: era parte de ella, para bien o para mal. Y tal vez había otros motivos. Puede que su decisión tuviera que ver con un hombre.

—¿El padre de Jane? ¿Qué se sabe de él?

—Nada de nada. Hattie nunca se casó. Siempre vivió sola en esa pequeña cabaña. Más tarde, poco después del incendio, se quedó embarazada. Si de por sí ya era una paria en el pueblo, imagínate con eso: una madre soltera en aquella época. Demonios. No podemos negar que la mujer tenía agallas. Quedarse aquí. Criar a la niña ella sola.

—¿Hay algo de información sobre Jane? —preguntó Helen.

—No mucha —respondió Riley. Estiró el brazo, sacó una fotografía de una caja sobre la mesa y se la entregó a Helen.

Era otra fotografía escolar, con otro grupo de unos quince niños que iban desde los más pequeños hasta los casi adultos, todos formando frente a la escuela. «Escuela de Hartsboro, 1924», se leía en una de las esquinas. Helen le dio la vuelta a la foto y vio que alguien había escrito los nombres de todos los niños con lápiz, que ahora se habían medio borrado. Jane Breckenridge era la tercera niña de izquierda a derecha en la fila de atrás. Debía de tener unos doce años y era casi una réplica exacta de Hattie a esa edad. El mismo cabello y los mismos ojos oscuros, la misma mirada afligida. Al igual que con

Hattie, Helen la reconoció de inmediato; después de todo, la versión adulta de Jane, con un vestido chamuscado, la había visitado hacía unas doce horas. Casi podía oler el humo.

—Esa es la última fotografía antes de que la escuela se quemara —dijo Riley.

Se quemó. Helen lo había olvidado. Primero, la casa de la familia de Hattie arde en llamas y su madre muere. Luego, otro incendio en la escuela. Y otro en el molino años después. ¿Se trataría de una coincidencia o... era algo más?

—¿Y culparon a Hattie del incendio? —preguntó Helen.

—Ella lo predijo y no dejó ir a Jane a la escuela ese día. Murieron tres niños. Veamos... —Revisó las notas que tenía sobre la mesa—. Lucy Bishkoff, Lawrence Kline y Benjamin Fulton.

Helen le dio la vuelta a la fotografía otra vez, para buscar el nombre de los niños muertos. Benjamin y Lawrence eran dos niños pequeños en la primera fila. Estaban sentados uno al lado del otro, esbozando unas sonrisas traviesas. Lucy Bishkoff estaba en la fila de atrás, justo al lado de Jane. Tenía el pelo rubio, ojos claros y una sonrisa cálida. Helen analizó la foto, vio sus sonrisas y pensó: «Ninguno de vosotros tiene ni idea de lo que se avecina». Se sentía como la Parca, señalando los pequeños rostros en la foto con el dedo.

—¿Se supo qué ocasionó el fuego? —preguntó Helen.

Riley sacudió la cabeza.

—No, pero dicen que se extendió rápidamente. Y parece que los niños y la maestra tuvieron problemas para salir del edificio.

—¿Ah, sí?

—La puerta estaba atascada. No solo atascada; la gente decía que alguien la había bloqueado con una rama. Les costó algo de tiempo y mucho esfuerzo abrirla.

Otra extraña coincidencia.

—Eso es horrible —señaló Helen, contemplando con detenimiento los rostros en blanco y negro de aquellos niños. Deseaba poder viajar en el tiempo y advertirles, advertirles a todos, como Hattie había tratado de hacer. Decirles que el peligro era real.

Esa era la parte más cruel de la historia en general, ya sea tu propia historia o la de un desconocido que vivió cien años atrás: no se puede hacer nada para cambiarla.

Helen metió la mano en su bolso y cogió la fotografía que había encontrado en internet, donde aparecían las trabajadoras del molino Donovan

e Hijos, y que habían sacado unos meses antes del incendio.

—Te presento a Jane Whitcomb —manifestó, señalando a la mujer en la fila de atrás, con cabello y ojos oscuros.

—Por Dios —dijo Riley—. Es ella. Tiene que ser ella. Es idéntica a Hattie, ¿no crees?

Helen comparó ambas versiones: Jane, la empleada del molino, y Jane, la niña fuera de la escuela. Luego, a Hattie de niña y a Hattie de adolescente. Podrían haber sido hermanas.

—Qué pena que no tengamos nada de Hattie adulta —dijo Helen.

—Espera —la interrumpió Riley con una sonrisa ladina—. He guardado lo mejor para el final. —Se puso de pie y se dirigió a un gran mueble de madera con cajones angostos. Abrió uno de ellos y sacó una pintura, sin mostrarla de frente. Helen calculó que debía de medir unos sesenta por ciento veinte centímetros.

—¿Qué es?

—Te presento a Hattie Breckenridge —dijo Riley, y le dio la vuelta lentamente a la pintura, para que Helen quedara cara a cara con la persona que aparecía en ella.

La mirada de Helen se quedó fija en el retrato enmarcado. En él se veía a Hattie con un vestido rojo sangre, con su largo cabello negro azabache recogido con unas peinetas. Sus labios estaban pintados del mismo color que su vestido. Sus ojos brillaban, tentadores y provocadores, con un destello especial; parecía que se movían y la observaban.

Helen sintió que le faltaba el aire, como si Hattie lo estuviese succionando, inhalando su esencia vital.

«Te conozco —decían los ojos—. Y tú crees conocerme».

Helen observó la elegante firma en la esquina inferior derecha; eran unas iniciales: W. T.

—¿Quién es el artista? —preguntó.

—Ojalá lo supiéramos —apuntó Riley—. Hemos investigado, preguntado a expertos del arte de la época en esta zona en particular, pero nadie puede decirnos nada al respecto.

—Perdido en la historia —dijo Helen.

Pensó en todo lo que se había perdido; todo lo que no sabía, y nunca podría descubrir, sobre Hattie Breckenridge. Pero sabía que aún quedaba más por averiguar. Por ejemplo, si tenía parientes con vida. La idea de encontrar a un verdadero descendiente de Hattie envió una descarga eléctrica por todo su cuerpo. ¿Se parecería a Hattie? ¿Conocería algo de su historia, tal vez contada

de generación en generación? Tal vez hasta conservaría algo: fotos, cartas, objetos que podrían haber pertenecido a la propia Hattie.

¿Qué pasaría si Helen encontrara a un pariente y lo invitara a su casa? ¿Hattie estaría complacida? Tal vez tan complacida que aparecería. ¿Acaso Hattie la estaba guiando a eso? No solo a descubrir parte de su historia y su vida pasada, sino la historia de su legado, de lo que vino después.

Pensó en la forma en que su padre la había ayudado a forjar su carácter, las cosas que le había enseñado y las historias que le había contado y que la acompañaban hasta la fecha: los conocimientos sobre construcción de casas, las historias sobre su infancia, sobre los parientes que ya no estaban entre ellos. ¿Qué les habría dejado Hattie a sus descendientes? ¿Qué historias podrían contar?

—Muy bien —dijo Helen, y hojeó su cuaderno—, veamos si podemos averiguar qué fue de los hijos de Jane, Ann y Mark.

—Veré qué encuentro —señaló Riley, mientras dejaba con cuidado la pintura sobre la mesa, apoyada en la pared. Luego se sentó frente a un ordenador en un escritorio en la esquina; sus dedos volaban sobre el teclado.

—¿Ya habéis terminado con la fontanería? —preguntó después de un rato.

—Sí. Hoy empezamos con el cableado. Ya hemos acomodado muchas de las cajas. Hemos taladrado los agujeros y empezado a instalar los cables.

—Mañana estoy ocupada, pero pasado mañana puedo pasar a echaros una mano —ofreció Riley.

—Sería fantástico —dijo Helen. Miró de nuevo la pintura.

Hattie llevaba puesto un collar algo extraño: un círculo plateado con un triángulo dentro. En el centro del triángulo había un cuadrado, y dentro de este otro círculo con un ojo en medio.

«El tercer ojo», pensó Helen.

—¿Puedo sacar unas fotos de la pintura? —le preguntó a Riley.

—Por supuesto —respondió ella sin dejar de teclear.

Helen le sacó fotos desde distintos ángulos. Pero sin importar adónde se moviera, los ojos de Hattie la seguían.

—Oye, escucha esto —dijo Riley—. El hijo de Jane y Silas, Mark Whitcomb, murió en el año 2000. Estaba casado. No se menciona si tuvo hijos. —Tecleó rápidamente otra vez—. ¡Oh! ¡Esto es interesante!

—¿Qué? —preguntó Helen, que se acercó y se colocó detrás de Riley.

—Parece que he encontrado a la hija de Jane, Ann.

Helen se acercó al ordenador y le echó un vistazo a la fotografía de una pareja. La mujer tenía el cabello oscuro recogido y una mirada inquietante,

los ojos de Hattie. El hombre era más bajo que la mujer, tenía poco pelo y bigote. Estaban abrazados frente a un árbol de Navidad. Sobre la foto había un titular: «Asesinato y suicidio sacuden al pueblo de Elsbury».

Helen empezó a leer el artículo, con fecha del 24 de mayo de 1980.

La policía ha anunciado hoy un crimen en Elsbury, donde Samuel Gray asesinó a su esposa, Ann Gray, y después se suicidó.

El coronel Gregory Atkinson, de la policía estatal de Vermont, efectuó el siguiente comunicado: «Aproximadamente a las 17.00 horas del viernes, Samuel Gray mató de un tiro a su esposa, Ann, para después dispararse él mismo con una pistola registrada a su nombre. Los hechos ocurrieron en su casa ubicada en County Road, donde Gray tenía una granja lechera. Sus dos hijos presenciaron el crimen, pero resultaron ilesos. Actualmente, los niños se encuentran bajo el cuidado de unos parientes».

Este es el peor crimen del que se tenga registro en el pequeño pueblo de 754 habitantes. «Es algo que nos ha afectado mucho a todos —declaró la secretaria del ayuntamiento, Tara Gonyea—. Ha conmovido a toda la comunidad».

Varios amigos y vecinos expresaron su pena por los terribles acontecimientos que tuvieron lugar en la vieja granja de los Gray, pero un vecino, William Marsh, dijo que no le sorprendía. «Sam tenía un carácter muy agresivo y bebía demasiado», explicó Marsh. «Había tenido problemas con la granja. No podía cubrir sus gastos. Creo que su esposa e hijos pagaron por ello. Los llegué a ver con moretones y también oí gritos alguna vez».

La policía se negó a confirmar si había algún informe conocido de violencia doméstica en la casa de los Gray.

«Ann era un auténtico ángel —aseguró su vecina, Penny Stromberg—. Llena de vida, siempre sonriendo. Era una excelente amiga y vecina. Esos pobres niños, ¿se imaginan lo que han tenido que soportar? Me rompe el corazón».

Los parientes no pudieron ser localizados para la entrevista.

Helen retrocedió. De pronto, sintió un cosquilleo por toda la piel y mucho frío.

Se había ido. Ann se había ido.

—Demonios, es terrible —dijo Riley en voz alta—. Todas esas mujeres vivieron situaciones horribles: Hattie, Jane, Ann. Es como si las mujeres de esa familia estuvieran malditas. Condenadas a morir en situaciones violentas.

Helen asintió sin poder apartar la mirada de la fotografía del artículo, de los rostros sonrientes de Ann y Samuel frente a su árbol de Navidad.

—¿Dónde queda Elsbury? —preguntó.

—Al sudeste de aquí. Como a una hora de distancia, o un poco más.

—Creo que iré a echar un vistazo.

Riley la miró con los ojos entrecerrados.

—Quieres ir a coger algo, ¿verdad? ¿Algo para la casa? ¿Para Hattie?

Helen asintió.

—Siento que es lo mínimo que puedo hacer. Como una forma de rendirle homenaje.

Y tal vez, solo tal vez, sería suficiente para traer a Ann de vuelta. Helen dejó que su imaginación volara: tres generaciones de mujeres Breckenridge en su cocina.

Riley la observó durante un momento.

—Es como si estuvieras creando una especie de árbol genealógico con objetos —indicó—. Es una idea hermosa. Una manera de honrar de verdad a esas pobres mujeres.

Riley se giró nuevamente hacia el ordenador, tecleó otra vez y observó la pantalla. Después de un instante, encontró lo que estaba buscando:

—County Road 202, Elsbury —dijo, y anotó la dirección en un pedazo de papel—. Ahí está la vieja granja de los Gray. Donde ocurrió el asesinato.

Capítulo 23

Olive

7 de agosto de 2015

—¿De dónde los sacaste, exactamente?

Olive estaba fuera, arrodillada, con un martillo y un cincel, limpiando el cemento viejo de los ladrillos. Habían pasado toda la mañana dentro, trabajando en el cableado de la casa. Riley había ido para ayudar un poco y ya habían terminado con toda la parte de abajo. Luego, Riley se marchó para ir a trabajar y Nate se fue al remolque.

Olive raspaba el ladrillo con el cincel. Llevaba su nuevo collar «que todo lo ve» bajo la camiseta.

Helen y Nate pensaban utilizar aquellos ladrillos para construir una chimenea en el salón, debajo de la estufa de leña. Helen le explicó que, en vez de tener una chimenea tradicional como las de las casas antiguas de Nueva Inglaterra, tendrían una mucho más eficiente y de alta tecnología. Con ella podrían calentar toda la casa un buen rato y usar el propano restante como apoyo para los días más fríos. Olive asintió, pensativa. Le gustaban las pequeñas lecciones de historia que Helen incorporaba en sus conversaciones cotidianas y había aprendido mucho sobre la Nueva Inglaterra de tiempos coloniales y cómo sobrevivían los primeros colonos. Esas eran las historias que más le interesaban. Las historias sobre fuentes de calor, energía eficiente o chimeneas, no tanto. Quería oír cosas sobre talar árboles, matar animales y cómo la gente cortaba grandes bloques de hielo de los lagos congelados a falta de refrigeración.

—Los conseguí en el viejo molino que están renovando —dijo Helen. Ella también limpiaba un ladrillo, usando un cepillo de alambre—. Como los iban a tirar de cualquier forma, me los dieron gratis.

Sonrió con orgullo. Olive había tratado a Helen y Nate lo suficiente para saber que el presupuesto de la casa era un problema para ellos. Nate parecía muy estresado al respecto y se pasaba el día mostrándole a Helen hojas de cálculo y cosas así. Helen era un poco más relajada, y por su actitud uno

podía intuir que pensaba que lo mejor era no preocuparse y que al final todo se solucionaría.

Le recordaban un poco a sus padres: él siempre estaba estresado a fin de mes, con todas las cuentas y una gran calculadora, mientras ella le llevaba una cerveza, le masajeaba los hombros y le prometía que las cosas mejorarían pronto.

—Parecen un poco viejos —dijo Olive, con un ladrillo en la mano—. Y algunos están ennegrecidos y manchados, como si hubieran estado dentro de una chimenea.

—Hubo un incendio en el molino que destruyó parte del edificio.

—Genial. ¿Dónde queda el molino? —preguntó Olive.

—En Lewisburg.

«Lewisburg». El nombre activó una alerta en el cerebro de Olive. El recibo del café y la barrita de chocolate que había encontrado, la pequeña estrella roja en el mapa, que representaba la esquina inferior izquierda del triángulo.

—El molino era el centro de toda la comunidad, hasta el gran incendio de 1943.

Helen observó a Olive, con la mirada protectora y preocupada que le dirigiría una madre a su hija.

—Es una historia bastante fea —le advirtió.

—Entonces sin duda quiero escucharla —dijo Olive—. Vamos, no puede ser peor que lo que la tía Riley nos contó sobre Hattie y lo que le ocurrió, ¿o sí?

—Bueno, esta es terrible de una manera distinta —explicó Helen—. La gente que estaba a cargo de la fábrica bloqueó las puertas desde fuera para que las trabajadoras no pudieran salir durante su horario de trabajo, así que no lograron escapar cuando empezó el incendio.

—Mierda —exclamó Olive, y luego recordó que estaba con un adulto, y con una profesora ni más ni menos—. Lo siento —dijo, avergonzada.

—No te preocupes. —Helen sonrió.

—¿Y cómo es Lewisburg? —preguntó Olive—. ¿Es un lugar grande?

—No, es muy pequeño. De hecho, más pequeño que Hartsboro. No tiene mucha gracia. El molino es la parte más importante. Lo están reparando. Lo van a convertir en apartamentos, tiendas y oficinas.

Olive asintió. ¿Por qué su madre habría ido a ese lugar? Ni que estuviera buscando un apartamento nuevo o tuviera mucho interés por los molinos antiguos, a menos que...

—Espera, entonces, ¿alguien vive ahí? Quiero decir, ¿ya terminaron algunos de los apartamentos? —Casi no se atrevía a tener tanta esperanza. ¿Sería posible que su madre se hubiera mudado allí? ¿Que viviera allí junto a su hombre misterioso? ¿Que estuviera allí ahora mismo?

—No —respondió Helen—. Siguen en construcción. Y parece que va para largo. Me gusta la idea de que le busquen una nueva función; es un gran edificio antiguo. El hombre con el que hablé me aseguró que estaba embrujado.

Tal vez eso era. Quizá su madre había ido allí por lo de su club de fantasmas. A lo mejor había ido con Dicky y todos los miembros para celebrar una sesión de espiritismo o tratar de grabar voces de espíritus, como los cazafantasmas que salen en televisión.

—Guau... ¿Embrujado? —preguntó Olive—. ¿En serio?

Helen asintió.

—Eso dijo él.

—¿Tú crees en esas cosas? —preguntó Olive—. ¿Fantasmas y casas embrujadas?

Helen se concentró más en limpiar su ladrillo.

—Sí —respondió finalmente—. Antes no creía, pero ahora sí.

Una profesora de Historia que creía en fantasmas. Genial. Olive sonrió a Helen.

—Me gustaría poder ver un fantasma —admitió Olive—. Cualquier fantasma, aunque el que más me gustaría ver... es el de Hattie Breckenridge.

Helen frotó el ladrillo con más fuerza. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se detuvo y se volvió hacia el remolque. Nate acababa de salir y se dirigía a donde ellas estaban.

Pasaba mucho tiempo buscando a la cierva blanca. Olive pensaba que era muy extraño que ella, que había pasado prácticamente toda su vida en esos bosques, y hasta cazado en ellos, nunca hubiera visto a una cierva blanca. Y ahora un tipo cualquiera de Connecticut llegaba y la veía un montón de veces. Desde luego, había oído las historias. Advertencias sobre nunca dispararle a la cierva blanca si uno la veía. Historias de cazadores que la seguían hacia el bosque y nunca regresaban. Como algo sacado de un cuento de hadas.

Nate se acercaba a ellas y parecía muy molesto.

Olive se preparó, preguntándose si tal vez había hecho algo mal. Nate seguía sospechando de ella y parecía que se las ingeniaba, de cualquier forma posible, para culparla de todo.

La verdad, a Olive le preocupaba que él estuviera empezando a enloquecer un poco. Aquella cierva blanca, o cierva fantasma o lo que fuera, parecía estar consumiéndolo poco a poco.

Nate había instalado cámaras especializadas por todo el patio. Había empezado con una que consiguió en la tienda del pueblo y luego había pedido dos más por internet, muy caras, con sensor de movimiento y visión nocturna, para «maximizar la cobertura», según sus propias palabras. Le parecía un poco extraño que estuviera dispuesto a gastar posiblemente miles de dólares en todo eso cuando, se suponía, ya se habían pasado de su presupuesto con las cosas de la casa, pero Olive sabía que no valía la pena esforzarse tratando de entender las decisiones de los adultos. Había conectado las cámaras a su portátil por medio del internet inalámbrico, para que pudiera revisar las grabaciones constantemente. También había colocado recipientes con sal y comida para ciervos. Estaba decidido a conseguir un vídeo o una foto de la cierva blanca. Pero hasta ahora no había tenido éxito. Había conseguido unos vídeos buenos de zorrillos, un puercoespín y hasta un coyote. Pero nada de ciervos.

—Ya sé de dónde provienen los ladrillos —dijo al llegar junto a ellas. Su rostro estaba serio; sus labios no eran más que una delgada línea recta.

—¿Qué? —preguntó Helen. Olive se concentró en el ladrillo que tenía en la mano, como si estuviera haciendo todo lo humanamente posible por quitar hasta el último resto de mortero.

—Dejaste el buscador abierto en tu portátil, Helen. Y todas las páginas que has estado mirando aparecen en el historial. ¿Donovan e Hijos? De ahí sacaste los ladrillos, ¿verdad? ¿Del molino donde hubo un incendio que mató a todas esas mujeres?

Olive contempló el ladrillo en su mano, miró las manchas negras, como de hollín, y se preguntó si los ladrillos podían estar embrujados.

—Pues sí, pero...

Olive observó con discreción a Helen y se percató de que su rostro reflejaba una expresión de culpabilidad, como un «me han descubierto» que hizo que Olive se sintiera incómoda. Olive encogió su cuerpo y encorvó los hombros mientras seguía tallando el ladrillo con fuerza. Deseaba poder desaparecer. O levantarse e irse, pero eso también habría sido incómodo. Odiaba las peleas de adultos.

Recordaba todas aquellas ocasiones en las que sus padres discutían, mientras que ella, sentada frente a la mesa, se hundía cada vez más y más en su silla, ensayando cómo volverse invisible. También había visto a su madre

pelear con la tía Riley una vez, lo cual fue raro porque eran grandes amigas. Riley había ido a casa a recoger a su madre para que la acompañara, pero esta le había dicho que no iría, que tenía otros planes. «Tienes que venir», le había dicho Riley. Su madre se había negado. «Hay cosas en la vida que uno no puede simplemente dejar tiradas, y esta es una de ellas», había refunfuñado su tía, y parecía muy molesta, como si escuchar a una banda mala y beber cerveza de dos dólares fuera lo más importante del mundo. Pero ahora Olive entendía que, tal vez, la cuestión no era lo que iban a hacer, sino el hecho de hacerlo juntas, y su madre había plantado a Riley.

Su madre se había negado a acompañarla y Riley se había ido, después de dar un portazo. Era la única ocasión en que Olive recordaba a su tía perdiendo la calma.

Nate estaba de pie entre las dos, mirando a Helen desde arriba y con fuego en los ojos.

—Por eso fuiste ahí, ¿verdad? —exigió saber—. Sabías lo del incendio. Y querías los ladrillos por el incendio, por la gente que murió en él.

—Nate, cálmate. Creo que existe la posibilidad de que...

—¡Joder, Helen! —la interrumpió—. ¿Por qué no podemos usar ladrillos de Home Depot? ¿Por qué de repente estás tan obsesionada con llenar nuestra casa de objetos llenos de historia oscura?

Historia oscura.

A Olive le gustaba cómo sonaba eso. Tocó el collar que ocultaba bajo su camiseta.

«Que todo lo ve».

—Los ladrillos de Home Depot no cuentan ninguna historia —dijo Helen.

Él dejó escapar un largo y dramático suspiro.

—Ya sabes que me encanta el hecho de que quieras poner cosas con historia en nuestra casa. Pero ¿por qué todas las historias tienen que ser tan terribles? ¿Por qué todas tienen que centrarse en la muerte y la tragedia?

Ella no respondió.

Quizá Nate no era el único que se estaba volviendo un poco loco. Tal vez Helen también. Olive sintió que esa idea la golpeaba como una bala de cañón en el estómago.

Helen había estado guardando secretos.

La madre de Olive había hecho lo mismo y todos sabían cómo había terminado.

Nate no esperó a que Helen respondiera o lo reprendiera por decir groserías delante de Olive. Solo se alejó y entró en la casa, no sin antes gritar:

—Voy a empezar con el cableado de arriba.

Olive siguió raspando su ladrillo, aunque ya le había quitado todo el cemento. Quería decir algo, sentía que debía decir algo, pero no le salían las palabras. Helen era una adulta. Una profesora. Pero era muy amable con ella e incluso... eran algo así como amigas. Pero se le hacía raro tratar de reconfortarla. Decirle: «Lamento que tu marido te haya gritado así». Finalmente, cuando ya no soportaba más el silencio, le preguntó:

—¿Murió mucha gente en el incendio?

Helen tardó un poco en responder, como si hubiese olvidado que Olive estaba ahí. Luego asintió:

—Un hombre y doce mujeres. Trabajadoras. Y creo que... No, estoy segura de que una de ellas era la hija de Hattie, Jane.

Olive sintió un cosquilleo en la nuca y como si el collar empezara a emitir una cálida pulsación bajo su camiseta.

Eso estaba haciendo su madre en aquel lugar. Seguro que lo había descubierto. Seguro que sabía lo de Jane. Y seguro que pensaba que averiguar más cosas sobre Jane podría guiarla a una pista sobre el tesoro.

Capítulo 24

Helen

8 de agosto de 2015

Helen salió de la casa a las ocho y se dirigió a Elsbury para buscar la granja donde habían asesinado a Ann. Había puesto la dirección, County Road 202, en su GPS. No estaba segura de lo que haría una vez que la encontrara. ¿Llamar a la puerta, saludar a los dueños actuales y decirles que le interesaba mucho obtener cualquier cosa de la casa que hubiera pertenecido a Ann, la mujer que mataron ahí? ¿Cualquier cosa embrujada?

Sí, claro. Era la forma más segura de que le cerraran la puerta en las narices y llamaran a la policía.

«Hattie me mostrará qué hacer», se había dicho.

Le había prometido a Nate que volvería a tiempo para ayudarlo con el cableado de arriba; le había dicho que echaría un vistazo en algunos lugares donde vendían materiales usados para techos. Se sentía culpable por mentirle, pero no podía decirle la verdad. Si se enteraba de que estaba haciendo cualquier cosa relacionada con Hattie, empezarían a discutir otra vez. Y ya habían discutido mucho últimamente. De hecho, de un tiempo para acá parecía que discutían por cualquier cosa, desde el color de los azulejos que usarían en el baño hasta lo que prepararían para cenar. Nate había insistido en que dejaran de comprar comida para llevar y de pedir *pizza*, ya que era necesario tener un presupuesto más estricto para alimentos. Sin embargo, le puso mala cara al verla llegar de la tienda con café de marca barata y había comenzado todo un discurso sobre por qué era importante tomar solo café de comercio justo y orgánico, porque todo lo demás era veneno, sin mencionar que constituía un desastre para el medio ambiente y los productores locales.

Después de conducir durante una hora, sonó su teléfono. Era el tono de llamada de Nate. Ella cogió el móvil con la mano derecha, mientras sostenía el volante con la otra, y contestó:

—Hola...

Solo se oía ruido.

—¿Nate? Hola...

—¿Helen? —Había mucho eco, como si su voz llegara de un lugar muy lejano; como si la estuviera llamando desde el fondo de un pozo.

—Casi no te oigo, Nate. ¿Desde dónde llamas?

—Desde casa —dijo él—. Quería...

Su voz se perdió otra vez y fue reemplazada por un crujido. Un sonido chisporroteante, como carne en una parrilla.

—¿Puedes...? —preguntó él.

—¿Qué? —apuntó ella—. No te oigo.

—Debido a ti.

—¿Nate?

—Debido a ti. —Esta vez era la voz de una mujer la que se oía fuerte y claro. La voz de una mujer que sonaba como si alguien moliera vidrio en una licuadora. Un sonido irregular y chirriante.

Helen estuvo a punto de salirse del camino. Con el corazón latiendo a toda marcha, se detuvo a un lado de la carretera y encendió las luces de emergencia.

—Hola... —dijo en un murmullo—. ¿Quién es?

Contuvo la respiración, temerosa de lo que fuera a responder la voz. El teléfono en su mano estaba caliente, como si los circuitos se hubieran sobrecalentado, como si pudiera arder en cualquier momento.

—Lo siento, amor, creo que se corta la llamada —dijo Nate—. ¿Sigues ahí?

—Sí —dijo ella—. Sigo aquí.

Nate. Solo era Nate. Mala conexión. Seguro que había oído mal.

—Solo llamaba para ver si puedes pasar por la tienda de suministros agrícolas de regreso y comprar más comida para ciervo. ¿Hola? ¿Me oyes?

Comida para ciervo. Claro, eso era lo que quería; qué sorpresa.

Para su escurridiza cierva blanca.

«Él cree que te estás volviendo loca, y tú piensas lo mismo de él».

«Basta», se dijo a sí misma.

No había dinero para *pizza* o cerveza decente o un buen vino, pero sí para alimentar a toda la vida silvestre del bosque.

Se sentía muy mal por pensar así de él, por sentir amargura y resentimiento. Respiró hondo y recordó que, justo la noche anterior, había preparado una deliciosa cena: sopa de *curry* de coco y galletas de boniato. Luego le había pedido que cerrara los ojos antes de sacar el postre sorpresa: una linda casita hecha de galletas integrales y con glaseado, casi idéntica a la

de ellos. Era su manera de disculparse por haber perdido la cabeza con el asunto de los ladrillos, aunque no lo había dicho en voz alta.

—Sí, Nate, te oigo —indicó ella—. Pasaré a comprarla.

—Gracias —dijo él—. Nos vemos cuando... —Se volvió a cortar. Ella dejó el teléfono en el asiento del copiloto y volvió al camino. Media hora después, la voz del GPS anunció alegremente: «Ha llegado a su destino».

Pero no había ninguna granja a la vista.

Estaba frente a una gran extensión de pasto con un camino estrecho que conducía a una enorme casa de troncos con fachada de vidrio, un porche que rodeaba toda la propiedad y un estanque al lado. No había buzón ni dirección visible. Siguió conduciendo, revisando ambos lados del camino en busca de una granja lechera y una vieja casa. Atravesó campos de maíz e incluso un pastizal con algunas vacas Holstein pastando, pero no había señal alguna de una granja o una casa. Sin embargo, tenía que estar cerca de la antigua propiedad de los Gray. Seguro que Riley se había equivocado con la dirección o el GPS se había confundido con las direcciones de Vermont (pasaba a menudo). Tal vez había un viejo lugar llamado County Road y este era el nuevo County Road. Tendría que detenerse y preguntar. Siguió conduciendo con la esperanza de llegar al centro del pueblo, pero solo pasó frente a más campos, algunos abandonados e invadidos por maleza.

Helen se preguntaba si Ann habría pasado a menudo por esos campos, incluso caminado entre ellos.

Finalmente, alcanzó a ver un gran granero rojo a la distancia. Unas enormes letras en un lado del edificio decían: «ANTIGÜEDADES EL GRANERO DE HENO». Perfecto. Se detendría a pedir información e indicaciones para llegar a la granja Gray.

Helen aparcó, y al entrar en el edificio se encontró en una sala repleta de muebles y cachivaches. Se oía música clásica que procedía de la trastienda. Pasó junto a un viejo escritorio de escuela con un ábaco, un zorro disecado y una estufa de carbón de hierro fundido encima («SOLO PARA USO DECORATIVO», advertía un letrero escrito a mano). También había sillones, sillas, espejos y mesas de todo tipo. Al fondo de la habitación, una repisa de chimenea se inclinaba peligrosamente en la pared.

Estaba hecha de una madera dura rojiza, pulida para que reluciera, y tenía lados rectos y soportes tallados a mano. Había algo hermoso en la simpleza del diseño. La etiqueta decía que costaba 200 dólares, pero le habían tachado ese precio y escrito «100 dólares» encima. Helen se sintió atraída hacia ella; la imaginó en el salón de su casa nueva, sobre la chimenea.

—Es una pieza encantadora —dijo una voz.

Helen se dio la vuelta y vio a una mujer de cabello canoso que vestía un jersey de cuello alto con un patrón de terriers escoceses. Detrás de ella llegó trotando un verdadero terrier escocés, que sujetaba un erizo de goma entre sus fauces.

—Este es *Mulligan* —dijo la mujer—. Él es el verdadero dueño de la tienda. Yo solo trabajo para él. Me llamo Aggie.

Helen sonrió a la mujer y al perro, que ahora estaba sentado a sus pies, torturando el juguete de goma.

—La repisa es de arce sólido. Puede llevársela por setenta y cinco dólares. La próxima semana me llega un cargamento de una liquidación de patrimonio y necesito espacio.

—Es hermosa —dijo Helen—. Tiene muchas cosas encantadoras. —Recorrió un poco la tienda y se detuvo para levantar una plancha vieja y tocar una máquina de coser de pedal marca Singer. Luego, se acercó a Aggie.

—¿Buscaba algo en particular? —preguntó Aggie.

—De hecho, he parado para ver si podría darme indicaciones —manifestó ella.

—Claro. ¿Va camino de la universidad? ¿O al hostel?

—No, en realidad estoy buscando la granja que pertenecía a la familia Gray. Me dieron esta dirección, County Road 202, pero no logro encontrarla. Tal vez la dirección está mal, pero...

—No, la dirección está bien. La casa ya no existe. Estuvo vacía mucho tiempo; nadie se atrevía a tocarla. La gente decía que estaba embrujada. Supongo que, si alguna casa de por aquí tenía que estar embrujada, era esa. Yo siempre he creído que las casas guardan recuerdos, ¿no le parece?

—Por supuesto —respondió Helen, y asintió.

—En fin, la casa estaba muy descuidada, hasta que, el año pasado, un médico llegó de otro estado, la compró y la hizo derribar. La casa, el granero, todo, para construir una elegante propiedad de troncos con fachada de cristal.

—Ah, sí, he pasado por delante —dijo Helen.

Aggie asintió y se acercó a una mesa llena de cachivaches.

—Una de esas enormes casas prefabricadas. Mandó instalar un estanque con truchas para pescar siempre que quisiera. Viene algunos fines de semana al año, pero el lugar casi siempre está vacío. —La voz de Aggie mostraba desdén. Empezó a jugar con una colección de viejas campanas de latón que estaba sobre la mesa, ordenándolas de la más grande a la más pequeña.

Helen asintió comprensivamente y dijo:

—Qué pena. La gente debería reparar esas viejas propiedades, no derruirlas.

—Sí, es una gran pena, la verdad —añadió Aggie, que seguía moviendo las campanas—. La propiedad de los Gray tenía historia. Claro, algunas partes de su historia eran algo oscuras, pero la casa tenía carácter. —Se inclinó y acarició a *Mulligan* en la cabeza. El perro se acercó más a ella—. ¿No crees, *Mulligan*? —Luego alzó la mirada y le preguntó a Helen—: En fin. ¿Y para qué la buscaba?

—Estoy haciendo un proyecto de historia. Una especie de árbol genealógico. Estoy tratando de rastrear a cualquier pariente con vida de la mujer que vivía en el terreno que mi marido y yo compramos en Hartsboro. Aparentemente, Ann Gray era su nieta.

Aggie sacudió la cabeza.

—Es terrible lo que ocurrió. Es una especie de leyenda urbana por aquí. El peor crimen que ha tenido lugar en Elsbury. Bueno, el único crimen, de hecho, si no cuenta algún que otro allanamiento de morada y aquella vez que asaltaron la gasolinera.

Mulligan mordisqueó su juguete y Helen se agachó para rascarlo detrás de la oreja.

—¿Usted sabe qué pasó exactamente?

Aggie dejó escapar un profundo suspiro.

—Sí, claro. Supongo que todos aquí conocen cada espantoso detalle... Para empezar, Sam era alcohólico. Y la granja estaba en muy malas condiciones. Dado que era de su familia, él sentía que era su responsabilidad mantenerla a flote, pero no pudo. Había vendido casi todas las vacas e incluso parte del terreno, pero ni así podía pagar sus deudas. No digo que eso justifique lo que hizo, pero ayuda a hacerse una idea de la situación.

Se acercó a otro escritorio y empezó a acomodar una pila de fotografías viejas; retratos en tonos sepia de personas que nadie reconocía.

—Asesinó a su mujer y luego se suicidó, ¿verdad? ¿Ocurrió en la casa?

Aggie asintió.

—Le disparó a su esposa y luego a sí mismo. Justo ahí, en la sala. Ella era un poco rara. Algunos decían que estaba loca. Y claro, no ayudaba mucho el hecho de que fuera por ahí diciéndole a la gente que era una bruja.

—¿Una bruja? —prácticamente gritó Helen—. ¿En serio?

Aggie volvió a asentir.

—De hecho, sacaba algo de dinero con eso, ¿sabe? La gente iba a verla a su salón y ella leía las hojas de té, la palma de la mano o realizaba hechizos

para ayudarlos con cuestiones de amor o de dinero. Incluso publicó un libro ella misma sobre el mundo espiritual y la adivinación. Si tan solo hubiera podido ver su propio futuro, para prevenir lo que se avecinaba y encontrar la manera de impedirlo...

—Tal vez no funciona así —reflexionó Helen.

«Tal vez es como todo en esta vida —pensó—. Lo más difícil de ver es lo que está justo delante de nosotros».

—Supongo que no. Pero qué lástima. Terrible. Le disparó delante de sus propios hijos.

—¿Sabe qué fue de ellos? ¿Los niños? —Helen se acercó más a Aggie—. ¿Por casualidad sabe si siguen viviendo por aquí?

—Las pobres criaturas. Creo que no tenían más de diez años cuando ocurrió la tragedia. Jason. Así se llamaba el niño. Y la niña, a ver... No, no recuerdo su nombre. Pero no, no se quedaron. Los dos fueron a vivir con otros parientes.

—¿Sabe adónde?

Ella sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Se fueron del estado, creo. Pero no estoy segura. —Hubo una pausa—. ¿Sabe?, es una extraña coincidencia, pero de hecho esa repisa que ha visto al entrar procede de la casa de los Gray.

—¿En serio?

—Mi marido y yo logramos rescatar algunas cosas antes de que la derribaran. Algunos estantes, todas las puertas y la repisa. También nos queda un juego de estantes y algunas puertas.

Helen regresó a donde estaba la repisa y tocó la madera.

«Justo ahí, en la sala», había dicho Aggie.

Le dispararon justo frente a la repisa, se imaginó Helen.

—Mi marido, Phil, siempre decía que toda la familia estaba maldita. Yo no sé si creerá en maldiciones, pero tiene que admitir que a la pobre familia Gray le pasaron muchas cosas horribles.

«Es de familia», pensó Helen.

Al cerrar los ojos, Helen casi podía ver la escena: la repisa cubierta de cachivaches y fotos familiares de Samuel, Ann y los dos niños sonriendo a la cámara. Luego, todo salpicado de sangre. Los gritos de los niños.

—Me llevo la repisa —indicó Helen sin pensar—. Es perfecta para mi salón.

Aggie sonrió.

—Un segundo —dijo, y volvió a la habitación de donde procedía la música clásica. Cuando regresó, llevaba un delgado libro de bolsillo—. Le regalo esto —dijo.

Helen leyó el título: *Cómo comunicarse con el mundo espiritual*, de Ann Whitcomb Gray.

—Espere... ¿Este es el libro de Ann?

Aggie asintió.

Era uno de los libros que había estado leyendo todo el verano. Sintió que su cabeza giraba de solo pensarlo: un libro escrito por una descendiente directa de Hattie había estado en la mesa de su cocina durante semanas. Un libro que ella misma había utilizado para tratar de entender lo que ocurría entre ella y Hattie.

Aggie sonrió.

—He conseguido algunos ejemplares y los saco cuando llega el cliente indicado. Esta copia es para usted.

—Muchas gracias —dijo Helen mientras lo abría por uno de los últimos capítulos y leía:

Los espíritus, al igual que los vivos, tienen sus propias intenciones. Algunos vienen en paz y solo buscan comunicarse con los vivos, especialmente aquellos con los que tenían alguna conexión. Pero el caso de otros puede ser más complicado.

Puede que un espíritu venga a darle un mensaje que no quiera escuchar o hasta advertirle de algo.

Y a veces regresan para vengarse.

Aislante y yeso

Capítulo 25

Olive

18 de agosto de 2015

—Todavía no puedo creer que de verdad hayas entrado en el hotel de Dicky —dijo Mike, sacudiendo la cabeza. Olive no lo había visto desde aquella vez; su madre lo tenía muy ocupado y, entre eso y el hecho de que Olive seguía bastante molesta con él por abandonarla, no habían tenido oportunidad de pasar tiempo juntos. Así que, en cuanto se vieron, él le pidió que le contara toda la historia con detalle; todo lo que ocurrió después de que subiera la vieja escalera de ese hotel. Así que ella se lo contó, pero de una manera vaga y sin entrar en detalles.

—Y yo no puedo creer que me hayas dejado plantada. Eres tan llorón —le dijo—. Pudiste haberme esperado. Te estuve buscando cuando salí. Pensé que al menos te habrías quedado a montar guardia o algo así.

Él no dijo nada, solo se quedó mirando sus zapatillas sucias.

Estaban en el pantano, cerca de la vieja casa de Hattie. Las ranas toro entonaban un extraño y molesto coro, alzando sus voces, como si se estuvieran gritando.

Las cosas estaban tranquilas en casa de Helen y Nate. Olive había pasado la mañana ayudándolos a llenar las paredes con rollos de aislamiento de fibra de vidrio rosa. Incluso con guantes, manga larga y los vaqueros metidos en sus botas, algunos pedazos de fibra de vidrio habían llegado hasta su piel y le provocaban quemazón, igual que cuando había ayudado a su padre con el aislamiento. Tenía la esperanza de que Nate decidiera usar fardos de heno o pelusa de algodóncillo o lana reciclada, pero no. Probablemente era demasiado caro. Fue a casa, se bañó y salió para encontrarse con Mike. Helen y Nate querían acabar con el aislamiento ese mismo día para empezar a colocar los paneles de yeso.

—¿Y si alguien te hubiera visto entrar? —preguntó Mike mientras se agachaba para arrancar un puñado de juncia—. ¿Y si tu padre se hubiera enterado de dónde estabas? Se habría puesto furioso.

—Bueno, pero no se enteró, ¿verdad? Mi padre no se interesa mucho por lo que hago o adónde voy últimamente.

Mike frunció el ceño y empezó a romper la hierba en pedacitos.

—Tal vez debería. Es decir, ese tal Dicky es un auténtico loco. ¡El tipo vive con fantasmas y lleva un arma cargada a todas partes! Y no me dirás que ese viejo hotel no te pareció de lo más espeluznante.

Olive solo le había contado a Mike lo que Dicky le dijo: su madre no había estado ahí. Había decidido guardarse la información de la llamada que había escuchado. Y justo en ese momento acababa de darse cuenta de que había sido lo más inteligente que podía hacer. De ninguna manera podía contarle a Mike que planeaba regresar el próximo mes, ni que había una conexión entre su madre, Dicky y el club de fantasmas.

—¿Llevaba su arma cuando lo viste?

—Claro —indicó Olive.

—¡Rayos, rayos! —Mike soltó la hierba y la miró con los ojos muy abiertos por el asombro, hasta que su rostro adoptó el clásico ceño fruncido que usaría un padre para regañar a sus hijos—. Olive, ¿te das cuenta de lo peligroso que fue eso? —Un poco de saliva se escurrió por su labio inferior.

—¡Como si fuera a dispararme por entrar en su tienda en pleno día! Deja de actuar como si fueras mi padre —dijo Olive.

—No lo hago —respondió Mike.

—¿Ah, no? Pues lo parece.

—No quiero ser tu padre —aseguró él.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Mi novio tal vez? Porque te aseguro que no necesito ningún novio.

Sus mejillas se pusieron rojas como una langosta y se levantó, fulminándola con la mirada.

—Solo trato de ser tu amigo, Olive. —Jadeaba un poco, lo que les daba a sus palabras una especie de silbido, como un maldito perrito de las praderas con grandes ojos tristes—. De hecho, soy tu único amigo. Si eres demasiado tonta para entender eso, entonces tal vez no deberíamos ser amigos.

Él la miró, esperando. Ella sintió que se le iba la sangre a la cabeza.

—Tal vez no —dijo ella, fulminándolo con la mirada también.

Él se dio la vuelta y se alejó.

Ella se quedó sentada en el borde de los viejos cimientos de piedra, con el detector de metales a su lado, sin dejar de observar a Mike mientras este se abría paso hasta la orilla del pantano y luego se perdía por el camino que atravesaba el bosque.

—¡Maldito cobarde imbécil! —le gritó cuando ya casi no podía verlo—. ¡Te crees muy listo, pero no entiendes ni una mierda!

Se levantó y empezó a seguir su mapa con desánimo. No necesitaba a Mike.

No necesitaba a nadie.

Se secó las lágrimas con el puño y dejó que el detector de metales cayera al suelo.

Ya ni siquiera sabía lo que estaba buscando. Sí, el tesoro.

Pero, más que eso, quería respuestas.

¿Qué había estado haciendo su madre? ¿Qué había descubierto en Lewisburg? ¿Algo sobre Jane? ¿Algo que la ayudó a encontrar el tesoro? ¿Algo que le causó problemas? ¿Y qué hacía con Dicky y sus amigos en ese viejo hotel? ¿Qué quería decir el dibujo de su collar en el suelo?

Sentía que todas las piezas estaban delante de ella, como abalorios sueltos que solo hacía falta ordenar en un patrón que tuviera sentido. Tal vez, si se lo hubiera contado todo a Mike, él habría podido ayudarla a descifrarlo.

Demasiado tarde. De todas formas, solo habría corrido a contárselo todo a su padre.

Le dolía la cabeza. Le ardían los ojos. Volvió a sentarse con pesadumbre sobre los cimientos de piedra que solían ser parte de la casa de Hattie.

Olive sacó del escondite debajo de su camiseta el collar de su madre y se lo quitó. El collar colgaba frente a sus ojos mientras ella sostenía el delgado cordón de cuero entre su dedo índice y su pulgar. Se quedó observando el ojo en el centro, que parecía hacerle un guiño cuando le daba la luz. Se lo imaginó colgado en el cuello de su madre. Imaginó los zapatos de su madre, las zapatillas de cuento de hadas, y la imaginó a ella danzando lenta y lánguidamente con ellas por todo el pantano, flotando sobre el agua, dejando un rastro de zapatillas de dama color rosa pálido dondequiera que pisara con sus zapatos mágicos.

El dije colgaba del cordón, meciéndose con ligereza por sí solo, como si recordara cómo se movía cuando colgaba del cuello de su madre.

«Gira», pensó Olive, mientras veía cómo empezaba a girar.

«Más rápido», le dijo al collar, y este aumentó la velocidad, girando en el aire.

«Yo lo estoy haciendo —pensó Olive, perfectamente quieta—. Lo estoy haciendo con mi mente».

Se quedó mirando el collar, concentrada.

«Muévete en el sentido de las agujas del reloj», le indicó. Este dejó de girar y empezó a moverse en círculos en sentido horario, de manera lenta al principio, y después más y más rápido.

«Alto», le ordenó, y de inmediato, como si una mano invisible hubiese aparecido de la nada y sostenido el dije, se quedó completamente quieto.

—Muévete de arriba abajo —le dijo, esta vez en voz alta, porque, de pronto, sintió como si aquel símbolo plateado estuviese vivo y no le resultara nada extraño hablarle a un collar.

El dije se movió, danzó, saltó de arriba abajo como una marioneta con un hilo.

Una parte oscura e incrédula de su ser dijo: «Idiota. Tú lo estás moviendo. Claro que lo estás moviendo, y ni siquiera eres consciente de ello».

Pensó en su maestro de Ciencias, el señor Pomprey, que les había hablado de la selección natural. Y antes de eso habían visto el método científico en clase. Este consistía en hacer observaciones, formular preguntas, proponer una hipótesis y luego probarla.

Olive miró el collar.

«El dije de plata está saltando de arriba abajo —observó—. Como si alguien tirara del cordón una y otra vez, como un yoyó. No hay viento. Mi mano está perfectamente quieta. Así que algo más debe estarlo moviendo. ¿Qué hipótesis podría explicar este fenómeno? Mi hipótesis es que de verdad tengo telequinesis, como un personaje de una película o de un cómic».

¿Se estaba volviendo loca?

Aquello no era posible. La gente no hacía cosas así en la vida real, solo en historias inventadas.

Sentía la cabeza nublada y le dolían las sienes cada vez más. Estaba cansada y sedienta.

Hattie tenía la habilidad de mover cosas, de hacer que los objetos a su alrededor volaran por el aire. Al menos eso decía su tía Riley. Así que tal vez había ocurrido por estar ahí. Tal vez era el lugar, el pantano, el responsable de algún modo.

O tal vez Hattie la estaba ayudando. Ahora le dolía más la cabeza.

—¿Yo lo estoy moviendo? —preguntó en voz alta, mientras miraba el collar. De pronto, el dije dejó de saltar y quedó inmóvil, colgado del cordón.

«No, tonta —parecía decir—. No fuiste tú en absoluto. ¿Cómo podrías haber hecho tú algo así?».

«Solo eres Oliver el Raro. ¿Qué clase de poderes podrías tener?».

—Hattie... —dijo Olive. Sintió una ligera opresión en la garganta al decir el nombre—. ¿Estás aquí? ¿Lo estás moviendo tú?

El collar empezó a mecerse con fuerza en el sentido de las agujas del reloj.

Olive sintió un cosquilleo en las manos; su cuerpo entero vibraba con una extraña electricidad. Su cuerpo era el conducto. Un conducto para Hattie.

—De acuerdo —dijo Olive—. Entonces, ¿el movimiento en sentido horario significa sí?

El dije se movió en sentido horario otra vez.

¡Sí! Sí, sí. Hattie le estaba hablando. Se estaba comunicando con ella de verdad.

—¿Y cómo es no?

El collar se detuvo y empezó a girar en el sentido opuesto, contrario a las agujas del reloj.

—De acuerdo, entiendo —dijo mientras su corazón latía con fuerza y sus palmas estaban pegajosas por el sudor.

Podría hacer preguntas de sí o no.

Su mente se movía tan rápido que no podía formular su primera pregunta.

—¿De verdad eres Hattie Breckenridge?

Sí, dijo el collar, meciéndose en sentido horario.

«Claro —pensó ella—. Claro que lo es. ¿Quién más podría ser?».

Trató de calmar sus pensamientos y centrarse. ¿Qué es lo que más deseaba saber?

—¿El tesoro es real?

Sí.

Olive se rio en voz alta.

—¡Lo sabía! —exclamó.

—¿Puedes mostrarme dónde está?

En sentido antihorario: No.

—¿Mi madre lo encontró?

Sí.

—¿Se lo llevó consigo cuando se marchó?

No.

—¿Mi madre se marchó? ¿Huyó con un hombre?

No.

Olive contuvo la respiración, con la mirada fija en el collar que se detenía lentamente.

—¿Sabes dónde está?

Sí.

—¿Puedes ayudarme a encontrarla?

El dije de plata dudó un poco y luego empezó a balancearse en sentido horario.

Sí. Sí. Sí.

Capítulo 26

Helen

19 de agosto de 2015

Helen estaba en la casa nueva, hecha un ovillo sobre el suelo del salón. Las paredes estaban llenas de aislamiento rosa esponjoso. Con las puertas y ventanas instaladas y el aislamiento puesto, la casa era mucho más silenciosa. Ella y Nate habían terminado esa tarde e incluso habían tenido tiempo de empezar con los paneles de yeso. Ese, por otro lado, había sido un proceso lento y engorroso; maniobrar los pesados paneles de un metro veinte por dos metros cuarenta para meterlos en casa y hacer los cortes necesarios para que luego Nate sostuviera las piezas en su lugar, mientras Helen las atornillaba a las paredes con el taladro inalámbrico. El baño de abajo ya estaba cubierto de paneles de yeso grisáceo atornillados a los montantes y estaban listos para ser pegados. Era agradable tener una habitación con muros sólidos en vez de esa cueva.

Ahora, Helen parpadeaba en la oscuridad. Le pesaba la cabeza y sus pensamientos eran lentos. Hacía unas horas se había acostado en el remolque junto a Nate. Estaba lloviendo a cántaros y el techo goteaba otra vez. Habían colocado ollas y tazones por aquí y por allá para las goteras, y Helen estuvo dando vueltas en la cama un buen rato, oyendo cómo el agua golpeaba las ollas de metal, las latas vacías y los tazones de plástico. Eso, combinado con la lluvia golpeteando en el techo de metal, creaba una sinfonía burlona y furiosa de lluvia, con el toque de los truenos ocasionales. Como no lograba dormir, se levantó, fue a la cocina y se puso a leer *Cómo comunicarse con el mundo espiritual* otra vez. Ya lo había revisado varias veces, pero volvía a leerlo.

A la una de la mañana, Helen abandonó toda esperanza de dormir; se puso sus zapatillas y una sudadera, y se dirigió al pantano. Cuando empezó el verano, ni loca se hubiese atrevido a ir al bosque de noche y habría dado un brinco con cada ruido. Pero a esas alturas se sentía más cómoda con sus alrededores y los ruidos de la noche. Por supuesto que seguía nerviosa, pero la

atracción que ejercía Hattie sobre ella era más poderosa que el miedo. Y tenía la sensación, por muy irracional que fuese, de que Hattie no permitiría que le ocurriera nada malo. Ella la protegería.

La lluvia había menguado y ya no era un diluvio, sino una llovizna. Había recorrido el patio, salpicando agua de los charcos mientras dejaba atrás la oscura casa y el remolque. Bajó por el camino que atravesaba esa parte del bosque, prestando atención a los sonidos a su alrededor: gotas de lluvia sobre las hojas, el croar de las ranas, el chapoteo del pantano. El camino se había despejado y todo el pantano era visible. Había niebla pálida sobre el agua que parecía vacilar y cambiar, como si tratara de tomar forma.

—Hattie... —dijo en voz baja. La única respuesta que recibió fue el croar sordo de una rana solitaria. Se había quedado un rato observando el agua, pensando en lo que podría haber debajo. La lluvia había empezado a arreciar y su sudadera se estaba mojando. Había decidido volver a la casa sin terminar. Se sentó en el suelo, al lado de la repisa, aguardando, esperando. Pero nada ocurrió. Y se había quedado dormida.

Despertó y se estiró. Seguía lloviendo. Helen podía oír la lluvia en el segundo piso, que golpeaba el tejado de la casa nueva, el tejado que habían cubierto con tela asfáltica, pero que aún no tenía tejas.

«Porque no has encontrado el material. Has perdido el tiempo buscando ladrillos embrujados y ahora una repisa, para averiguar más sobre Hattie y su familia, en vez de traer cosas que de verdad necesitas para terminar tu casa. —Escuchó la voz de Nate en su cabeza—. Estoy preocupado por ti, Helen».

Se volvió hacia la repisa, su última victoria. La habían dejado dentro, en el suelo, envuelta en una lona para protegerla hasta que las paredes estuvieran listas y pudieran colgarla. Helen le quitó la lona para mirarla.

Tenía razón; era perfecta. Era la pieza que le hacía falta a su salón. Otra forma de darle a su casa una sensación de historia.

«Pero no necesitamos ninguna repisa», había dicho Nate cuando la vio por primera vez. Se había alejado de la repisa que Helen había puesto en la parte trasera de la camioneta para empezar a hurgar en la cabina.

—¿Dónde está la comida para ciervo?

—Mierda. Lo siento, la olvidé.

Él suspiró y se frotó el rostro.

—¿Qué vamos a hacer con una repisa? Aún no tenemos chimenea.

—He estado pensando —empezó a decir Helen— que deberíamos construir una. Una gran chimenea de ladrillo justo en medio de la casa. Eso la

haría más fiel al diseño original de las casas coloniales y añadiría masa térmica...

—¡Helen, eso no era parte de los planos! Esto no es una manualidad o un proyecto de *hágalo usted mismo*. ¿Tienes idea de lo que cuesta contratar a un buen mampostero? ¡Y ya estamos fuera del presupuesto!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Helen—. Entonces nos conformaremos con la estufa de leña y la chimenea de metal por ahora. Tal vez después podamos discutir la posibilidad de añadir una chimenea de ladrillo, ¿no? Por ahora podemos poner la repisa en la pared, detrás de la estufa de leña.

Nate entrecerró los ojos, tratando de visualizarla, pero sacudió la cabeza.

—Pero el conducto de la estufa quedaría delante de ella. Se verá rara.

—Podríamos poner el conducto detrás de la estufa, dentro de la pared, y luego colocar la chimenea de metal detrás de la pared del salón —sugirió Helen—. Quedaría mejor, ¿no? En vez de una chimenea de metal que subiera hasta el techo.

Nate la miró, parpadeando.

—No lo sé, Helen. Tendría que echarles un ojo a los planos para ver si funciona. Habría que repensar la despensa detrás de la pared. No creo que queramos que el tubo de la estufa caliente atravesase la despensa, ¿verdad? Perderíamos espacio de almacenamiento y ese calor se desperdiciaría. No era parte del diseño original. —Suspiró con frustración.

—La repisa tiene más de cien años, Nate. Y es de arce sólido —dijo ella—. La conseguí a muy buen precio. Una vez que la limpie verás lo hermosa que es.

—Solo me hubiera gustado que lo consultaras conmigo —señaló él—. La repisa no estaba en los planos. Ni en el presupuesto.

—Costó setenta y cinco dólares, Nate. —Su voz se oyó un poco más mordaz de lo que hubiera querido.

—Setenta y cinco dólares que pudimos haber usado para otros materiales que sí necesitamos, como tejas para el tejado. —Había alzado un poco la voz—. Creí que eso ibas a hacer hoy, ir a buscar materiales reutilizados que habías visto en internet.

Ella apartó la mirada, inspiró profundamente y trató de calmarse. Una mentirijilla más.

—No me fue bien. Estaban en peor estado de lo que decía el anuncio.

Él la miro de forma inquisitiva. ¿Se daría cuenta de que estaba mintiendo?

¿En qué momento se había vuelto tan fácil mentirle a su marido? Cuando vivían en Connecticut, nunca habría considerado la posibilidad de hacerlo.

Pero en aquel entonces se lo contaban todo. Aunque solo habían pasado unos meses, parecía toda una vida.

Se lo quedó mirando, su barba tupida, su mirada cansada, y pensó en lo distinto que era aquel hombre del que era su marido en Connecticut. No solo él; todo era diferente.

—Lo siento, Nate. Si no encuentro algo que funcione pronto, pediremos las tejas que viste en la tienda.

Nate asintió, sin dejar de observar la repisa con el ceño fruncido.

—Nate, por favor, ¿podemos meter la repisa, ponerla sobre la pared y ver cómo queda? —le pidió—. Por favor.

—Está bien —dijo él, y ella advirtió ese toque de satisfacción que sentía cada vez que ganaba un asalto.

Nate admitió que quedaba bien en la casa. Después de hacer algunos cálculos, había decidido que podían poner el conducto detrás de la estufa, pasarlo por la pared y colocar la chimenea junto a la despensa, para que la repisa no se ennegreciera. La habían colocado sobre una lona y Helen la había limpiado, usando un poco de limón, frotando las áreas que estaban rayadas y tratando de imaginar todo lo que habría visto esa repisa: muchas Navidades, cumpleaños, celebraciones; la llegada de la televisión; el declive de la granja; las peleas; el asesinato y el suicidio.

Esa noche, la repisa parecía brillar, casi resplandecer, en la oscuridad de la casa vacía.

Pero la casa no estaba vacía. Helen lo sabía.

Se quedó perfectamente quieta, esperando, atenta. Oyó pasos sobre el contrapiso de contrachapado y sintió que el aire a su alrededor se enfriaba. Se le erizó la piel. Se quedó contemplando la repisa sin quitarle los ojos de encima, sin parpadear, hasta que le empezaron a llorar los ojos. Y entonces apareció una figura que se paró a su lado. Helen alzó la mirada lentamente.

La mujer vestía vaqueros; su cabello, oscuro y voluminoso, estaba cortado por encima de los hombros. El jersey rosa tenía unas manchas rojas oscuras. Helen podía oler la pólvora y ese fuerte aroma ferroso a sangre fresca.

«Esto no es real —pensó Helen—. Estoy soñando».

Cerró los ojos con fuerza, luego los abrió y la mujer seguía allí. Helen podía ver la caja de clavos que Nate había dejado en el suelo junto a la repisa. Y su martillo también estaba allí, junto a un rollo de aislante de fibra de vidrio que no habían utilizado.

Aquello no era un sueño.

—¿Dónde están los niños? —preguntó la mujer, mirando a su alrededor con una mirada frenética. Parecía que hablaba con una voz muy alta, gritando incluso; sin embargo, Helen apenas la oía; sus palabras eran como el zumbido de una cigarra. Luego, agachó los ojos y se llevó la mano al pecho para tocar el agujero de la bala, y empezó a gritar. Era el sonido más agudo y lleno de angustia que Helen había oído en su vida.

—Por favor —le dijo Helen, tratando de alzar la cabeza, pero le pesaba demasiado—, todo está bien.

Pero en cuanto habló la mujer se desvaneció como una bocanada de humo que se lleva el viento.

Había desaparecido.

Pero el sonido seguía ahí. Fuera, el grito seguía y seguía.

Era el mismo que Helen había oído durante su primera noche allí. El sonido que, según Nate, era de una marta pescadora o un zorro.

Helen se hizo un ovillo, se cubrió las orejas con ambas manos y trató de silenciar los gritos.

Capítulo 27

Ann Whitcomb Gray

23 de mayo de 1980

La señorita Vera, la del cabello azul y la permanente, viene cada viernes a las tres. Me pide que le lea las hojas de té, las cartas, y que mire en mi cuenco de adivinación para ver qué le depara el futuro o si tiene algún mensaje del más allá.

—¿Qué ves, Ann? —pregunta—. ¿Qué te muestran los espíritus?

Contemplo el agua negra del cuenco, me concentro, arrugo el entrecejo, dejo de parpadear y mis ojos se ponen vidriosos.

—¿Es mi querido Alan que trata de contactarnos? —pregunta.

—Oh, sí —respondo sin dejar de observar el cuenco, como si Alan fuese un pez dorado nadando en círculos en el agua turbia—. Se está comunicando desde el más allá. Quiere que sepa cuánto la ama y que todo va bien.

En realidad, no veo nada de eso, pero he aprendido a decirles a las mujeres de Elsbury lo que quieren oír. En especial a las ancianas, a las que están solas. Como la pobre señorita Vera, con su espalda jorobada y sus dedos artríticos inflamados. El anillo de compromiso con un diamante y las arras de boda de oro blanco que usa ahora no le quedan bien; claramente, estaban diseñados para un dedo más rollizo y joven. Y a pesar de que no veo ningún espíritu del presente, puedo describir el pasado con claridad: Vera como una mujer joven en el altar, hermosa y feliz, con Alan a su lado. Él le pone el anillo en el dedo, la toma entre sus brazos y la besa, y ese beso trasciende el tiempo y el espacio, llena el aire de la habitación en este momento, casi sesenta años después. El beso que vino antes que todo lo demás: antes que sus cuatro hijos, antes de que el mayor muriera en un accidente de automóvil, antes de que Vera padeciera un cáncer de pecho, al cual había sobrevivido, y antes del cáncer de pulmón de Alan, al cual no había sobrevivido. Fumar dos cajetillas al día durante sesenta años te pasará factura tarde o temprano.

—Está aquí ahora —digo mientras observo el cuenco de cristal cortado lleno de agua y colorante negro (unas cuantas gotas de colorante Rit).

—¿Qué dice? —pregunta la anciana—. ¿Tiene un mensaje para mí?

Entrecierro los ojos mientras contemplo la taza y me sobresalto por lo que veo. No es el rostro de Alan (real o imaginario), ni mi propio rostro el que veo.

Es ella otra vez. La mujer. Ha vuelto. Esa mujer de mis sueños, de mis pesadillas. A veces pienso que es parte de mí: mi lado oscuro, el origen de todos mis poderes. Ella es la que me da las visiones y el poco conocimiento que tengo, eso lo entiendo. Mi guía espiritual. Me resulta tan familiar; no es el rostro de mi madre, pero tiene muchas similitudes. Tiene los mismos ojos que mi madre, pero un rostro más alargado; el mismo cabello oscuro y rizado, pero largo, no corto como el de mi madre. Y esta mujer lleva un collar con un diseño extraño: un círculo, un triángulo, un cuadrado y otro círculo con un ojo en el centro. Sueño con ella desde que era niña. Desde antes de que mi madre muriera en el incendio, antes de que mi padre volviera a casarse y nos enviara a mi hermano Mark y a mí a Springfield para empezar una nueva vida con su nueva esposa, Margaret. Mi padre nos obligaba a llamarla «madre», y a la nueva camada que tuvieron, todos rubios, de ojos azules y pecosos como su madre, «hermanos». Ellos fingen querernos para hacer feliz a nuestro padre, pero siempre nos han mirado con suspicacia por nuestro cabello negro y ojos oscuros, y por la tragedia con la que cargamos.

La mujer de mis sueños me está hablando, tratando de decirme algo, pero no oigo sus palabras. Acerco mi rostro a la taza. Puedo percibir el olor alcalino del tinte negro. Mi respiración crea pequeñas ondas en el agua, distorsionando su imagen.

La mujer en el agua habla insistentemente, pero sin sonido. Sus ojos se clavan en los míos. Sostiene algo en las manos, algo que no puedo distinguir al principio; luego, la imagen se hace más clara y puedo ver el objeto.

Es un arma. Una pistola. Pequeña y plateada, como la que tiene Sam.

«Mi dulce *Melissa*». Así llama a su pistola. Qué tontería, ponerle nombre a una pistola. Y más aún un nombre como el de una amante. Le da un poder extraño al objeto, infunde calor, emoción, en el frío metal.

Sam no está en casa; está fuera, arando el campo, pero llegará para la cena. Si la señorita Vera me paga bien, podremos cenar un rico bistec esta noche. Nada de pasta con salsa Alfredo o arroz cajún con judías; que un plato tenga un nombre elaborado no hace que te llene más la barriga ni disfraza el hecho de que es una comida barata, de que no podemos pagar algo mejor.

No hay dinero para comprar carne, pero siempre hay para el *whisky* de Sam. Él se asegura de que así sea.

Sam no es un mal hombre. Solo uno con mala suerte. Sin opciones. El año pasado vendimos doce hectáreas para pagar los impuestos. Ahora estamos ahogados en deudas otra vez.

Oigo la voz de Sam, tan clara como las campanas de la iglesia, en mi mente (aunque sé que está fuera, arando los campos del lado este, preparándose para plantar el maíz).

«Acabados —dice—. Estamos acabados».

Agacho la mirada y veo mi propio reflejo en el agua ondulante, pero hay sangre en mi pecho, floreciendo como una flor.

Doy un grito ahogado y me tambaleo hacia atrás; casi me caigo de la silla.

—¿Qué pasa? —pregunta Vera—. ¿Es mi Alan?

—Sí —digo mientras me enderezo y recupero la compostura.

Miro mi jersey, que sigue limpio, sin mancha alguna.

—Se me ha aparecido con tal fuerza que me ha cogido por sorpresa —le digo—. Te ama de verdad. Extraña mucho ese pastel que solías preparar.

Una apuesta por mi parte, pero soy buena en esto, y la sonrisa en el rostro de Vera me confirma que he vuelto a acertar.

—¡Oh! —exclama—. ¡El pastel de azúcar moreno! ¡Claro! ¡Llevo años sin prepararlo! Creo que iré a casa y hornearé uno esta tarde.

—Eso le gustaría —le digo, y me atrevo a echar otro vistazo a mi cuenco. Solo veo mi propio reflejo tenue—. Te está sonriendo. ¿Puedes sentir su sonrisa?

—Sí —dice ella—. Puedo sentirla.

Mete la mano en su bolso de charol, saca cuarenta dólares y me los entrega. Luego saca otros diez y los pone discretamente en mi mano.

—Gracias, Ann —dice ella, con su mano seca y polvosa en la mía—. Esto significa tanto para mí...

En momentos como este, me pregunto: «¿Está mal que haga esto? Mentir, fingir, inventar pequeñas historias de ficción basadas en pequeños destellos que a veces recibo y a veces no». Veo lo feliz que está Vera, cómo camina con más entusiasmo mientras se apresura para salir por la puerta e ir a casa a hornear su pastel. «Estoy haciendo un buen trabajo —pienso—. Estoy brindándole una luz positiva al mundo».

Más tarde, cuando Sam llega, estoy ocupada preparando la cena en la cocina.

—¡Papi! —exclaman los niños, y lo rodean como pájaros hambrientos.

Me doy cuenta de que, aunque no son ni las cinco, Sam ya ha estado bebiendo. Se tambalea incluso de pie, se apoya ocasionalmente en muebles o en la pared, para recuperar su equilibrio. Tiene una botella oculta en el granero. Y otra en el taller. Están por todas partes, para que nunca tenga sed.

—No molestéis a vuestro padre —les digo a los niños—. Lleva todo el día trabajando. Id al salón. Os llamaré cuando la cena esté lista.

Mis niños siempre me hacen caso. Han aprendido.

Han aprendido a tenerle un poco de miedo a su padre y a mantenerse a distancia cuando es evidente que ha bebido.

Una vez que los niños se marchan, miro a Sam a los ojos.

—¿Va todo bien? —le pregunto. Odio que mi voz suene tan tímida. Odio que, siempre que él llega, me convierta en un ratón asustadizo.

Y él se echa a reír. Es una risa amarga y sin alegría. Su aliento caliente con aroma a *whisky* impregna la cocina, llenando el aire de combustible y convirtiéndolo en un peligro. Bastaría una cerilla para que todos explotáramos.

Sale tambaleándose de la cocina, choca con una silla y golpea la pared mientras gira en la esquina para entrar en nuestra habitación. Oigo que empieza a abrir cajones ahí dentro. Tal vez se está poniendo el pijama. Tal vez está exhausto y harto, y solo quiere acostarse, quiere que este día termine, por piedad.

Pero entonces oigo sus pasos mientras entra en el salón. Y Jason dice:

—Papi, ¿qué estás haciendo con tu dulce *Melissa*?

Y vuelvo a oír esa risa, esa risa vacía y atormentada que llena todo el pasillo mientras empiezo a correr de la cocina al salón, sobre la alfombra; corro más rápido de lo que he corrido en toda mi vida: más allá de la puerta del sótano, los dormitorios, el baño con el grifo que gotea y, finalmente, llego al salón, donde Sam está de pie junto a la repisa de la chimenea, sosteniendo su pequeña pistola plateada. Su risa se convierte en un tarareo, una cancioncita, y al fin puedo distinguir las palabras.

—Acabados —dice—. Estamos todos acabados.

Me acerco a él con las manos extendidas.

—Sam —le digo—. Mi cielo.

Y él levanta la pistola y dispara.

Capítulo 28

Olive

23 de agosto de 2015

—Papá —dijo Olive detrás de la mascarilla para el polvo que llevaba puesta. Estaban arrancando el yeso y las tiras de madera de su habitación, y el aire estaba lleno de polvo. Era curioso, porque justo el día anterior había ayudado a Helen y a Nate a terminar de poner los paneles de yeso de su casa nueva. Hoy empezarían con el proceso de poner la cinta y aplanar. Y mientras tanto ahí estaba ella, derribando una pared vieja pero en perfecto estado. Era la única que se suponía que iban a conservar, pero su padre había insistido en que la reconstruyeran; sería raro si tres de las paredes tenían paneles de yeso nuevos y lisos, mientras que otra lucía un contrachapado viejo y rugoso. Ella había argumentado que así estaba bien. Que, de hecho, la prefería así, incluso para acentuar la diferencia la podrían pintar de otro color, pero él había insistido. «Tu madre siempre dice: “No hagas algo si piensas hacerlo a medias”».

¿Y quién era ella para discutir con su madre?

Olive estaba decidida a trabajar lo más rápido que pudiera, a darse prisa para desmontar su dormitorio y que pudieran reconstruirlo lo antes posible. Pero estaban tardando siglos. Habían tenido que dejar su habitación pendiente mientras derribaban la pared del baño y reparaban las tuberías, que habían empezado a gotear. Después, su padre decidió que era urgente pintar el salón, y ya llevaban dos capas de pintura cuando le dijo que el color no se veía bien y que a su madre no le gustaría, así que lo intentaron con un tono de azul más pálido, y tampoco le gustó. Olive se puso firme e insistió en que tenían que dejar el salón para terminar con su dormitorio. Si su padre no la ayudaba, y abandonaba el trabajo como lo había hecho con tantas otras habitaciones, entonces lo haría ella misma. Había estado acampando en el incómodo y abultado sofá del salón desde antes de que terminaran las clases, y necesitaba recuperar su dormitorio, su refugio. No le importaba vivir en una casa que parecía una zona en construcción, siempre y cuando pudiera tener un lugar

donde guarecerse, una habitación donde todo estuviera en su lugar. El ojo del huracán.

—¿Qué pasa, Ollie?

—He estado pensando. Ya sabes, en... —Dudó; no estaba segura de cómo seguir. Sabía que ese era el único tema que nunca debía mencionar, el que más le dolía a su padre, pero era necesario. Tenía que saberlo—. En mamá. En cómo estaban las cosas antes de que se marchara.

Él apretó la mandíbula. Su padre no usaba mascarilla mientras trabajaba, así que podía ver cómo se tensaban los músculos bajo su piel firme y sin afeitar, que ahora estaba cubierta por una delgada capa de polvo de yeso. Parecía un fantasma.

—¿Sí? —dijo él con el mazo en la mano. Estaba listo para el siguiente martillazo, pero se había detenido y aguardaba.

—Recuerdo que pasaba poco tiempo en casa. ¿Alguna vez te dijo adónde iba o con quién pasaba todo ese tiempo?

—No, Ollie. No lo hizo. Y cuando me lo decía siempre era muy escurridiza al respecto. «Salí con Riley» o con «unos amigos», cosas así. —Se detuvo—. Parte de mí sabía que mentía. Pero no quería afrontar la verdad.

—¿Cuál es la verdad, papá?

Frunció el ceño y sacudió la cabeza. No iba a decirlo en voz alta.

—Pero ¿y si esa no era la verdad? ¿Y si era solo un rumor? —prosiguió Ollie.

—Ya, deja ese asunto en paz.

—Pero, papá, ¿y si eso no fue lo que ocurrió? ¿Y si ella...?

—¡Llegaba a casa con otra ropa! —Los ojos de su padre ardían—. Me decía que estaba con Riley y yo sabía que no era cierto, porque Riley llamaba a casa buscándola, para preguntarle si quería salir. Había noches en las que ni siquiera se molestaba en regresar, Ollie. La descubrí varias veces escabulléndose de madrugada. ¿Qué otra explicación podría haber? —Sacudió la cabeza—. Lo siento, Ollie. En serio, lo siento, pero es la verdad.

—Hablé con Sylvia. Ya sabes, la amiga de mamá que atiende el bar Rosy. Y sé que mamá pasó al menos una noche en ese lugar.

Él se giró hacia la pared y arrancó un pedazo de yeso suelto con la mano.

—¿Ah, sí?

—Sylvia también mencionó algo sobre un club al que tal vez pertenecía. ¿Sabes algo de eso?

Pensó en mencionar a Dicky Barns, pero decidió que no era buena idea; ya sabía cuál era la opinión que su padre tenía de él y pensó que solo lo haría

empezar a despotricar, y eso no era lo que ella quería.

—Seguro que hablaba de un club de baile o algo así —dijo con un tono de desagrado—. Música escandalosa, bebidas baratas. A tu madre le encantan esos lugares. —Volvió a apretar la mandíbula, como si sostuviera algo fuertemente con los dientes.

Olive recordó todas esas ocasiones en las que sus padres salían juntos: cenaban en Barre, un restaurante especializado en carnes, y a veces veían una película después. En otras ocasiones iban al bar Rosy para ver jugar a los Red Sox en la pantalla grande o a reunirse, después de algún partido, con algunos de los amigos de su padre que jugaban en el equipo de sóftbol. Su padre también solía jugar, pero ya no lo hacía debido a la lesión de su rodilla. Pero no recordaba ni una sola vez en la que hubieran salido a bailar o a alguna especie de club nocturno. Ese tipo de lugares estaban reservados para las salidas de su madre y Riley. O de su madre sola, cuando se veía con otros amigos. U otros novios, si uno creía en los rumores.

Olive sacudió la cabeza.

—No creo que Sylvia se refiriera a eso.

—Bueno, pues... Tu madre nunca me dijo nada de un club. No es muy social que digamos, si sabes de lo que hablo. —La miró a los ojos.

Olive asintió. Sabía exactamente de lo que hablaba. Su madre nunca se había ofrecido a ayudar en sus viajes escolares o a preparar *brownies* para el mercadillo que montaban en la escuela. Cuando Olive le había suplicado que la dejara unirse a las Niñas Exploradores en tercero, porque su mejor amiga, Jenna, se había apuntado, su madre había dicho que no. «¿Para qué quieres ir con ellas, Ollie? Perder el tiempo haciendo collares de macarrones, vender galletas con un montón de niñas con uniformes iguales, competir por insignias. Los grupos así son un entrenamiento para que los niños pierdan su individualidad, para que sean iguales a todo el mundo. No creo que quieras eso, ¿o sí?».

Olive había sacudido la cabeza en aquel entonces. Pero era mentira. En secreto, parte de ella añoraba ser como las otras niñas, para sentir que encajaba.

Su madre era una mujer individualista. Un ser único que giraba y destellaba y brillaba cuando entraba en una habitación. Pero Olive solo quería mezclarse con los demás, desaparecer en el fondo.

«¿Tienes idea de lo especial que eres, Ollie?», le había preguntado su madre una noche, poco antes de marcharse.

Olive se había encogido de hombros, pensando: «¿Yo? ¿Especial? No tengo nada de especial», pero no quería contradecirla. Su madre estaba sentada al borde de la cama, arropándola a pesar de que Olive ya era mayor para eso.

«Algunas personas tienen magia en las venas. Tú eres una de ellas. Tú y yo. ¿Puedes sentirlo?». Luego se había llevado la mano al cuello, tocó su collar, el collar «que todo lo ve», y esbozó una gran sonrisa.

Olive miraba a su padre cubierto de polvo y sabía que tenía que insistir. Quizá él supiera algo, quizá una pieza crucial del rompecabezas, sin ni siquiera ser consciente de ello.

—¿Recuerdas el collar que mamá llevaba siempre? ¿El plateado?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—¿Se lo diste tú?

Él suspiró.

—No, no fui yo.

—¿Sabes de dónde lo sacó? —preguntó ella.

—No lo sé, Ollie. Supongo que probablemente fue un regalo. Tal vez él se lo dio.

Olive tragó saliva. No necesitaba preguntar a quién se refería su padre con «él». Era el hombre misterioso, el otro hombre, el hombre por quien se suponía que los había abandonado.

Pero ¿y si eso no era verdad?

—Creo que lo mejor sería —dijo su padre— que te olvidaras de ese collar.

Olive podía sentir el collar de plata bajo su ropa. Quería llevarse la mano al pecho y tocarlo, pero no quería revelarles pistas a su padre.

—Creo que deberías concentrarte en otras cosas en este momento. —La miró con el ceño fruncido, como si tuviera un terrible dolor de cabeza—. Las clases empiezan la próxima semana —dijo finalmente.

—Lo sé —respondió ella. De pronto sentía la boca seca. Había tratado de no pensar en ello.

—Las cosas serán distintas este curso. —Respiraba con algo de dificultad y su rostro estaba enrojecido. Parecía un hombre listo para atacar—. Tú crees que puedes engañar a tu padre, pero no es así. Claro que he recibido las llamadas. Las cartas. Tu boletín de notas. Sé que faltaste mucho al instituto el

año pasado. Sé que te saltaste varias clases. Apenas lograste pasar de curso, Ollie. Hasta tuve que ir a una junta con el director y tu asesor académico.

—¿Qué? —preguntó ella sin aliento.

—Entienden que el año pasado fue difícil para ti. Que hubo circunstancias extremas. Pero las cosas tienen que cambiar, Ollie. Este año no serán tan permisivos contigo. Saben que puedes hacerlo mejor. Yo sé que puedes hacerlo mejor.

—Papá, lo siento. No fue mi intención...

Él sacudió lentamente la cabeza, como si le doliera el cuello y su cabeza pesara demasiado.

—No quiero disculpas. Solo quiero ver algo distinto este año. Quiero que vayas al instituto y te dejes la piel estudiando. Para compensar lo del año pasado. Quiero que tu madre y yo nos sintamos orgullosos de ti.

Él se la quedó mirando; tenía los ojos un poco rojos.

—Sí, señor —dijo ella.

—Y otra cosa —añadió su padre; el mazo en su mano se balanceaba como un péndulo. Llevaba sus guantes de trabajo, hechos de cuero, muy manchados y tan desgastados que, de su mano derecha, asomaban dos dedos—. Creo que deberías alejarte del mugroso bar Rosy. No quiero que vuelvas a hablar con esa tal Sylvia Carlson. —Escupió el nombre como si le dejara un mal sabor de boca—. Aléjate de ella. Casi siempre está medio borracha. Si tu madre salía a bailar y esas cosas, sin duda era con Sylvia con quien iba. No me sorprendería que ella le hubiera presentado a... —Se interrumpió; su cara estaba totalmente roja bajo la capa pálida de polvo de yeso.

Olive terminó la oración en su cabeza: «él».

Él otra vez. El hombre con el que su madre se había escapado. Casi le hace la pregunta que le vino a la cabeza en ese momento, la misma que se había estado haciendo ella misma desde que encontró el collar: «¿Y si eso no fue lo que pasó? ¿Si su madre no huyó con un tipo que conoció en un bar?».

Pero las respuestas a esas preguntas eran incluso más difíciles, más dolorosas de imaginar. Era más fácil pensar que su madre había sido infiel, que tenía un novio secreto con el que se había fugado.

—Sigamos trabajando —dijo su padre, se dio la vuelta y golpeó la pared con el mazo usando todas sus fuerzas, tanto que el yeso salió volando y rompió las finas tiras de listones de madera. Hizo oscilar el mazo y golpeó la pared una y otra vez, con tanta fuerza, tanta ira, que Olive pensó que iba a derribar toda la casa.

Suelos y molduras

Capítulo 29

Helen

9 de septiembre de 2015

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Helen a Riley mientras la seguía para entrar en el antiguo hotel Hartsboro. Todo allí era extraño y un tanto peligroso. La Helen de antes, la que vivía en Connecticut, nunca hubiera dejado que alguien la llevara a un espeluznante hotel en decadencia para sentarse con un montón de desconocidos y tratar de entrar en contacto con el mundo espiritual. Aquello parecía el inicio de una mala película de terror.

Según el letrero de la entrada era una tienda de antigüedades. Se detuvieron en el vestíbulo, frente al escritorio, como si estuviesen esperando para registrarse y que alguien les pasara una de las viejas llaves que seguían colgadas en ganchos en la pared.

—Como ya dije, no perdemos nada, ¿verdad? —le dijo Riley en voz baja—. Dicky organiza estos círculos espirituales cada miércoles y las sesiones están abiertas a quien quiera participar. Tal vez, si Hattie o Jane o Ann tienen algún mensaje, podrían entregártelo por medio del círculo.

Helen tenía dudas. Aún trataba de entender la lógica que había detrás de todo eso, porque le parecía que, si algo iba a ocurrir, lo más probable era que ocurriera en la casa. La casa y los objetos dentro de ella eran lo que las atraía de vuelta. ¿De qué les podía servir ir a un viejo y polvoriento hotel a ocho kilómetros del pantano y pagar veinte dólares para sentarse alrededor de un círculo de velas con un montón de desconocidos? Sin embargo, estaba desesperada por comunicarse con ellas de nuevo. Desde aquella vez en la que vio el espíritu de Ann por unos instantes, no había ocurrido nada más y ya habían pasado un par de semanas.

Riley estaba decidida a darle una oportunidad a aquel enfoque y Helen no podía negar su curiosidad por el círculo espiritual: cómo sería, quién asistiría. ¿Qué clase de personas estaban tan desesperadas por hablar con los muertos como para asistir a un evento así?

«Yo —pensó—. Yo soy su público objetivo».

—¿Tú ya has venido antes? —le preguntó Helen a Riley.

—Una o dos veces, pero hace mucho tiempo —respondió ella—. Solo te pido que, por favor, no le menciones nada de esto a Olive. Pensará que las dos nos hemos vuelto locas y creo que, por ahora, tú y yo somos la única estabilidad que tiene en su vida.

—Y tú tienes que prometer no contarle nada a Nate —dijo Helen.

—Muy bien. Entonces, será nuestro secreto —propuso Riley.

Riley se había encargado de Nate; le dijo que iba a secuestrar a Helen para una noche de chicas. «Vamos, tanto trabajo y nada de diversión no es bueno para el corazón. La cuidaré bien —le había dicho Riley—. Lo prometo».

Los tres habían pasado todo el día instalando el suelo de madera en el salón. Las tablas eran de madera reciclada de arce y a Helen le encantaban: cada rasguño y agujero le daban carácter al suelo; una especie de calidez y encanto que sería imposible conseguir con un suelo nuevo. Hasta Nate estuvo de acuerdo en que valía la pena el esfuerzo de lograr que las tablas encajaran y combinaran. Además, Riley las había conseguido a muy buen precio. También había encontrado unos cientos de metros cuadrados de tablas anchas de pino en un viejo silo; las usarían para el segundo piso. Nate estaba encantado de que hubieran logrado mantener el coste del material para el suelo dentro del presupuesto.

Helen siguió a Riley por la escalera del hotel (que no parecía muy resistente) y por un pasillo con alfombra. A cada lado del pasillo había puertas que llevaban a viejas habitaciones. La mayor parte de ellas estaban cerradas, pero las que permanecían abiertas estaban llenas de muchísima basura: muebles rotos, estantes para ropa devorada por las polillas, resortes de cama oxidados.

Al final del pasillo había una puerta doble. Y sobre las puertas un viejo letrero que decía: «BAR Y RESTAURANTE».

Riley entró y Helen detrás de ella.

La habitación estaba oscura y olía a velas aromáticas, incienso, humedad y, tal vez, marihuana. Había una larga barra de madera delante de ellas, con un espejo detrás y una hilera de bancos vacíos enfrente. A su derecha, una pared con ventanas cubiertas por cortinas. A su izquierda, un grupo de gente sentada en un círculo, con velas encendidas a su alrededor: en el suelo, en la repisa de la chimenea frente a la que estaban, en las mesas y en las sillas vacías. Hablaban en voz baja. Riley guio a Helen hacia el grupo. El suelo estaba cubierto con una alfombra andrajosa. Los muebles estaban en bastante

mal estado y la tapicería llena de agujeros. Había seis personas en el círculo y, al entrar, doce ojos se fijaron en Riley y Helen.

—Hola, Dicky —dijo Riley.

—Qué alegría verte, Riley —respondió él.

—Esta es mi amiga Helen.

El hombre con quien hablaba asintió, alzó la mirada y se quedó mirando fijamente a Helen. Ella sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Bienvenida —anunció él—. Tomad asiento. —Era un hombre alto; Helen calculó que de unos cincuenta y tantos años. Su rostro era angular y su piel parecía dañada, sus pequeños ojos eran de un azul grisáceo y tenía un gran bigote. Vestía pantalones tejanos, una camisa y botas de vaquero puntiagudas. Entonces, Helen vio el gran cinturón de cuero y la funda de la pistola. El hombre tenía un arma en la cintura.

¿Para qué quería una pistola un hombre que hablaba con fantasmas?

Pensó que lo mejor que podía hacer era coger a Riley de la mano y sacarla de ahí. Pero era demasiado tarde. Riley ya había ocupado un lugar vacío y le estaba señalando a Helen la última silla que quedaba libre.

Tenían exactamente dos sillas vacías, como si las hubiesen estado esperando.

Helen tomó asiento, se volvió hacia Dicky y trató de imaginarlo como un niño pequeño que había perdido a su padre en el bosque, por culpa de la cierva blanca. ¿Qué habría visto el pequeño Dicky aquel día? ¿Cuánto tiempo habría corrido detrás del padre y la cierva, gritando con desesperación?

La mujer sentada a la izquierda de Dicky se inclinó y susurró algo al oído del anciano a su lado, que tenía ojos grandes y orejas de las que salían largos pelos. Helen se dijo que parecía un búho americano. El hombre búho asintió.

—Antes de empezar —dijo Dicky—, dediquemos un minuto a recordar que la comunicación que buscamos con aquellos que ya no están entre nosotros no empieza ni termina aquí, en este círculo.

—Así es —exclamó el hombre búho, asintiendo a la vez.

Dicky se aclaró la garganta y siguió hablando:

—Supongo que se podría decir que aprender a leer signos de los espíritus es un poco como aprender a hablar otro idioma.

Los presentes asintieron.

—Se trata de percibir patrones, de aprender a ser más receptivos a los signos que recibimos cada día por parte de nuestros seres queridos que se han ido. Y sabéis a qué me refiero: sueños recurrentes, números que aparecen constantemente en nuestra vida, una canción en la radio, una imagen que no

podemos olvidar. La realidad... no es aleatoria. —Arrastró los pies con sus botas puntiagudas—. Los espíritus tienen el poder de manipular el mundo a nuestro alrededor. De enviar señales. Depende de nosotros mantener los ojos abiertos. Escuchar lo que tienen que decir.

Helen no sabía si era su imaginación, pero sintió que Dicky se giró hacia ella directamente al decirlo.

—Yo sigo viendo ese pájaro carpintero en mi patio —dijo un hombre que Helen reconoció; trabajaba en la pizzería—. Era el ave favorita de mi hermano. Estoy seguro de que es él.

Se oyó un murmullo general entre los presentes, que parecían estar de acuerdo con lo que decía el hombre, seguido de más discusiones sobre las coincidencias, los momentos fortuitos y las señales que todos ellos habían recibido: números de placas que se repetían como una especie de código, voces con mensajes importantes que habían escuchado en la interferencia al cambiar de emisora de radio, sueños recurrentes.

Helen no dijo nada. Dicky la miró.

—Cuéntame, Helen, ¿has experimentado algo similar?

Ella se encogió apenada y se giró hacia Riley, que asintió.

—Bueno —empezó a decir Helen—, últimamente me despierto todas las noches a la misma hora. Las tres y treinta y tres. —No les dijo que veía fantasmas. A pesar de que estaba segura de que esa era justo la clase de grupo que apreciaría una historia así, no estaba dispuesta a confiarles un detalle tan importante a unos desconocidos.

La mujer que estaba a su lado asintió.

—Son los espíritus que te despiertan. Ese es un número poderoso. El número tres es el número de la comunicación. De la habilidad psíquica. Es el número de los médiums.

Miró a Helen para ver cómo reaccionaba a su respuesta.

—¿Qué ocurre cuando despiertas, querida? ¿Tienes visiones? ¿Algún sentimiento en particular?

—No —mintió Helen—. Solo me vuelvo a dormir.

La mujer asintió.

—La próxima vez, quédate despierta. Quédate despierta, abre bien los ojos y escucha. Si te siguen despertando, debe haber un motivo.

Más murmullos del grupo. Helen sintió que todo el mundo la observaba con atención.

—Podemos empezar —indicó Dicky.

Estiró los brazos para coger las manos de las personas que tenía a cada lado y luego todo el círculo hizo lo mismo. Helen cogió la mano de Riley a su derecha y la de la anciana a su izquierda. La mano de la mujer era delgada y frágil, y temblaba ligeramente como un pajarillo capturado. Dicky cerró los ojos y agachó la cabeza, los demás lo imitaron. Helen también agachó la cabeza, pero mantuvo los ojos abiertos, para observar.

—Traemos solo buenas intenciones a este círculo —dijo él.

—Traemos solo buenas intenciones a este círculo —repitieron los demás.

—Abrimos nuestros corazones y nuestras mentes a aquellos que podemos sentir, pero no podemos ver —dijo Dicky.

—Abrimos nuestros corazones y nuestras mentes a aquellos que podemos sentir, pero no podemos ver —repitió el grupo.

—Les pedimos a los espíritus que se manifiesten en esta habitación, que aparezcan.

Esta vez, los demás no repitieron lo dicho por Dicky. La habitación, llena de humedad, se quedó en absoluto silencio. Lo único que podía oír Helen era la respiración de los demás.

—¿Hay algún espíritu aquí entre nosotros? Envíanos una señal —exclamó Dicky.

Se oyó un fuerte golpeteo procedente de algún lugar detrás de Dicky, cerca de la vieja chimenea. Helen levantó la cabeza rápidamente y trató de distinguir algo entre las sombras.

—Bienvenido —dijo Dicky, sonriendo, pero sin abrir los ojos—. Acércate. ¿Tienes un mensaje para nosotros? ¿Un mensaje para alguno de los presentes?

Tenía que haber otra persona en la habitación con ellos. Alguien oculto detrás de la pared, escuchando. Alguien que interpretaba el papel del fantasma. Para darles a esas personas lo que habían ido a buscar.

Helen sintió una gran decepción. Todo era una farsa. Aquellas personas no podían invocar espíritus reales.

La anciana sentada junto a Helen apretó más su mano.

—Estoy recibiendo algo —anunció. Había un crujido sordo en su voz—. Es un mensaje para Kay.

Una mujer de mediana edad con un jersey rojo se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Para mí? ¿Quién es? ¿Qué dice? —Su cabello era de un tono rubio decolorado y su piel era amarillenta y enfermiza a la luz de las velas. Llevaba una gruesa capa de sombra de ojos azul que le llegaba hasta las cejas.

—Es tu hermana Jessa.

—¡Oh! —exclamó Kay con emoción, y abrió mucho los ojos—. ¿Qué dice?

—Quiere que sepas que te quiere. Y dice que... dice que lo lamenta.

—¡Oh! —exclamó Kay; las lágrimas se acumularon en sus ojos, demasiado maquillados, y empezaron a correr por sus mejillas amarillentas—. ¡Oh, Jessa! No tienes nada que lamentar. ¡Te perdono! ¡Dile que la perdono!

Kay sollozaba.

La mujer mayor al lado de Helen sonrió.

—La has hecho tan feliz, Kay... Se siente tan aliviada...

«Por el amor de Dios —pensó Helen—. Todo esto es una mierda». Le parecía cruel, desgarrador incluso, aprovecharse de personas como Kay; personas que sufrían y que claramente tenían asuntos pendientes con los muertos. Se imaginó que, de haberse topado con este grupo justo después de la muerte de su padre, cuando la fuerza de su dolor casi la partía en dos, estas personas se habrían aprovechado al máximo de ella. Y probablemente ella también habría caído en la trampa. Porque estaba desesperada por hablar con su padre una última vez, por despedirse y tener ese último momento que, sentía, le habían robado.

—Hay otra presencia aquí —indicó Dicky.

—Oh, sí, claro que la hay —afirmó la mujer anciana junto a Helen, y se giró hacia ella. Su rostro estaba marcado por arrugas muy profundas—. Es un mensaje para ti, querida.

—¿Para mí? —preguntó Helen.

La mujer asintió y cerró los ojos. Sostuvo con fuerza la mano de Helen y le dio un apretón.

—¡Oh! Ella es un espíritu fuerte.

Aquello ya era demasiado. No debería haberle hecho caso a Riley; no debería haber ido a ese lugar. Quería levantarse y marcharse, pero sus buenos modales se lo impedían. Con los ojos cerrados y sujetando la mano de la mujer, pensó: «Esto terminará pronto. Luego podré largarme de aquí y no volver nunca».

Empezaba a dolerle la cabeza. El olor del incienso y las velas era demasiado dulce y empalagoso; sentía el aroma en el fondo de la garganta y le daba la impresión de que se le estaba cerrando; la sentía más y más cerrada cada segundo que pasaba.

—Es una mujer, pero no quiere identificarse. Dice que tú sabes quién es. Dice... dice que hay alguien a quien tienes que encontrar. Creo que es... ¿un

pariente tuyo? No, no, eso no. La persona es un pariente suyo. Tienes que encontrar a un pariente suyo.

Riley le dio un apretón en la mano a Helen.

—Dice que tienes que darte prisa. Se te está acabando el tiempo —siguió la anciana, con una mueca en el rostro.

—¿Algo más? —preguntó Riley—. ¿Dice cómo podemos encontrar a esta persona?

—¡Esperad! Tiene otro mensaje —dijo la anciana, que abrió los ojos y le dio a Helen otro apretón de manos—. Este es solo para ti y nadie más. Cierra los ojos, querida. Cierra los ojos y escucha con todo tu ser. Está tratando de llegar a ti.

Helen cerró los ojos, inspiró hondo e intentó olvidar dónde estaba y lo mucho que le dolía la cabeza. Sintió una brisa; se imaginó que estaba fuera, cerca del pantano.

Oyó una sola palabra, una orden, expresada claramente con la voz de vidrio molido que ya conocía tan bien: Sálvala.

Helen estuvo a punto de abrir los ojos, pero resistió el impulso y se concentró en inhalar y exhalar.

La habitación y todo lo que había en ella, el olor a incienso, la respiración y los movimientos de las personas a su alrededor, parecieron desaparecer. Helen estaba en el pantano. Vio a la cierva blanca, la cierva blanca de Nate, tan hermosa y enigmática. De pronto, algo cambió, y ahora ella era la cierva blanca. Y la estaban persiguiendo, cazando. Corrió por el bosque hasta el pantano, y donde sus pezuñas tocaban el suelo, brotaban orquídeas rosas. Las libélulas volaban a su alrededor; el zumbido de sus alas era una canción, una terrible canción de advertencia que se convirtió en la voz de vidrio molido de Hattie: «Peligro. Estás en peligro».

Llegó al centro del pantano y oyó el disparo de un arma. Y sintió cómo la bala le daba en el pecho, su pecho de cierva blanca. Empezó a hundirse en el pantano, más y más y más.

Helen abrió los ojos de golpe. Su corazón palpitaba con fuerza, tenía la boca seca y algodonosa. Pero aún podía oler el pantano a su alrededor. Oía el zumbido de las libélulas, su canción de advertencia. «Peligro. Estás en peligro».

Sus ojos se dirigieron a la pistola de Dicky.

—Tengo que irme —dijo Helen, se puso de pie, soltó la mano de la anciana y se alejó de Riley, que le dirigió una mirada de preocupación.

—No puedes romper el círculo —le advirtió Dicky. Helen empezó a caminar; le temblaban las piernas.

—Lo siento —señaló.

—Por favor —le gritó la mujer—, no puedes tener miedo de lo que te muestran.

Helen se apresuró a salir de la habitación; tropezó con las sillas, empujó la puerta y bajó rápidamente la escalera. Detrás de ella, Riley gritaba:

—¡Helen, espera!

Las luces del remolque estaban apagadas, así que se sentaron en el coche de Riley a fumar un porro.

—¿Piensas decirme lo que ha ocurrido ahí dentro? —preguntó Riley con una mirada llena de preocupación. Era inquietantemente similar a la forma en que Nate la miraba últimamente. Helen no les quitaba los ojos de encima a las ventanas oscuras del remolque y pensó que era un alivio que Nate no hubiese visto su escenita en el hotel de Dicky.

—Nada —dijo Helen—. Solo mi imaginación enferma. Uf, ese lugar me ha dado escalofríos. Y esa gente... Es como si vivieran de las necesidades y los infortunios de los demás, ¿sabes?

Riley se quedó callada por un momento. Luego dijo:

—Lo siento. No deberíamos haber ido. No sabía que sería así.

—No es culpa tuya. Pero ¿ese tal Dicky no te pone los nervios de punta? ¿Por qué lleva esa arma a todas partes? ¿Por si hay disturbios civiles durante el círculo espiritual?

Riley sonrió.

—Tienes razón. Está un poco perturbado. Supongo que nosotros ya estamos acostumbrados.

Se quedaron calladas mientras terminaban de fumar el porro. Tenían las ventanillas del coche abiertas y Helen podía oír las ranas en el pantano y percibir ese fuerte olor a tierra. Se volvió hacia el remolque y pensó en Nate, durmiendo dentro sin tener ni idea de nada de esto, rodeado por sus cuadernos de campo y el plano de su casa soñada, cuidadosamente diseñado. Sabía que debía entrar, acostarse en la cama a su lado y buscar consuelo en su cálida familiaridad.

Pero ahí no era donde quería estar. Se giró hacia Riley.

—Oí la voz de Hattie —comentó.

—¿En el hotel?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

«Peligro. Estás en peligro».

—Dijo: «Sálvala».

—¿Salvar a quién?

—Supongo que al pariente que debo encontrar. El que mencionó la mujer anciana.

Riley frunció el ceño y se mordió un poco el labio inferior.

—¿Algo más?

—Dijo que... que estoy en peligro.

—Helen, tal vez deberías parar todo esto, ¿sabes?

Parar. Helen no podía creer que precisamente Riley le sugiriera algo así.

—No puedo. No sé cómo explicarlo, pero no puedo. Hattie quiere... No, necesita que haga esto.

Riley contempló a Helen en silencio.

—Pero ¿te has detenido a pensar que quizá no tenga las mejores intenciones? ¿O que solo quiera fastidiarte?

—¿Por qué? ¿Por qué haría eso?

—No lo sé, Helen. Por diversión. Para pasar el rato. Porque puede.

—No. —Helen sacudió la cabeza—. No es eso lo que está haciendo, Riley. Lo sé. Hasta ahora, no me ha llevado por el mal camino ni una sola vez. Me necesita; puedo sentirlo.

Riley contempló a Helen por un momento.

—Está bien. Lo que tú digas. Pero ten cuidado, ¿de acuerdo? Recuerda que las cosas no son siempre lo que parecen.

Helen apagó el ordenador, se frotó los ojos y cerró su cuaderno, al que había empezado a referirse como el cuaderno del «misterio de Hattie». Llevaba casi dos horas investigando en internet y lo único que había logrado encontrar era el nombre de la hija de Ann. Samuel Gray y Ann Whitcomb Gray habían tenido dos hijos: Jason, que nació en agosto de 1968, y Gloria, nacida en abril de 1971. Encontró una copia del certificado de nacimiento de Gloria: su segundo nombre era Marie y nació a las 15.40. Pero nada más. Había encontrado cientos de resultados para Jason Gray y Gloria Gray, pero no tenía más información para acotar la búsqueda.

Nate seguía profundamente dormido en el dormitorio. No se inmutó en absoluto cuando Helen entró y encendió las luces del remolque.

Helen miró la mesa del rincón, donde Nate tenía su portátil. Estaba abierto y mostraba tres imágenes en tonos verdosos que correspondían a las tres

cámaras que había instalado en el patio. Helen se acercó a verlas. No había nada fuera, ni una señal de movimiento. Solo árboles, el remolque donde Nate y ella estaban resguardados y la oscura casa incompleta cerniéndose sobre él. Las ventanas del remolque estaban abiertas y lo único que Helen podía oír eran los típicos sonidos nocturnos: el croar ocasional de una rana en el pantano, un búho solitario y grillos.

Vio el diario de fauna silvestre de Nate junto al portátil y lo abrió. La primera entrada era de la garza azul que habían visto en el pantano. Luego, el puercoespín. Después, dos cardenales, un macho y una hembra. Una ardilla roja. Luego el boceto de la cierva que Nate había hecho la primera vez que la vio, aquel día de julio en que se había caído al pantano. Su dibujo era increíblemente realista; parecía que sus habilidades habían ido mejorando con cada dibujo. Pasó la página y encontró más dibujos de la cierva blanca con abundantes notas y observaciones. Siguió hojeándolo y sintió que se le hacía un nudo el estómago. Página tras página, estaba lleno de dibujos de la cierva blanca y notas garabateadas desordenadas que parecían tener menos y menos sentido conforme avanzaba. Las notas decían cosas como: «Sus ojos cambian de color... ¿*Tapetum lucidum*?»; «Llegó al centro del pantano y desapareció»; «Sus huellas desaparecieron».

Había relatos detallados de cada avistamiento, todos los del verano: de dónde vino, adónde fue.

Una nota decía: «Es como un juego. Jugamos al “pilla-pilla”, como niños».

Helen siguió pasando las páginas con dedos temblorosos.

Ya casi había llenado todo el cuaderno y el noventa por ciento del contenido eran bosquejos de la cierva y notas sobre ella. Detalles de su cara y sus ojos. Notas sobre su altura y peso aproximado.

—Por Dios —dijo Helen entre dientes. Tenía la certeza de estar leyendo el diario de un hombre desquiciado; un hombre completamente obsesionado. Sintió náuseas.

Luego, llegó a la última página, que tenía la fecha en la parte superior: «Hoy me estaba esperando en nuestro lugar de siempre. Se notaba que estaba molesta porque llegaba tarde. Me miró con una expresión que parecía decir: “Por favor, no vuelvas a hacerme esperar”. Luego, se fue. Corrió tan rápido que me fue imposible seguirla».

Capítulo 30

Olive

10 de septiembre de 2015

Las últimas semanas Olive había estado soñando con Hattie, desde que empezó a usar el collar de su madre. No solo soñaba con Hattie, sino que ella era Hattie. Estaba delante de su casa en el pantano. Entonces, podía oír a hombres y perros que iban a por ella.

Los sueños siempre acababan igual: con una soga alrededor de su cuello y colgada de un gran pino.

Despertó a medianoche en el sofá del salón y estaba totalmente desorientada: pensó que todavía era Hattie y que había despertado en la pequeña cabaña torcida.

—¿Estás bien? —preguntó su padre. Estaba a su lado, en calzoncillos y camiseta. Tenía el cabello revuelto y los ojos hinchados.

—Sí. He tenido una pesadilla —respondió ella.

—Estabas gritando —dijo él—. Casi me matas del susto. Estaba profundamente dormido y me has despertado. He venido corriendo... Pensaba que algo... No sé qué pensaba.

—Lo siento. —Ella se frotó la cara y sacudió la cabeza, tratando de olvidarse del sueño.

—Cuando he llegado aquí, hablabas en sueños.

—¿Sí? ¿Qué he dicho?

—Siempre estaré aquí —respondió él—. Eso has dicho.

Olive sintió escalofríos.

—¿Seguro que estás bien, Ollie? —preguntó su padre. Le puso una mano en la frente, como si tuviera fiebre—. No tienes buena cara.

—Estoy bien, papá —indicó ella, pero no estaba nada bien.

—Si te has despertado enferma, puedo llamar a Riley para que venga a hacerte compañía.

—No, papá. Estoy bien. En serio.

—¿Va todo bien en el instituto?

—Todo va bien —respondió ella.

A decir verdad, a pesar de que solo llevaba unos cuantos días, aquel año había empezado mejor. No había faltado a una sola clase. Llegaba bien preparada y con todos los deberes hechos.

—Bueno, pues hay que volver a dormir —dijo su padre—. Y nada de pesadillas.

—Nada de pesadillas —repitió ella. Y lo decía en serio, porque ni de broma pensaba volverse a dormir.

Esperó a que todo estuviera en silencio arriba, luego fue a la cocina, cogió una linterna y la metió en su mochila. Salió por la puerta trasera, atravesó el patio y caminó por el bosque rumbo al pantano. Iba siguiendo el camino que empezaba a orillas de su jardín, donde estaba el árbol hueco. Se detuvo ahí un momento y revisó el hueco; esperaba tontamente encontrar un mensaje dentro. Solo había agujas de pino y una cochinilla.

La noche fría estaba iluminada por la luz de la luna. Había cierta humedad en el ambiente que la impregnaba.

Llegó al pantano y vio que lo cubría una fina niebla. Creyó ver una figura al otro lado, donde antes estaba la casa de Hattie. Apuntó su linterna hacia la otra orilla y empezó a caminar hacia los cimientos de piedra, pero no había nada ni nadie allí.

Aun así, sentía que no estaba sola.

Se quitó el collar y observó cómo se balanceaba bajo la luz de la luna.

Desde la primera vez que pasó no había vuelto a intentar comunicarse con Hattie así. Se había asustado mucho. La había hecho sentir que estaba enloqueciendo. Y, para ser sincera, también temía las respuestas que Hattie pudiera darle.

—¿Estás aquí, Hattie? —preguntó Olive mientras sostenía la correa de cuero de la cual colgaba el collar «que todo lo ve».

Empezó a balancearse lenta e incesantemente en el sentido de las agujas.

—¿Me estoy volviendo loca? —preguntó.

El péndulo se quedó quieto.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —dijo, dirigiéndose más a ella misma que a Hattie. Estaba a punto de volver a ponerse el collar y darse por vencida cuando el círculo de plata que colgaba del cordón empezó a balancearse de atrás hacia delante.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

El péndulo siguió balanceándose hacia delante. Qué extraño. Olive dio un paso al frente. Sí, dijo el péndulo, moviéndose en el sentido de las agujas otra

vez.

Luego, volvió a moverse de atrás hacia delante, pero un poco más inclinado a la izquierda. Olive decidió arriesgarse y dio otro paso en la dirección que el péndulo le indicaba.

—¿Quieres que te siga?

Sí.

Olive empezó a caminar, en línea recta al principio. Luego, el collar se movió hacia la izquierda y Olive cambió de dirección. Se dirigía al centro del pantano. Había explorado el área lo suficiente para saber dónde estaban las partes profundas, pero en la oscuridad le daba un poco de miedo caer en un manantial.

De pronto, el collar se detuvo y se quedó completamente quieto.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó Olive—. ¿Hay algo aquí?

El círculo plateado se movió en la dirección de las agujas otra vez. Olive volvió a ponerse el collar y apuntó su linterna al suelo.

Casi no se atrevía a albergar esperanzas. ¿Podría ser el tesoro? ¿Acaso Hattie había decidido mostrarle dónde estaba?

Se arrodilló y empezó a cavar. Ya que no llevaba una pala encima, usó los dedos para apartar la hierba y el fango. Colocó la linterna en el suelo junto a ella; el haz de luz inundaba el área donde estaba cavando.

Quizá no se trataba del tesoro, pero sí de una pequeña parte.

Una prueba de que era real.

No llevaba mucho rato cavando cuando sus dedos tocaron algo duro. Algo plano. Algo metálico.

¿La tapa de una caja tal vez?

¿Un cofre?

Su corazón latía con fuerza. Olive empezó a rascar el lodo con más velocidad, frenéticamente. Se estaba lastimando los dedos, pero siguió cavando y raspando hasta que encontró el borde del objeto metálico y lo sacó a la luz.

Una vieja cabeza de hacha oxidada.

—Uy, qué bien —dijo sarcásticamente. Se dio la vuelta, miró hacia el pantano y gritó—: ¡Muchas gracias, Hattie! ¡Lo que siempre había querido!

La echó en su mochila y regresó a casa, exhausta y desanimada. Sus vaqueros y sus zapatillas estaban empapados, y ella estaba enfadada con Hattie por haberla ilusionado solo para encontrar la cabeza oxidada de un hacha.

Se quitó la ropa mojada, se puso una camiseta y un pantalón de chándal. Luego, se acostó en el sofá.

Y soñó con el hacha.

Soñó que estaba limpia, afilada, y que la estaba usando para cortar madera.

Pero... no era madera lo que estaba cortando.

Estaba partiendo a su madre en pedazos y arrojándolos al pantano.

Se despertó gritando.

Su padre entró corriendo en el salón y encendió las luces.

La cogió de la mano y observó las puntas sucias y ensangrentadas de sus dedos.

—Por Dios, hija —le dijo—. ¿Qué te está pasando?

Ella empezó a llorar. Él la abrazó y la meció como si fuera una niña otra vez.

—Shh —dijo él—. Todo está bien.

Pero no todo estaba bien.

Tal vez su padre tenía razón. Tal vez sí estaba enferma. Mal de la cabeza. O tal vez era algo peor que eso.

Posiblemente, de algún modo, Hattie la había poseído.

Capítulo 31

Helen

10 de septiembre de 2015

Helen abrió los ojos. Había estado soñando con la cierva blanca de Nate. Le había hablado con la voz de vidrio molido de Hattie.

«Despierta, Helen —le dijo la cierva—. ¡Despierta!».

Helen se giró hacia el pasillo que llevaba a la habitación; parte de ella esperaba ver a la cierva de Nate ahí, como si la criatura la hubiese seguido de algún modo desde su sueño. Pero no había nada.

Le dolía la cabeza y sentía que tardaba mucho en pensar, como si sus ideas estuvieran nubladas.

Quería volver a acostarse y seguir durmiendo, pero algo iba mal.

Muy mal.

—Nate. —Le dio un fuerte empujón—. ¡Levántate!

—¿Qué? —masculló él, medio dormido.

—Gas —indicó ella, sintiendo cada vez más pánico—. ¡Propano! Huele a propano.

Él se sentó.

—Por Dios —dijo tosiendo—. Vamos. —Cogió la mano de Helen y la guio hasta el pasillo.

El olor a propano era abrumador y el aire era denso.

—No enciendas ninguna luz —le advirtió—. La chispa... —Su mano envolvía firmemente la de ella mientras se apresuraban a salir del remolque en medio de la oscuridad, hacia el frío aire nocturno.

Nate corrió a un lado del remolque, donde se encontraba el gran tanque blanco, y cerró el gas.

—¿Llamamos a los bomberos? —preguntó Helen.

—Creo que no es necesario —indicó Nate—. La puerta ya está abierta. Dejemos que se disipe un poco y luego podemos abrir las ventanas. —Se giró hacia Helen—. ¿Cómo te sientes?

—Me duele la cabeza y estoy un poco mareada, pero creo que estoy bien —dijo ella.

—Yo también. Tuvimos suerte. Menos mal que te has despertado a tiempo.

«Menos mal que Hattie me despertó», pensó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Debe de ser una fuga —señaló él.

Se sentaron fuera, cogidos de la mano e inspirando profundamente.

Después de unos minutos, entraron y empezaron a abrir todas las ventanas.

—Nate —explicó ella—, cuando me acosté, todas estaban abiertas.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Absolutamente. Podía oír las ranas.

Poco después, Nate consideró que ya era seguro encender una luz.

—Helen... —la llamó. Estaba frente a la cocina.

—¿Sí?

—Ven a ver esto —dijo, y señaló la cocina—. El gas está completamente abierto, todas las espitas, pero no hay ningún quemador encendido.

—No ha sido una fuga —apuntó Helen. Sentía cómo se tensaba todo su cuerpo.

—No te has dejado la cocina encendida, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—No he usado la cocina en toda la noche. ¿Y por qué rayos abriría todas las espitas? Cuando llegué a casa estuve trabajando en el ordenador un rato.

«Y vi tu extraño y perturbador diario, lleno con la huidiza cierva blanca».

—Estoy segura de que me habría dado cuenta; estaba como a un metro de la cocina.

—¿Estás segura? —preguntó Nate.

—¡Claro que estoy segura!

—Entonces, ¿qué...?

—Alguien ha entrado en el remolque —dijo Helen. El pánico había vuelto a su cuerpo, reemplazando la sensación de alivio—. Alguien ha entrado cuando nos hemos quedado dormidos, ha abierto el gas y cerrado las ventanas.

—Pero ¿cómo...?, ¿quién...? —exclamó sin completar la frase. Luego añadió—: ¡Las cámaras! ¡Las cámaras deben de haberlo grabado! ¡Podemos ver quién fue y usarlo como prueba!

Se dirigió hacia su portátil y entonces se quedó contemplándolo miserablemente.

—Todas las cámaras están desconectadas —dijo. Tecleó un poco—. Y todas las grabaciones de anoche han sido borradas. No hay nada aquí. Lo han borrado todo.

—Hay que llamar a la policía —señaló Helen, que ya estaba marcando el 911.

Veinte minutos después, un policía estatal aparcó en su entrada. Era un hombre de unos sesenta y tantos años y de complexión robusta. Se presentó como el oficial Bouchier. Escuchó su historia. Helen dejó que Nate narrara la mayor parte, porque temía que su voz sonara demasiado temblorosa. El oficial le echó un vistazo a la puerta, las ventanas y la cocina de gas. Luego, observó pacientemente mientras Nate le enseñaba su ordenador conectado a las cámaras de fuera.

—Mire —dijo Nate—. Toda la grabación de anoche ha sido borrada.

El oficial Bouchier asintió.

—¿Y exactamente para qué tiene todas estas cámaras?

—Para la fauna —explicó Nate.

—¿La fauna? —repitió el oficial.

Nate asintió.

—Ciervos, coyotes, búhos, cosas así.

—Entiendo —afirmó el oficial con un tono que sugería que en realidad no entendía nada. Luego se volvió hacia Helen y le dijo—: ¿Está segura de que no usó la cocina para nada antes de acostarse?

—Completamente segura. Y también de que las ventanas estaban abiertas.

—¿Y a qué hora fue esto?

—Tarde —respondió Helen—. Casi a la una.

El oficial asintió.

—Y antes de eso ¿había salido con su amiga?

—Ella y su amiga Riley tuvieron una noche de chicas —le explicó Nate. Luego miró a Helen—. Por cierto, ¿adónde fuisteis?

—Oh, ya sabes —dijo Helen, preguntándose si era muy grave mentir deliberadamente ante un policía en una situación así—. Solo a comer y a tomar algo.

—¿Entonces estuvo bebiendo? —preguntó el policía.

—No —indicó ella—. Bueno, sí, me tomé una copa de vino.

Él asintió.

—¿Drogas? —preguntó.

Ella se preguntó si sus ojos seguirían rojos y vidriosos por la marihuana.

—No —dijo ella.

Tanto el oficial como Nate la observaban con detenimiento. Por la expresión en su rostro, parecía que Nate también empezaba a dudar de ella. Como si se hubiera emborrachado por completo con Riley y luego... ¿hubiera decidido cerrar todas las ventanas de la casa y abrir el gas de la cocina antes de desmayarse?

—¿Y ahora cuál es el siguiente paso? —preguntó Helen, tratando de ocultar su incomodidad—. ¿Va a buscar huellas dactilares o algo así?

—No, señora —respondió el oficial Bouchier con una pequeña sonrisa—. Voy a escribir un informe.

—¿Un informe? —preguntó Helen—. ¿Eso es todo?

—Señora Wetherell, señor Wetherell, no hay señal de que alguien haya intentado entrar a la fuerza. No hay rastro alguno de un crimen —dijo el oficial.

—¡Alguien ha hecho esto! —exclamó Helen, perdiendo la compostura por completo—. ¡Alguien ha entrado en casa, ha abierto el gas y ha cerrado las ventanas! ¡Podríamos haber muerto!

—Señora Wetherell —señaló el oficial—, es igualmente probable que haya sido un accidente. Tal vez usted... tropezó con la cocina y ni siquiera se dio cuenta. Es una cocina muy pequeña. En cuanto a las ventanas... Bueno, no sería la primera persona en el mundo que hace algo por la noche en «piloto automático» y se le olvida después, ¿no? Una noche, después de tomar unas cuantas cervezas, me comí todo el pastel de carne que quedaba. Y a la mañana siguiente, uy, estaba muy enfadado cuando fui a buscarlo al frigorífico a la hora del almuerzo para hacerme un sándwich. Le dije a mi mujer: «¿Qué rayos has hecho con...?».

Helen lo interrumpió:

—Lo siento, pero a ver si lo he entendido. No va a hacer nada al respecto porque no nos cree.

—Helen... —empezó a decir Nate.

—¿Qué? —respondió ella con brusquedad—. Es lo que está haciendo. Absolutamente nada.

—Escribiré un informe —repitió el oficial, con la misma sonrisa burlona—. Y claro, si llega a haber otro incidente, no dejen de avisarnos.

—Se lo agradecemos —dijo Nate.

—Sí, genial —añadió Helen entre dientes—. Gran ayuda.

Capítulo 32

Olive

10 de septiembre de 2015

Olive se dio la vuelta en el sofá y abrió los ojos. Olió el café. Y las tortitas. Su padre nunca preparaba el desayuno. La única que siempre lo hacía era... ¡su madre!

Saltó del sofá y corrió a la cocina.

—Buenos días, dormilona —le dijo Riley con una sonrisa.

Olive vio a su tía frente a la cocina, mientras les daba vuelta a las tortitas en la gran plancha de hierro fundido de su madre; también llevaba su delantal rosa.

—Se me ha ocurrido que podemos desayunar algo rico y luego te llevo al instituto.

—¿Dónde está papá?

—Ha tenido que irse temprano a trabajar. Acaban de empezar con un gran proyecto de repavimentación.

Olive se sirvió café.

—Tu padre me ha contado que has pasado una mala noche —dijo Riley.

Olive se encogió de hombros.

—Una pesadilla, es todo. ¿Te ha llamado él? ¿Por eso estás aquí? Porque, en serio, estoy bien.

—Está preocupado por ti, Ollie.

—Solo tuve una pesadilla; estoy bien. Todo el mundo tiene pesadillas de vez en cuando, ¿no?

—¿Qué soñaste?

Olive se quedó mirando el café lechoso.

—No lo recuerdo.

Riley puso las tortitas en un plato y lo colocó sobre la mesa. Olive se sentó y se sirvió jarabe de arce. La verdad, no tenía hambre, pero empezó a comer con una sonrisa.

—¡Están deliciosas! —exclamó.

Riley se sentó en la silla frente a ella. La observó cuidadosamente, con el ceño fruncido.

—La verdad es que yo también estoy preocupada por ti.

A Olive se le hizo un nudo en la garganta, lo que le dificultaba tragar.

—Pero todo va bien —dijo Olive entre bocados—. Ya sé que acaba de empezar el curso, pero de hecho todo va bastante bien. Hasta me están gustando mis clases.

—Tu amigo Mike vino a verme —dijo Riley.

—¿Qué? —Olive dejó su tenedor sobre la mesa y apretó los puños. ¿Cómo pudo? Lo mataría por eso.

—Espera, espera —comentó Riley—. No te enfades con él. Hizo lo correcto. Está preocupado por ti, Olive.

—Mike siempre está preocupado por todo. ¡Exagera y siente pánico y se pone como un loco por cualquier tontería! —dijo Olive.

—Me explicó que encontraste el collar de tu madre en el pantano durante el verano.

¡Mierda! Mierda, mierda, mierda. Debería haber sabido que el maldito traidor la delataría.

Dudó un poco antes de hablar, sopesando qué posibilidades había de que Riley se creyera una mentira.

—¿Es cierto, Olive?

—Sí, lo encontré en el pantano. El collar plateado que siempre usaba antes de marcharse.

Riley asintió.

—Sí, ya sé cuál es.

—Mamá lo llamaba el collar «que todo lo ve».

Riley sonrió, pero era una sonrisa melancólica.

—Sí, es verdad. Lo recuerdo.

—La cadena estaba rota —dijo Olive.

Las dos se quedaron calladas por un momento.

—¿Dónde está el collar ahora? —preguntó Riley.

Olive sintió el collar sobre su pecho, oculto y a salvo bajo su camiseta y su sudadera. Pensó en sacarlo y enseñárselo a Riley, pero le daba pena. Le preocupaba que Riley pensara que era una tontería, incluso algo patético, llevar puesto el collar de su madre.

—Lo escondí en un lugar seguro.

Riley la miró y a Olive se le pasó por la mente la idea de que su tía tenía visión de rayos X y que podía ver exactamente dónde estaba el collar. Parecía

que este provocaba una cálida pulsación en contacto con su piel, una pulsación que su tía podría detectar de algún modo. Pero eso era imposible.

—Mike también dice que fuiste a ver a Dicky Barns porque oíste decir que tal vez tu madre asistía a sus sesiones del círculo espiritual. ¿Es cierto?

—Sí, fui al hotel y me pareció espeluznante. Por lo que supe, mamá solía ir a ese sitio, pero Dicky dice que nunca fue a ninguna de sus sesiones espiritistas o lo que sean. Que la única vez que vio a mamá fue en la tienda donde ella trabajaba.

Riley observaba fijamente a Olive desde el otro lado de la mesa.

—¿Y le creíste?

Olive pensó en la conversación telefónica que había escuchado entre Dicky y otra persona, pensó en sus planes de volver al hotel el sábado. No podía contárselo a Riley. Jamás la dejaría ir.

—Sí, le creí —mintió Olive, encogiéndose de hombros—. Y después de haber ido, y de haber hablado con Dicky, debo decir que no me imagino a mamá en ese lugar o como parte de ese grupo. Ella y papá siempre se burlaban de Dicky. Creo que ella estaba buscando el tesoro y más información sobre Hattie, pero nunca habría ido al club de fantasmas de Dicky Barns para reunir pistas.

Riley asintió.

—Sí, estoy de acuerdo. Tu madre no tiene muy buena opinión de Dicky. Yo tampoco me la imagino en aquel lugar.

Olive cogió el tenedor y siguió comiendo.

—¿Le has enseñado el collar a alguien más? —preguntó Riley.

—No.

—¿Entonces tu padre no sabe que lo encontraste?

—No —dijo Olive con la boca llena de tortita. Tragó y bebió un gran sorbo de café—. Mike sugirió que debería enseñárselo. También aseguró que debería llevarlo a la policía. Como si fuera una pista o algo así. Pero como ya he dicho, tiende a sentir pánico y exagerar por todo.

Riley se quedó callada un minuto.

—¿Tú crees que debería llevarlo a la policía? —preguntó Olive después de dejar el tenedor otra vez—. ¿Solo para ver qué opinan? Me refiero a que papá nunca puso una denuncia de persona desaparecida o algo así.

—Creo... —Riley se detuvo un segundo—. Creo que deberíamos esperar. Hay que ver qué podemos descifrar nosotras primero. Si avisamos a la policía, empezarían a hacer preguntas, a sacar el tema del amante... Piensa en lo mucho que afectaría a tu padre.

—Riley, ¿y si mi madre no huyó con otro hombre? ¿Y si le pasó algo malo?

—Cariño —le dijo Riley, con la ya conocida mirada de lástima que tanto odiaba—, creo que cabe la posibilidad de que tu madre de verdad huyera con alguien. A veces la explicación más simple y obvia es la correcta.

Olive frunció el ceño.

—Es que tengo un mal presentimiento. Y no dejo de tener estas pesadillas tontas.

Riley asintió y estiró el brazo hasta el otro lado de la mesa para poner una mano sobre la de Olive.

—¿Qué has soñado, Ollie?

—Principalmente con Hattie. Pero a veces con mi madre. Sueño que le ocurre algo malo.

—Cuéntame —dijo Riley.

Olive sintió un escalofrío y sacudió la cabeza.

—De verdad que no me acuerdo —declaró Olive. De ninguna manera pensaba contarle todos los detalles sangrientos. La llevaría al psicólogo más cercano de inmediato.

Riley volvió a quedarse callada. Le dio un apretón a Olive en la mano y retiró la suya.

—¿Recuerdas la última vez que viste a tu madre? —preguntó en voz baja.

—Me estoy volviendo loca tratando de recordarlo, cada detalle. Sé que pasaba poco tiempo en casa. Estaba trabajando o saliendo con sus amigos, o algo así. Así que no recuerdo exactamente la última vez que la vi, pero sí recuerdo la última vez que la oí.

Riley miró a Olive, perpleja.

—¿La oíste? ¿Acaso te llamó?

—No. Pero la oí discutiendo con papá. Fue en mitad de la noche. Cuando me acosté, mamá aún no estaba en casa, así que creo que acababa de llegar. Yo estaba acostada y me desperté porque los dos estaban en la cocina, debajo de mi habitación. Y estaban gritando.

—¿Y qué decían?

—No llegué a oírlo, pero papá estaba muy enfadado. Creo que hasta lanzó algo. Se oyó como si algo se estrellara. Luego la puerta se abrió de golpe. Supongo que fue entonces cuando mamá se marchó. Cuando me desperté por la mañana, ya no estaba. Papá estaba sentado en la cocina bebiendo café como si fuera una mañana cualquiera. Mamá no volvió a casa después de eso.

Olive miró a Riley a los ojos. Y lo que descubrió en ellos la puso nerviosa.

Riley estaba asustada. Luego trató de reponerse para parecer más normal. Pero Olive aún podía ver la preocupación reflejada en su mirada.

—Ollie, ¿qué te parece si, al salir del instituto, vienes a mi casa? Puedes quedarte unos días mientras pensamos qué hacer, ¿de acuerdo?

Olive lo pensó. Pensó en dejar a su padre solo en casa.

—No —dijo—. Papá me necesita.

—Pero, Ollie, si tú...

—No. ¿No lo entiendes? Las cosas están mejor entre nosotros últimamente. Mi padre está feliz de que me vaya bien en el instituto. Y ya casi hemos terminado mi dormitorio. Si me voy contigo ahora, se preocuparía mucho y se sentiría raro. Tengo que quedarme.

—De acuerdo —dijo Riley—. Quédate. Yo investigaré un poco y veré si puedo averiguar qué estuvo haciendo tu madre esos últimos días. A ver si descubro algo sobre las personas a las que estaba viendo.

—Entonces, ¿crees que es posible que no haya huido con otro hombre?

—No sé qué pensar —admitió Riley—. Pero quiero que me prometas que dejarás de jugar a los detectives. Y no le digas nada a tu padre. Déjame a mí. Si no averiguo nada dentro de unos días, iremos a hablar con la policía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Olive.

Riley la cogió de la mano y le dio un apretón.

—Ahora sube a vestirte. No quiero que llegues tarde al instituto.

Capítulo 33

Helen

10 de septiembre de 2015

—Lo que pasó anoche con el propano... es muy preocupante —dijo Riley en voz muy baja para que ninguno de los clientes pudiera oírla. Helen había ido al depósito después del almuerzo para contarle a Riley las últimas novedades: ahora creía que alguien trataba de matarlos, a ella y a Nate.

—Lo sé. Por eso llamé a la policía.

—¿Llamaste a la policía? —Esta vez, Riley olvidó bajar la voz y una pareja joven que estaba mirando unas cristalerías se giró hacia ellas.

—Sí, pero ahora me doy cuenta de que fue un error —murmuró Helen—. El oficial pensó que yo había dejado la cocina encendida, que estaba demasiado borracha o drogada o lo que sea para recordarlo bien. Y seguro que ya está corriendo el rumor por el pueblo. Apuesto a que ese chico que trabaja en Ferguson's ya se ha enterado, y a estas alturas ya todo el pueblo lo sabe.

—¿Y qué hizo el policía?

—Para ser sincera, no hizo nada. Solo escribió un informe. Dijo que no había evidencia de un crimen. Que solo era nuestra palabra, mi palabra, en realidad, y que eso no tiene mucho peso aquí. Demonios, hasta Nate me miró como si de verdad hubiera abierto todo el gas y cerrado todas las ventanas y lo hubiera olvidado de alguna...

Riley dejó escapar un suspiro de exasperación y se apartó el flequillo azul de la cara.

—¿No habrá sido Hattie?

—¿Hattie?

—¿Y si...? ¿Y si fue ella la que abrió el gas anoche? —preguntó Riley.

Helen sacudió la cabeza.

—No, ya te lo he dicho..., ella fue la que me despertó. Estoy segura. He estado pensando. ¿Y si no se trata simplemente de algún imbécil del pueblo que quiere que me vaya porque soy la nueva bruja del pantano? ¿Y si es por

toda la investigación que he hecho? Es posible que haya algo respecto a la familia de Hattie que se supone que no debo averiguar.

—Pero ¿qué? —dijo Riley—. ¿Qué podría ser tan grave como para intentar matarte?

—No tengo ni idea. Lo único que sé, lo único que creo fervientemente, es que debería hacerle caso a Hattie. Creo que me está guiando. Necesita que encuentre a alguien. Y tengo que apresurarme. El incidente de anoche con el gas me ha hecho darme cuenta.

—No lo sé, Helen. No me gusta esto. Me da miedo.

—Tengo que seguir buscando. Intentar encontrar a los hijos de Ann. Ya he averiguado el nombre de su hija: Gloria Gray. Nació en 1971, así que debería tener cuarenta y cuatro años hoy en día. Pero lo único que he encontrado ha sido su acta de nacimiento. Es como si hubiera desaparecido. Se pierde entre miles de mujeres con el mismo nombre. El artículo del periódico sobre el asesinato y la mujer que conocí en la tienda de antigüedades dicen que a sus hijos los enviaron a vivir con unos parientes. Necesito descubrir adónde fueron, quién los acogió.

Riley asintió con una expresión muy preocupada. Helen miró su reloj.

—Debería volver. Nate no sabe que estoy aquí. Se supone que solo he salido a comprar unos clavos y más masilla.

—Vale, pero ten cuidado —imploró Riley—. Tened cuidado los dos.

Helen llegó a casa y vio que había una camioneta roja destartalada aparcada fuera. Luego vio a Nate sentado en los escalones de la casa nueva con Dicky Barns. Ambos sostenían una lata de cerveza en la mano.

—¡Mierda! —dijo ella entre dientes, apresurándose a bajar de la camioneta con la bolsa de la tienda de suministros para construcción.

¿Qué demonios estaba haciendo Dicky ahí? Nate le dirigió a Helen una mirada fría.

—Helen —le dijo—, tu amigo Dicky te ha traído tu teléfono. —Nate se lo enseñó.

—¿Mi teléfono?

Dicky asintió.

—Creo que se te cayó anoche.

Helen contuvo la respiración.

—Sí, cuando fuiste al círculo de Dicky para invocar fantasmas —apuntó Nate mirándola fijamente. Su rostro carecía totalmente de expresión.

Ella no dijo nada, así que Nate siguió:

—Dicky me ha estado hablando de sus reuniones semanales. Y sobre su padre. Y sobre la cierva blanca y Hattie.

—Debería irme —indicó Dicky, y, tras ponerse de pie, se terminó la cerveza de un trago y dejó la lata vacía cuidadosamente sobre los escalones—. Solo quería asegurarme de que recuperaras tu teléfono y de que estuvieras bien.

—Muchas gracias, Dicky. Estoy bien. Yo... lamento lo de anoche.

—No te preocupes. Espero verte otra vez. Nos reunimos todos los miércoles a las ocho —señaló él.

—Gracias —dijo ella otra vez.

—Gracias por la cerveza, Nate —dijo mientras se subía a su camioneta.

Luego, observaron cómo se alejaba.

Nate cogió el *pack* de cervezas y abrió otra. Pabst Blue Ribbon. Era lo que el nuevo y frugal Nate bebía últimamente.

Helen se preparó para lo que venía.

—Nunca en mi vida me había sentido tan estúpido —dijo al fin. Su tono de voz era bajo pero furioso, pronunciando cada palabra con extrema claridad—. ¡Joder, Helen! ¿Qué crees que he sentido cuando este tipo se ha presentado aquí y me ha dicho que lo conociste en un maldito círculo de cazafantasmas?

—Lo siento. Yo...

—Me mentiste. Me dijiste que Riley y tú habíais salido a cenar y a tomar algo. ¡Por no mencionar que le mentiste al policía anoche!

—No mentí. No exactamente —indicó Helen, tratando de encontrar alguna defensa—. Solo omití algunos detalles porque sabía que te enfadarías.

—¿Por qué tendría que enfadarme? —dijo con un tono muy sarcástico—. Dijiste que ibas a una noche de chicas en el pueblo. Te imaginaba cantando en un karaoke y bebiendo cócteles, no invocando a los muertos. Fuiste por Hattie, ¿verdad? ¿Tan grande es tu obsesión por esa mujer, una mujer a la que nunca conociste y que murió hace casi cien años, que estás dispuesta a rodearte de un montón de extraños locos para tratar de invocarla?

—Creí que ellos podrían...

Nate alzó un dedo, como si quisiera darle a entender: «Espera, hay más».

—Háblame de la repisa, Helen —dijo él.

—¿Qué?

—He estado pensando... Primero, la viga. Luego, los ladrillos. Al principio me pareció una gran idea: incorporar piezas con historia en nuestra

casa, reutilizar materiales.

«¿En serio? Entonces, ¿por qué discutimos todo el rato?», pensó ella, pero no dijo nada.

—Pero es raro, Helen. Insistes en traer a casa estos objetos que tienen una conexión con mujeres que murieron de maneras horribles. Así que dime: ¿a quién perteneció la repisa? ¿Cuál es la verdadera historia detrás de ella? Me lo planteé cuando la trajiste a casa, pero no quise preguntar. Pero ahora tengo que saberlo.

—Yo...

—Dime la verdad, Helen. Por favor. ¿O vas a mentirme otra vez? Creo que cada vez te resulta más fácil. —Se le veía devastado.

Helen sintió un peso horrible sobre ella. Culpa. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo había sido capaz de todo esto? ¿Escabullirse y mentirle a su propio marido, al hombre que era el gran amor de su vida, el hombre con el que solía compartir todos sus secretos y pensamientos?

«Porque él no lo entiende —susurró una pequeña voz—. Nunca lo ha entendido».

—Está bien. La repisa perteneció a una mujer llamada Ann Gray. Era la hija de Jane. La nieta de Hattie.

Nate apretó la mandíbula.

—Sí, me lo imaginé. Pero déjame adivinar: hay más, ¿verdad? ¿Murió de alguna manera espantosa?

Helen pensó en mentir. De verdad que lo pensó. Pero bastaba con que Nate entrara en internet y pulsara algunas teclas para descubrir la verdad. Suspiró y asintió.

—Su marido le disparó y luego se mató.

Nate dejó salir una risa enfermiza que parecía decir: «No puedo creer que esto esté pasando».

—Entonces, esta repisa, esta repisa que debías tener, la repisa por la cual tuvimos que hacer un gran cambio en el diseño original para... para nuestra casa nueva y nuestra nueva vida juntos, la vida por la cual lo dejamos todo atrás..., ¿viene de una casa donde un tipo mató a su mujer y luego se suicidó?

—Yo... —tartamudeó ella—. Lo siento —dijo, y de verdad lo sentía. Lo sentía en sus entrañas—. Sé que suena disparatado y horrible, pero no lo es. No quise mentir. Es que tenía miedo. Te enfadas tanto, incluso diría que te pones furioso siempre que hablo de Hattie y Jane.

—¿Y me culpas, Helen? ¿En serio? Piénsalo. ¿Por qué ellas se han vuelto más importantes para ti que yo?

—No son más importantes. ¿Cómo puedes pensar eso?

¿Cómo podía explicarlo? ¿Lo que sentía al descubrir hechos sobre la vida de esas mujeres y su estilo de vida? Era como si Hattie quisiera que las encontrara. Hattie la estaba guiando, ayudándola a unir las a todas de aquel modo, a todas esas generaciones de mujeres Breckenridge. Y ahora, a salvar a una de ellas.

—Es que ha sido una experiencia increíble —confesó—. Hacer todos estos descubrimientos. Sentirme tan conectada con el pasado. Encontrar todos estos objetos vinculados a esas mujeres; generaciones de mujeres Breckenridge. Es como si... como si estuviera destinada a encontrar cada objeto. Como si me guiaran a ellos de algún modo. Y yo...

—No me vengas con esa mierda *new age* del destino —la interrumpió—. Suenas como ese loco, el tal Dicky, hablando de todo lo que pueden enseñarnos los espíritus.

—No creo que...

—Estás convirtiendo nuestra casa en un maldito museo de la familia condenada de Hattie, ¡y todos ellos murieron de maneras espantosas! Hay personas que se mudan a una casa embrujada, pero tú quieres construir una casa embrujada, Helen. ¿No ves lo fuerte que es eso?

Bebió unos tragos de cerveza, inclinando mucho la lata. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano y miró a Helen de un modo acusador.

Nunca lo había visto tan enfadado, tan rencoroso. Su rostro entero pareció transformarse. Los círculos oscuros debajo de sus ojos los hacían parecer hundidos en su cráneo, pequeños y brillantes. La mano con la que sostenía la lata de cerveza temblaba un poco. Absurdamente, pensó en el marido de Ann. En lo que había hecho falta para quebrarlo, para empujarlo a actuar de un modo tan violento. Debió de haberla amado en algún momento, antes de que algo se rompiera en su interior.

¿Acaso todas las personas eran capaces de tanta maldad? ¿De hacer cosas tan terribles?

Unos meses antes Helen se habría creído incapaz de mentirle a Nate. Y si alguien le hubiera dicho que él le hablaría con tanta furia, con esa mirada llena de odio, jamás lo hubiese creído.

Tal vez así era la vida de otras personas, pero no la suya. Ellos eran diferentes.

Se amaban. Él había escrito un poema sobre la noche en que la conoció; un hermoso poema con el que la había conquistado por completo. Claro,

tenían sus diferencias, pero antes de ir a Vermont él jamás había perdido los estribos de ese modo.

—Demonios, Helen —siguió diciendo Nate—. ¿Piensas vender entradas en Halloween? «Bienvenidos a la Casa Embrujada de Helen: visítela, ¡si se atreven!».

Ella no comentó nada.

—¿Tienes idea de lo fuerte que es todo esto? Estás obsesionada. Es una obsesión enferma y malsana. Creo que necesitas ayuda. En serio. Y no me refiero a Dicky y sus espiritistas. Creo que deberías ir a terapia. Para que alguien te ayude a descubrir de dónde proviene la atracción que sientes por estas cosas y la necesidad de adquirirlas.

Ella siguió sin decir nada; se limitó a quedarse inmóvil, concentrándose en su respiración.

—Tu padre no se sentiría nada orgulloso de esto; estaría horrorizado.

Eso era más de lo que podía soportar. Dejó escapar una risa helada.

—¿Con qué cara me dices todo eso? Tú también tienes tu propia obsesión enfermiza, ¿no?

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Vi tu diario de fauna local, Nate. Llenaste todo el maldito cuaderno con notas sobre esa cierva. Si eso no es una obsesión, no sé qué es.

Él abrió la boca para hablar, para defenderse, pero ella no le dio oportunidad de hacerlo.

—¿En algún lugar de tus notitas llevas la cuenta de cuántas horas has pasado buscando a tu cierva blanca? ¿De todo el dinero que has invertido? Cámaras infrarrojas ultramodernas, cables, bolsas de comida para ciervo, recipientes. Pero, eso sí, te pasas el día quejándote de que ya nos pasamos del presupuesto. Y ni siquiera has podido sacarle una maldita foto, ¿verdad?

—No, pero lo haré. La cierva es real, Helen. Una criatura de carne y hueso. A diferencia de los fantasmas que aparentemente estás tratando de invocar.

—¿Sabes en qué no puedo dejar de pensar? En que tal vez necesitas hacer toda esta investigación y recopilar todas estas pruebas porque a una parte de ti le preocupa que tal vez, solo tal vez, Riley tenga razón. Tal vez la cierva sea de verdad el fantasma de Hattie Breckenridge. Y tú te niegas a aceptar esa posibilidad, así que estás decidido a probar que está equivocada.

—Eso es absurdo —dijo Nate.

—Escribes sobre ella como si fuera un ser humano, Nate. Como si tuviera poderes mágicos. Como si tuvierais algún tipo de relación especial. ¡Como si

fuera tu maldita amante!

Él le dio la espalda y se agachó para coger las tres cervezas que quedaban.

—No tengo nada más que decir.

Se alejó y se dirigió al remolque; una vez dentro, cerró la puerta con tal fuerza que toda la pequeña y triste estructura de hojalata pareció estremecerse.

Capítulo 34

Olive

11 de septiembre de 2015

—¡Demonios! —exclamó Helen al golpearse el dedo con el martillo.

—¿Estás bien? —preguntó Olive.

—Sí —respondió Helen, sacudiendo el dedo—. Solo necesito descansar un minuto.

Helen parecía cansada, preocupada y, de pronto, mucho más vieja. Tenía ojeras debajo de sus ojos inyectados en sangre y su piel estaba más pálida; Olive incluso podía ver las venas azules debajo de ella.

Estaban en la casa, colocando el marco alrededor de la última ventana. Olive sostenía las tablas mientras Helen las clavaba en su lugar. Luego usaba un martillo para hundir los clavos y Olive cubría los agujeros con toques de masilla para madera.

Nate había ido al pueblo para comprar más sellador y material para el recubrimiento. Olive se sentía aliviada de que se hubiera ido, porque el ambiente estaba raro e incómodo. Nate y Helen casi no hablaban entre ellos, solo se decían medidas y se pasaban tablas. Olive se dio cuenta de que estaban enfadados. Tal vez por eso Helen parecía tan exhausta.

Olive imaginaba que seguramente ella tenía un aspecto igual o peor; no había dormido mucho. Se había pasado la noche dando vueltas, pensando en la conversación que había tenido con Riley en la cocina y en lo asustada que parecía su tía. Le daba vueltas en la cabeza a su promesa de dejar de investigar, de mantenerse a salvo y dejarlo todo en manos de Riley. Y en su plan de, quizá, ir a hablar con la policía.

Y durante las pocas horas que había dormido no había dejado de soñar que era su propia mano la que arrancaba el collar del cuello a su madre. Y luego la ahorcaba.

Se había despertado empapada en sudor y con el corazón latiendo a toda velocidad. Se había levantado, había bebido tres tazas de café con leche y azúcar, y no había comido nada: la idea de consumir cualquier cosa sólida le

revolvía el estómago. De camino para coger el autobús había pasado por el árbol hueco y pensó en dejar el collar ahí, pero no se atrevía a separarse de él.

Después de clase había ido directamente a ver a Helen, sin ni siquiera pasar por su casa para dejar la mochila. No quería estar sola. Ni un minuto.

Olive había visto los libros apilados en la cocina de Helen: *Fantasmas y apariciones*; *Brujas en Nueva Inglaterra*; *Guía de apariciones en Vermont*; *Hechizos, maleficios y maldiciones*; *Guía de hechizos para brujas principiantes*. El que estaba en lo alto de la pila se titulaba *Cómo comunicarse con el mundo espiritual*.

Dejó la cubeta de masilla en el suelo y se llevó la mano al collar bajo su camisa. Luego cogió la copia de *Cómo comunicarse con el mundo espiritual* y empezó a hojearlo sin leerlo en realidad, solo echaba un vistazo. Hasta que llegó a un pasaje que la hizo detenerse. Se le puso la piel de gallina y sintió un escalofrío en la nuca. Leyó en voz alta, lentamente:

A veces los espíritus se adhieren a un objeto. Por lo general, un objeto con el que solían tener una conexión muy fuerte en vida.

Un espíritu también puede adherirse a una persona viva.

Esto puede llegar a ser problemático, incluso peligroso. Si se percata de que pierde la noción del tiempo constantemente, experimenta desmayos o pesadillas, o nota que actúa de forma inusual para usted, puede que esté bajo el control de un espíritu.

Oyó la risa de Helen.

—Qué locura, ¿verdad?

—Helen, ¿crees que esto es posible? ¿Que un espíritu pueda adherirse a un objeto o una persona? ¿Y que esa persona esté... poseída o algo así?

Helen sonrió.

—Creo que esos libros tienen muchas ideas extrañas, algunas basadas en hechos reales y otras no tanto. Por mi parte, he aprendido a creer que el mundo no es solo lo que vemos, así que trato de mantener la mente abierta.

—Pero si tuvieras un objeto embrujado y lo llevaras contigo todo el tiempo, ¿crees que podría obligarte a hacer cosas que no harías normalmente?

—Algunos podrían creer que sí. Pero creo que un objeto solo puede tener el poder que nosotros le damos, incluso uno embrujado. Tú puedes decidir qué efecto tendrá, o no, en ti.

Olive pensó en lo que Helen acababa de decir. Siempre había creído que el collar de su madre tenía algún tipo de poder. Pero tal vez también estaba un poco embrujado. Quizá esa era la causa de las pesadillas.

O tal vez la causa era algo mucho peor.

—¿Y qué piensas de que un espíritu pueda adherirse a una persona? —

preguntó Olive. Su garganta estaba seca y su voz temblaba—. ¿Crees que es posible?

Helen se inclinó hacia delante y retiró un mechón de cabello rebelde de la frente de Olive.

—No creo que ni tú ni yo debamos preocuparnos por eso.

Olive tragó saliva y esbozó una sonrisa forzada, como si dijera: «Tienes toda la razón».

—¿Podrías prestarme algunos de estos libros? —preguntó.

—Claro. Casi todos son de la biblioteca. Los saco, los devuelvo y los vuelvo a sacar. Todavía tengo otra semana para devolverlos, pero ya no los necesito.

—Yo puedo devolverlos a la biblioteca —se ofreció Olive.

—Genial —dijo Helen—. Todos tuyos. Oye, ¿cómo vas con la búsqueda del tesoro? —Le dirigió a Olive una sonrisa cansada—. ¿Ya has encontrado algo?

«Pues, veamos, encontré el collar de mi madre, así que ahora creo que no se escapó con otro hombre, sino que algo le pasó, tal vez algo malo; encontré la misma imagen del collar trazada en el suelo de un espeluznante hotel destartado donde mi madre solía acudir a sesiones espiritistas con un tipo de lo más extraño que se cree vaquero, y descubrí que puedo comunicarme con una mujer muerta, a la que le gusta incordiar me a veces y mostrarme cabezas de hacha oxidadas en lugar de tesoros».

—He encontrado algunas cosas. No el tesoro en sí, pero otros objetos —explicó Olive—. De hecho, te he traído un regalo. —Fue a por su mochila, la abrió y sacó la vieja cabeza de hacha oxidada—. La encontré anteanoche, al otro lado del pantano, cerca del sitio donde antes estaba la casa de Hattie. He encontrado muchas cosas ahí. Algunas monedas, una olla de hierro fundido, clavos y bisagras y una herradura. Pero esta cabeza de hacha es genial, ¿no crees?

Le vinieron a la mente las pesadillas que había tenido recientemente, en las cuales cortaba a su madre en pedazos con el hacha.

Empezó a sentirse mareada y pensó: «Por favor, quédatela. No quiero volver a ver esa cosa jamás».

Helen estiró la mano y cogió la oxidada cabeza de hacha.

—Sí, es genial.

—Apuesto a que era de ella —señaló Olive—. Apuesto a que era de Hattie.

—Puede que tengas razón —dijo Helen, examinándola—. No soy experta en hachas, pero la verdad es que parece muy vieja.

—Tan vieja que el mango se ha podrido y se ha desintegrado. Es un hacha ancha, para madera. Se nota por la cabeza. Lo he investigado —dijo, y Helen le sonrió—. Apuesto a que Hattie la usó para darles forma a los troncos cuando construyó su pequeña casa —añadió Olive.

Helen asintió.

—Quiero que te la quedes tú —prosiguió Olive—. Pensé que tal vez podrías limpiarla, afilarla y ponerle un mango nuevo. Así tendréis una buena hacha con la que cortar leña para el fuego y cosas así. Tal vez hasta te sirva para construir tu casa. Para darle forma o trabajar un pedazo de madera o algo. Como hizo Hattie.

—¿Estás segura? —preguntó Helen.

—Totalmente —respondió Olive.

Helen se acercó a ella y le dio un abrazo.

—Gracias, cielo —dijo—. Es un regalo increíble.

Mientras Helen la abrazaba con fuerza durante unos segundos, Olive tuvo una repentina sensación de felicidad, de consuelo.

—¿Te sientes bien? —preguntó Helen, y Olive se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Sí, estoy bien. Muy bien. —Pero no lo estaba. Todo lo contrario—. Solo pensaba en Hattie.

—¿En qué pensabas?

—En que a Hattie le gustaría mucho saber que alguien tiene su hacha vieja y que la va a reparar para usarla otra vez. Es casi como... Sé que suena extraño, pero es como traer una parte de ella de vuelta a la vida, de algún modo. ¿Tiene sentido?

Helen asintió.

—Sí. Tiene todo el sentido. Y estoy totalmente de acuerdo.

Capítulo 35

Helen

12 de septiembre de 2015

Helen dejó la cabeza del hacha sumergida en vinagre toda la noche para quitar el óxido; luego se puso a trabajar en ella durante la mañana, limpiándola con un cepillo de alambre y papel de lija.

Tanto ella como Nate habían decidido tomarse el fin de semana libre.

«El lunes seguiremos construyendo y terminaremos la casa —había dicho Nate, casi como si hablara con un compañero de trabajo, sin ni siquiera mirarla—. Podemos poner el poliuretano, acabar los suelos y preparar las paredes y molduras. Llamaré a la tienda y pediré las tejas a primera hora».

«Está bien», había dicho ella.

«Ya viene el frío —le había recordado Nate—. No creo que queramos seguir en el remolque cuando empiece a nevar. Y tampoco mudarnos aquí mientras aún esté todo a medio construir».

«Estoy de acuerdo», había contestado Helen.

Nate se fue al bosque con su cámara y sus guías de campo. Ella condujo hasta la ferretería para comprar un mango para la cabeza de hacha, una lima especial y una piedra redonda con forma de disco de *hockey* para afilarla.

Helen se pasó el día en el patio reparando el hacha: le quitó el óxido, la afiló y cambió el mango siguiendo unas instrucciones que encontró en internet. Era un trabajo gratificante, y por la tarde tenía un hacha hermosa. Un hacha con historia. El hacha de Hattie.

Helen estaba sentada en los escalones de la casa, bebiendo una botella de cerveza y admirando su trabajo, cuando Nate se acercó por el camino del pantano.

Conforme se acercaba, Helen notó que estaba mojado y muy sucio; su ropa estaba llena de lodo y desgarrones. Su cabello, que ya necesitaba un corte, revuelto y despeinado.

«¿Quién parece un loco ahora?», musitó Helen, y se odió por tener esos pensamientos.

—¿Qué es eso? —preguntó Nate con los ojos clavados en el hacha.

—Un hacha para madera —dijo ella, sosteniéndola para que pudiera verla mejor.

—¿De dónde ha salido? —preguntó.

—Olive encontró una vieja cabeza de hacha en algún lugar del bosque y me la regaló. —Procuró no mencionar a Hattie o su casa, o la posibilidad de que el hacha le hubiera pertenecido—. Sabe que me gustan las cosas viejas. Me he pasado el día reparándola. ¡Ha quedado como nueva!

Él asintió y luego se quitó la correa de la cámara del cuello.

—Genial. Tienes que ver esto —dijo él.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—La tengo —dijo él con satisfacción.

—¿Qué tienes?

—¡La foto! De la cierva. La seguí hasta el bosque y he estado tras ella toda la mañana, y al fin he podido acercarme lo suficiente para sacar unas buenas fotos.

Le dio la vuelta a la cámara, presionó algunos botones y observó la pantalla.

—Mira —dijo.

Le temblaban ligeramente las manos. Helen vio que necesitaba cortarse las uñas, que además tenían mugre debajo de ellas.

Helen le echó un vistazo a la pequeña pantalla en la cámara marca Nikon de Nate, tratando de distinguir algo. No se veía más que una mancha blanca frente a los árboles, una mancha que ni siquiera tenía forma de ciervo. Era alta y delgada. Como si le hubiera sacado la foto de frente y la cierva se dirigiera hacia él para atacar.

—Parece más una persona que una cierva —dijo Helen, entrecerrando los ojos para apreciar mejor la imagen, tratando de encontrarle forma a la mancha blanca. ¿Eso que veía eran orejas? ¿O era una cabellera?

Nate apartó la cámara de golpe y se puso a analizar la imagen, confundido.

—No —dijo, y le acercó la cámara otra vez—. Obviamente es un ciervo. —Pasó a la siguiente foto, que estaba aún más borrosa. En ella, una figura blanca (o tal vez solo el reflejo de la luz) parecía saltar detrás de un árbol. De nuevo, la figura era alta y delgada; no tenía forma de ciervo en absoluto.

—Te creo —indicó Helen—. Creo que la viste.

—¡No te estoy pidiendo que creas en mi palabra, Helen! ¡Te estoy pidiendo que reconozcas las malditas pruebas que tienes delante de tus ojos!

Su voz tenía un tono al que ella no estaba acostumbrada. El sonido de un hombre a punto de perder la razón por completo. ¿Así habría hablado el marido de Ann aquel día?

Helen bebió un gran trago de cerveza sin decir nada.

Nate dejó escapar lentamente un suspiro y susurró:

—¿Ves o no un ciervo en esta foto?

Helen pensó en mentir. En decirle: «Sí, claro que lo veo». Pero en vez de eso, dijo:

—Veo algo. Pero la verdad, Nate, no me parece que sea un ciervo.

Él volvió a colgarse la cámara del cuello y se fue al remolque dando fuertes pisadas, entró y cerró de un portazo.

Poco después, Riley fue a verla y Helen le mostró el hacha. Nate no había salido en ningún momento del remolque y Helen no pensaba ir a buscarlo.

—Fue un regalo de Olive. La encontró con su detector de metales en el pantano. Creemos que pudo haber pertenecido a Hattie.

—Caramba —dijo Riley levantando el hacha, tocándola casi con un sentido de reverencia—. ¡El hacha de Hattie! ¡Qué descubrimiento tan increíble!

—Me ha llevado todo el día y más de diez vídeos de YouTube para limpiarla y repararla, pero no ha quedado nada mal.

—Es hermosa —comentó Riley, entregándole el hacha a Helen.

Helen asintió y preguntó:

—¿Quieres ir a pasear por el pantano?

—Claro.

Helen dejó el hacha en la casa, bajo la viga entre el salón y la cocina: su regalo más reciente para Hattie.

Estaba anocheciendo y los grillos, típicos de finales de temporada, chirriaban mientras las dos avanzaban por el camino, con Helen a la cabeza. Le encantaba ir al pantano durante el ocaso, sobre todo ahora que empezaba a hacer más frío, como aquella tarde, porque se formaba una capa de niebla que flotaba sobre la superficie del agua y Helen estaba segura de que la veía moverse, como si tomara forma, elevándose hasta crear la figura de una mujer con un vestido. Caminaron hasta las piedras de los viejos cimientos de la casa y se sentaron. Riley sacó un porro, lo encendió e inhaló.

—¿Pasa algo con Olive? —preguntó Helen—. Parecía un poco... rara ayer. ¿Está bien?

—Está muy preocupada por su madre —dijo Riley—. ¿A ti no te ha contado nada de eso?

—No. Ni una palabra.

—Se le ha metido en la cabeza que tal vez su madre no huyó con otro hombre como todos dicen. Que posiblemente le pasó algo más.

—¿No crees que tenga razón?

—No... Bueno, no lo sé. —Se quedó callada un momento, con la mirada fija en la niebla del pantano—. Quizá algo la ahuyentó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Helen.

—Olive dice que antes de que su madre se fuera oyó a sus padres peleando en la cocina. Dice que oyó algo que se rompía. Parece que la pelea llegó a lo físico.

—Espera... ¿Crees que tu hermano pudo haberla lastimado?

—No me lo imagino. La ama tanto... Pero hace años, cuando Dustin empezó a beber mucho, estaba hecho un desastre. A veces se ponía medio loco. Nunca le hizo daño a nadie, solo a sí mismo, pero...

—Riley, si crees que...

—No —interrumpió Riley—. Lo que en realidad creo es que Lori se fue con uno de sus amantes. Es posible que Dustin se enterara de que lo engañaba y discutieran, y esa fue la gota que colmó el vaso para ella, así que se habría largado sin mirar atrás.

—Pobre Olive —comentó Helen—. Es terrible que tenga que pasar por todo esto.

Riley le pasó el porro y se quedaron en silencio durante un minuto, fumando y contemplando el pantano.

—No puedo creer que me haya regalado esa hacha —reflexionó Helen en voz alta.

—Me encanta el hacha —afirmó Riley finalmente—. Pero no sé si es buena idea conservarla.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estoy empezando a preocuparme de que colecciones todas estas cosas rodeadas de historias morbosas.

—Hablas igual que Nate —dijo Helen con una risa.

—Es como si... como si estuvieras abriendo una puerta —señaló Riley.

—¡Sí! —exclamó Helen—. Esa es precisamente la cuestión.

—Pero cuando abres una puerta, nunca se sabe a quién o qué puedes dejar entrar —dijo Riley—. Sin mencionar que estás enfureciendo a tu marido. Y preocupándolo.

—¿Eh?

—Me llamó a la tienda esta mañana.

—¿En serio? ¿Qué te dijo?

—Piensa que el interés que tienes por Hattie y su familia y todos estos objetos es un poco... enfermizo. Me pidió que dejara de ayudarte con eso y puso mucho énfasis en que no te volviera a llevar al hotel de Dicky. Sé que vino a traerte tu móvil y que le habló a Nate de nuestra visita.

—Sí. Nate estaba furioso —comentó Helen.

Riley asintió.

—Pero no solo está furioso, Helen. Se preocupa de que estés perdiendo el sentido de la realidad.

—¿Y tú estás de acuerdo con él? ¿Crees que me estoy volviendo loca?

—Creo... —Riley hizo una pausa—. Creo que este es un juego peligroso. Borrar la línea entre el pasado y el presente, los muertos y los vivos.

—Te entiendo, pero... solo puedo decir que nunca me había sentido tan obligada a hacer algo. Y no puedo hacerlo sin ti. ¿Me ayudarás?

Hubo una larga pausa.

—Claro que sí —dijo Riley finalmente—. ¿Qué necesitas?

—No puedo encontrar todo lo que necesito en internet, en especial ahora, con Nate vigilándome todo el rato. Tal vez podríamos volver a la sociedad histórica y revisar todas las bases de datos a las que tienen acceso, usar el lector de microfichas para revisar periódicos viejos, buscar en todas las actas de nacimiento, defunción y matrimonio; podrías ayudarme a trazar un árbol genealógico de la familia de Hattie. Intentar rastrear a Gloria y Jason, para averiguar qué fue de ellos.

—Está bien —dijo Riley—. Sé que Mary Ann lo ha estado reorganizando todo desde que regresó de Carolina del Norte. Creo que el lugar ya está casi listo, e incluso han instalado un ordenador nuevo. Mañana tengo que trabajar, pero estaré libre pasado mañana, el lunes. Iremos a ver qué podemos encontrar.

Capítulo 36

Olive

12 de septiembre de 2015

Olive echó una ojeada a los libros que Helen le había prestado: los libros de la biblioteca que había estado leyendo en la casa nueva y otros que Helen tenía en el remolque.

«Pero, por favor, no te tomes muy en serio nada de lo que leas», le había advertido Helen.

«Entendido —le aseguró Olive—. Y no te preocupes, no pienso tratar de hechizar a nadie ni de invocar demonios o algo así. Solo me parece muy interesante, ¿sabes? Leer lo que otra gente cree».

En uno de los libros de la biblioteca, Olive encontró todo un capítulo sobre cómo comunicarse con los muertos usando un péndulo. Decía que, de esa forma, el espíritu podía ayudarte a encontrar objetos perdidos. También responder preguntas de adivinación. El libro sugería crear una gráfica con las posibles respuestas a tus preguntas y luego pedirle al espíritu que señalara con el péndulo la respuesta correcta.

Olive estaba hojeando uno de los libros de hechicería cuando se topó con una sección sobre símbolos mágicos.

Olive ahogó un grito, como una chica tonta en una película de terror.

En la página frente a ella había un diseño casi idéntico al del collar de su madre: un círculo con un triángulo dentro y, dentro de este, un cuadrado con otro círculo dentro. Olive leyó las palabras que acompañaban la ilustración:

La cuadratura del círculo es un símbolo importante que se utilizaba en antiguas prácticas de alquimia. Se creía que cuadrar un círculo era una labor imposible, ya que unía formas que no debían estar juntas. El círculo representa el mundo espiritual; el cuadrado, el mundo físico con sus cuatro elementos. Algunos creen que el triángulo representa una puerta por la cual los muertos, o incluso los demonios, pueden pasar.

—Mierda —dijo Olive.

Una puerta por la cual los muertos (o demonios) pueden pasar.

Pensó en el símbolo trazado en el suelo del hotel de Dicky. ¿Eso es lo que hacían ahí? ¿Trataban de abrir una puerta verdadera al mundo espiritual?

¿Y si habían tenido éxito?

¿Quién o qué podría haber pasado?

—¿Ollie? —Su padre entró en el comedor con su ropa de trabajo. Olive dio un brinco.

—Tengo que ir a trabajar. Se ha reventado una tubería en el instituto. Pero me van a pagar horas extra —dijo, guiñando el ojo.

—Está bien —indicó ella.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó al ver los libros—. ¿Algo para el instituto?

—No exactamente —respondió ella.

Su padre frunció el ceño al ver los títulos.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó. Extrañamente, tenía un tono molesto de repente. Apretó la mandíbula y bufaba por las fosas nasales como un toro furioso—. ¿Te los dio Riley?

—¿Riley? No —aseguró ella. Olive reflexionó con rapidez. No quería que Helen se metiera en problemas—. Los cogí prestados de la biblioteca. ¿Ves? —Le dio la vuelta al libro para que su padre pudiera ver la etiqueta numerada en el lomo.

—No los quiero en esta casa. No quiero volver a ver un libro de brujería en esta casa otra vez. No lo permitiré.

—¿Otra vez? —preguntó ella—. Entonces..., ¿mamá tenía libros como estos?

La expresión de su padre se endureció más, como si fuera a transformarse en piedra. Un hombre estatua.

—Los quiero fuera de aquí, Olive. —Forzó las palabras para que salieran por su mandíbula apretada—. De hecho, me los llevaré y los dejaré en la biblioteca yo mismo camino de la escuela. —Los cogió y los sujetó con fuerza con sus manos sucias.

—Pero, papá...

Con los libros contra el pecho, se dio la vuelta y salió del salón; su cuerpo estaba rígido y sus botas pisoteaban exageradamente fuerte sobre el suelo de contrachapado sin terminar.

Acabados

Capítulo 37

Helen

13 de septiembre de 2015

ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

Las palabras estaban escritas en la puerta de su nueva casa. Por suerte, las habían escrito con carboncillo, por lo que fue fácil limpiarlas. Había un pedazo de madera quemada en los escalones, que había sido utilizado para escribir el mensaje.

Helen se apresuró a borrar las palabras antes de que Nate las viera. Frotó fuerte y rápidamente, con el corazón a mil por hora y el sudor escurriéndose por su frente.

Se estaba quedando sin tiempo. Lo sentía. Sentía que Hattie le susurraba.

«Date prisa. Estás en peligro».

¿La madera quemada también habría sido una advertencia?

¿Un recordatorio de lo que le había ocurrido a la madre de Hattie, a su cabaña torcida, a la escuela y a Jane en el molino?

Quienquiera que estuviera dejando los mensajes quería que se fuera.

¿Hasta dónde estaban dispuestos a llegar con tal de ahuyentarla?

¿Habría otra fuga de gas? ¿O un incendio la próxima vez?

Si Helen y Nate se quedaban, ¿despertarían una noche con un olor a humo en el remolque y las llamas lamiendo las paredes?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Nate al subir a la casa.

—Hay una mancha en la puerta —dijo ella, frotando con el trapo.

—Es domingo —señaló él—. Creía que habíamos acordado que nos tomaríamos el día libre.

—Sí, claro —respondió Helen—. Solo estaba limpiando un poco.

—¿Tú apagaste mis cámaras?

—¿Qué? No.

—Qué raro —dijo Nate—. Todas estaban apagadas. No han sacado ninguna foto desde anoche a eso de las doce.

—Qué extraño —comentó Helen. No sabía quién había dejado el mensaje en la puerta, pero en definitiva no quería que lo vieran.

—Iré a pasear —dijo él.

Helen asintió.

—Genial. Creo que yo iré a la sociedad histórica a investigar un poco —le señaló Helen.

Él frunció el ceño, pero solo comentó:

—No vas a traer más objetos embrujados, ¿verdad?

—Solo investigo. Lo prometo —le dijo ella—. Disfruta del paseo.

Helen sabía que no podía esperar. Llamó a Mary Ann Marsden para preguntarle si podría dejarla entrar en la sociedad histórica. Le explicó que era amiga de Riley.

—Sé que es domingo, y me da mucho apuro pedírselo, pero tengo tantas ganas de empezar con mi investigación...

Mary Ann se rio y le dijo que sería un placer abrir la sociedad histórica.

—Salgo de la iglesia al mediodía. Podemos vernos ahí después. No tengo nada previsto para esta tarde, así que estaré encantada de ayudar.

Mary Ann era una mujer mayor que vestía un traje de poliéster verde. Llevaba un broche de flor esmaltado en la solapa del traje, tan grande que a Helen le sorprendía que el peso no derribara a la pobre mujer. Tenía los labios pintados de rojo oscuro y el pintalabios se había extendido a las arrugas de su bigote, haciéndolas parecer venas.

—Entonces, ¿tú eres la amiga de Riley? —le preguntó mientras abría la puerta para dejarla pasar.

—Sí, soy Helen. De verdad que le agradezco que me permita entrar así.

Helen siguió a Mary Ann adentro, la observó encender las luces y dirigirse al escritorio. Todas las bolsas y cajas de plástico que cubrían cada superficie la vez pasada ya no estaban. El lugar estaba limpio y ordenado. El inmenso y anticuado ordenador que Riley había usado descansaba sobre una mesa en un rincón, y en el escritorio principal había un moderno ordenador nuevo.

—¿Así que estás interesada en la familia Breckenridge?

—Así es. La última vez que estuve aquí, Riley me mostró una pintura de Hattie. Me gustaría poder echarle otro vistazo.

No esperaba encontrar pistas nuevas en la pintura, pero quería verla, contemplar la mirada de Hattie una vez más. Pensó que sería una buena manera de empezar su investigación; que le traería suerte si Hattie la estaba observando.

—Por supuesto —dijo Mary Ann, y se dirigió a los muebles.

Abrió los cajones y empezó a sacar y meter pinturas.

—Qué extraño —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Parece que no está aquí —dijo Mary Ann—. Al menos no donde debería estar. Si prestamos algo, dejamos una etiqueta rosa en el lugar de la pintura. Pero no hay ni pintura ni etiqueta. —Volvió al escritorio, cogió una gran carpeta de tres anillas y empezó a hojearla—. Cuando prestamos pinturas usamos un formulario. Además hay un registro que las personas deben rellenar. Pero aquí no aparece nada.

—Entonces, ¿cree que han podido robar la pintura?

Mary Ann se rio.

—¿Robada? No, querida. No me imagino por qué alguien querría robar una pintura de Hattie Breckenridge. No cuando tenemos otras cosas mucho más valiosas aquí, como plata, monedas antiguas, incluso joyas.

—Entonces, ¿qué cree que le ha pasado a la pintura?

—Bueno, tal vez la guardaron en otra parte. O alguien la cogió prestada sin hacer el papeleo correspondiente. O perdimos los papeles. No estoy segura. Tenemos varios voluntarios. Creo que el primer paso sería hablar con todos para averiguar qué ha pasado.

Se volvió hacia el mueble de madera, el espacio vacío en el cajón donde antes estaba la pintura de Hattie.

—Lo siento, no puedo ayudarte con la pintura. ¿Qué más estabas buscando? —preguntó Mary Ann.

—Cuando vine con Riley encontramos algunas fotografías de Hattie; una de cuando estaba en la escuela y otra que sacaron en un pícnic del pueblo cuando era joven. ¿Sabe si hay alguna otra?

Mary Ann asintió.

—Tenemos la última fotografía que le sacaron a Hattie —indicó.

—¿La última fotografía?

—Cuando la ahorcaron —comentó Mary Ann—. Supongo que Riley te la enseñó.

Por Dios. ¿Una fotografía del día que la colgaron? Parecía imposible.

—Eh, no. Creo que no la vi.

—Ah —dijo Mary Ann, mientras se ponía de pie y se dirigía a un archivador alto y negro—. Está en nuestra colección especial. Quizá Riley tampoco la ha visto. —Abrió un cajón y empezó a revisar los archivos—. Esperemos que esta no se haya perdido también. —Mary Ann se rio un poco.

Una parte de Helen deseaba que así fuera.

—Oh, aquí está —dijo Mary Ann, con un tono de voz ligeramente emocionado mientras sacaba una carpeta del archivador. La abrió. El interior estaba forrado con dos hojas de papel y una vieja fotografía en blanco y negro.

Helen sintió escalofríos y tuvo que obligarse a no apartar la mirada.

—¿Quién sacaría una foto así? —preguntó.

—No estamos seguros de quién fue el fotógrafo —respondió Mary Ann.

Helen se acercó y examinó la fotografía más de cerca. El centro de esta mostraba un gran árbol viejo cubierto de gruesas y pesadas ramas.

Al ver la imagen, recordó que había un pedazo de ese mismo árbol en su casa.

Debajo del árbol, la vieja fotografía mostraba a un grupo de unas treinta y tantas personas, todas mirando a la cámara, posando. Algunas sonreían. Algunas tenían la mirada agachada. Bien podría haber sido la fotografía de un baile o una feria del condado; el pueblo de Hartsboro reunido para una fiesta. Algunos vestían ropa de trabajo llena de polvo y parecía como si hubiesen terminado de arar los campos o de meter carbón en una máquina de vapor. Otros hombres llevaban traje y corbata, y las mujeres vestidos y el cabello perfectamente recogido.

Encima de todos ellos estaba su presa.

Hattie Breckenridge colgaba de una gruesa cuerda desde una rama alta. Helen alcanzaba a distinguir el nudo alrededor de su cuello. Llevaba un vestido blanco sucio y manchado. Sus zapatos estaban cubiertos de lodo. Tenía los ojos cerrados y el rostro pálido. Había una mujer de cabello claro justo debajo de ella. Estaba sonriendo y sostenía algo que parecía brillar.

—¿Qué tiene esta mujer? —preguntó Helen, acercando el rostro a la foto.

—No estoy segura —dijo Mary Ann, entrecerrando los ojos.

Helen vio una lupa sobre el escritorio y la cogió. Observó la fotografía de cerca y pudo ver lo que era: un collar. Se acercó más y, aunque era difícil distinguirlo claramente, estaba segura de que se trataba del mismo collar con aquel diseño extraño que Hattie llevaba puesto en el retrato: un círculo, un triángulo y un cuadrado, todos metidos uno dentro del otro.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Helen, mientras señalaba a la mujer que sostenía el collar de Hattie como un trofeo, con una sonrisa enfermiza en el rostro que parecía decir: «La bruja está muerta».

—Me parece que es Candace Bishkoff. Su hija, Lucy, fue una de las víctimas del incendio. Cuenta la historia que fue ella la que guio a la gente del pueblo a buscar a Hattie aquella tarde.

—¿Bishkoff? ¿Aún vive alguno de sus parientes?

—Claro. Muchos. Son dueños de la granja de cerdos y de la carnicería. La carnicería del Tío Fred. ¿La conoces?

Ella asintió.

—He pasado por ahí con el coche.

Mary Ann guardó con cuidado la fotografía en la carpeta y se frotó las manos con emoción.

—Bueno, ¡a lo que venimos! ¡Empecemos con la investigación! ¿Qué buscas exactamente?

—Estoy tratando de rastrear el árbol genealógico de Hattie, para encontrar a cualquier descendiente vivo que pudiera tener.

«Estoy tratando de salvar a uno de ellos». Helen siguió hablando:

—Sé que tuvo una hija, Jane...

—Nadie sabe lo que le pasó a Jane —dijo con tristeza Mary Ann, sacudiendo la cabeza—. Desapareció poco después de que ahorcaran a Hattie y nunca se volvió a saber de ella.

—De hecho, estoy casi segura de que se mudó a Lewisburg y terminó casándose con un hombre llamado Silas Whitcomb. Tuvieron dos hijos, Ann y Mark. Jane murió en un incendio en el molino Donovan e Hijos, cuando sus hijos eran pequeños. Su hija, Ann, se casó con Samuel Gray y vivían en Elsbury. Samuel y Ann tuvieron un hijo, Jason, y una hija, Gloria. Samuel y Ann murieron... Él la mató y luego se suicidó, y los hijos se fueron a vivir con unos parientes.

—Dios mío —exclamó Mary Ann—. ¡Has averiguado muchas cosas! Deberías venir a trabajar como voluntaria aquí. ¡Nos sería muy útil tener a alguien con tus habilidades de investigación!

—Me encantaría. Tal vez cuando terminemos la casa y tenga más tiempo libre... Por ahora estoy buscando a más familiares de ella. Y me gustaría saber qué pasó con Jason y Gloria. Con quién fueron a vivir, adónde...

Mary Ann era increíblemente hábil para usar el ordenador y el lector de microfichas. De hecho, tecleaba mucho más rápido que Helen; sus dedos volaban de una tecla a otra.

Juntas, revisaron páginas de genealogía, registros públicos, información de censos y viejos periódicos. Al cabo de un rato, Helen tenía los ojos llorosos y se sentía un poco mareada de estar leyendo página tras página de actas de nacimiento y de defunción, así como periódicos estatales, en el lector de microfichas. Leyó artículos sobre el incendio del molino donde murió Jane, sobre el asesinato de Ann.

Lo primero que descubrieron fue que, después de la muerte de Jane, Silas Whitcomb se casó otra vez y tuvo cuatro hijos más, por lo que Ann y Mark tenían medios hermanos, y cada uno de ellos, a su vez, se había casado y tenía hijos.

Haciendo uso de las habilidades de Mary Ann para revisar registros públicos, descubrieron que Mark Whitcomb se había mudado a Keene, en Nuevo Hampshire, y se había casado con una mujer llamada Sara Sharpe en 1965. Habían tenido tres hijas: Rebecca, Stacy y Marie. Mary Ann encontró copias de las actas de nacimiento de las tres.

—Riley puede ayudarme con el resto mañana —dijo Helen cuando ya llevaban casi dos horas investigando—. No quiero que tenga que estar aquí todo el día.

—Oh, no me molesta en absoluto —indicó Mary Ann—. De hecho, estoy disfrutando mucho el trabajo de detective. No tenía ni idea de que Hattie Breckenridge hubiera dejado tal legado. Resulta fascinante el hecho de que existan familiares suyos con vida en alguna parte, ¿no crees?

—Absolutamente —afirmó Helen.

—¿Sabes? —confesó Mary Ann—, siempre me pareció que la forma en que el pueblo trató a Hattie había sido muy injusta, y la manera en que se sigue hablando de ella. No creo que sea correcto vilipendiar a una persona de ese modo.

Helen le sonrió.

—Eso es parte de lo que me motivó a hacer esta investigación. Quería conocer su versión de la historia.

Helen hizo una pausa en la investigación y decidió ir en un momento a la tienda del pueblo a comprar unos sándwiches, dos cafés y una caja de bollos daneses con frambuesa.

—He traído provisiones —anunció cuando regresó.

—He encontrado algo sobre Samuel Gray —dijo Mary Ann sin despegar los ojos del ordenador—. Tenía siete hermanos, y su madre, Eliza Gray, murió en 2002. Vivía en Duxbury, así que tal vez los niños se mudaran con ella.

Helen metió la mano en su bolso para coger su libreta y anotar la lista de nombres que habían descubierto, pero no estaba.

—Maldita sea —murmuró.

—¿Ocurre algo?

—Lo siento, pensé que había traído mis notas, pero parece que se me ha olvidado la libreta.

Seguro que la había dejado en casa. Probablemente junto al ordenador, lo cual había sido un descuido por su parte. Si Nate la encontraba..., pero no lo haría, ¿o sí?

Mary Ann le consiguió unos cuantos folios. Helen empezó a escribir los nombres y las fechas de nacimiento de todos los familiares que habían encontrado y con los que Jason y Gloria podían haberse mudado.

—No quiero dificultar más las cosas —dijo Mary Ann—, pero creo que es importante tener en cuenta que pudieron haber sido acogidos por un primo lejano, la cuñada de una tía o un tío..., por cualquiera.

Cuando terminaron, después de más de tres horas investigando (y de que se acabaran los sándwiches y los bollos de frambuesa), Helen tenía una larga lista de tías y tíos, tías abuelas y tíos abuelos, primos y familia política. Tenía cuatro hojas de papel pegadas con cinta en las que había trazado un esbozo sencillo del árbol genealógico de Hattie: las ramas se retorcían y enredaban, rebosantes de nombres.

Helen encendió el intermitente cuando vio la caricatura del cerdo sonriente en el letrero de la carnicería del Tío Fred. Debajo de este había otro que decía: «TOCINO, SALCHICHAS, JAMÓN». Había un edificio de un piso con un techo verde de metal y una marquesina que simplemente decía: «CARNE». Detrás de esta, de un pequeño cobertizo con una chimenea de metal brotaba un humo con un dulce aroma a nogal.

Helen entró en la tienda, donde lo primero que vio fue un gran refrigerador lleno de carne ahumada: salchichas, jamones, gruesas tiras de tocino grasiento. Helen sintió el estómago un poco revuelto; era demasiado: el dulce olor ahumado, los cortes de cerdo grasiento, la corteza de cerdo ahumado. El resto de la tienda estaba llena de cachivaches para turistas: alces de peluche con camisetas que decían: «Amo Vermont», jarabe de arce, salsas picantes locales, jaleas y mermeladas, cestas de mimbre, velas de cera de abeja; todo parecía estar cubierto por una capa de polvo untuoso. Había un

antiguo ventilador de metal en una esquina, resoplando y haciendo todo lo que podía por refrescar el aire denso.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó una mujer joven detrás del mostrador. Helen calculó que debía de estar en el instituto, o tal vez en la universidad. No parecía tener siquiera edad para beber legalmente; sin embargo, vestía una camiseta de la marca de cerveza Long Trail Ale y llevaba tanta sombra de ojos y rímel que a Helen le sorprendía que pudiera mantener los ojos abiertos.

—No estoy segura —dijo Helen—. Estoy buscando a la familia de Candace Bishkoff.

—¿Candace? —preguntó la chica, mientras miraba al techo para pensar—. Creo que no conozco a ninguna Candace, y conozco a casi todos los Bishkoff. Mi novio, Tony, es un Bishkoff. —Le sonrió a Helen, orgullosa de mostrar su lealtad al clan de los Bishkoff, reyes de la carne ahumada; tal vez algún día ella y Tony se casarían, y sus hijos crecerían y aprenderían los secretos de la salmuera y de cómo hacer salchichas.

—Candace ya debe de haber fallecido —explicó Helen—. Vivió a principios del siglo pasado.

—Oh —exclamó la chica—, habla de los antiguos Bishkoff. Eso es lo más genial de esta familia, ¡llevan siglos aquí!

Helen asintió.

—¿Está alguno de los miembros de la familia? ¿Alguien que podría haber conocido a Candace?

—Sí, espere un momento; déjeme ir a buscar a Marty. Él los conoce a todos.

—¡Oh, genial! Gracias —dijo Helen.

—No hay problema —respondió alegremente la chica, antes de dirigirse a la habitación trasera y gritar—: ¡Marty! ¡Marty!

Pronto, la chica regresó seguida por un hombre de cabello canoso que llevaba un mono de trabajo desgastado. Era delgado y desgarrado; parecía un espantapájaros que había cobrado vida y se había bajado de su base. Su rostro y su cuello mostraban algo de barba, como si hubiera tratado de afeitarse y le hubieran faltado algunos grandes pedazos. Tenía los ojos legañosos.

La chica volvió a sentarse detrás del mostrador, se concentró en su móvil y empezó a teclear.

—¿Puedo ayudarla? —gruñó el anciano.

—Espero que sí. ¿Es usted Marty? —Él asintió—. Es un placer conocerlo. Soy Helen. Buscaba a alguien que pudiera decirme algo sobre una mujer llamada Candace Bishkoff.

Él asintió de nuevo.

—Era mi abuela.

—Y usted... ¿la conoció?

Helen recordó a la mujer de la fotografía, joven en aquel entonces, sosteniendo el collar y esbozando una sonrisa victoriosa.

—Murió cuando yo era joven, pero la recuerdo un poco, sí. Me enseñó a jugar a las damas. Nadie le ganaba. En serio, nadie.

Helen le creía.

—Vivió hasta los noventa y nueve —dijo él—. Casi un siglo. Imagínese.

—Qué bien —comentó Helen—. Sé que esto sonará extraño, pero me preguntaba si sabría algo de una pieza de joyería que solía pertenecer a su abuela. Un collar con un círculo, un triángulo y un cuadrado.

Él asintió.

—Sí, ya sé cuál es.

El corazón de Helen dio un vuelco. Había estado en lo cierto.

—¿Aún lo tienen? ¿Sigue perteneciendo a su familia? Si es posible, me encantaría poder echarle un vistazo.

Él sacudió la cabeza.

—Lo vendimos. Hace como un año. Vino una mujer, al igual que usted, haciendo toda clase de preguntas sobre él. Ofreció pagarlo en efectivo. Trescientos dólares. Demasiado dinero por un collar feo, si quiere mi opinión —dijo él.

—¿Trescientos dólares? —preguntó la chica detrás del mostrador—. ¿En serio?

El hombre asintió.

—Bueno, tal vez era muy antiguo y valioso, como una reliquia o algo así. Como algo que debería estar en un museo —sugirió la chica—. Tal vez en realidad valía mucho más de lo que esa mujer ofreció y ella lo sabía.

—No lo creo —indicó el hombre—. Y para ser sincero, Louise y yo nos alegramos de deshacernos de él. Louise solía decir que ese collar estaba maldito.

—¿Por qué diría algo así? —preguntó la chica.

—Porque pertenecía a Hattie Breckenridge.

—¿En serio? —dijo la chica—. ¿La bruja? ¿La que colgaron en el pantano?

Marty asintió y se pasó una mano por los tirantes de su mono.

Helen hizo una mueca de desagrado al recordar la fotografía: la multitud sonriente reunida a los pies del árbol mientras Hattie colgaba sobre ellos. La

bruja estaba muerta.

Miró a Marty y pensó: «Tu abuela hizo eso. Estuvo ahí. Su sonrisa era la más grande de todas, llena de satisfacción». Helen sintió como si le apretaran la garganta, como si ella también tuviera un nudo alrededor del cuello.

—¿Sabe quién era la mujer que compró el collar? —preguntó Helen, forzando las palabras para que salieran a pesar del nudo en su garganta.

—Claro que lo sé —dijo Marty—. En un pueblo tan pequeño como este, uno conoce a casi todo el mundo. Fue Lori Kissner. La mujer que se fue y abandonó a su marido y a su hija.

—Oh, ya sé de quién habla —dijo la chica—. Su hija es todo un personaje. Lo siento por ella, debe de ser horrible que tu madre se pasee por todo el pueblo con diferentes hombres y que encima todos lo sepan, pero Olive es todo un personaje.

—¿Olive? —repitió Helen, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz.

—Ajá. —La chica se encogió de hombros—. Todos en el instituto la llaman «Oliver el Raro».

Capítulo 38

Olive

13 de septiembre de 2015

Olive no podía sacarse la expresión «situación de mierda» de la cabeza. Porque así estaba ella.

Estaba atrapada en el viejo hotel de Dicky.

Se había escabullido un poco antes de las seis de la tarde. No sabía a qué hora llegarían los demás, pero quería asegurarse de tener suficiente tiempo. La puerta de entrada estaba abierta, así que entró discretamente y echó un vistazo por el viejo vestíbulo.

Ya tenía pensado lo que diría si Dicky la descubría. Diría que había perdido su pulsera favorita, la que su madre le había dado antes de irse, y que la última vez que recordaba haberla visto fue el día que estuvo en el hotel. «Ya he buscado en todas partes y este es el único lugar donde podría estar — le diría—. Lamento tanto molestarlo otra vez, pero esa pulsera es muy importante para mí».

Pero para su alivio no hubo necesidad de usar ninguna excusa. Al menos no de inmediato. No había señal alguna de vida en el vestíbulo. Solo una vela encendida sobre un soporte en la recepción, rodeada de correspondencia y papeles, lo cual era un gran riesgo de incendio.

Oyó una risa procedente del piso de arriba.

Sabía que era una estupidez. No debía estar ahí. Debía estar en casa viendo la televisión o colocando paneles de yeso. Su padre estaba fuera, trabajando en la bomba de agua (ya llevaban dos días con eso, y si no la arreglaban no habría escuela al día siguiente, porque no había agua en toda esa parte del pueblo).

«Esto es una tontería —se dijo—. Debería dar la vuelta y volver a casa antes de que me descubran».

Pero aun así ya estaba subiendo la escalera antes de darse cuenta, como si las voces fueran un imán que la atraía. Si había la más pequeña posibilidad de descubrir algo sobre su madre, tenía que intentarlo. Y era obvio que Dicky y

sus amigos sabían algo. Subió la escalera lentamente, repitiendo la historia inventada de la pulsera perdida en su cabeza, preparándose por si la atrapaban. Cuando llegó arriba, se detuvo a escuchar, tratando de averiguar de dónde provenían las voces. De pronto, oyó que la puerta de la entrada se abría de golpe y un hombre gritó:

—¡Dicky!

Olive se quedó paralizada. Hubo un silencio como de diez segundos y se escabulló por el pasillo, lo cual fue una buena decisión, porque oyó que el visitante que acababa de entrar subía la escalera.

—¿Dónde estás, Dicky? —gritó el hombre.

Olive contempló todas las puertas cerradas de las viejas habitaciones. No tenía tiempo de comprobar cada pomo para ver si alguna estaba abierta. Siguió avanzando por el pasillo hasta llegar a la habitación donde estuvo en su última visita. Al menos era territorio conocido.

—¿Dónde diablos estáis todos? —gritó aquella nueva voz desde el pasillo. Ahora que estaba más cerca, a Olive le resultaba familiar la voz de ese hombre, pero no podía identificar de quién se trataba.

—Tercer piso —gritó Dicky desde arriba—. Pero ahora mismo bajamos.

Olive estaba pegada a la pared junto a la puerta, atenta, tratando de calmar su acelerado corazón. La estancia estaba oscura; las viejas y estropeadas cortinas cubrían las ventanas arqueadas. Había un hedor acre en la habitación, como a cabello quemado. Oyó los pasos que procedían de los escalones de madera curvados del tercer piso, donde Dicky vivía. Parecían pezuñas en una estampida. Era imposible saber cuántas personas lo acompañaban. ¿Dos? ¿Veinte?

Entonces se dio cuenta de que se dirigían hacia donde ella se encontraba.

Pasos, voces, risas.

Mierda. ¡Iban hacia esa habitación! Claro, era de esperar.

Echó un vistazo alrededor, desesperada. No había adónde correr; no había ninguna puerta trasera por donde escapar. No había armarios. Solo un montón de sillas rotas. Y ventanas con cortinas deshilachadas. La chimenea. Olive se preguntó si cabría en ella y si podría trepar como Santa Claus. Poco probable.

Corrió detrás del bar y se agachó.

«Por favor, que no se acerquen al bar», pensó. Recordó el tequila y los vasos, y rezó para que nadie quisiera un trago. Trató de encoger su cuerpo lo máximo que pudo y se concentró en desaparecer entre la madera del bar, en ser invisible. Era buena para quedarse quieta sin hacer ruido. Había

perfeccionado sus habilidades después de años de cazar junto a su padre. Solo que ahora se sentía más como la presa que como el cazador.

Se reunieron en el pasillo; se oía una mezcla de voces y pasos, gente saludándose entre ellos. «Hola», «Cuánto tiempo sin vernos». Luego entraron en la habitación, y sus pasos se oían más como un derrumbe que como pies; como un río desbordándose.

Olive prestó atención, tratando de distinguir las voces, de contar el número de personas.

Hablaron un poco de banalidades, el clima, el trabajo, béisbol. Algunos encendieron cigarros; Olive podía oler el humo. De vez en cuando se les unía alguien nuevo y todos volvían a saludar. Todos discutieron el hecho de si asistiría una mujer llamada Carol, y algunos parecían muy preocupados de que no fuera.

—Es necesario que todos estemos aquí —dijo Dicky. Parecía agitado—. No funcionará a menos que estemos todos. Fui muy claro al respecto.

La conversación volvió a ser de temas aburridos; alguien contó una historia sobre alguien llamado Bud, con quien se había topado en el supermercado. La persona mencionó que tenía buen aspecto, a pesar de haber perdido la mitad del hígado; alguien más daba consejos para preparar el pastel de ángel más ligero que hubieran probado en su vida.

Olive se quedó quieta y escuchó. Se le habían empezado a dormir las piernas, pero no se atrevía a moverse. La poca luz que se filtraba por las desgarraduras en las pesadas cortinas era cada vez más tenue conforme se iba poniendo el sol. Siguieron hablando y hablando, y Olive empezó a arrepentirse de haber ido al hotel. La habitación estaba llena de humo de cigarro. Finalmente, Carol llegó, con el pretexto de que su coche se había averiado.

—Entonces, ¿ya estamos todos? —preguntó un hombre de voz aguda, como el chillido de un ratón.

—Sí —respondió una voz que Olive reconocía como la de Dicky.

—¿Y tenemos el diario? —preguntó una mujer.

—No —dijo Dicky—. Ya no.

—Bueno, ¿y dónde está? —preguntó la mujer.

—Escondido —respondió Dicky—. En casa de Lori. En el cobertizo. No os preocupéis. Ya nos hemos encargado de todo.

A Olive le daba vueltas la cabeza; sus pensamientos giraban como un molinillo de papel. ¿Qué diario? ¿Escondido en el cobertizo de su casa?

—Pues no me parece que os hayáis encargado de todo —dijo otra mujer—. La hija de Lori anda husmeando por ahí. Y la pareja de recién llegados han hecho muchas preguntas.

—Bueno, para eso estamos aquí, ¿no? —indicó Dicky—. Para buscar orientación y protección.

—¡Necesitamos más que orientación! —replicó un hombre—. ¡Tenemos que detener a esa niña y a esas personas que están construyendo en las tierras de Hattie!

—Ya hemos puesto un plan en marcha —dijo Dicky—. Pero ahora necesitamos ayuda del otro lado.

Se oyó un murmullo de aprobación.

—Bueno, entonces, empecemos —declaró un hombre de voz grave y áspera.

Se oyeron más pasos y el susurro de una tela. Luego, el sonido de sillas que eran arrastradas y reacomodadas. Algunos murmullos suaves de aquel grupo reunido. Olive podía distinguir la voz de Dicky y le parecía que algunas de las otras también le resultaban familiares, pero no podía ubicarlas.

«Probablemente sean personas que has visto en el pueblo toda tu vida», se dijo.

Los murmullos se convirtieron en un tarareo. Un tarareo que llenó la habitación y que le parecía el sonido que haría un insecto, como si se encontrara de repente dentro de un panal de abejas o en el nido de unas extrañas criaturas aladas. Por encima del zumbido se alzó una sola voz: la de Dicky, fuerte y segura, hablando con su acento texano falso; un vaquero de rodeo convertido en predicador.

—Espíritus del este, del norte, del oeste y del sur; criaturas del agua, del aire, de la tierra y del fuego, os invocamos. Os pedimos que abráis la puerta.

Luego, el tarareo cambió y se convirtió en un cántico:

Como es arriba, es abajo.

La puerta se ha abierto.

Que los mundos se unan.

Que los espíritus caminen entre nosotros.

A Olive se le erizó la piel.

—Hattie Breckenridge, ven con nosotros —dijo un hombre.

—Nos entregamos a ti —dijo otro.

—Nos ofrecemos a ti —dijo una mujer.

—Somos tus fieles servidores.

Y luego las voces se alzaron juntas:

—Hattie, Hattie, Hattie, Hattie.

Hasta que la voz de Dicky dijo:

—Ven con nosotros, Hattie. Te pedimos que te unas a nosotros, tus fieles servidores. Ven y guíanos. Muéstranos el camino.

La habitación se iluminó y el humo se volvió más intenso.

Olive recordó las marcas de tiza en el suelo; imaginó que estas se abrían como un portal mágico y que Hattie Breckenridge salía arrastrándose de ellas.

Eso sí tenía que verlo.

Tan lenta y silenciosamente como pudo, gateó para asomarse desde su escondite detrás del bar, manteniendo su cuerpo oculto.

El grupo estaba frente a la chimenea, alrededor del círculo de tiza dibujado en el suelo. El mismo símbolo de su collar.

La puerta al mundo de los espíritus.

Olive contó nueve personas. Había velas encendidas por toda la habitación, en la repisa, en el suelo, e incienso ardiendo en pequeños cuencos de latón (los mismos que había confundido con ceniceros la última vez). El incienso llenaba el aire de un humo denso y dulce.

Sobre la repisa de la chimenea habían sacado la tela para revelar lo que había detrás: no era un espejo, sino una pintura. Era el retrato de una mujer de largo cabello oscuro que combinaba con sus ojos. Llevaba un vestido rojo y un collar. No un collar cualquiera: el mismo que Olive traía puesto.

El collar parecía vibrar bajo la camisa de Olive, como un diapasón.

Incluso desde donde estaba escondida, Olive notó que los ojos de la mujer eran hipnóticos, hechizantes. Olive sintió como si la mujer la mirara directamente, como si pudiera ver en su interior, y tratara de decirle algo, algo importante.

Tal vez solo quería decir: «¡Devuélveme mi collar o ya verás!».

Sabía que se trataba de Hattie. A pesar de que nunca había visto un retrato, de que nunca había sabido cómo era, de que nunca había oído a la gente decir que había sido hermosa. Por la forma en que la gente se expresaba sobre ella, Olive había imaginado un rostro cruel y retorcido, con colmillos y tal vez algunas verrugas.

Pero esa era la verdadera Hattie: radiante, con un brillo comparable al de la luna blanca.

Era la misma Hattie que alguna vez había vivido en esa pequeña casa torcida en el pantano. La misma que colgaron por brujería. Hattie, cuyo collar

llevaba Olive en aquel momento.

La mirada de Olive se dirigió del retrato al círculo de personas debajo de él. Se habían separado para hacer espacio; una mujer salió de las sombras, a la izquierda de la repisa de la chimenea, y se abrió paso hasta el centro del círculo. Se movía con lentitud, danzando entre el denso humo. Tenía el cabello largo y negro, y un vestido blanco. Y en el rostro llevaba una máscara de cierva blanca. La máscara era extrañamente realista: con pelo de verdad, una nariz negra y ojos negros brillantes.

La cierva blanca.

Olive contuvo la respiración.

«¿Hattie?».

¿De verdad habían invocado al espíritu de Hattie Breckenridge, que ahora se movía entre ellos en el centro del círculo?

Mientras Olive observaba los movimientos de esa mujer espíritu, notó algo espeluznantemente familiar respecto a su danza: paso, paso, contoneo, paso, paso, contoneo. Entonces, Olive bajó la mirada y vio los pies de la mujer entre las piernas de la gente del círculo que entonaba: «Hattie, Hattie, Hattie».

Llevaba unos zapatos color marfil con abalorios plateados bordados en forma de flor en la punta y cordones atados con pequeñas hebillas plateadas.

Olive se cubrió la boca con la mano para no hacer ruido. Para no gritar: «¡Mamá!».

Capítulo 39

Helen

13 de septiembre de 2015

Helen estaba tratando de resolver el rompecabezas: la madre de Olive había pagado trescientos dólares por el collar de Hattie, luego huyó y nadie había vuelto a saber de ella. Y, encima, lo que la chica había dicho sobre Olive: «Oliver el Raro». A Helen casi se le rompió el corazón. Tenía que hablar con Olive, preguntarle si sabía algo sobre el collar que su madre había comprado, descubrir si se lo había mencionado. No era tan tarde; podría llamar a Olive esa noche e invitarla a tomar chocolate caliente y hablar.

Pero sus planes se desvanecieron en cuanto entró en el remolque. Nate estaba sentado frente a la mesa de la cocina, con la cabeza agachada, leyendo algo. De momento le preocupó que se tratara de otro mensaje de advertencia: «ÚLTIMA OPORTUNIDAD».

Pero era algo mucho peor.

Helen se quedó paralizada en mitad de la cocina; deseaba poder dar la vuelta y correr.

Nate estaba pálido y tembloroso. Tenía el hacha junto a él. Y el cuaderno de Helen lleno de todas las cosas que había descubierto; todos los incidentes que había experimentado con Hattie, Jane y Ann; todas las mentiras que le había dicho a Nate, una y otra vez. Todo estaba ahí en su libreta, abierta sobre la mesa.

Helen retrocedió.

—Nate...

Pensó en Ann y en cómo su marido le había disparado en el salón.

¿Qué se necesitaba para que una persona perdiera el control así?

¿Para que cogiera una pistola (o un hacha) y atacara a la persona que amaba?

—¿Cómo era? —preguntó. Sus palabras sonaban como el croar de una rana en el fondo del pozo.

—¿Quién?

—Hattie. Cuando la viste en la cocina. Y después en casa. ¿Cómo era?

Bajó una mano y la colocó sobre el mango del hacha, el nuevo mango de nogal que Helen había comprado para repararla.

—Eh... —Helen trató de hablar, pero no sabía qué decir. Tal vez podía negarlo todo. Decirle a Nate que tenía razón, que no existían los fantasmas, que ahora lo sabía; decirle que seguro que se lo había imaginado.

Pero ¿acaso no había mentido bastante ya?

Nate se levantó, sosteniendo el hacha. Sus ojos estaban vidriosos y enrojecidos.

—¡Venga, Helen! ¿Cómo era? —gritó.

—Nate... —tartamudeó Helen, retrocedió a trompicones y se dirigió hacia la puerta, calculando la distancia entre ella y Nate.

—¿Tenía el cabello negro? —preguntó Nate, envolviendo el mango del hacha con los dedos—. ¿Ojos oscuros? ¿Un poco más baja que tú? —Estaba viendo a Helen, pero también algo más lejano, como si la figura que describía estuviera detrás de ella, observando.

Helen asintió y dio otro paso hacia atrás; sabía que tenía que estar cerca de la puerta. Levantó una mano frente a Nate, como si tratara de decir: «Todo está bien. Debemos calmarnos». Estiró la otra mano hacia atrás, buscando a tientas la puerta.

—La vi —dijo Nate—. Por Dios, me estoy volviendo loco, porque te juro que la vi. De veras, la vi.

Se dejó caer en la silla de la cocina y soltó el hacha; se encorvó, apoyó los brazos sobre la mesa y enterró el rostro en ellos.

Helen se acercó a él y puso una mano sobre su brazo.

—Cuéntame —dijo ella—. Cuéntame exactamente lo que viste.

«Cuéntame lo que te hizo». Él levantó la cabeza.

—Estaba en el bosque, buscando a la cierva. Sé que piensas que estoy loco, pero es real, Helen. Pero ahora creo... Por Dios, ya no sé qué creo.

—Entonces, estabas en el bosque. ¿Fue ahí donde viste a Hattie?

—No. —Sacudió la cabeza—. Caminé en círculos durante horas, o al menos me parecieron horas. Ella sabía que la estaba siguiendo. Es algo que siempre hace. ¿Un juego? Luego, los círculos se hicieron más amplios, y de pronto la estaba siguiendo por la orilla del pantano. Pero... era diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—¿Tal vez llegué a otro pantano? O a otra parte de este. Un área que no habíamos explorado.

Helen asintió, pero sabía que no había otro pantano ni otra parte no explorada.

—¿Qué viste ahí, Nate?

—Había una casa. Una pequeña cabaña. Prácticamente en ruinas. Inclclinada hacia la izquierda. —La miró y ella asintió otra vez, animándolo a que siguiera hablando—. Había una chimenea de donde salía humo. Y la puerta estaba abierta. Mi cierva..., digo, la cierva, la cierva blanca que he estado siguiendo, entró. No podía creer del todo lo que veía, pero sabía que al fin la tenía. Estaba atrapada. Preparé mi cámara y corrí hacia la cabaña. Pero cuando llegué ahí...

—¿Qué? —preguntó Helen—. ¿Qué, Nate? ¿Qué ocurrió?

Nate echó la silla hacia atrás, se puso de pie y se frotó el rostro.

—No había ninguna cierva dentro. Pero había una mujer junto a la puerta. Una mujer con cabello y ojos oscuros. Llevaba un vestido blanco. Y la forma en que me miró... —Se detuvo sin apartar la mirada de Helen. Sus ojos estaban llenos de terror puro. Su voz temblaba—. Fue como si me conociera, Helen. Como si hubiera estado esperándome.

Capítulo 40

Olive

13 de septiembre de 2015

¡Mamá! Su madre estaba ahí, danzando en medio del círculo.

Pero ¿cómo? ¿Por qué?

La mente de Olive buscaba desesperadamente una explicación o una idea de lo que debía hacer.

Si tan solo tuviera un teléfono móvil, como cualquier chica de catorce años, podría volver a esconderse detrás del bar y llamar o enviarle un mensaje de texto a su padre o a su tía Riley, para avisarlos de que había encontrado a su madre, y que se apresuraran a ir a por ella.

Pero no tenía móvil y estaba atrapada ahí, en el viejo bar del hotel de Dicky.

«Piensa», se dijo a sí misma.

Olive pensó en cómo apuntaba a un ciervo asustadizo cuando cazaba: había que mantener la mirada sobre él y seguirlo cuidadosamente, hasta que tuviera el disparo perfecto en la mira, justo en el momento exacto.

Su única oportunidad era tratar de estar a solas con su madre, para poder hablar con ella cara a cara.

—¡Ella habla! —exclamó uno de los hombres, como si leyera la mente de Olive.

—¡Hattie, hálbanos! —dijo una mujer—. Cuéntanos tus secretos. Cuéntanos lo que debemos saber. Dinos lo que debemos hacer.

Aquellas personas sonaban ridículas, locas; sin embargo, a pesar de que lo que decían parecía sacado de una película de dibujos animados, hablaban en serio, y eso le hacía tener más miedo.

El grupo se acercó a la mujer con cabeza de cierva (¡su madre!), rodeándola, escuchándola.

Pero Olive no oyó nada, solo el tarareo del grupo y el sonido de los pies de su madre moviéndose por el suelo con sus zapatillas de cuento de hadas.

Y un susurro. Un susurro de lo más suave. Tenía que acercarse más.

La posibilidad de oír la voz de su madre tiraba de ella como un imán muy potente y la incitaba a salir de su escondite.

Olive alcanzó a ver un viejo sofá rojo para dos personas justo delante de ella y empezó a gatear hacia él. Estaba segura de que el grupo estaba demasiado concentrado en su madre y su máscara. Además, la habitación estaba a oscuras. Podía moverse entre las sombras.

—Guíanos, Hattie —dijo un hombre—. Muéstranos el camino.

Olive siguió gateando; se movía rápido, demasiado rápido. Su pie derecho golpeó una silla con respaldo de rejilla que ni siquiera había visto en medio de la oscuridad del lugar. La silla se inclinó hacia atrás, se balanceó por un segundo y luego cayó estrepitosamente al suelo detrás de ella.

El tarareo se detuvo, el círculo se abrió y todos dirigieron su mirada en la dirección del sonido.

Y ahí estaba Olive.

Atrapada a gatas en el suelo, como un espantoso insecto gigante en medio de la habitación. Y se sentía tan vulnerable como un insecto; algo que podía ser fácilmente aplastado para terminar con su sufrimiento.

—¿Quién demonios es? —preguntó el hombre con voz de ratón.

Su madre se inclinó hacia delante; los ojos de la máscara de cierva destellaban a la luz de las velas parpadeantes. El grupo cerró el círculo, protegiéndola.

Dicky se llevó la mano a la pistola que guardaba en su funda. Olive no esperó a ver qué ocurriría después: se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta.

—¡Vuelve aquí! —gritó Dicky, y Olive oyó el sonido de pisadas detrás de ella, como una estampida, pero no disminuyó la velocidad. No se atrevía a girarse, solo abrió la pesada puerta de madera y corrió por la alfombra del pasillo; las puertas cerradas de las habitaciones abandonadas pasaban volando a ambos lados. Bajó la escalera, tres escalones a la vez, y aterrizó en el vestíbulo; pasó corriendo frente a la recepción y salió por la puerta hacia el frío aire nocturno.

Cruzó la entrada; los maniquís ataviados con ropa vieja la observaban como centinelas, pero no podían detenerla. La puerta se abrió de golpe detrás de ella y Dicky gritó:

—¡Detente ahí! —Había otras voces detrás de él, gritando desesperadas.

—¡No dejéis que escape!

—¡Es la hija de Lori! ¡No puede ser!

—¡Detenedla!

Con el corazón a punto de salirse del pecho, corrió y dio la vuelta al edificio, buscando sombras, oscuridad. Corrió colina arriba, evitando la carretera, atajó por patios traseros y se dirigió hacia el bosque. Aún la estaban siguiendo; podía oír sus pasos y sus jadeos. Pero ella era más rápida, más joven, más ágil; se movía como una liebre entre la penumbra de la noche, con la mirada fija en el bosque delante de ella, en la cima de la colina.

¿Su madre sería parte del grupo que la iba persiguiendo? Quería mirar. Quería girarse y ver si llegaba a distinguir la máscara de cierva de reojo, pero no se atrevió.

Corrió por la última parte del camino colina arriba, forzando su cuerpo al máximo. Los músculos de sus piernas se quejaban, sus pulmones jadeaban pidiendo aire. Al fin, llegó a la seguridad de los árboles; percibió el aroma agradable y arcilloso del bosque. Zigzagueó con destreza entre los árboles y saltó sobre rocas y raíces; sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad.

Siguió corriendo, todavía oía a Dicky en alguna parte detrás de ella, aunque mucho más lejos.

—¡Maldita sea! ¡La hemos perdido!

La voz de una mujer (¿su madre, tal vez?) dijo algo en voz muy baja, pero Olive estaba segura de que había distinguido las palabras:

—Es lo mejor.

Capítulo 41

Helen

13 de septiembre de 2015

Helen estaba inmóvil en la cocina, estupefacta. Nate había visto a Hattie. Lo había llevado a su casa. Helen tenía un profundo y enfermizo sentimiento de preocupación: ¿qué le había hecho Hattie ahí? ¿Acaso sería como alguna de esas antiguas leyendas en las que una mujer, tan fascinante que ningún hombre puede resistirse a sus encantos, atrae a su víctima, lo besa y acaban teniendo alguna especie de sexo sobrenatural?

—¿Te habló? —preguntó Helen—. ¿Tú le hablaste? ¿Qué pasó?

«¿Qué te hizo?».

Helen contuvo la respiración mientras esperaba una respuesta.

—Le saqué una foto —dijo él.

—¿La... fotografiaste?

Él asintió.

—Y en cuanto lo hice todo desapareció: la casa, la mujer, la cierva. Estaba de pie, solo, al otro lado del pantano. Como si lo hubiera imaginado todo. Pero parecía tan real.

—¿Cómo salió la foto? —le preguntó Helen, aunque sabía lo que le respondería.

—No salió nada. Como si una luz pura brillara a través de la lente. Solo un desenfoque sobreexpuesto. —Miró la libreta de Helen otra vez. Estaba abierta en el pasaje donde describía su primer encuentro con Hattie en la cocina—. ¿Tú crees que fue ella? —preguntó Nate.

—Sí.

—¿Y todas estas mujeres sobre las que has escrito? ¿La hija de Hattie, su nieta? ¿También las has visto de verdad?

Helen asintió.

Nate volvió a mirar la libreta de Helen y la tocó.

—¿Es por los objetos en la casa? ¿Por eso vienen?

—Creo que es en parte por eso. Creo que los objetos las ayudan a venir, pero que lo hacen por otros motivos.

—¿Qué motivos?

—Creo que quieren estar juntas otra vez. Y... creo que quieren algo de mí. De nosotros, Nate. De nuestra casa.

—¿Nuestra casa? —Él le dirigió una mirada desamparada y confusa.

Ella asintió e hizo una pausa antes de continuar:

—Creo que quieren que estos objetos estén en nuestra casa para que sirva como un lugar de reunión. Un espacio seguro al que puedan volver. Un espacio entre su mundo y el nuestro. Un lugar intermedio.

—¿Un lugar intermedio? —repitió con el tono monótono de alguien en estado de *shock*, alguien que estaba lidiando con más de lo que podía soportar. Pero tenía que seguir, tenía que decirle lo demás.

—Pero es más que eso. Creo que quieren que las ayudemos.

—¿Ayudarlas cómo? —preguntó Nate.

—Hay alguien a quien quieren que encuentre. Una descendiente viva de Hattie.

—¿Quién?

—No estoy segura, pero sea quien sea, creo que está en peligro.

Él se la quedó mirando, sin saber cómo responder, haciendo un gran esfuerzo por procesar todo lo que le decía, por asimilarlo.

Helen estiró la mano para tocar su brazo.

—Tenemos que ayudarla, Nate. Es lo que Hattie quiere. Para eso ha sido todo esto.

Capítulo 42

Olive

13 de septiembre de 2015

Corrió a casa, atajando por el bosque y los patios traseros de varias casas, evitando las calles porque no quería arriesgarse a que la vieran en caso de que Dicky y sus amigos se hubiesen subido a sus coches para buscarla. La luna estaba casi llena y eso le proporcionaba luz suficiente para avanzar. Una vez que llegó a su patio, entró directamente en el taller, un viejo cobertizo de madera inclinado de dos metros y medio por tres que se encontraba al otro lado de la entrada de la casa. Con el corazón palpitante y la piel erizada a causa del sudor frío, cogió el viejo Winchester calibre doce que su padre usaba para cazar patos. Todas las demás armas estaban guardadas bajo llave en la caja fuerte del salón. Pero como su padre había estado limpiando el rifle, este se encontraba en el taller, sobre su mesa de trabajo.

No sabía si Dicky y su pandilla de locos irían a buscarla, pero quería estar preparada por si lo hacían.

Buscó a tientas sobre la mesa de trabajo hasta que encontró la linterna de su padre y la encendió. Las baterías estaban bajas, así que daba poca luz.

Encontró la bolsa de lona encerada que su padre llevaba cuando iba a cazar patos y la abrió para sacar una caja de municiones.

Luego empezó a buscar en el cobertizo el diario del que habían hablado. ¿Tal vez se trataba del diario de Hattie?

Revisó las repisas, las cajas de herramientas, las viejas cajas de fruta llenas de basura. No había ningún diario. Encontró baterías viejas, grifos y cubetas para fabricar jarabe de arce, carretes de alambre, cajas de clavos y neumáticos viejos, pero nada que se pareciera a un diario. Vio la gran caja organizadora rosa que su madre utilizaba cuando tuvo la breve idea de aprender a hacer joyería con cuentas. Unos años atrás, su madre había decidido que sería divertido aprender a hacerlo y venderla en ferias artesanales y mercados de agricultores. Gastó una pequeña fortuna en los materiales que necesitaba, y al final solo hizo unas cuantas piezas (que

terminó quedándose ella o que le regaló a Riley, pero no vendió ninguna). Después de eso, perdió el interés. Su madre era un poco voluble a veces. Solo le interesaban las cosas durante un tiempo antes de encontrar un nuevo objetivo.

Olive estiró el brazo y bajó la caja rosa de la repisa. La colocó sobre la mesa de trabajo y la abrió. Los cajones estaban llenos de pequeños compartimentos con cuentas de varios colores y tamaños. Había bobinas de cordón de nailon para ensartar las cuentas, los broches y ganchos. Al fondo del compartimento principal estaban sus herramientas: un pequeño martillo, pinzas y toda clase de alicates. Y debajo de todo esto un libro encuadernado en cuero.

Olive lo sacó y lo hojeó. Reconoció de inmediato la letra de su madre: pequeña, inclinada y con una caligrafía casi perfecta.

¡Era el diario de su madre! No el de Hattie, sino de su madre.

Olive no tenía idea de que llevara un diario. La fecha de la primera entrada era el 1 de enero de 2013.

Olive siguió hojeando las páginas. Ver la escritura de su madre le resultaba tan maravilloso y reconfortante, tocar las páginas que ella había tocado, leer sus pensamientos...

Muchas de las primeras entradas eran eventos cotidianos aburridos: las horas que había trabajado en el supermercado, lo molesta que estaba con su jefe, algo gracioso que le había dicho un cliente.

Pero entonces las cosas comenzaron a ponerse interesantes. Había empezado a escribir sobre Hattie y el tesoro. Era obvio que su madre seguía buscándolo.

Como un mes antes de su desaparición, escribió:

Siento que Hattie me guía hacia él, que me acerco cada vez más.

En otra entrada escribió:

Si puedo encontrar el collar, encontraré el tesoro. El collar es la clave.

El 12 de junio del año pasado escribió:

Odio mentirle a Ollie sobre esto, pero estoy haciendo lo que debo hacer. Es la única manera de mantenerla a salvo. Ahora me doy cuenta. He visto lo desesperados que están los demás y lo que están dispuestos a hacer para encontrar el tesoro. «No hay tesoro —le digo a mi niña—. Nunca lo hubo. Es solo una historia tonta que la gente cuenta». Me pregunto si me cree. Mi Ollie es mi estrellita brillante, y algo me dice que puede ver a través de mis mentiras.

El 14 de junio escribió:

¡Lo tengo! Tengo el collar. Tuve que gastar gran parte de mis ahorros, pero el dinero ya no es problema. Si esto funciona como creo que lo hará, ¡pronto seremos más ricos de lo que jamás soñamos!

Después, otra entrada; la penúltima. La fecha era 28 de junio del verano anterior, el día antes de que desapareciera.

¡He encontrado el tesoro! Por el momento lo he dejado enterrado donde lo encontré, para que esté a salvo. He hecho un mapa y lo he escondido muy bien para no olvidar su ubicación exacta. Pero siento que ya no estoy a salvo. Debo actuar con cuidado. Coger a Olive, desenterrar el tesoro e irnos rápido.

Y justo después de esa estaba la última entrada del diario; por la letra descuidada y las manchas de tinta, se notaba que había sido escrita con prisa:

Dustin me vigila a cada paso. Se pasa el día preguntando qué he estado haciendo y qué le oculto. «Nada», le digo. El otro día, cuando discutimos, me cogió del brazo y lo torció tan fuerte que me dejó varios moretones. Dice que si no tengo cuidado me puede pasar algo mucho peor que un brazo lastimado. «A veces la gente desaparece —me dijo—. La gente que guarda secretos». El corazón me dio un vuelco. Jamás había estado tan asustada.

A Olive le temblaban las manos. Su boca estaba seca y tenía un sabor amargo.

¿Qué había hecho su padre?

Oyó el sonido del coche aparcando fuera; la luz de los faros se filtró en el cobertizo. Olive apagó la linterna y se quedó inmóvil en medio de la oscuridad, escuchando. La puerta del vehículo se abrió y se cerró. Pasos. Luego, la puerta de casa abriéndose y cerrándose de golpe.

¿Debería huir?

No. Si huía, jamás descubriría lo que le había ocurrido a su madre en realidad.

Olive tomó el rifle, lo cargó y empezó a caminar lentamente hacia la casa.

Capítulo 43

Helen

13 de septiembre de 2015

Nate leía las notas que Helen había cogido en la sociedad histórica mientras ella caminaba de un lado a otro en la cocina del remolque.

—De acuerdo, entonces esta tal Gloria Gray es la bisnieta de Hattie. ¿Crees que es ella la que está en peligro?

Helen asintió.

—Sí. Pero lo único que hemos podido encontrar fue su acta de nacimiento. Sé que, después de que sus padres murieran, ella y su hermano fueron enviados a vivir con alguien de la familia. Así que he elaborado una lista de todos los parientes que Mary Ann y yo pudimos encontrar, de todas las posibles personas con quienes habrían podido ir a parar.

—Es una lista larga —dijo Nate.

—Lo sé —admitió Helen—. Pero tengo que intentarlo.

Nate asintió.

—De acuerdo. Trae tu portátil y tu teléfono móvil. Veamos si podemos encontrar a estas personas y rastrear a Gloria.

Al principio, parecía inútil tratar de averiguar qué había sido de Gloria Gray. Nate usó el portátil de Helen (el suyo estaba en un rincón, mostrando las imágenes de las cámaras externas), mientras ella tomaba notas y hacía llamadas cuando tenían la suerte de encontrar un número telefónico. Dejó varios mensajes de voz. Nate envió correos y mensajes de Facebook, tratando de expresar la urgencia de que respondieran lo antes posible sin que sonara loco o desesperado.

Helen estaba abrumada; conforme avanzaban, tenía cada vez más la sensación de que era una tarea imposible. Pensó en lo extraño que era que, si la habían guiado para encontrar a Jane y Ann, de pronto se topara con un callejón sin salida.

—Espera un segundo —dijo Nate—, ¿cuándo nació Jason, el hermano de Gloria?

Helen revisó sus notas.

—El 22 de agosto de 1968.

—He encontrado un obituario —comentó él.

—¿¡Bromeas!?

—Murió en 1987, en un accidente de motocicleta.

—Mierda —dijo Helen—. Era muy joven.

—En ese momento vivía en Keene, Nuevo Hampshire. Acababa de graduarse del instituto el año anterior. Y escucha esto: «Los padres de Jason, Samuel Gray y Ann Whitcomb Gray, fallecieron antes que él. Le sobreviven su hermana, Gloria Whitcomb, su tío y su tía, Mark y Sara Whitcomb, y sus primas, Rebeca Whitcomb, Stacy Whitcomb y Marie Whitcomb».

—Un momento —dijo Helen, y giró el ordenador hacia ella—. ¿Su hermana aparece como Gloria Whitcomb?

—Es lo que dice aquí —indicó Nate, señalando el obituario. A Helen le daba vueltas la cabeza.

—Entonces debieron de irse con su tío Mark, y Gloria se cambió el apellido.

—Pero ¿por qué ella se cambió el apellido y Jason no?

—No tengo ni idea, pero busquemos si hay alguna Gloria Whitcomb en Nuevo Hampshire.

Helen contempló el portátil de Nate, que mostraba los vídeos en directo de las cámaras: se veía el remolque y la casa nueva con un brillo verdoso. Estaba casi segura de haber visto movimiento: una figura que salía de la casa, moviéndose tan rápido que parecía volar por el patio, y entraba en el bosque en dirección al pantano.

—He encontrado algo —dijo Nate.

—¿Qué? —preguntó ella, y se acercó y entrecerró los ojos mientras él leía.

—Escucha esto, es un anuncio de boda de 1998 en el *Keene Sentinel*: «Gloria Whitcomb, de Keene, Nuevo Hampshire, y Dustin Kissner, de Hartsboro, Vermont, se unieron en sagrado matrimonio el pasado 2 de junio en la iglesia episcopal de Saint James, en Keene. La novia es la hija de Mark y Sara Whitcomb, de Keene. El novio es el hijo de Howard y Margaret Kissner, de Hartsboro, Vermont».

Dustin Kissner.

El nombre le sonaba mucho a Helen.

—Es el padre de Olive —comentó Helen.
Nate tecleó un poco más, con el ceño fruncido.
—Pues sí. La dirección que aparece es Westmore Road, 389. Es la casa de Olive. Entonces, ¿Gloria es la madre de Olive?
—No, ella se llama Lori. Estoy segura.
—¿Lori no es un diminutivo cariñoso de Gloria?
—Oh, por Dios, creo que tienes razón. Pero... ella desapareció el año pasado —señaló Helen en voz baja.
—¿Desapareció? —preguntó Nate.
—Se rumorea que se fugó con un hombre, pero Riley me ha contado que, según Olive, tal vez le ocurrió algo. Riley también parecía un poco preocupada. Cree que su marcha pudo haber tenido algo que ver con Dustin. Que él la asustara.
—¿Cómo? ¿La amenazó o algo así?
—Nate —dijo ella—, ¿y si él..., y si el padre de Olive le hizo algo a Gloria? La hirió. O algo peor. ¿Y si Olive se entera?
—Helen, no sabemos si...
—Tal vez no es a Gloria a quien tengo que encontrar y salvar —dijo ella—. Tal vez es Olive.

Capítulo 44

Olive

13 de septiembre de 2015

Su padre estaba en la cocina, con la vieja camisa de trabajo que tenía su nombre bordado en el bolsillo del pecho: «Dustin».

Sus amigos lo llamaban «Dusty».

Pero ya no los frecuentaba. No desde que su mujer se fue. No desde que empezó con sus eternas reformas. Los muros derruidos, las pilas de polvo, los bloques de yeso y cinta y mezcla y agujeros en el techo y el suelo.

—¿Qué estás haciendo con ese rifle, Olive?

Era su voz seria de «nada de tonterías, soy tu padre». Solo la llamaba Olive cuando estaba asustado o enfadado, o ambas cosas.

Olive sacó el diario de su bolsillo trasero y lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—He encontrado esto en el cobertizo —dijo ella.

Él bajó la vista un instante, pero enseguida volvió a mirar a Olive y al rifle con el que le apuntaba.

«Cuando estés en una habitación donde haya un arma, préstale toda tu atención».

Su padre parecía cansado. Delgado. Sus oscuras ojeras lo hacían parecer un hombre mapache.

—Baja el arma para que hablemos, Olive —dijo él; su voz era como el parloteo de un mapache ansioso. «Peligro. Aquí hay peligro».

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Olive, y señaló el libro con un movimiento de la cabeza.

—No —dijo él—. Nunca lo había visto.

—El diario de mamá —soltó ella.

El rostro de su padre se retorció ligeramente.

—Baja el arma, Olive —dijo.

—¿Sabías que llevaba un diario?

Él sacudió la cabeza. El poco color que tenía desapareció de su rostro hasta que se quedó tan pálido como las paredes.

—¿Sabes?, lo he estado leyendo. ¿Adivinas lo que escribió?

Él se quedó callado, con la mandíbula apretada, con los ojos clavados en el rifle.

—¿Sobre los otros hombres? —preguntó finalmente.

Ella se rio.

—¿Sabes qué? Creo que nunca hubo otros hombres. Creo que solo era tu paranoia. O tal vez intentabas cubrir tus huellas.

—¿Cubrir mis huellas?

—¿Sabes lo que contiene este diario? ¿Sabes lo que escribió? Escribió que te tenía miedo. —Olive tragó saliva y contempló a su padre. Su padre, el hombre que la había enseñado a disparar y a seguir las reglas del cazador: respetar tu arma; nunca disparar si no estás seguro del objetivo; nunca dejar que un animal sufra y nunca apuntar tu arma a una persona a menos que pienses utilizarla—. ¿Por qué, papá? ¿Por qué mamá te tendría miedo?

—¿Miedo? ¿De mí? —dijo con una voz baja y rasposa, como si estuviera a punto de perder la razón.

—He leído el diario —le espetó ella. Sus manos estaban calientes y sudorosas mientras sujetaba el rifle con fuerza. El dedo en el gatillo—. No me mientas.

Olive echó un rápido vistazo alrededor de la habitación. Vio los muros derruidos, las tablas del suelo arrancadas. El estado constante de destrucción y demolición en el que vivía. Entonces, lo entendió. Al fin entendió la obsesión de su padre por demoler la casa. Se sintió como un personaje de dibujos animados al que se le encendía una bombilla sobre la cabeza.

—Has estado buscando su mapa y su diario, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Qué mapa?

—El mapa del tesoro de Hattie. Creías que lo había escondido en algún lugar de la casa. Muy bien escondido, donde nadie lo buscaría. Y el diario que podría demostrar lo que habías hecho.

Parecía afligido; la expresión en su rostro era la prueba más contundente. «La verdad duele».

—Yo... —tartamudeó él, sin saber qué más decir.

—Pero nunca los encontraste, ¿verdad?

Él no respondió.

—Sé que le hiciste daño —dijo Olive.

—¿Hacerle daño? —Su padre se tambaleó hacia atrás, como si el peso de sus palabras lo hubiera golpeado en el pecho—. ¿De dónde diablos has sacado esa idea?

—Eso es lo que mamá escribió en su diario. Que la heriste. Que amenazaste con hacerla desaparecer.

Él estaba apoyado en la encimera.

—¿Eso escribió? —Las palabras salieron lentamente de su boca—. ¿Por qué diría algo así?

—Dímelo tú, papá.

Él sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Yo jamás le hice daño a tu madre ni la amenacé de ninguna forma. Jamás me habría atrevido. —Parecía hundirse en sí mismo, ocupaba cada vez menos espacio en la habitación. El increíble truco del hombre que se encoge.

Para Olive era difícil pensar que su padre le estaba mintiendo. Se veía genuinamente confundido y herido. Pero ¿por qué otra razón su madre habría escrito esas palabras en su diario?

Los ojos de su padre se trasladaron de Olive y el rifle a la ventana de la cocina.

—Hay alguien fuera —dijo.

—¿Qué? —preguntó ella sin dejar de apuntarle. (¿Era un truco? ¿Algo que estaba inventando para distraerla y quitarle el arma?). Olive se volvió hacia la ventana.

Su padre tenía razón. Había movimiento fuera. Al principio creyó que se trataba de Dicky Barns, que había ido a buscarla. Lo último que necesitaba en ese momento era tener que lidiar con Dicky y su banda de invocadores de espíritus de brujas.

Pero no era Dicky.

Olive vio el vestido blanco, el brillo de la máscara de cierva blanca bajo la fría luz de la luna.

Su padre se quedó pasmado, mientras miraba por la ventana y la cabeza de cierva de pelaje blanco, hocico largo y brillantes ojos negros que se asomaba con una expresión de incredulidad.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

Pero Olive ya estaba en la puerta de la cocina. La abrió y vio cómo la figura corría por el patio hacia los árboles.

—¿Mamá? —exclamó. La figura se detuvo y se dio la vuelta para ver a Olive. La máscara blanca parecía brillar. Giró y corrió hacia el bosque—.

¡Mamá! ¡Por favor! ¡Espera!

Capítulo 45

Lori Kissner

29 de junio de 2014

Los demás lo sabían. Estaba segura.

Había ido al círculo esa noche, igual que hacía cada semana, como llevaba haciendo durante los últimos seis meses. Entraba en el centro del círculo justo cuando era su turno e interpretaba a Hattie, canalizándola. Usaba el vestido blanco, la peluca negra y los zapatos con abalorios. Y esa noche el toque final perfecto: el collar de Hattie.

Los demás pensaban que tenía un don.

Que oía la voz de Hattie como nadie jamás lo había hecho.

La oía y permitía que hablara a través de ella.

Era como si invitara a Hattie a entrar dentro de ella, a apoderarse de su cuerpo y su mente, su lengua y su boca. La dejaba que hiciera y dijera lo que ella quisiera.

Sí, tenía un don.

Y ahora entendía por qué.

Había investigado. Había acudido al molino de Lewisburg, donde se enteró de lo que le había ocurrido a la hija de Hattie, Jane. Con el tiempo, se enteró de que Jane había tenido dos hijos, Ann y Mark, y de que esa niña, Ann, era nada más y nada menos que su propia madre, y que Mark era su tío, el que los había acogido después de la «tragedia».

Antes de la muerte de Ann, Lori sabía muy poco de la historia de su madre. Desde luego, Lori entendía que había que mantener el pasado en secreto. Ella también había mantenido su vida pasada en secreto. Cuando se mudó con su tío Mark y su tía Sara, se reinventó por completo. Empezó a usar el nombre de Lori y pidió que le cambiaran legalmente el apellido por el de ellos. Como si dejar el pasado atrás, y todo el dolor que este conllevaba, fuera tan fácil.

Lori nunca le contó a nadie que había visto a su padre dispararle a su madre y que luego este se había suicidado. Solo le decía a la gente: «Me

llamo Lori Whitcomb. Crecí en Keene. Mi madre y mi padre se llaman Sara y Mark Whitcomb». Todo lo que había pasado en Elsbury, cuando era la pequeña Gloria Gray, había quedado muy atrás. Y ella lo prefería así. Tal vez no debería juzgar a su madre por no haberles dicho nunca el nombre de su propia madre a sus hijos y por haberse guardado los horripilantes detalles de su muerte.

Y en ese momento, años después, Lori tampoco le había contado a nadie todo lo que había averiguado sobre la verdadera historia de su familia. Después de todo, era una tradición familiar. La relación sanguínea con Hattie era un poderoso secreto que guardaba.

Al principio, Lori creía que tal vez sí tenía un don. Que había sido «bendecida» con él al igual que Hattie. Tal vez era algo genético, algo que se heredaba de una generación de mujeres a la siguiente.

Luego se dio cuenta de la verdad.

Cualquier poder que poseyera, cualquier don de adivinación o conocimiento secreto..., todo venía de Hattie. Sabía todas esas cosas porque Hattie hablaba a través de ella.

Y ahora las palabras de Hattie eran de advertencia.

«Ten cuidado —le susurraba Hattie en sus sueños—. Estás en peligro».

Y ahora que había encontrado el tesoro, con la ayuda y la bendición de Hattie, sentía que el mundo se le echaba encima. Todas las miradas estaban sobre ella, buscándola.

—¿Alguna novedad? —preguntaron—. ¿Alguna señal de él?

—No —mintió—. Nada aún.

Esa noche no tenía ganas de ir al círculo. De hecho, quería dejar de ir a las reuniones semanales. Abandonar el grupo. Dejarle el papel de Hattie a alguien más. Pero eso habría sido sospechoso. Así que les siguió la corriente.

En cuanto Lori se puso el collar y empezó a usarlo día y noche, oculto bajo su ropa, empezaron las visiones y sueños.

Soñaba con la casa de Hattie una y otra vez. Soñaba con Hattie apilando piedras para los cimientos después de que la casa de su familia hubiera sido quemada, y su madre, asesinada.

Lori se quitó el collar y observó el diseño: el círculo, el triángulo y el cuadrado que eran la puerta al mundo espiritual. La puerta con el ojo dentro. El símbolo con el que Hattie podía percibir cosas en ambos mundos; con el que tenía el don de ver.

Lori empezó a salir de noche para que no la vieran. Le decía a Dustin que salía con unos amigos, que iba a un concierto, cualquier excusa que se le ocurriera. Quería sorprenderlo con la verdad. Llevar el tesoro a casa y decir: «Este es mi secreto. Esto es lo que he estado ocultando».

Cavar era la parte difícil. Tenía que cambiarse de ropa para no regresar a casa empapada y sucia. Lo más complicado era reajustar todo de manera que no se notara que alguien había estado ahí. Lo último que quería es que algún excursionista o adolescente colocado pasara por ahí, viera la excavación y se pusiera a husmear. Los rumores del tesoro enterrado de Hattie existían desde hacía varias generaciones; la mayoría de la gente no creía en él, pero nunca faltaba algún que otro cazador de tesoros que andaba por la zona de vez en cuando.

El collar y los sueños la acercaron al tesoro.

Después de unas dos semanas de cavar casi cada noche, ¡lo había encontrado la noche anterior! Una caja de madera en mal estado.

Dentro de ella, una caja de metal con bisagras y pestillos oxidados. La abrió de un golpe con la pala. Dentro había joyas, monedas de oro y billetes viejos, todo envuelto en una lona encerada. Era real. Aunque había confiado en que Hattie la guiaría hasta él, parte de ella no creía que de verdad estuviera ahí hasta haberlo tocado. Cogió cautelosamente un brazalete dorado. ¿Rubíes? ¿Granates? Dejó el brazalete en su lugar, acomodado entre los demás objetos que brillaban. Se quedó contemplando el tesoro como una tonta; no sabía qué hacer ahora. Eran casi las dos de la mañana. La caja era demasiado grande; sería muy complicado cargarla ella sola. Decidió enterrarla otra vez y volver a por ella después, cuando hubiera pensado bien las cosas y elaborado un plan.

Volvió a enterrarlo todo con cuidado, se puso su ropa seca, caminó hasta su casa y se acostó junto a Dustin. Él ni siquiera se movió.

Esa noche, mientras regresaba a casa después de haber asistido al círculo espiritual, sabía que se estaba quedando sin tiempo. Los otros ya sospechaban. La habían estado observando con atención. Necesitaba volver y sacar el tesoro pronto. ¡Esa misma noche! Lo haría esa misma noche. Iría a casa, se pondría su ropa para cavar, cogería la bolsa de lona de Dustin e iría a por el tesoro. Después, lo llevaría a casa y lo escondería. Desde luego, se lo mostraría a Dustin y juntos decidirían qué hacer a continuación.

Con el corazón latiendo con fuerza y temblando un poco por la adrenalina, apagó los faros del coche mientras aparcaba en la entrada y se acercaba a la

casa oscura. Abrió la puerta y lentamente avanzó por el pasillo.

La luz de la cocina se encendió. Dustin la estaba esperando.

—¿Dónde has estado? —le preguntó. Sus ojos estaban enrojecidos. A juzgar por el olor que emanaba de él y la botella vacía de Jim Beam sobre la mesa de la cocina, sabía que no estaría en condiciones de ir a trabajar por la mañana. Y que tampoco estaba en condiciones para empezar a discutir con él.

Se lo contaría. Se lo contaría todo.

—Yo...

—¿Y adónde diablos has estado yendo cada maldita noche? Ayer no regresaste hasta las dos de la mañana. Mírate, escabulléndote antes de la medianoche, vestida así, con zapatos elegantes.

—Dustin, tengo que contarte algo —dijo.

—¿Quién es él? —exigió saber Dustin.

—¿Qué? No hay ningún hombre —respondió.

—La mitad del pueblo lo sabe —replicó—. ¿Cómo crees que me sienta ir al trabajo y escuchar a todos murmurando que soy un imbécil porque mi mujer se acuesta con todos y yo no me entero de nada?

—Dustin, jamás te he sido infiel. ¿Cómo puedes pensar...?

—Ya no pienso quedar como un imbécil —gruñó. Se levantó de la silla y se tambaleó un poco—. ¿Sabes qué no me puedo sacar de la cabeza? El día en que te propuse matrimonio. Tardaste en responder, no estabas segura, y yo necesitaba que dijeras que sí. Necesitaba que dijeras que sí porque no quería vivir sin ti. Te amaba tanto...

—Yo también te amaba, Dustin. Aún te amo.

—Lárgate.

—Pero, Dustin...

—¡Lárgate de mi maldita casa! ¡Vamos! Antes de que tu hija despierte y descubra la verdad sobre la golfa de su madre.

Luego le dio una bofetada tan fuerte que ella se tambaleó hacia atrás y se cayó.

Dustin estaba de pie frente a ella, con el rostro enrojecido y el puño levantado.

En ese momento, no lo reconoció en absoluto.

Capítulo 46

Helen

13 de septiembre de 2015

Olive era la tataranieta de Hattie. Helen apenas podía creérselo.

Llamó a Riley, pero saltó el buzón de voz.

—He encontrado a Gloria Gray. No te vas a creer quién es. ¡Lláname en cuanto oigas este mensaje!

—Helen, tal vez deberíamos esperar —dijo Nate—. O ir a la policía primero.

Helen se rio.

—¿La policía? ¿Con quién, con el Oficial Amistoso a quien le importa una mierda cuando tratan de asfixiar a alguien con gas? ¿Y qué vamos a decirles? ¿Que un fantasma me pidió que buscara a Lori Kissner? Seguro que ya me tienen registrada como una loca en su sistema.

—No lo sé... Creo que...

—Voy a casa de Olive ahora mismo a hablar con ella. Y con Dustin. ¿Vienes o no?

Se subieron a la camioneta; Helen conducía. Empezó a dar marcha atrás antes de que Nate tuviera tiempo de cerrar la puerta.

—Por Dios, Helen, cálmate —dijo Nate, mientras ella pisaba el acelerador, retrocedía y giraba el volante para salir al camino, y los faros iluminaban su decrepito remolque y la cámara con sensor de movimiento en la orilla del patio que colindaba con el bosque.

Helen lo ignoró y avanzó a toda velocidad; apenas levantó el pie del acelerador cuando llegaron a la carretera y giró a la izquierda, con la camioneta derrapando un poco.

—No podremos ayudar a Olive ni a su madre si nos quedamos atrapados en una camioneta destruida —le recordó Nate.

—Lo tengo bajo control, Nate —indicó ella.

Él se quedó callado. Los faros transformaron el camino en un túnel iluminado de árboles y vegetación que parecía venírseles encima; todo

parecía vivo, como si quisiera atraparlos.

Aproximadamente un kilómetro después, llegaron a donde estaba el buzón abollado al final de un largo y empinado camino. Tenía escrito «KISSNER» en blanco.

Helen se adentró en el camino; la camioneta rebotaba en los baches o con los surcos.

Podían ver la casa a lo lejos; todas las luces estaban encendidas.

—Parece que están dentro —dijo Nate.

Aparcaron detrás de una camioneta Chevy. Helen apagó el motor y alcanzó la manija de la puerta. Nate se inclinó y puso una mano sobre su brazo.

—Oye —le dijo—, hay que actuar con calma, ¿de acuerdo? Tal vez Gloria, o Lori, de verdad se fugó con alguien. No sabemos toda la historia. Tal vez nadie necesite que lo salven.

—Sí, puede ser —respondió ella al tiempo que abría la puerta y saltaba del vehículo. Pero sabía que algo iba mal.

Olive estaba en peligro. Podía sentirlo a su alrededor. Prácticamente podía escuchar la voz de Hattie gritándole por el tiempo y el espacio: «¡Sálvala!».

Helen corrió hacia la puerta, que estaba abierta.

—Espera —le ordenó Nate, apartándola para entrar primero—. ¡Hola! —gritó—. ¿Olive? ¿Dustin?

Helen estaba detrás de él. Se encontraban en un pasillo que parecía estar en construcción, con suelo de contrachapado y paredes de entramado descubiertas. El salón estaba a su derecha y la cocina a su izquierda. Todas las luces estaban encendidas. Había una mesa para serrar montada en el salón, paneles de yeso recargados en la pared y herramientas por todos lados.

—Por Dios, parece nuestra casa... ¿Qué estarán haciendo? —dijo Nate.

Helen sacudió la cabeza.

—Olive dijo que hacían algunas reformas. Pero no tenía ni idea de que...

Nate cruzó el salón y subió la escalera. Helen se quedó inmóvil en el salón y oyó sus pasos arriba mientras gritaba:

—¡Hola!

Luego, volvió a bajar.

—Aquí no hay nadie —dijo él.

Helen inspeccionó el baño y la cocina. Ambas habitaciones tenían paredes a medio terminar y cables y tuberías expuestas. La puerta de la cocina estaba abierta. Helen salió y echó un vistazo alrededor del patio. Estaba segura de

haber oído algo; una voz que gritaba. Nate salió, se puso a su lado y empezó a hablar. Ella le indicó que guardara silencio.

—¿Has oído eso? —preguntó, y sintió que había vuelto a convertirse en la mujer loca, la que oía gritos en el bosque y veía fantasmas.

—No —dijo Nate—. No he oído nada. Pero...

Y, entonces, una voz atravesó la oscuridad. La voz de un hombre enfadado y no muy lejos de allí.

—¡Ollie! —gritó—. ¡Ollie, vuelve aquí!

Capítulo 47

Olive

13 de septiembre de 2015

—¡Ollie! —gritó su padre detrás de ella—. ¡Ollie, regresa aquí!

Olive corrió mientras sostenía el rifle con firmeza en ambas manos, pegado a su cuerpo y con el cañón apuntando a la izquierda.

«Nunca corras con un arma», le decía siempre su padre, pero aquel era sin duda el momento de romper las reglas.

Llegó a la orilla del jardín y pasó junto al arce hueco donde ella y su madre solían dejarse regalos. El lugar donde había escondido el collar que ahora llevaba puesto.

Su madre iba delante de ella; se veía como una mancha blanca moviéndose entre los árboles, como un fantasma con cabeza de ciervo.

Y de verdad era como perseguir un fantasma. Tan parecido que Olive se preguntó si se trataba de Hattie y no de su madre.

Pero ¿por qué Hattie llevaría puestos los zapatos de cuento de hadas de su madre? Incluso en la oscuridad, y desde lejos, los reconocía. Podía ver el reflejo de la luz en las cuentas brillantes y con forma de flor en la punta de los zapatos.

Su madre se movía sorprendentemente rápido, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba zapatos de tacón y su visión debía de estar un poco ensombrecida por la máscara.

Aunque, claro, su madre conocía aquel camino de memoria. Llevaba años caminando por esos bosques y, al igual que Olive, seguro que podía hacerlo con los ojos cerrados.

Olive sabía adónde se dirigían, adónde llevaba el camino.

Cruzaron el bosque, subieron la colina y volvieron a bajar; la figura delante de ella se movía con facilidad sobre las raíces y las rocas, recorriendo el camino perfectamente bajo la luz de la luna.

Su padre, por otro lado, se había quedado muy atrás. Corría casi sin aliento y se tropezaba con árboles caídos, tocones y raíces. Olive lo oía

maldecir cada vez que se caía. Y seguía gritándole:

—¡Ollie! ¡Por el amor de Dios, espera!

Pero ella no aminoró la marcha. Se abrió paso entre abedules blancos como fantasmas, pinos blancos, arces y álamos. No quería perder de vista a su madre. (¿O sería Hattie? ¿Acaso Hattie había encontrado la manera de regresar y ahora corría por el bosque hacia el pantano usando los zapatos mágicos de su madre?).

Olive vio las luces del remolque de Helen y Nate entre los árboles mientras corría por la parte trasera de su propiedad. Olive los imaginó cómodos y a salvo dentro, imaginó a Nate revisando sus cámaras exteriores y a Helen leyendo sobre espíritus y embrujos. Se preguntó si las cámaras de Nate llegarían a capturarlos corriendo por el bosque, si habría visto la máscara pálida que usaba su madre y pensaría que su cierva albina había regresado de nuevo, esta vez, con forma humana.

—¡Mamá! —gritó Olive otra vez; su voz se oía entrecortada, como si se estuviera asfixiando.

«¿Y si no es tu madre? —preguntó una voz con tono de preocupación—. ¿Y si en realidad es Hattie, que te está guiando al pantano para matarte?».

Pero no lo creía. Sabía en lo más profundo de su corazón (¿o no?) que Hattie no le haría daño.

Olive podía oír a las ranas en el pantano y el trino de los grillos entonando su sinfonía de principios de otoño.

Los árboles empezaron a hacerse más delgados y fueron reemplazados por cedros y alerces; el aire cambió a medida que se acercaba al pantano. El fuerte olor del pantano y su verdor invadió su nariz; casi podía saborearlo en la garganta. Al fin, salió de entre los árboles y sus pies pisaron la superficie inestable del barro. Sus zapatillas se empaparon de inmediato. El pantano estaba cubierto por una espesa niebla que parecía emitir un brillo verde, moverse y tomar forma. Olive se detuvo de pronto, poco antes de llegar a los cimientos en ruinas que pertenecían a la casa de Hattie.

Pero ¿dónde estaba Hattie?

«No es ella», se recordó a sí misma. Mamá. Era a su madre a quien perseguía.

Pero ¿dónde estaba?

Olive se quedó quieta y jadeando, abrazando el arma y tratando de recuperar el aliento mientras observaba el pantano en busca de cualquier movimiento entre la neblina. No vio nada. Y ahora, por extraño que pareciera, el ambiente estaba totalmente silencioso. Demasiado silencioso. Era como si

todo el pantano contuviera la respiración, esperando para ver lo que ocurriría a continuación.

¿Adónde se había ido?

Era como si se hubiese desvanecido en el aire. Ahora la ves, ahora no la ves.

¡Puf!

Como por arte de magia.

Tal vez de verdad había estado persiguiendo a un fantasma.

—¡Mamá! —gritó Olive. Después de armarse de valor, gritó con vacilación—: ¡Hattie!

Su padre salió corriendo de entre los árboles detrás de ella; su respiración era tan fuerte como el sonido de un tren de carga, su cabello estaba todo revuelto, su camisa abierta y sus botas de trabajo color camel se hundían en el suelo. Se tambaleó como si estuviera ebrio, como si dudara de la estabilidad del suelo bajo sus pies. Pero se acercó a Olive a un paso constante.

—¡Ahí estás! —dijo—. Creí que te había perdido.

Ella le apuntó con el rifle.

—Retrocede —le advirtió.

Pero a fin de cuentas la advertencia fue innecesaria.

Porque la mujer con cabeza de cierva apareció detrás de él, deslizándose entre los árboles, con algo en las manos: una gran roca que alzó justo detrás de su padre.

Y Olive pensó, por un breve instante, que debía gritar, advertirle, pero él era el enemigo. Así que solo observó mientras la mujer (¡Su madre! ¡Su madre la estaba rescatando!) lo golpeaba con la piedra en la cabeza.

Su padre cayó de rodillas y luego hacia delante, de cara al suelo, y quedó totalmente inmóvil, como un viejo muñeco de trapo.

Capítulo 48

Helen

13 de septiembre de 2015

—¡Helen! —gritó Nate detrás de ella—. ¡Espera! ¿Adónde vas?

—Tras ellos —dijo ella. Siguió el camino que había encontrado en el bosque, abriéndose paso tan rápido como podía, alumbrada por la luz que proporcionaba la luna casi llena en el cielo.

—Pero está oscuro y no conocemos bien el bosque —dijo él—. Tienes que confiar en mí, Helen. Yo ya me he perdido antes. Es fácil coger el camino equivocado, incluso a la luz del día.

Ella pensó en la historia de Frank Barns, que había perseguido a la cierva blanca por el bosque y a quien jamás se había vuelto a ver. Pensó en George Decrow, sacando a su mujer, Edie, del pantano.

—Pero Olive está ahí fuera. Y ese hombre que gritaba... la está persiguiendo. Tal vez sea su padre. Tenemos que ayudarla.

Nunca había estado tan segura de algo en su vida.

Un solo pensamiento invadía toda su mente: «Olive. Tienes que salvar a Olive».

Corrió evitando árboles caídos y rocas. El follaje del bosque era más denso en esa parte y bloqueaba la luz de la luna, lo cual le dificultaba ver. Su pie se atascó bajo una gruesa raíz y cayó al suelo; su caída fue amortiguada por una gruesa capa de hojas. Su mente iba a mil por hora. El pánico se acumulaba en su cuerpo, palpitando, acelerando el ritmo de su corazón.

No. No iba a permitir que eso pasara. No se podía dar el lujo de que sus emociones la paralizaran.

—Helen, más despacio —gritó Nate—. Puedes romperte un tobillo.

Ella se puso de rodillas y agarró la mano de Nate cuando él la alcanzó.

—¿Ves algo? —le preguntó en voz baja e inspirando hondo para tratar de estabilizarse—. ¿Oyes algo?

Él sacudió la cabeza. Se quedaron quietos en la oscuridad, cogidos de la mano, quietos y escuchando con atención.

Helen creyó oír algo a su izquierda, en la distancia. Unas ramas que crujían, un gruñido bajo.

—¿Son ellos? —preguntó.

—No lo sé —dijo Nate, casi susurrando—. Podría ser un animal.

Ella soltó la mano de Nate y empezó a avanzar en dirección al sonido.

Avanzaba a ciegas ahora, con las manos frente a ella, sin un camino claro y rodeada cada vez más de árboles gruesos y arbustos frondosos. Las ramas arañaban su rostro; sus piernas se enredaban y sus pies tropezaban con raíces y rocas.

—Helen —dijo Nate—. Creo que deberíamos volver. Intentar encontrar el camino de vuelta. No podremos ayudar a Olive si nos perdemos en el bosque.

Pero ¿cuál era el camino de vuelta? Ya no alcanzaba a ver las luces de la casa.

Y Olive seguía allí fuera.

—Volvamos —sugirió Nate—. Llamemos a la policía. Podemos decir que hemos visto la casa vacía con las puertas abiertas y que hemos oído gritos en el bosque.

Helen empezó a buscar su teléfono en los bolsillos, pero sabía que no iba a encontrarlo: lo había dejado en su bolso dentro de la camioneta.

—¿Tienes tu móvil? —le preguntó.

—Demonios. No. Hemos salido con tanta prisa que se ha quedado en la mesa de la cocina.

Si querían ayudar a encontrar a Olive, con profesionales que tuvieran linternas, perros y armas, tenían que regresar.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Por dónde volvemos?

—Creo que es por aquí —señaló Nate, y empezó a caminar.

—Pero ¿no hemos llegado desde esa otra dirección? Creo que pasamos junto a ese gran árbol inclinado.

—No, es por aquí —insistió él.

Así que Helen lo siguió, con la certeza de que se perdían más y más con cada paso.

Camaron en silencio durante unos minutos. Helen seguía a Nate, sin apartar los ojos de su espalda, guiada por su pálida camiseta.

Pero entonces lo entendió: se estaba dejando guiar por la persona equivocada. Se alejó un poco de Nate y se quedó atrás.

—Hattie —susurró—. Ayúdame. Ayúdanos. Ayúdanos a encontrar a Olive.

Inspiro profundamente y trató de despejar su mente, de escuchar cualquier voz o cualquier señal.

«Vamos, Hattie. No me falles ahora».

—Helen —dijo Nate en voz baja—. ¡Mira!

Señaló algo frente a ellos: un grupo de árboles que habían crecido muy pegados, lo que hacía esa parte del bosque más oscura que el resto.

Y ahí, parada justo frente a los árboles, observándolos como si los hubiera estado esperando, estaba la cierva blanca de Nate.

Era una cierva adulta y su pelaje era blanco y brillante; sus ojos eran oscuros y resplandecientes. Los contemplaba fijamente y sus orejas estaban levantadas, prestando atención a su alrededor. Estaba totalmente inmóvil y parecía emitir un brillo plateado bajo la luz de la luna. Parecía una criatura sacada de un sueño.

—Oh, Nate —exclamó Helen con un susurro tembloroso—. Es preciosa. —Por la forma en que lo dijo, parecía que Nate hubiera creado la cierva con sus propias manos: una obra de arte que compartía con ella.

—Vamos —dijo él, cogiéndola de la mano—. Quiere que la sigamos.

Capítulo 49

Olive

13 de septiembre de 2015

—¿Mamá? —preguntó Olive, bajó el arma y dio un paso hacia la mujer de la máscara y su padre, derribado e inmóvil.

—Oh, Olive —exclamó la mujer con la máscara de cierva. Se la quitó y la dejó caer al suelo.

—¿Riley? —soltó Olive, observando a su tía con incredulidad.

—Ya estás a salvo, Ollie —dijo Riley. Se acercó y, con gentileza, cogió el arma de las manos de Olive. La dejó en el suelo junto a la máscara de cierva antes de envolverla en un fuerte abrazo, casi asfixiándola—. ¡Gracias a Dios que estás bien!

Olive presionó su rostro contra el hombro de su tía; su nariz quedó aplastada contra la tela rígida de su vestido blanco. Olía igual que el incienso que habían encendido en el hotel de Dicky.

—¿Eras tú? —preguntó Olive—. ¿Eras tú la del hotel?

—Sí —afirmó Riley.

—Pero no lo entiendo —dijo Olive. La decepción la golpeó como si se hubiera estampado con un muro, sacándole todo el aire—. ¿Dónde está mi madre?

Su tía la abrazó con más fuerza.

—Oh, Olive, creo que ahora lo sé. Tal vez lo supe todo el tiempo, pero no quería creerlo.

—Está muerta, ¿verdad?

Riley dejó de abrazar a Olive, pero la sostuvo con firmeza de los brazos y la miró a los ojos.

—Creo que sí, Ollie.

—Y papá... —No se atrevía a pronunciar las palabras—. Él... ¿la mató?

Riley asintió lentamente.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, Ollie —respondió ella, y estudió la expresión de su rostro bajo la luz de la luna—. ¿Tal vez porque descubrió que tenía una aventura con alguien? —Hizo una pausa—. ¿O porque le dijo que pensaba dejarlo? —dijo Riley. Retiró el cabello del rostro de Olive—. Creo que nunca lo sabremos con certeza.

—Ella encontró el tesoro —afirmó Olive.

Riley pareció contener la respiración.

—Lo hizo. Y creo que él lo sabía. Pero ella no quiso decirle dónde estaba. Tal vez esa fue la gota que colmó el vaso.

Olive no dijo nada, solo intentó imaginar la escena: sus padres discutiendo, él acusándola de serle infiel, ella diciéndole que iba a dejarlo, que ahora tenía el dinero para hacerlo. Y quizá él había querido saber de dónde lo había sacado, y ella le habría dicho, solo para molestarlo, para demostrarle que siempre tuvo la razón: el tesoro existía y lo había encontrado. «¿Y dónde está? —le habría preguntado su padre—. ¿Dónde está el tesoro que piensas utilizar para empezar una vida nueva con tu nuevo amante?». Y luego... ¿Y luego qué? ¿La había golpeado? ¿Le había disparado? ¿La había estrangulado? ¿Habría sido un accidente? ¿Quizá un empujón más fuerte de lo que pretendía? ¿O había sido un asesinato frío y premeditado? Olive pensó en la discusión que oyó aquella madrugada. Recordó que había terminado con algo estrellándose. ¿Había vuelto a oír la voz de su madre después de eso?

Olive se volvió hacia el cuerpo inconsciente de su padre en el suelo, detrás de ellas. Parecía un ser pequeño y derrotado. Era difícil creer que hubiese sido capaz de cometer un acto tan horrible.

—¿Tú lo sabes, Ollie? —preguntó Riley—. ¿Tu madre te dijo dónde lo escondió?

Puso la mano en el hombro de Olive, con suavidad al principio, pero después la apretó con demasiada fuerza.

—Se os veía tan unidas... —siguió Riley, y puso otra mano sobre su otro hombro—. Seguramente te comentó algo. ¿O te dejó una nota? ¿Una pista?

Olive sacudió la cabeza.

—No —indicó ella. Su garganta estaba cada vez más seca.

—¿Tú también has estado recibiendo mensajes? —preguntó Riley.

—¿De mamá? —Olive estaba confundida.

—¡No! De Hattie. Tu madre encontró el tesoro gracias a Hattie. Hattie le enviaba mensajes. A veces en sus sueños. Me dijiste que habías soñado con Hattie. ¿Qué te ha mostrado?

—No lo sé. Yo...

—¡Piensa! —exigió Riley.

Olive trató de zafarse, pero su tía la apretaba con fuerza, acercándola a ella. Volvió a envolverla con sus brazos.

—¿No lo entiendes? ¿No entiendes lo especial que eres? —exclamó Riley, apretando con más fuerza—. Tu madre tampoco lo entendía. Al menos no al principio. Pero ella fue elegida. Hattie la eligió. Hattie le dio poderes, le dio la habilidad de advertir cosas que otras personas no podían ver. Al principio yo no lo entendía. Me preguntaba por qué. ¿Por qué Lori? Ni siquiera quería los regalos que Hattie le había hecho. Me parecía tan injusto, tan exasperante... Pero ahora al fin lo entiendo. Estuvo delante de mis narices todo el tiempo, pero no había logrado unir las piezas.

—¿Qué piezas?

—¡Sois parientes! Lori era la bisnieta de Hattie.

—¿Qué?

—Es cierto. Tu madre y tú tenéis la sangre de Hattie en las venas. ¿Entiendes lo especial que te hace eso? Por eso has estado soñando con ella; tenéis un vínculo de sangre. Dime lo que has soñado, Ollie.

—Yo... no lo recuerdo —dijo Olive.

—¡Piensa, maldita sea!

Y mientras Olive trataba de liberarse de su tía, pensó.

Pensó en que su madre se había distanciado de Riley los últimos días antes de marcharse. Se había negado a salir con ella y habían discutido.

Pensó en el diario de su madre, en la última entrada. Recordó que la letra era más desordenada, más apresurada. ¿Acaso su madre no lo había escrito? ¿Lo habría escrito otra persona?

Pensó en aquella ocasión en que revisó el armario de su madre. Lo único que faltaba eran los zapatos de color marfil con abalorios. Recordó que los llevaba puestos la última vez que salió de casa.

—¿De dónde sacaste los zapatos de mi madre? —preguntó Olive.

Riley se la quedó mirando un segundo; su rostro reflejaba tensión. Luego sonrió, pero era una sonrisa enfermiza que parecía decir: «Estoy a punto de decirte una gran mentira y más vale que te la creas».

—Ella me los dio.

Olive le dio una patada a su tía y le clavó las uñas en los brazos.

—¡Socorro! —gritó, pensando que, si gritaba con suficiente fuerza, Helen y Nate la oirían y acudirían corriendo.

Riley acercó a Olive a su cuerpo, le dio la vuelta y envolvió su cuello con un brazo. Con la otra mano le cubrió la boca.

—Shh, Ollie. Cálmate. Estás a salvo. Todo va a ir bien.
Pero conforme hablaba apretaba su cuello cada vez más.
—Por favor, tía Riley —logró decir Olive con el poco aire que le quedaba.
—Shh, mi niña especial, mi niña especial —dijo Riley, como si la
estuviera arrullando, y le apretó el cuello con más fuerza.

Capítulo 50

Helen

13 de septiembre de 2015

Hattie Breckenridge estaba asfixiando a Olive.

No el fantasma etéreo de Hattie, sino la verdadera Hattie, de carne y hueso.

Se encontraban a unos cuatro metros de Helen, cerca de los cimientos destruidos de la casa de Hattie. Y ella estaba detrás de Olive, sujetándola, con la parte anterior del codo sobre la garganta de la chica.

La luna emitía una luz brillante, que iluminaba por completo la escena que se desarrollaba en medio del pantano.

Habían seguido a la cierva, trotando detrás de ella por el bosque. Si se les adelantaba mucho y la perdían de vista, se detenía y los esperaba antes de seguir. Cuando el grito de Olive atravesó el aire, la cierva echó a correr y Helen y Nate fueron tras ella. Oyó a Nate tropezar, caer al suelo y gritar: «¡Mierda!», pero no se detuvo. Helen siguió a la cierva hasta el pantano y, cuando esta se detuvo entre los árboles, vio a Olive y a Hattie a unos metros de ella. Había un hombre tirado en el suelo, a su lado.

Helen corrió detrás de la figura del vestido blanco y cabello largo y oscuro. Cuando por fin estuvo detrás de ella, la cogió del pelo y gritó:

—¡Suéltala!

Pero le arrancó la cabellera entera. Una peluca.

Y debajo de ella una nuca con el tatuaje circular de una serpiente.

—¡Riley! ¿Qué demonios estás haciendo?

Helen cogió a Riley de los hombros y tiró de ella. Olive cayó al suelo, jadeando. Cuando Olive alzó el rostro, Helen vio que llevaba puesto el collar: el collar de Hattie, con el círculo, el triángulo y el cuadrado que destellaban con la luz de la luna.

—¡Tú! —le gritó Riley a Helen—. No podías haberte largado sin más, ¿verdad? ¿Largarte antes de que fuera demasiado tarde?

Riley le dio un golpe a Helen justo en el puente de la nariz. La fuerza del impacto la hizo retroceder; el dolor era intenso y cegador. Cayó de rodillas sobre la capa de musgo húmedo y esponjoso.

—¡Helen! —gritó Nate. Se le oía muy lejos.

Riley estaba frente a Helen.

—¿¡Por qué no te rendiste sin más!? ¿¡Por qué no volviste a donde perteneces!? —Le dio a Helen una patada en un lado, con tal fuerza que la hizo retorcerse del dolor.

—Hattie... —dijo Helen, en parte para responder la pregunta de Riley y en parte llamándola, con la esperanza de que acudiera a salvarlas.

—¡Hattie! ¡Todo Hattie! ¡Se comunica con vosotros sin que lo queráis! Ni siquiera lo intentáis. ¿Y por qué tú, Helen? Ni siquiera sois parientes. No eres nada. Nadie. Solo una exprofesora de Historia que lo único que hizo fue colocar una viga embrujada. Una viga que yo te di. ¡Jamás habría acudido a ti de no haber sido por mí!

Riley retrocedió, lista para darle otra patada a Helen, pero de pronto se quedó paralizada, como una estatua con vestido blanco. Su mirada estaba clavada en algo en medio del pantano.

La cierva blanca. El animal parecía flotar sobre la superficie del agua; su pelaje blanco destellaba como las estrellas del cielo; sus ojos tenían un tono plateado iridiscente.

La cierva avanzaba hacia ellas, lentamente al principio, y luego cargó en dirección a Riley, con la cabeza agachada, como si fuera a embestirla.

—Hattie... —dijo Riley, estirando las manos frente a ella. Al principio, Helen pensó que era un gesto protector, para indicarle que se detuviera, pero estaba equivocada: Riley abría sus brazos a la cierva, llamándola a su lado, esperando para abrazarla.

Olive golpeó a Riley en la nuca con la culata del rifle. Riley cayó de rodillas junto a Helen sobre el suelo pantanoso, aturdida pero consciente. Olive le dio la vuelta al arma con rapidez y apuntó a su tía.

—¿Hattie? —preguntó Riley llorosamente.

Pero la cierva se había ido.

Capítulo 51

Lori

29 de junio de 2014

Dustin estaba frente a ella, balanceándose como una serpiente.

—Lárgate antes de que haga algo de lo que los dos nos arrepintamos — espetó.

Lori se puso de pie con dificultad, salió de la casa, se subió al coche y condujo sin rumbo durante una hora o más. Se movía como si estuviera en piloto automático, aturdida y asustada. No sabía qué hacer ni adónde ir.

Dio unas vueltas por el pueblo hasta que vio que las luces del bar Rosy seguían encendidas. Se asomó por la ventana y vio que Sylvia estaba limpiando. Dio unos golpecitos en la ventana; Sylvia la dejó pasar y le sirvió una copa de *whisky*.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —preguntó Lori.

Sylvia le seguía sirviendo *whisky* y Lori lo bebía, mientras hablaba, demasiado, con su vieja amiga.

Pasó la noche en casa de Sylvia y diseñó un plan. Se levantó al amanecer; la cabeza le palpitaba y el estómago le dolía por todo el *whisky* que había bebido. Se escabulló de la casa de Sylvia y condujo hasta la suya.

Le escribió una nota a Dustin y la dejó bajo uno de los limpiaparabrisas de su camioneta:

D:

Te amo con todo mi corazón. Nunca te sería infiel. Pronto lo entenderás todo. Te tengo preparada una sorpresa. Algo que nos cambiará la vida. Búscame en el pantano a medianoche, junto a los cimientos de la casa de Hattie. Te mostraré lo que he estado haciendo todas las noches.

Con todo mi amor,

Lori

Después fue al centro comercial, dando vueltas como un zombi. Luego entró en el cine y pagó diez dólares por ver una película a la que ni siquiera prestó atención y una bolsa de palomitas grasientas y rancias. Después de la

película, condujo hasta una parada de camiones en la autopista, adonde ella y Dustin solían ir cuando se mudaron al pueblo. Exhausta, aparcó entre dos semirremolques y se quedó dormida un rato en su coche. Luego despertó y comió un filete con huevos.

30 de junio de 2014

Poco después de la medianoche, Lori estaba en el pantano, esperando. Había dejado su automóvil aparcado en el viejo terreno de los Decrow, junto a su remolque abandonado.

Caminó de un lado a otro, mientras aguardaba.

De pronto, apareció una figura, abriéndose paso entre los arbustos y apuntando una linterna a todos lados.

—¡Dustin! —exclamó ella—. ¡Aquí estoy!

Pero no era Dustin.

Era Riley.

¿Acaso Dustin la había enviado en su lugar?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Lori.

—Dustin no quiere hablar contigo —respondió Riley.

—¿No recibí mi nota? —preguntó Lori.

—¿Sabes?, mi pobre hermanito está hecho un desastre. Me llamó esta mañana, sollozando y borracho, y me pidió que viniera. Cuando llegué, vi la nota en el parabrisas. Pensé que era mejor no mostrársela, para evitar que se pusiera peor.

—Riley, ¿por qué...?

—Dice que llevas mucho tiempo engañándolo. Todos están al tanto. Ya sabes cómo son las cosas en este pueblo; los rumores se extienden con facilidad. Les cuento a algunas personas que te vi ir con un extraño del bar a su casa, que Dustin me comentó que lo estabas engañando..., y de pronto todo el pueblo lo sabe.

—Pero... eso es mentira —dijo Lori suavemente. Balanceó su peso entre ambos pies; el turbio suelo debajo de ellas parecía poco sólido. De hecho, nada en su vida era sólido ya—. ¿Por qué has contado esas cosas a la gente? —Su voz era aguda y tenía lágrimas en los ojos.

—La perfecta Lori no es tan perfecta, ¿verdad? ¿No es hora de que todo el mundo lo sepa?

—Yo nunca... nunca dije que fuera perfecta.

—Tal vez no. Pero Dustin siempre te había visto de ese modo.

Riley metió la mano en su camisa y sacó un arma. No un arma cualquiera; era el revólver de Dicky.

—Cogí esto prestado —dijo Riley con una sonrisa sombría—. Cuéntame, Lori... ¿Cuál es la gran sorpresa? ¿Qué ibas a enseñarle a Dustin?

—Nada —apuntó Lori, dando un paso hacia atrás—. Solo quería verlo; decirle que podíamos arreglar las cosas.

Riley se rio.

—No puedes engañarme. ¿Cómo te atreves a intentarlo? Después de todo lo que he hecho por ti. ¿Quién fue la que te llevó al hotel de Dicky? ¿Quién te ayudó a desarrollar tu don y fortalecer tu conexión con Hattie?

—Yo...

—Lo encontraste, ¿verdad? Encontraste el tesoro de Hattie. Ella te guio hasta él, ¿no? ¿Dónde está?

—No hay ningún tesoro. O al menos no lo he encontrado.

—Si me lo dices, te dejaré vivir.

Esta vez fue Lori quien se rio.

—¿En serio? ¿Piensas matarme por una fantasía? ¿Una leyenda? Vamos, Riley, te conozco. No eres capaz.

—¿Ah, no? Quizá no me conoces tan bien como crees.

—¿Qué quieres decir con eso?

Riley apartó el flequillo azul de los ojos con la mano que tenía libre, mientras la seguía apuntando con la otra.

—Nunca entendí qué vio Dustin en ti.

—Nos... nos amamos.

—¡Ni siquiera lo conoces! ¡No como yo! ¡No tienes ni idea de todo lo que sufrimos cuando éramos niños, de todo lo que hice por él, de todo lo que sacrifiqué, maldita sea! —Agitó el arma de Dicky sin dejar de apuntar a Lori, que estaba paralizada.

Lori pensó en todos los años que había pasado junto a Riley: cuando salían juntas a tomar algo, a escuchar bandas, para ir a mercadillos. *El show de Lori y Riley*, así lo llamaba Dustin. Se lo contaban todo.

Pero ahora Lori se daba cuenta de que en realidad no conocía a su cuñada en absoluto. Que todo había sido una farsa. Un engaño.

—Traté de convencer a Dustin de que no eras buena para él —siguió diciendo Riley—. Pero eso solo lo alejó de mí, y lo hizo enfadarse. Así que hice lo que tenía que hacer. Un cambio radical de actitud. Te convertí en mi mejor amiga, y de pronto Dustin y yo volvíamos a estar unidos.

Lori sacudió la cabeza, no podía creer lo que oía.

—¿Dónde está? —preguntó Riley—. ¿Dónde está el tesoro?

—Por Dios, Riley, ya te lo he dicho. No hay ningún tesoro.

—No es solo para mí. Es para Dustin. Y para Olive. Tú te irás del pueblo sin decir nada y jurarás no volver nunca. Yo cogeré el dinero y lo usaré para cuidar de Dustin y Ollie. Para cuidarlos como tú nunca pudiste hacerlo. ¿Sabes?, nunca fuiste lo suficientemente buena para ellos.

—Por favor, Riley.

Riley se balanceó sobre sus talones; los tatuajes en sus brazos descubiertos parecían retorcerse cada vez que se movía, iluminados por la luna.

—Nunca fue justo que acudiera a ti. —Fulminó a Lori con la mirada, con tanto odio que esta sintió como si ya le hubiera disparado—. ¡Yo fui la que la invocó primero! La que más se esforzó. Le prometí ser su fiel servidora, dedicar mi vida a ella a cambio del tesoro. —Empezó a acercarse a Lori, agitando el arma, gesticulando con ella—. Llevo años practicando la brujería y la adivinación, y ella te eligió a ti, ¡a una completa novata! ¿Cómo lo explicas? ¿Por qué la gente siempre te elige? Dustin te eligió, hasta Hattie Breckenridge te eligió en mi lugar. ¿Por qué?

Estaba tan cerca ya que el revólver casi tocaba el pecho de Lori.

—Yo... —Lori pensó en decirle la verdad. Que eran parientes de sangre, que por eso Hattie había acudido a ella—. Soy...

—¿Dónde está el maldito tesoro?

El cañón del arma estaba presionado contra su pecho. Estaba segura de que Riley no apretaría el gatillo. Probablemente ni siquiera estaba cargada. Dicky nunca la llevaba cargada. O al menos eso le había dicho. Lori agarró el cañón de la pistola y trató de bajarlo, de alejarlo de ambas antes de que alguna saliera herida.

La pistola se disparó con una explosión ensordecedora, mucho más fuerte de lo que Lori hubiera creído posible. Y la expresión en el rostro de Riley ya no era solo de celos o de ira, sino de genuina sorpresa.

El destello fue tan fuerte que pareció iluminar el pantano entero y, ahí mismo, detrás del hombro de Riley, apareció un árbol que Lori jamás había visto: un enorme árbol viejo con muchas ramas gruesas; de una de ellas colgaba el cuerpo de una mujer. La mujer tenía los brazos estirados hacia ella, flotó lejos del árbol y cogió la mano de Lori. Y le dijo:

—Shh. Todo está bien. Ven conmigo.

Capítulo 52

Helen

14 de septiembre de 2015

Los policías con trajes de buzo, cuya piel parecía resbaladiza como la de una foca, avanzaban por el pantano cargando el cuerpo envuelto en plástico negro y varias vueltas de cinta aislante plateada. Acababan de sacarlo de la parte más profunda, el estanque en el centro del pantano donde los lirios acuáticos flotaban como pequeñas estrellas amarillas en medio del agua. La policía se abrió paso torpemente por el barro, aplastando delicadas plantas jarra, juncos y arbustos de bayas a su paso. Sus pies se hundían un poco con cada paso sobre el suelo esponjoso. Era como caminar sobre la superficie de otro planeta.

Helen los observaba desde terreno sólido, conteniendo la respiración.

Otros investigadores también se movían por el pantano, también con trajes de buzo, monos de pescador o chalecos fluorescentes; los *walkie-talkies* se estremecían con cada mensaje. Una terrible invasión.

Uno de los policías se resbaló y estuvo a punto de soltar el cuerpo. Maldijo en voz baja, recobró el equilibrio y trató de agarrarlo con más cuidado, pero el plástico era resbaladizo y sus pies no tenían mucho apoyo.

Las libélulas revoloteaban por el aire, destellando como joyas de colores voladoras. Las ranas croaban. Un mirlo de alas rojas pasó volando cerca del suelo y aterrizó en un pequeño cedro al otro lado del pantano, observando a los intrusos con curiosidad.

Los árboles y todas las criaturas que habitaban en ellos, las ardillas que parloteaban y recolectaban comida, los carboneros de capucha negra y los furiosos arrendajos azules también observaban. Detrás de Helen, al este del pantano, estaba el claro donde ella y Nate vivían. En él se alzaba su casa casi terminada: la casa de sus sueños, la casa embrujada, una casa para los muertos y los vivos. Un lugar donde Hattie y su familia podían reunirse.

Un lugar entre dos mundos.

Nate había salido a hacer algunos encargos: cambiar el aceite de la camioneta, comprar una barra y lubricante para la cadena de la sierra eléctrica.

«Ven conmigo —le había dicho a Helen—. No tienes por qué presenciar todo esto».

Pero se equivocaba. Sí tenía que quedarse.

Tenía que ver cómo recuperaban el cuerpo de Lori.

Olive y Dustin tampoco se encontraban ahí. Estaban en el hospital, esperando tener noticias. Dustin había recuperado el conocimiento camino del hospital y el diagnóstico había sido una contusión, pero sin fractura, y ahora estaba en observación. Olive no se había apartado de su lado.

«Odio pensar que mi madre estuvo todo este tiempo allá abajo —le dijo Olive a Helen en la cafetería del hospital la noche anterior—. Me parece tan... tan solitario».

Pero Helen no estaba de acuerdo. No, ella no pensaba que Lori se hubiera sentido sola, en absoluto.

Porque no estaba sola allá abajo.

«Ten cuidado con el pantano —le decía siempre Nate a Helen—. Quédate cerca de la orilla».

Pero el pantano siempre la atraía.

«Acércate más —parecía susurrar—. Ven a compartir mis secretos».

Tenía un olor tan ácido, rico y fascinante; una especie de aroma primordial, se imaginaba. Y el lugar era como de otro mundo; un paisaje muy distinto a todos los que había visto en su vida.

Algunas noches le gustaba sentarse en el borde, observando, escuchando e imaginando que veía luces, el viejo contorno de la casa que antes se encontraba al otro lado.

La casa de Hattie.

Sentía que el pasado y el presente, todo lo que había ocurrido y estaba ocurriendo en ese momento, coincidían en ese lugar; no solo coincidían, sino que estaban profundamente entrelazados, como las raíces de los árboles más grandes.

Pensó en todo lo que la había llevado hasta ahí: la muerte de su padre, la confianza y la determinación de Nate, un sueño. El sueño de un lugar en el que pudiera sentirse como si perteneciera a él. Donde estuviera destinada a permanecer.

Y lo había encontrado.

Tal vez con algo de ayuda, pero lo había encontrado.

Otro investigador con traje de buzo, que había estado flotando en el estanque en el centro del pantano, empezó a agitar los brazos.

—¡Hay algo más aquí abajo! —gritó—. Más restos. Huesos.

Los demás se acercaron hacia él, lenta y cuidadosamente.

Y Helen quería gritar, advertirles. Decirles: «Dejen esos huesos en paz. Deben quedarse ahí. Son tan parte de este lugar como el pantano mismo».

Un hombre a su lado murmuró algo en su radio.

Y otro, un bombero voluntario que Helen reconocía de la tienda del pueblo, dijo:

—No es seguro estar en ese pantano. No con el fantasma de Hattie rondando por ahí.

Helen se dio la vuelta, con la certeza de que el fantasma de Hattie no estaba en el pantano.

Sabía perfectamente dónde se encontraba el espíritu de Hattie Breckenridge.

Helen sabía que estaba en su casa con las otras, esperando.

Capítulo 53

Olive

8 de junio de 2016

Olive estaba de vuelta en los viejos cimientos de la casa de Hattie. Ya no acudía mucho al pantano esos días. Era muy duro para ella ir y pensar en su madre. En lo que le había ocurrido.

Sin embargo, aunque se mantuviera alejada del pantano, el pantano estaba con ella. Llenaba sus sueños y también sus pensamientos.

En especial después de la visita de Dicky Barns, la semana pasada. Le llevó una nota de su tía Riley, quien estaba encerrada en el correccional para mujeres de South Burlington.

—Tu tía me pidió que te entregara esto —dijo él.

—Mi padre dice que no debo tener contacto con ella. Y nuestro abogado dice lo mismo —replicó Olive.

—No culpes al mensajero —repuso Dicky, mientras le entregaba el pedazo de papel y después se daba la vuelta para marcharse. Se detuvo por un instante y se giró otra vez—. ¿Sabes?, yo no tenía ni idea. Ninguno de nosotros lo sabía. Todos pensamos que Lori se había fugado con un hombre, como Riley decía.

Olive ya había oído todo eso en los juzgados. Que Riley había tomado el arma de Dicky sin su consentimiento. Que le había llevado el diario de Lori al grupo de personas que conformaban el círculo de Dicky con la esperanza de que contuviera pistas sobre la ubicación del tesoro. Que después, cuando Olive había ido al hotel de Dicky y había empezado a hacer preguntas, a Dicky le entró pánico y le pidió a Riley que devolviera el diario. Fue entonces cuando esta escribió el último pasaje, para incriminar al padre de Olive.

Dicky clavó los ojos en sus botas puntiagudas.

—Olive, lo siento mucho. Tu madre era una mujer especial. Tenía muchos dones, pero supongo que eso ya lo sabes.

Olive lo vio alejarse, con los hombros hundidos. Parecía mucho más pequeño que de costumbre. Y ya no tenía la pistola en su funda de cuero

labrado. La pistola que Riley le había quitado a Dicky y había utilizado para matar a Lori.

Leyó la nota de su tía:

Mi queridísima Olive:

El tesoro es real. Lo sabes, ¿verdad?

Está en el pantano. Tiene que estar ahí. Tu madre iba a enseñárselo a tu padre aquella noche. Le pidió que se reunieran allí.

No dejes de buscar. Mereces encontrarlo.

Lo siento. Mucho más de lo que te imaginas. No hay excusa o explicación para las cosas que hice. Lo que le pasó a tu madre fue..., en realidad fue un accidente. Nunca fue mi intención dispararle. Solo quería... Supongo que quería cosas imposibles. Quería ser la elegida de Hattie. Quería verla, oír su voz, sentir su poder. Pensé que, tal vez, si tenía el tesoro, eso me acercaría más a ella también. Pero ese deseo, esa necesidad, fue tan cegadora que me hizo perder todo lo que me importaba. Incluyéndote a ti.

Encuentra el tesoro, Ollie. Pregúntale a Hattie. Ella te lo mostrará. No tengo la menor duda.

Con todo mi amor,

RILEY

Ahora, Olive se encontraba junto a los viejos cimientos, contemplando todo el pantano desde allí.

Las aves y las libélulas revoloteaban por el aire. Las ranas cantaban. Las zapatillas de dama habían florecido abundantemente ese año, como si Hattie hubiera estado danzando en círculos por todo el pantano.

Al otro lado vio el sendero que llevaba a la casa de Helen y Nate, que ya estaba terminada. Probablemente Helen estaba fuera, trabajando en su jardín. Y Nate, en el Centro de Naturaleza. La semana anterior, cuando invitaron a Olive, a su padre y hasta a Mike a cenar, Helen les había mostrado su tatuaje nuevo: una delicada zapatilla de dama de color rosa claro en su antebrazo. Era su tributo en tinta para Hattie.

A Mike le encantó el tatuaje. Y a Helen y a Nate les encantaba Mike.

«*Cypripedium reginae*», dijo Mike al verlo. Olive puso los ojos en blanco, pero le sonrió. Se sentía extrañamente orgullosa de su inteligente y bobo mejor amigo.

«¿Dónde habías escondido a este chico?», preguntó Nate, y Mike hizo un comentario gracioso sobre esconderse a plena vista, lo que llevó a una larga discusión entre Nate y Mike sobre todos los animales que podían camuflarse y todos los distintos tipos de camuflaje que había. Ambos mencionaban términos como *coloración disruptiva*, *camuflaje con el entorno*, *contracoloración* y *mimetismo*.

Mike se había dejado crecer el pelo; ya no llevaba el corte casi al cero que lució durante toda su infancia. Y había crecido como quince centímetros en los últimos seis meses. Incluso el padre de Olive veía a Mike de una manera totalmente distinta. Lo llamaba hijo y lo invitaba a cenar casi todas las noches, después de que Olive y Mike hicieran los deberes juntos.

Con la ayuda de Helen y Nate, Olive y su padre habían terminado las reformas de su casa. Habían acabado de poner los paneles de yeso, colocado las tablas del suelo, pintado y guardado todas las herramientas. A veces Olive descubría a su padre observando las paredes y se daba cuenta de que estaba pensando en cambiar algo otra vez. Ella lo cogía de la mano y lo llevaba a la pared donde habían colgado las fotografías enmarcadas de Lori: los tres juntos en vacaciones y cumpleaños, mamá y papá el día de su boda. Nada de lo que hicieran, cambiar la casa o, incluso, encontrar el tesoro, la traería de vuelta. Pero ella seguía con ellos. Olive lo sentía. Y sabía que su padre también.

«A mamá le habría encantado esta casa justo como está», solía decirle.

Ahora, Olive estaba en el pantano. Llevaba puesto el collar de su madre. El collar de Hattie. La puerta entre mundos.

Se lo quitó y dejó que colgara del delgado cordón de cuero.

—Muéstrame el lugar, Hattie —dijo—. Ya es hora.

Y lo sintió. Lo sintió en su corazón. Sintió que de verdad era el momento. Que Hattie estaba lista para enseñárselo.

Y el colgante de plata empezó a moverse, primero hacia la izquierda. Caminó unos cuantos pasos; luego el collar cambió de dirección y ella lo siguió. Paso a paso fue siguiendo el camino que marcaba el collar. El camino de Hattie. Pasaba por encima de las zapatillas de dama rosas que parecían indicar el camino. El camino, acentuado por las flores rosas, llevaba directamente a una esquina en la parte trasera de la casa de Hattie. Entonces, el collar empezó a girar muy rápido en círculos en sentido horario.

—¿Aquí? —preguntó ella.

Sí, dijo el collar. Sí.

Tal vez era otro truco; tal vez desenterraría otra cabeza de hacha, una olla vieja o quizá un fregadero.

Dejó el collar en el suelo y empezó a mover las rocas. Pasó su detector de metales por encima y recibió una señal fuerte.

Siguió cavando y moviendo rocas. Hasta que su pala golpeó algo duro.

Metió la mano y notó un pedazo de madera, y debajo de él el borde de una pesada caja de metal.

A su lado, el collar de Hattie brillaba bajo la luz del sol, y el ojo en el centro observaba.

«Que todo lo ve».

Agradecimientos

Este libro no existiría de no ser por Dan Lazar, Anne Messitte y Andrea Robinson, quienes me pidieron escribir mi propia versión de la historia de una casa embrujada. Gracias por animarme a emprender este viaje y por todas vuestras ideas a lo largo del camino. Muchas gracias al espectacular equipo de Doubleday. Y a Drea y Zella, que siempre me acompañan, lo quieran o no, cuando emprendo otra de mis aventuras (incluso si implica explorar viejos cimientos de piedra o mojarse los pies recorriendo pantanos). Os quiero.



Jennifer McMahon nació en Hartford, Connecticut, EE. UU., en 1968. Se graduó en el Goddard College y estudió un máster de Poesía en el Vermont College. Por su labor la autora ha sido reconocida con galardones como el Premio Internacional de Escritores de Novelas de Suspense.

La producción literaria de McMahon está enmarcada mayoritariamente en la novela de suspense, en la que incluye historias sobre fantasmas, asesinos en serie, monstruos que cambian de forma e incluso hadas.

De sus obras cabe mencionar títulos como *Island of Lost Girls*, *Promise Not to Tell* o *The Winter People*. *La invitada* fue la primera de sus novelas en traducirse al castellano.